

# Tiembla el *Ogascoya*

Venancio  
Ávila  
Guerrero

José  
Aroche  
Pacheco



Casa Editorial  
Verde Olivo,  
La Habana, 2022

Edición: *Olivia Diago Izquierdo*

Diseño de cubierta: *Yasser Gamoneda Montero*

Diseño de interior y realización: *Sarai Rodríguez Liranza*

Corrección: *Catalina Díaz Martínez*

Cuidado de la edición: *Tte. cor. Ana Dayamín Montero Díaz*

© Venancio Ávila Guerrero

José Aroche Pacheco, 2022

© Sobre la presente edición:

Casa Editorial Verde Olivo, 2022

ISBN: 978-959-224-585-3

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo

Avenida de Independencia y San Pedro

Apartado 6916. CP 10600

Plaza de la Revolución, La Habana

[volivo@unicom.co.cu](mailto:volivo@unicom.co.cu)

# Índice

---

---

Agradecimientos/5
Prólogo/7
Introducción/13
Litigio por el Ogaden/17
Ciento ochenta días de resistencia/33
Bautismo de fuego al sur de Harar/75
La brigada en la dirección estratégica/103
Acciones combativas al norte de Harar/129
Combates de Kwadera-Arabí/143
Se fragua la victoria/165
En busca de la victoria definitiva/187
Nuevas misiones de la Tercera Brigada de Tanques/197
Testimonios de una hermosa contienda/211
Anexos/249
Testimonio Gráfico/275
Bibliografía/299

*A los internacionalistas cubanos que voluntariamente acudieron a la defensa del pueblo etíope, durante la agresión somalí y a restablecer su integralidad territorial, en especial, a nuestros combatientes que cayeron heroicamente en el cumplimiento del deber.*

*A nuestras esposas, hijos y nietos, que desde el inicio de este proyecto de tantísimas horas compartieron cada idea y minutos de desvelo. Gracias por la seguridad que siempre mostraron en la terminación de la obra.*

ÁVILA Y AROCHE

*Al culminar esta obra de más de tres años de trabajo, un tercio de este tiempo en medio del enfrentamiento de nuestro pueblo a la epidemia Covid-19, agradecemos a todos los que nos brindaron su colaboración y entre tantos, destacamos:*

*General de brigada (r) Marcos A. Gutiérrez Bello, por sus ideas iniciales para el desarrollo de este proyecto y por sus valiosos testimonios;*

*teniente coronel (r), Máster en Ciencias y Profesor titular, Rubén Lima Sampayo, por sus horas entregadas a la corrección de ideas y por su ayuda en la digitalización de imágenes y de la primera copia de este ejemplar;*

*teniente coronel (r), Evelio Belén Pacheco, por su disposición al brindar la galería de nuestros combatientes caídos en el cumplimiento de la misión;*

*a Milton Díaz-Cáncer, por su permanente estímulo para que no cejáramos en este empeño, a pesar de las múltiples adversidades que se presentaban;*

*a Tauriñán, Ramoncito, Galán, Rojas, Raulito, Melvis, Hilda, Erenia y tantos que no perdían un solo instante para conocer el avance de cada página;*

*a los testimonios que enriquecieron la verdad histórica que hoy ponemos en manos de los lectores.*

AUTORES





# Prólogo

---

---

¡Qué inmensa alegría saberme convocado por mis dos hermanos de lucha y de mil batallas, Ávila y Aroche, para asumir la alta responsabilidad de prologar su libro!, un proyecto que con mucha entrega y respeto se propusieron elaborar desde hace más de dos años. Mi primera reacción fue comentarles que estas páginas, fidedignas de la historia, escritas con tantas verdades no necesitaban prólogo ni introducción; pero ante la insistencia de dos, no pude más que acceder, consciente de cuán difícil —casi imposible—, añadir algo a lo que se ha narrado con tanto tacto y legitimidad sobre las acciones combati-vas libradas por los guerreros etíopes junto a los combati-entes cubanos.

*Tiembla el Ogaden* es un título muy bien pensado. Artilleros, tanquistas, pilotos, infantes, asesores, traductores, especialistas de cifras, trabajadores de la salud propiciaron vibrar la tierra e imponer el respeto de quienes luchan por una verdad, en los más complejos teatros de operaciones militares, donde se hicieron «malabares» para que cada hombre y medio de lucha estuvieran en total disposición combativa en todo momento.

Añado a los aguerridos combatientes de la retaguardia, a los cuales sus autores le dedican bellas páginas; el trabajo permanente y arriesgado de nuestro Estado Mayor de las FAR, que desde los primeros instantes estuvo cientos de horas de día y noche, atento a cuanto acontecía en el lejano país africano; a la vanguardia de este órgano,



sus valerosos enlaces, que surcaron en más de una ocasión los cielos del mundo para trasladarnos un mensaje, una decisión o la felicitación del Comandante en Jefe y del general de ejército, entonces ministro de las FAR, Raúl Castro Ruz. Ni un solo detalle quedó pendiente para la agrupación de tropas desplegada en la tierra de los rostros quemados.

La distancia entre ambas naciones —12 460 km— no fue inconveniente alguno, para materializar la ayuda internacionalista a solicitud de su presidente, Mengistu Haile Mariam, en la preparación y alistamiento de las primeras unidades combativas, en medio de la situación político-militar que vivía el país, en abril de 1977, bajo el lema «Tu lucha es mi lucha, tu guerra es mi guerra».

Fue ese escenario histórico el que marcó el inicio de nuestra ayuda militar y la colaboración médica, en el hermano país. Sin disponer de mucho tiempo, nos dimos a la tarea de enseñarles y asesorarlos en la asimilación de la técnica y el armamento soviético que, paralelamente a nuestro arribo, llegaban al puerto de Assab.

Cientos de milicianos y el pueblo organizado en destacamentos armados en las ciudades y en las asociaciones campesinas se sumaron voluntariamente a la defensa del país, Addis Abeba se convirtió en un gigantesco campo militar; el movimiento de vehículos era constante y en todas las direcciones. En las escuelas de milicias del valle Tatek, Hollota, el centro de avituallamiento en Arba y el puerto de Assab, donde, además de los diferentes idiomas se hablaban muchísimos dialectos, dimos paso a la comunicación por señas y establecimos sólidos lazos de amistad fraterna. Cuando llegaron los traductores, todo resultó más fácil.

Este libro narra uno de los más grandes acontecimientos bélicos cumplidos por nuestras fuerzas armadas, en los que se puso a prueba la grandeza de nuestro pueblo. Después de esta histórica y compleja misión no reconozco otra que recoja la magnitud de las fuerzas participantes por ambos mandos. Los autores han profundizado sobre el empleo de la técnica y efectivos en los distintos combates —desde el 22 de enero de 1978 hasta la victoria alcanzada el 5 de marzo— que hacen de la misión una gran hazaña.

Que la publicación de esta obra, a lo largo de los años por los hechos que narra, constituya un homenaje a quien fue su máximo orientador, guía y estratega, es el orgullo de los combatientes y de sus

autores, los coroneles de la reserva Venancio Ávila Guerrero y José Aroche Pacheco, protagonistas desde su condición de jefe de estado mayor de la Tercera Brigada de Tanques y jefe del Segundo Batallón de Tanques, respectivamente.

General de brigada (r)  
Miguel Ángel Lorente León  
Jefe del Primer Batallón de Tanques

Raul:

La operaci3n internacio-  
nalista de apoyo a Etiopía reci-  
birá el nombre de Baraquía como  
digno homenaje al glorioso hecho  
cuyo centenario conmemoraremos  
el próximo año.

Giddens

Nov. 25, 1977

Muchas veces, recordar a un caído que es hombre,  
basta para salvarlo. Se le despiertan fuerzas dormidas;  
surge a la revelación y quiere ser digno de sí.

JOSÉ MARTÍ



# Introducción

---

---

Con el presente trabajo, a más de cuarenta años de los hechos que cuenta, no pretendemos abordar todo cuanto envolvió la importante y grandiosa operación militar de los cubanos en tierra etíope: Baraguá como la nombró nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Diversos medios de comunicación, escritos y radiales han publicado las acciones combativas libradas por nuestras tropas y las unidades nacionales, contra un enemigo agresor —fuerzas regulares somalíes y una fuerte agrupación de, aproximadamente, cuarenta mil bandidos— apoyado de manera incondicional por potencias imperialistas y países árabes reaccionarios, en cuya mentalidad prevalecía el concepto de internacionalizar el conflicto con la ejecución de ejercicios militares por parte de Sudán.

Nos referiremos a dos momentos históricos relacionados con la ayuda militar que el presidente de Etiopía, Mengistu Haile Mariam, solicitara a Fidel, en ocasión de su visita a esa nación en el mes de marzo de 1977.

Durante varias reuniones en Cuba se fue concibiendo el plan que respondiera a dicha solicitud. Primero se le denominó Angola Especial con el objetivo de desinformar al imperialismo yanqui. Constaba de dos etapas: de abril a agosto 1977 y de septiembre 1977 a enero 1978. En abril de 1977 se creó la Misión Militar Cubana en Etiopía (MMCE), etapa en la que se incorporaron junto a los asesores militares nuestros que ya se encontraban allá, trabajadores de la Salud para



prestar asistencia a la población. Ya en el segundo momento histórico, ante la agudización del conflicto somalí-etíope y con la previsión de nuestro máximo líder, al señalar «que las tropas invasoras somalíes se desgastarían y no podrían tomar el Ogaden ni otros territorios», indicó el 25 de noviembre de 1977 brindar la máxima colaboración en coordinación con la dirección del Partido y el Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Entonces se planificó la Operación Baraguá como homenaje a los cien años del hecho que protagonizara el lugarteniente general Antonio Maceo, al no aceptar para los cubanos una paz sin independencia.

Una vez tomada la decisión inicial, quienes conformarían el contingente cubano en la hermana república: miembros de los órganos de mando, principales unidades combativas y aseguramientos multilaterales, fueron despedidos por nuestro Comandante en Jefe y los principales jefes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Estos actos estuvieron organizados por el Estado Mayor General y el ministro de la institución.

Uno de los principales retos por delante, al cual se refirió el Comandante en sus intervenciones fue el teatro de operaciones militares donde actuaríamos. Entonces nos habló sobre la existencia de regiones montañosas, las grandes extensiones de zonas desérticas, pasos obligados, cambios climáticos y de la poca información con que se contaba dada la ausencia de cartas topográficas. Insistió en la buena comunicación que debíamos lograr con las tropas nacionales —se refería como posibles obstáculos a las costumbres alimentarias e idiomas diferentes—; pero, como cubanos al fin, estos elementos nunca impidieron las magníficas relaciones de trabajo, las cuales constituyeron pilares esenciales en cada momento de acciones conjuntas. Pronto manifestaron la preparación y habilidad de sus jefes, oficiales y tropas en el manejo de la técnica y en el cumplimiento de las decisiones que se tomaban. Sus fuerzas militares poseen una alta disciplina, capacidad de mando y liderazgo y muy buena actitud en el combate. Antes del primer enfrentamiento contra el enemigo, habían consolidado la cohesión entre sus formaciones regulares, la milicia y la población.

Estas páginas recogen la actuación en sentido general de los órganos de dirección a los distintos niveles, la participación de las unidades en el Frente Este y, en particular, el trabajo desarrollado por la Tercera

Brigada de Tanques (3BT): su estado mayor; batallones (1, 2, 3 BonT), batallón de infantería motorizado en (BMP); por los grupos de artillería terrestre: obuses 122 mm, 1, 2, 3 (G-O-122 mm), 1 grupo de cañones 130 mm (1 G-C- 130 mm) y de artillería reactiva (1G-BM-21); y destacamentos de aseguramiento combativo y logístico; la cobertura de la agrupación aérea cubana con las fuerzas revolucionarias, y la presencia activa de los combatientes internacionalistas yemenitas y especialistas militares soviéticos.

Para lograr la victoria sobre el invasor somalí, en solo cuarenta y dos días, constituyeron elementos decisivos la conjugación del arte militar durante la ofensiva al sur de Harar por la 3BT, con el apoyo de la artillería y la aviación; el traslado, reagrupación y restablecimiento de la capacidad combativa en Dire Dawa; su participación en los combates al norte de Dire Dawa y de Harar; la introducción de nuevas fuerzas; la salida a posiciones ventajosas; el rechazo de los contrataques del enemigo; el paso a la contraofensiva en la dirección sur de Jijiga y la marcha con parte de sus tropas en dirección a la frontera con Somalia en cooperación con la aviación, la artillería y otras fuerzas etíopes, la 10BT y los aseguramientos multilaterales.

Al referirse a la victoria alcanzada por etíopes y cubanos, el 15 de marzo de 1978, en ocasión del centenario de la Protesta de Baraguá, el Comandante en Jefe expresó:

Pero hay una flor especial, una corona, un homenaje a este centenario del glorioso general Antonio Maceo y es el cumplimiento exitoso de la misión internacionalista de Cuba en Etiopía. Es como un gran homenaje que le rinden sus hijos al general Antonio.

Y más adelante afirmó:

[...] los internacionalistas cubanos se caracterizaron por su extraordinaria eficacia y sus magníficas cualidades combativas. Es admirable cómo hijos de nuestro pueblo fueron capaces de marchar a un lugar tan distante y combatir allí como si hubiesen estado combatiendo en su propia patria [...]

También están reflejadas en este libro, las nuevas tareas de la Tercera Brigada de Tanques, tras concluir las acciones bélicas en Dire Dawa y

la visita de nuestro Comandante en Jefe al hermano país con motivo del cuarto aniversario de su revolución, momentos de encuentro con el pueblo, el ejército y los internacionalistas cubanos.

Convencidos de que las misiones internacionalistas son episodios significativos de la historiografía cubana, deben contarse, por eso emprendimos la elaboración de esta obra. Con el paso de los años, investigadores y escritores realizarán un trabajo más profesional y cohesionado del tema, con otros puntos de vista. Para entonces, además de utilizar como fuente documentos oficiales, dispondrán de las investigaciones y testimonios que los protagonistas de estas contiendas escribieron aun cuando sus nombres no aparezcan de forma física, porque cada uno de ellos es parte importantísima de la historia que relata estas páginas. Así el esfuerzo de hoy contribuirá a que el trabajo de mañana sea más creíble y completo.

AUTORES

# Litigio por el Ogaden

*La técnica procedente de la URSS, que tocaba puerto, era recibida por nuestros especialistas y los etíopes. Entonces recordaba cuando las unidades blindadas se formaban en Managua. Los jefes militares indagaban entre los voluntarios que nos habíamos presentado para formar parte de ellas:*

*«¿Quién de ustedes sabe manejar tractores, bulldóceres?» y quienes levantaban la mano eran destinados a conductores mecánicos de tanques. ¡Qué popular se hizo esa pregunta! Un método similar se empleó en el puerto de Assab.*

Miguel Ángel Lorente León





## Algo de historia: Fin del último emperador

---

---

En el denominado Cuerno Africano —debido a su parecido en el mapa a un cuerno de rinoceronte— donde también ocupan espacio Somalia y Djibuti, se encuentra Etiopía, conocida como Tierra de los rostros quemados,<sup>1</sup> cuyos orígenes se remontan al reino de Axum, existente ya en el siglo II a.n.e. Limita al norte con Eritrea, al sur con Kenya y Somalia, al este con Djibuti y Somalia, y al oeste con Sudán.

Antiguamente se denominaba Abisinia y Alta Etiopía, su formación se produjo a partir de la fusión de las culturas kushita y sumita. Fue una de las civilizaciones más antiguas de África, solo superada por la egipcia, asentada mucho antes en el valle y el delta del río Nilo. Además del amárico como idioma oficial, ellos hablan inglés, árabe, oromo y otros dialectos locales.

Un intento de golpe de Estado en 1928 provocó que la soberana Zauditu traspasara el poder a Ras Tafari Makonnen. Pasados dos años murió y este fue proclamado emperador con el nombre de Haile Selas-

<sup>1</sup> Significado de la palabra Aithiopia, utilizada por los antiguos griegos para referirse a cualquier lugar de África situado al sur de Egipto.

sie I, descendiente directo del rey Salomón y la reina de Saba.

Lo conocieron también como Rey de Reyes, Elegido de Dios y León de Judea. Su última etapa de gobernación se extendió del 5 de mayo de 1941 al 12 de septiembre de 1974. Desde que ocupó el trono puso especial empeño en consolidar el poder de los terratenientes y las bases del sistema feudal, mientras grandes masas de obreros y campesinos sumidas en la mayor pobreza y muchísimas enfermedades, vivían bajo los efectos de una gran depresión económica.

A partir de 1965 se produjeron importantes manifestaciones estudiantiles en contra del régimen feudal y monárquico de Haile Selassie. El pueblo demandaba reforma agraria, atención a la inmensa masa de mendigos que deambulaban por las ciudades y la eliminación de la corrupción en las altas esferas del Gobierno, entre otras exigencias.

Pero esta situación se agravó por enormes hambrunas a consecuencias de la prolongada sequía que sufrió el país y por el ascenso brusco de los precios del combustible y otros productos básicos para la población, mientras el emperador amasaba una fabulosa fortuna y el capital extranjero invertía con desenfreno en sectores no productivos de la economía.

Wolo, al noreste de Etiopía, y Tigray son ejemplos de lo sucedido. Se estima que entre 1972-1974 murieron unos 200 000 habitantes debido a la sequía. Se trata de una región muy conocida por sus malas cosechas y la escasez de alimentos. La crisis general del petróleo en 1973 provocó un escenario devastador en el país: la hambruna desencadenó un episodio arduo en extremo, empeoró la realidad de las masas y socavó el apoyo del Estado. Este riesgo continuo de hambre contribuyó, como es lógico, a la desestabilización del emperador; y los funcionarios corruptos, por su parte, trataron de encubrir la crisis dándoles la espalda.

La combinación de estos factores devino en una ola de huelgas que cobró cuantiosas víctimas, surgieron numerosas conspiraciones en la mayoría de las unidades militares, todo ello desembocó en una revolución popular que depuso al emperador el 12 de septiembre de 1974, el cual fue confinado a la base aérea de Debre Zeit. El nuevo proceso abolió la constitución imperial y disolvió el viejo parlamento feudal.

## Nuevos aires soplan en Etiopía

A pocos días del triunfo revolucionario se creó el Consejo Administrativo Militar Provisional (CAMP), que de hecho se convirtió en el máximo órgano de poder; lo integraban representantes de las Fuerzas Armadas de Etiopía (FAE), la Policía y el Ejército Territorial. Este órgano puso en práctica, de inmediato, un conjunto de medidas de carácter popular: nacionalizó las grandes industrias, los bancos y compañías de seguro; realizó la reforma agraria y urbana; se crearon los sindicatos de nuevo tipo; agrupó a los campesinos en una asociación revolucionaria; organizó las milicias populares y la defensa del país con más de 100 000 efectivos; inició la alfabetización para desaparecer la horrenda cifra de analfabetos, que ya arribaba al 90 % de la población.

A partir de este momento los designios estuvieron a cargo de Mengistu Haile Mariam, quien el 20 de diciembre de 1974, proclamó el carácter socialista de la revolución basada en tres pilares esenciales: igualdad, hermandad y armonía, y llamó a la unidad como objetivo sagrado de la nación.

Con el objetivo de derrotar la reacción interna, alimentada por la campaña desatada por Somalia ante el camino escogido por Etiopía, el 4 de febrero de 1975 en una gigantesca manifestación de respaldo a Mengistu, el pueblo solicitó armas para combatir y defender su proceso. Semanas más tarde, el 12 de abril, con el lema «Tu lucha es mi lucha, tu guerra es mi guerra», el presidente llamó al pueblo a prepararse para defender la revolución y salvaguardar la unidad y la soberanía nacional; creó los destacamentos armados, tanto en las ciudades como en las asociaciones campesinas, anunció como fecha oficial de la fundación de las Milicias Populares el 5 de abril de 1975 y orientó, además, la constitución de un Partido Obrero.

Luego de esta nueva victoria, el imperialismo yanqui y los países integrantes del bloque de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (Otan), apoyados por algunos naciones árabes, entre ellas, Irán, Arabia Saudita y Egipto, comenzaron la aplicación de una política hostil. De ahí que Etiopía rompiera sus lazos con el imperialismo yanqui y sus países élites: canceló los programas de asesoría y de suministro de armamento acordados con EE.UU., que les había facilitado equipo militar muy moderno para sus fuerzas; ordenó cerrar la estación de recogida de señales de la CIA, ubicada en Kagnew, cerca de Asmara,

la actual capital de Eritrea, además de otras instalaciones. Mejoraron y se fortalecieron las relaciones con los países socialistas, en particular, con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

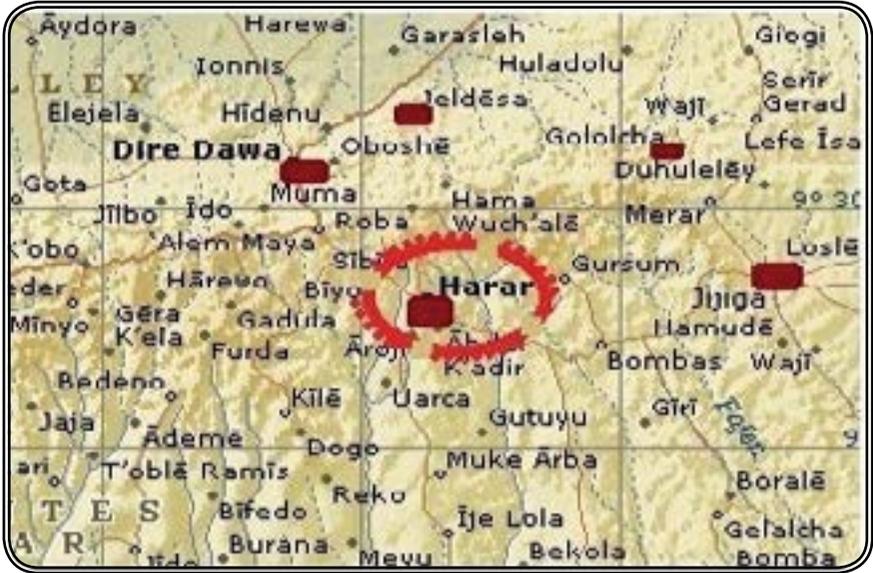
## Somalia no abandona sus ideas expansionistas

El país más oriental del continente, situado en la punta del Cuerno de África y con la importancia histórica de haber permitido, por su larga costa (3025 km), el comercio del Oriente con África Oriental y ser en la actualidad paso obligado hacia el canal de Suez, no había perdido la esperanza de conformar una gran nación y adueñarse de las riquezas vecinas. Para ello se había trazado el objetivo de unir y apoderarse de los territorios del Ogaden, Kenya y Djibuti.

En 1964 —a pesar de encontrarse entre los fundadores de la Organización para la Unión Africana—, había intentado tomar el Ogaden. Fracasado tal propósito, con la ayuda de curas y misioneros reclutó elementos de ese territorio y de Harewa para constituir un grupo de bandidos e introducirlos en la política etíope. Estos fueron expulsados al año siguiente.

A esta maniobra, sucia y escabrosa, le siguió capturar a oficiales, desde Daga Habur hasta Kebri Dehar, trasladarlos a Mogadiscio, la capital de Somalia, e integrarlos al partido del Frente de Liberación Somalo-Occidental (FLSO). Desde esta posición enviaban mensajes a compañeros suyos, que comenzaron a sumárseles.

La actividad propagandística tomó impulso mediante el FLSO. Los medios de comunicación y discursos antietíopes, en torno a la formación de la Gran Somalia se ocuparon de ello. Tomaba vigencia la añeja pretensión alimentada por los británicos que contemplaba la apropiación somalí del desierto del Ogaden y otros territorios.



Importancia estratégica al inicio de la guerra Harar.

## Se fragua la embestida de Somalia

Su presidente, desde el 21 de octubre 1969, militar y político Mohamed Siad Barre, se había inclinado al inicio por un Estado socialista, apoyado en lo fundamental por los soviéticos; pero en 1977 rompió las relaciones con la URSS. Este momento fue aprovechado por Estados Unidos para prestarle «ayuda» al régimen y enfrentarlo al Gobierno etíope durante la etapa que duró el conflicto. En este último año los presidentes de ambos países africanos firmaron el proceso de paz.

Ya, desde finales de 1976 tenía desplegado alrededor de unos cuarenta mil bandidos en Sidamo y Harar con misiones concretas de cortar las líneas de comunicación y asesinar a las principales autoridades del Ogaden. El 19 de marzo 1977, las tropas nacionales comenzaron a enfrentar a fuerzas regulares enemigas. Días posteriores, el Gobierno de Somalia dividió la provincia de Harar en tres sectores, respaldó cada uno con sus llamadas fuerzas de liberación: Daga-Habur, con ocho mil bandidos; Jijiga con diez mil y Harar con quince mil.

Ese mismo mes el gobierno liderado por Mengistu Halem Mariam, dispuso cerrar los puestos fronterizos y prohibió la entrada y salida de sus habitantes.

Cuando las grandes potencias y la reacción árabe observaron que la revolución se radicalizaba, incitaron a Somalia a una guerra de rapiña hacia el oeste, por el dominio del Ogaden. En consonancia con el histórico diferendo con el país vecino, Somalia, bajo la dirección de Mohamed Siad Barre, se dedicó a crear injurias y condiciones políticas a fin de alejar a Etiopía del camino hacia el campo socialista. Entre tanto, estrechaba sus vínculos con occidente y los países árabes opositores —Sudán, Egipto y Arabia Saudita—, sembrando y haciendo públicas sus divergencias con la URSS, dada la asistencia militar que le brindaba a Etiopía.

Confiado en la asistencia de esos países, debido a los grandes intereses imperialistas con respecto a Etiopía, Somalia decidió invadir con todo tipo de efectivos de sus fuerzas armadas y del Frente de Liberación Somalo-Occidental.

## Posición del Gobierno y Estado cubanos

Durante la semana del 20 al 27 de febrero de 1977 una delegación del Partido Comunista de Cuba realizó una visita de trabajo a Etiopía. En el transcurso de las conversaciones con las autoridades, entre otros asuntos de interés, estas solicitaron a Cuba ayuda militar para la preparación de sus fuerzas armadas con el objetivo de fortalecer su defensa ante la situación que presentaban.

Una serie de reuniones con la dirección del Partido y de las FAR, presidida por el segundo secretario del Partido Comunista de Cuba, general de ejército Raúl Castro, sucedieron los días 23 y 24 de marzo de 1977, en Cuba, para analizar la posibilidad de conceder la ayuda militar al país hermano e impartir indicaciones preliminares para su planificación.

El Estado Mayor General de las FAR (EMG-FAR) venía trabajando de forma paralela en la confección de dicho plan. Se hicieron los cálculos necesarios y documentos con vistas a la operación que al inicio se denominó Angola Especial; con este nombre se enmascaraba la actividad. El 25 de marzo se le presentó al Comandante en la nación angolana, donde estaba en visita de trabajo.

Allí fue aprobado el proyecto, concebido entonces para dos etapas: la primera con duración de cinco meses —de abril a agosto—, incluía: organización de cursos y cursillos para jefes de batallones, compañías y pelotones (2093 oficiales); organización de la dirección general de las milicias y 14 regimientos para un total de 43 820 efectivos; asesoramiento a las tropas para la eminente agresión; y la ubicación del armamento y transporte para la misión militar que debía crearse.

La segunda etapa, con una duración también de cinco meses —septiembre 1977 a enero de 1978— mantenía el asesoramiento a las tropas en la preparación, planificación y realización de la guerra; además del envío de transporte para el traslado oportuno de las tropas al frente de batalla; la preparación de los cuadros de mando de las milicias; el perfeccionamiento de la estructura y organización de las milicias y el incremento de sus fuerzas hasta 84 700 efectivos.

## En marcha la primera etapa

La salida de los primeros combatientes internacionalistas (asesores) se produjo el 31 de marzo 1977, luego sucedieron otras. La idea inicial contaba con que fueran 239 oficiales, 927 sargentos y soldados, pero solo partieron alrededor de 200 de la cifra general. Durante esta etapa de colaboración, la cantidad de militares cubanos variaba con frecuencia, pues algunos especialistas al concluir su tarea regresaban y otros se incorporaban, según las necesidades. También llegó un grupo de cien compatriotas civiles —médicos, enfermeras y técnicos de la Salud—, para prestar asistencia médica a la población.

En abril se organizó la Misión Militar Cubana en Etiopía (MMCE). La jefatura estuvo a cargo del general de división Arnaldo Teovigildo Ochoa Sánchez, quien contó con un reducido grupo de trabajo, el cual fue creciendo en dependencia de las necesidades que impuso la propia guerra.

Elio Leal Graverán

Yo era jefe de Sección en la Dirección de Armamentos del Minfar. Por mi jefe supe que me habían designado para una misión internacionalista con igual responsabilidad en la MMCE. Mi primera tarea fue organizar y almacenar la carga de pertrechos y municiones en

el barco *Bahía de Cochinos*, anclado en el puerto del Mariel, al mando del coronel René Núñez Alvarado.

El 2 de abril zarpamos y pusimos proa hacia la República Popular de Angola, llegamos a Luanda y fondeamos en la afueras del puerto. Nos visitó el jefe de la MMCA, general de división Abelardo Colomé Ibarra, y allí se ultimaron una serie de tareas para proseguir viaje a nuestro destino final.

Tras los abastecimientos del barco, trabajo que se realizó con máxima discreción, el jefe del estado mayor de la Retaguardia, mayor Enrique Ávila Guerrero, supervisó la carga.

A nuestra arribo a la capital de Etiopía —Addis Abeba—, nos recibió el jefe EM-MMCE, teniente coronel Ramón Andollo Valdés, y nos dirigimos al Palacio Imperial, donde vivían los primeros compañeros que habían llegado desde hacía algo más de un mes. Fundidos en un abrazo quedó sellada la alegría de ese encuentro.

De inmediato recibí instrucciones: comenzar la asesoría al jefe de Armamento del Ejército etíope, coronel Teresa, y preparar las condiciones y la base material de estudio de conjunto con los nacionales para enseñar el empleo de las armas a los miembros de las futuras unidades de milicianos.

No podíamos perder de vista que estas fuerzas procedían de diferentes etnias, cuyos dialectos y costumbres eran diversos y muy pocos hablaban inglés; además la mayoría era analfabeta, como igual la cantidad de compañeros que nunca habían usado zapatos. Hubo que acostumarlos, primero, a utilizar tenis para que pudieran calzar después las botas. Esas eran las condiciones existentes. Teníamos que reducir el tiempo de adiestramiento, porque en ese momento el Ejército de Etiopía y buena parte de la Policía combatían en Eritrea, al oeste del país contra la guerrilla compuesta por más de 60 000 hombres en una lucha que llevaba más de dieciséis años para ser un Estado independiente. De ocurrir una invasión de Somalia, no contarían con personal suficiente para rechazarla, como realmente sucedió.

El sitio escogido para organizar y preparar a más de cien mil milicianos se encuentra a unos 20-30 km en las afueras de Addis Abeba, se conoce como Tatek (valle de la carne). También se utilizó una escuela de especialistas menores cercana a este lugar.

Alternando los trabajos de asesoramiento en el Ministerio de Defensa con la preparación de las milicias, se fue logrando la instruc-

ción de esta fuerza. Empleábamos como modalidad fundamental la enseñanza práctica a grupos de estudio de 40-50, no más; y los aventajados luego les trasmitían los conocimientos a sus compañeros. Muchos se convirtieron en profesores; utilizamos el mismo método que en Cuba, siguiendo las indicaciones de nuestro Comandante en Jefe al triunfo de la Revolución, pues muy pronto nos dimos cuenta de cuánto demoraban las clases. A veces era necesario hacer tres o cuatro traducciones del inglés a sus dialectos. Así pudimos avanzar.<sup>2</sup>

Nuestro país intentó mediar entre las dos partes, pues con ambas naciones mantenía magníficas relaciones, como miembros de la Organización de Países no Alineados. Por esta razón, el 16 de abril de 1977 el Comandante Fidel Castro se reunió en Adén (Yemen), con Siad Barre y Mengistu Haile Mariam, también participó el presidente yemenita Ali Rubayi. Mengistu manifestó su disposición de dialogar. En cambio, Siad Barre se mostró intransigente en sus ambiciones expansionistas y muy seguro de su poderío militar, aunque al final del intercambio prometió no atacar.

Pasados unos días, en aquel mismo periplo por varios países del continente, Fidel visitó Etiopía; de nuevo se le solicitó la ayuda militar a Cuba. Aunque ya se conocía de esta petición, el Comandante la trasmitió al segundo secretario del Partido y ministro de las FAR, general de ejército Raúl Castro Ruz, con la indicación de que fuera analizada por el Partido, el Gobierno, el Estado y de manera particular por la institución que él dirigía.

Confiada en la promesa del presidente somalí, de que no existirían más conflictos fronterizos aunque Etiopía siguiera la construcción del socialismo, esta retiró un tercio de la Tercera División de Infantería Motorizada (DIM), pero la nación litigante no cumplió su palabra: introdujo bandidos para ocupar el Ogaden, con instrucciones de no combatir ni dejarse ver. Cada uno de estos grupos contaba con cierta cantidad de militares del ejército regular, un ingeniero, un traductor y

<sup>2</sup> Testimonios como este, sin referencia al pie de página, fueron concedidos al autor para este libro. Se conservan en su archivo personal.

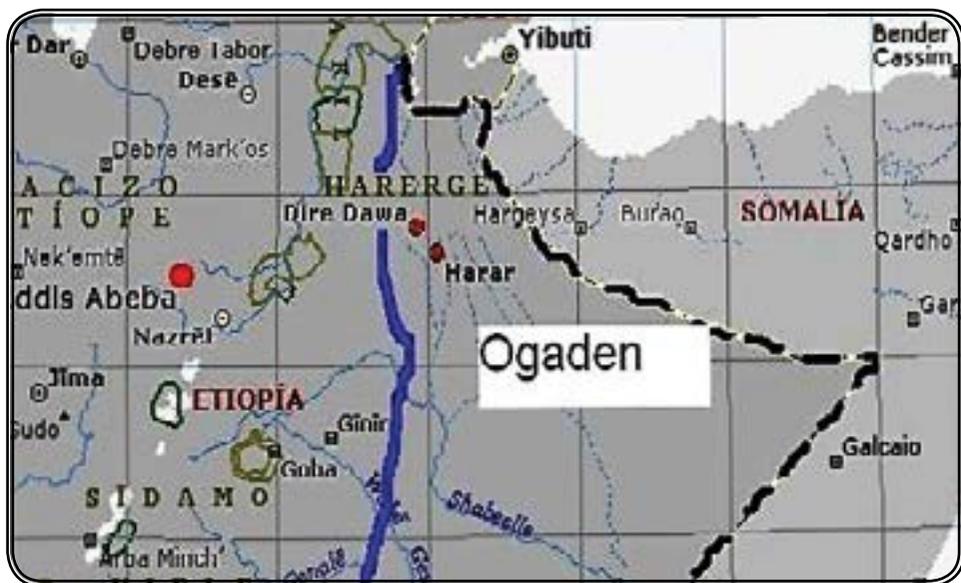
un médico. Alrededor de las fronteras al sur de Kebri Dehar, Anano Mite y Wody, organizaron centros donde los soldados eran entrenados en infiltración, ingeniería y armamento. Trascurridos seis meses los enviaban a diferentes zonas.

Su proyecto expansionista tenía como objetivos, entre otros, apoderarse de territorios fértiles, fomentar la agricultura y explotar en provecho propio el combustible y los minerales existentes en las regiones de su interés. Aunque los somalíes pretendían justificar la agresión como una supuesta guerra de liberación de las áreas que les habían pertenecido, se enfrascaron en un plan mezquino al falsear la historia y envenenar la conciencia de un pueblo valiente, al cual condujeron a una guerra injusta y fratricida tres meses después.

Esta embestida resultaba una falta a la palabra empeñada y un gran error político de los dirigentes somalíes, por lo que tal decisión fue criticada con fuerza por Cuba, la URSS y otros Estados. Interrumpían los esfuerzos del proceso renovador y demostraron el Ejército, Estado y dirigentes principales que su ideología prevaleciente era el chovinismo. Con la descabellada idea de crear la Gran Somalia, desconociendo los límites de varios países, entre ellos Etiopía —reconocidos por la Organización de la Unidad Africana (OUA) desde la conferencia constitutiva en 1963—, se apoderarían, por lo menos, de un tercio del Ogaden.

Este hecho alertó a la dirección cubana y en especial al Comandante en Jefe; las promesas de Siad Barre no habían sido convincentes, por lo tanto, era necesario prepararse para enfrentar la agresión o al menos estar prevenidos. Al líder cubano no se le iba una, siempre alerta. Sobre este aspecto, en su discurso por el centenario de la Protesta de Baraguá, el 15 de marzo de 1978 hizo la siguiente reflexión:

Hoy nosotros nos damos perfecta cuenta de que cuando nos reunimos en el mes de marzo del pasado año, en Adén, con los dirigentes somalíes, ya ellos tenían totalmente elaborado el plan —que realizaron más tarde— de invadir a Etiopía, porque creyeron que esa era la oportunidad histórica, en la que el imperia-lismo yanqui y los países de la Otan iban a recibir con los brazos abiertos la noticia de la invasión de Etiopía.



Territorio que pretendía ocupar Somalia (320 000 km<sup>2</sup>).

Miguel Ángel Lorente León

Llegué en el mes de mayo. Fui uno de los siete cubanos del segundo grupo que partí a ese país. Allí había igual cantidad de compatriotas. Nuestra encomienda consistía en entrenar y asesorar a los etíopes con los blindados Sherman y los M-47 —ambos americanos—. Esa era la técnica con la cual contaban, tanques pesados y medianos que no se encontraban en buen estado técnico, pero había que utilizarlos. Cada día nos trasladábamos en el avión del presidente hasta la ciudad de Nazret, distante unos cien kilómetros.

Poco a poco se fue incrementando el grupo, llegaron especialistas en tanques y medios de comunicaciones, así como un traductor, ya éramos dieciocho compañeros. Nos trasladamos en avión para el puerto de Assab.

La técnica procedente de la URSS, que tocaba puerto, era recibida por nuestros especialistas y los etíopes. Entonces recordaba cuando las unidades blindadas se formaban en Managua. Los jefes militares indagaban entre los voluntarios que nos habíamos presentado para formar

parte de ellas: «¿Quién de ustedes sabe manejar tractores, bulldóceres?» y quienes levantaban la mano eran destinados a conductores mecánicos de tanques. ¡Qué popular se hizo esa pregunta! Un método similar se empleó en el puerto de Assab, solo que ahora estábamos a 12 460 kilómetros de nuestra patria y en escenarios más difíciles, si tenemos en cuenta el idioma, las condiciones del terreno y climatológicas, pero la disposición del nativo en guerra siempre fue muy positiva y este primer grupo de internacionalistas cumplió con creces su encomienda.

En un intensivo práctico de tres a siete meses logramos preparar a cinco batallones de tanques. El adiestramiento de los tanquistas fue duro, se realizaba en una región abrupta con temperaturas que ascendían a 40 grados Celsius. Una vez terminado ese periodo, debíamos trasladarlos al frente de combate, distante 980 km. El último fue el del mayor Guasijun Negat.

Después de haber recorrido 820 km con esta unidad hasta el poblado de Asbe Terife, donde hicimos una parada breve, llegó un yipi enviado por el jefe de la Misión con la orden de regresar a Addis Abeba con los cubanos a mi mando y que los etíopes continuaran hacia el Frente. Nos despedimos del jefe Guasijun y el resto de los compañeros. Corría la segunda quincena de octubre. Fue una despedida difícil, luego de casi ocho meses con ellos se habían forjado profundos lazos de amistad y camaradería.

Regresamos a la capital con la sensación de ser como una especie de capitanes araña. Nos parecía que los habíamos abandonado. Allí nos recibió el teniente coronel Ramón Andollo, pregunté por el jefe, y me dijeron que estaba con el presidente Mengistu en Cuba. Acto seguido, añadió:

—¡Agárrate, debes irte para Cuba!

—¿Qué coño pasa? —pregunté tras sentir como si un jarro de agua fría me cayera encima.

Ante mi cara de asombro e incomodidad, como siempre ocurre en estos colectivos de cubanos, Ramón Andollo, Núñez Alvarado y el teniente coronel Eduardo Ramos Machado, oficial para el Trabajo Político, se echaron a reír mientras me miraban. Yo no entendía si con alegría o tristeza. Mi grupo se quedó en Addis Abeba. Yo tomé el avión para Cuba donde permanecí unos días de vacaciones.

Simultáneamente nuestros asesores entrenaban al personal en las regiones militares o en las propias escuelas de valle Tatek y Hollota, superando la diferencia de idioma y el frío intenso. Los milicianos en corto periodo de tiempo asimilaban la preparación, a través de ejercicios prácticos de tiro y maniobras de pelotón-compañía a fin de lograr una mejor cohesión. Siempre mantenían la disposición de partir al Frente.

Durante esa etapa el Gobierno somalí intensificó el apoyo a las etnias aliadas del FSLO, continuó el asedio constante sobre los lugares donde radicaban asesores cubanos y soviéticos, realizó infiltraciones a gran escala con fuerzas de hasta ocho batallones regulares, tratando de tomar los puntos más importantes del Ogaden, los cuales fueron rechazados con violentos y encarnizados combates. Las milicias, fundadas el 5 de abril, y las tropas regulares respondieron dando muestra de valor en el campo de batalla y prestos a defender sus conquistas.



# Ciento ochenta días de resistencia

—Lorente, ¿ustedes están listos?

—¡Sí, presidente! —le respondí sin titubear.

—¿Ahora mismo? —volvió a preguntar, esta vez con asombro.

—¡Ahora mismo! Estamos listos para entrar en combate.

De inmediato giré sobre mis talones y di la orden a la tropa:

—¡En combate!

Los tanquistas ocuparon su técnica. Con la seguridad de que ya estaban preparados, grité:

—¡Arranquen... motores...!





## Se intensifica la agresión

---

---

Ante el reciente e inesperado fracaso, el enemigo reaccionó y el 23 de julio de 1977 la invasión se tornó a gran escala. Se mantuvo introduciendo fuerzas de manera progresiva hasta el día 29 y el ataque lo dirigieron en las direcciones: dos golpes convergentes sobre Jijiga, uno sobre Dire Dawa y dos sobre Harar. Para lograr su empeño desplegó 34 brigadas de infantería, motorizadas y de tanques, con 50 000 hombres; 350 tanques T-34 y T-55; 350 blindados y 600 piezas de artillería. La aviación, desde el 21 de julio, con 50 aviones MiG-17 y MiG-21, asestó estragos al Ejército nacional. El mismo día que invadió el cielo etíope le derribó un DC-3.

Los defensores contaban con 55 000 efectivos y en el Ogaden solo se enfrentaban a la arremetida elementos de la Tercera División y otras pequeñas unidades, con 10 200 hombres en total, 45 tanques M-41/M-47, 48 piezas de artillería y 10 cañones antiaéreos. Aunque movilizaron a 100 mil milicianos que resistieron con bravura, la superioridad en equipamiento y preparación era tal, que apuntaba su derrota.

Como es de esperar, las manos del imperio siempre presentes arrastraron a los dirigentes somalíes a plegarse a Estados Unidos y a los países de la Otan que, aunque conocían de la invasión que se gestaba, callaron —característica de nuestro común enemigo—. Encantado les suministraban armas y sonreían en los foros internacionales mientras esperaban que fuera muy pronto la victoria. La prensa

reaccionaria tampoco hizo alusión al tema. Desde antes de producirse la agresión, el Gobierno somalí con todos sus medios propagandísticos había incrementado de manera considerable su campaña difamatoria y provocadora contra el Gobierno etíope, también el asedio a los asesores soviéticos y cubanos, a la vez que aumentaban su poderío militar en número de unidades regulares y de bandidos. Eran tiempos en que sus ojos brillaban ante la idea de la Gran Somalia.

Tal situación aceleró la preparación de los agredidos. Sus principales dirigentes y jefes militares permanecían frente a las tropas. «Todo para el Frente» era la consigna de esos días. La nación estaba en pie de guerra. Su economía y el resto de las instituciones se mantenían en línea con sus dirigentes. Peligraba el Estado que, desde el 12 de septiembre de 1974 dirigía el Comité Administrativo Militar Provisional, presidido por el teniente coronel Mengistu Haile Mariam.

Con el ataque traidor y conjurado, los somalíes se habían propuesto objetivos estratégicos: concentrar los esfuerzos en la toma de Harar, mediante varios golpes con sus agrupaciones terrestres auxiliadas por la artillería y la aviación, con el interés final de apoderarse de unos 320 mil km<sup>2</sup> del Ogaden.

Este gigantesco plan de sus altos dirigentes se propusieron ejecutarlo en una semana —qué ilusos fueron—. No contaron con la heroicidad de los nacionales al defender palmo a palmo lo suyo. No contaron con que las armas valen, lo que el hombre que las maneja. Ese fue su primer chasco. Los propios estadounidenses posteriormente valoraron al guerrero etíope como uno de los mejores en la región, y así lo recordamos quienes tuvimos la oportunidad de batirnos junto a ellos, codo a codo.

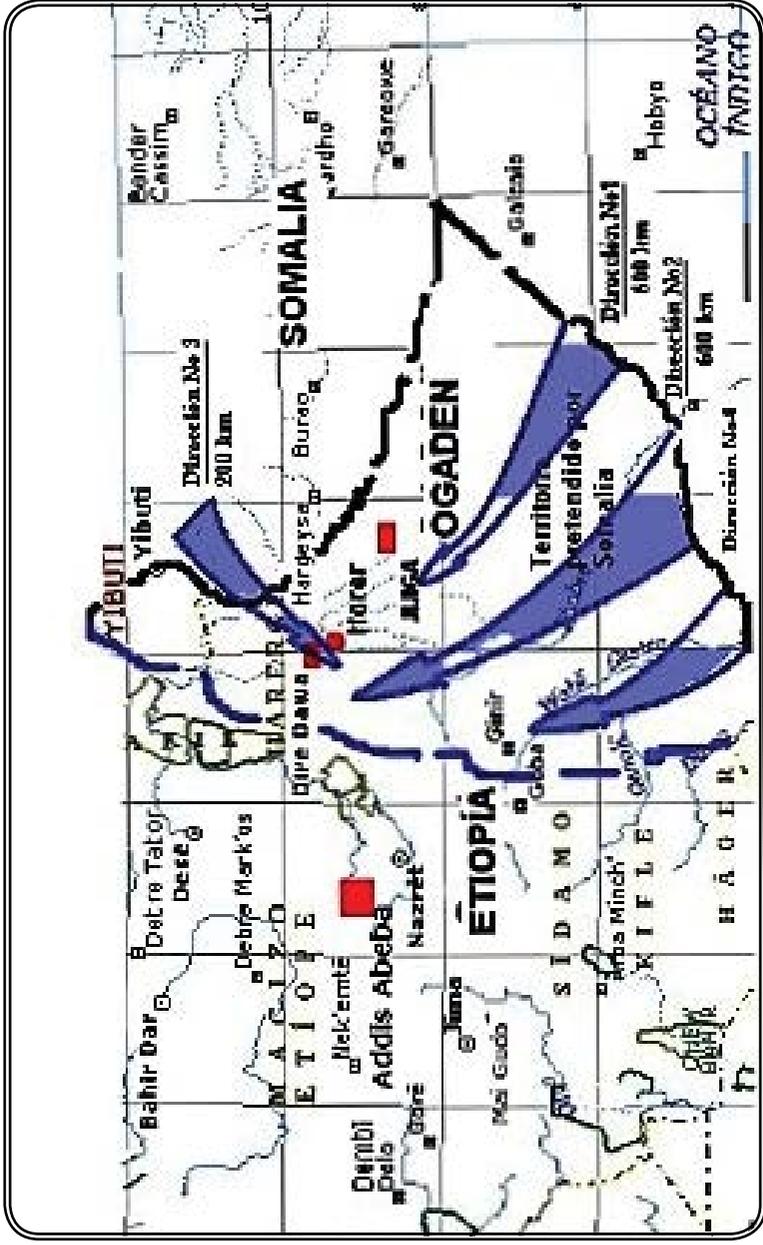
Replegándose y atacando, los somalíes retrasaron el plan concebido para varias semanas, a pesar de estar favorecidos por el factor sorpresa. Para capturar Jijiga emplearon cincuenta días; en la dirección de Dire Dawa, veintidós, y solo pudieron llegar hasta el aeropuerto donde, obligados, se retiraron hacia Harewa. En estas dos direcciones sufrieron significativas pérdidas en armamento y hombres. Harar, el punto más débil de la defensa, quedó rodeado por los invasores a través de acciones a pequeñas escalas sobre la ciudad. Ahí reagruparon parte de sus fuerzas y medios.

En septiembre, al ocupar las alturas dominantes del paso de Marda, tuvieron en sus manos los accesos estratégicos a la ciudad de Harar. En

Dire Dawa también habían alcanzado posiciones ventajosas después de veintidós días, y aunque fueron rechazados en los combates del 15 y 17 de agosto, pasaron a la defensa enmascarando muy bien sus posiciones y controlando las vías de comunicación entre Djibuti y Etiopía.

A pesar de la resistencia de las unidades etíopes, los planes del adversario en ambas direcciones se venían consumando con la toma de Harar, Dire Dawa y los accesos a estas ciudades. Ya acariciaban el dominio militar del Ogaden.

Con la llegada de septiembre, octubre, noviembre, vinieron las intensas lluvias; estas no interrumpieron la defensa que se mantenía progresiva mientras disminuía el ritmo de las acciones del contrario. Ya en octubre se hallaba estancado en el Frente Este y Sur y le fue imposible continuar su ofensiva, aunque siguieron reforzando los dos frentes con nuevas fuerzas.



Ideas de las acciones de los somalíes.

## Visita del presidente de Etiopía a Cuba

En el mes de octubre, Mengistu Haile Marian visitó a Cuba en un periplo que incluyó la República Democrática Alemana y terminó en la URSS para participar en los actos por el sesenta aniversario de la Revolución de Octubre.

En su encuentro con el presidente cubano, este le preguntó:

—¿Tiene idea de las bajas de Siad Barre en esta aventura?

A lo que Mengistu respondió:

—En los choques en el Ogaden meridional, como nuestras defensas estaban a cargo de la infantería, no creo que se haya hecho mucho daño; pero en el intento de apoderarse de Jijiga y Dire Dawa, la contraofensiva aérea y las unidades mecanizadas de infantería le han causado numerosas bajas. Ha perdido gran cantidad de medios de mando y hombres; actualmente atraviesa las mismas dificultades que nosotros.<sup>3</sup>

En esa reunión Cuba decidió donar 10 000 toneladas de azúcar a Etiopía para compensar la situación económica interna, disminuida por el llamado de los reservistas a fila y como una ayuda adicional, si Sead Barre incrementaba la agresión.

## Nuevas fuerzas contrarias

En la segunda mitad de noviembre rompieron la calma relativa. Luego de casi dos meses en que se habían limitado al intercambio de disparos de artillería y a ataques breves para mejorar posiciones, revitalizaron los enfrentamientos e introdujeron nuevas fuerzas: brigadas tipo B que se preparaban desde agosto y unidades de policías y ciudadanos que habían reclutado en las zonas invadidas. Al mismo tiempo aceleraron la formación de personal en su territorio, incluyendo el llamamiento a jóvenes entre doce y trece años.

<sup>3</sup> Centro de Estudios Militares (Cemi): «Estudio sobre la Misión Militar Internacionalista en la República de Etiopía (1977-1989)», 2014, p. 55.

En esos ataques reiterados por la toma de Harar, a costa de grandes pérdidas, logró aproximarse solo a 10 km de la localidad de Kembolcha (20 km al norte de Harar) y retrocedieron en los sectores de Gorey y norte de Dire Dawa.



Último intento por tomar Harar.

Al cierre de la primera etapa y principios de la segunda —agosto-septiembre— la composición de la Misión Militar Cubana se mantuvo sin cambios significativos: 280 internacionalistas de distintas especialidades dedicados a sus labores de asesoramiento en el Ministerio de Defensa, una pequeña cantidad en las regiones militares y la mayor en los centros de preparación del personal.

Durante esos meses, el Comandante en Jefe, el ministro de las FAR y el Estado Mayor General analizaban en largas jornadas de trabajo el estado del teatro de operaciones militares, tomaban decisiones que enviaban al jefe de la MMCE, a fin de que se cumplieran y transmitieran las recomendaciones necesarias al mando de las Fuerzas Armadas de Etiopía.

El conflicto crecía a diario, las confrontaciones entre el Ejército somalí y las unidades etíopes continuaban en las direcciones de Harar y Dire Dawa. El enemigo intentaba cercar estas ciudades y cortarles las vías de comunicación. Ante la situación en el Frente, el Gobierno solicitó a Cuba el envío de tropas.

Luego de los análisis correspondientes, el presidente cubano le respondió a su homólogo que, por razones políticas, en ese momento no era conveniente la participación directa de nuestros hombres; que él consideraba que su pueblo y Ejército, con la alta tenacidad de lucha demostrada, serían capaces de desgastar y derrotar a los somalíes, siempre que se enarbolara la consigna por la dirigencia de «Todo para el Frente» y se fuera consecuente con ella.

Pero, a partir del incremento de los asaltantes en noviembre 1977, la situación para las Fuerzas Armadas de Etiopía se tornó tensa y compleja, por lo que el 25 de ese mes el Buró Político, a propuesta del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, acordó brindarles la máxima colaboración en estrecha coordinación con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

## En marcha la Operación Baraguá

Para los cubanos inició la segunda etapa. Dentro del cúmulo de actividades y misiones que cumplía la MMCE, Fidel fue muy claro y certero al puntualizar que las tropas nuestras actuarían en el Frente Este para rechazar a los somalíes; que solo llegaríamos hasta la

frontera, ni un paso más allá; y por último, que no participaríamos en el conflicto con los eritreos, pues se trataba de un problema que debía resolverse entre ambas naciones.

El 3 de diciembre de 1977, cuando se ampliaba la colaboración con el hermano país y se definía qué se podía hacer, Fidel precisó dos líneas estratégicas que no se podían perder de vista: Harar, por su posición geográfica y por constituir un nudo de comunicación importante; y la segunda, el puerto de Assab, vía para la salida y entrada del exterior.

De inmediato partieron 150 especialistas de artillería y el personal suficiente para estructurar y preparar las nuevas escuelas de milicias e inició el proceso de selección de quienes integrarían un batallón de tanques, y el análisis de la posibilidad de incorporar pilotos de combate. Ya Cuba y sus fuerzas armadas entraban de lleno en el conflicto. Se desencadenó el aviso y llamada a filas de cientos de reservistas. Oficiales, sargentos y soldados de las unidades permanentes recibían indicaciones. Muchos no sabíamos dónde era la tarea, pero la voluntariedad se hacía sentir en cada uno de los movimientos que efectuamos. Los compañeros se acercaban para que lo tuvieran en cuenta. La efervescencia revolucionaria e internacionalista totalmente espontánea crecía a diario a lo largo de todo el país.

Desde el inicio de la planificación y preparación de la Operación Baraguá, se coordinó con el Gobierno y el Partido de la Unión Soviética, para solicitarles su ayuda. La respuesta fue positiva y eficiente. Al mando del general de ejército Vasili V. Petrov y del teniente general Dolnikov, participaron 1500 asesores soviéticos. Establecieron un puente aéreo y enviaron buques con la técnica militar hacia el puerto de Assab. Su colaboración fue decisiva para equipar y formar las unidades de tropas cubano-etíopes, así como su traslado y ubicación en el Frente. La conjugación de estos dos factores, el arribo de los internacionalistas cubanos y la llegada de la técnica soviética, permitieron detener al invasor y más tarde propinarle una derrota contundente.

La máxima dirección del Gobierno y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias se mantenían atentas a cuánto ocurría en el teatro de operaciones; intensas horas de trabajo dedicaban al desarrollo de los acontecimientos. Como resultado de sus análisis tomaban decisiones que con inmediatez se cumplimentaban. Aguda e ininterrumpida fue la labor de los primeros oficiales —enlaces— que mantenían un constante flujo de intercambio con las autoridades del país y el estado

mayor de la MMCE con la garantía de que cada notificación recibida era segura y eficaz para las disposiciones de nuestros principales jefes.

La dirección del país y de las FAR vivían momentos históricos. Cada decisión requería de un conjunto de profundos análisis, pues nuestras tropas no se habían retirado aún de Angola, producto de las amenazas que seguía representando la presencia sudafricana para la independencia total de ese país.

## Artilleros y tanquistas rumbo a Etiopía

La asistencia solidaria al Gobierno etíope consistió en el envío inmediato de 150 especialistas en artillería; la selección de quienes integrarían un batallón de tanques y del personal necesario para estructurar y preparar las nuevas reservas de sus milicias. También incluyó el análisis de un posible arribo de pilotos. Es sensible apreciar que la ayuda continuaba siendo modesta, aunque consideraba una parte importante de especialistas.

Se trataba del personal necesario para formar tres grupos de obuses 122 mm y uno de artillería reactiva BM-21. La técnica llegaba procedente de la URSS al centro de preparación, donde la alistaban y realizaban entrenamientos hasta partir hacia el Frente.

Acá, en el Minfar, el día 5 estuvieron reunidos con el Comandante en Jefe los pilotos que partirían a las nuevas misiones. Al mando de ellos fue designado el coronel Rubén Interián Rodríguez. La salida se efectuó al siguiente día. En ese vuelo también viajó el general de brigada Leopoldo Cintra Frías, Polo, asignado como jefe de la Tercera Brigada de Tanques, quien trabajó además, en el Grupo Operativo que se formaba.

Aquel momento aparece recogido en el libro *Estocada a la muerte. Los Mig en el Ogaden*:

Por la tarde, partimos de la escuela de la Contrainteligencia Militar [Arides Estévez] con rumbo desconocido, el ómnibus desanduvo calles y avenidas de La Habana hasta llegar al parqueo del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

[...] recuerdo que al llegar a un salón de reuniones ya se encontraban los generales de división Senén Casas Regueiro, Francisco Cabrera González, Abelardo Colomé Ibarra, y los generales de brigada Sixto Batista Santana y Leopoldo Cintra Frías. [...] En una de las paredes aparecía colgado un gran mapa de Etiopía, estaba lleno de símbolos que desbordaban sus colores como una fuente el agua [...] de pronto, una puerta se abrió y el espacio se cubrió con la figura del Comandante en Jefe, nosotros con la vista fija y magnetizados por su imagen, saltamos y nos pusimos de pie como la vara del rey David, a la voz de ¡Atención! dada por no sé quién. Fidel, en voz baja saludó e indicó con su mano que nos sentáramos. [...] Explicó en detalle las características del teatro de operaciones militares, bosquejó los niveles de preparación del Ejército somalí y de la traición del presidente Sead Barre. Hizo hincapié en la necesidad de la estrecha cooperación que tendríamos con los hermanos soviéticos. Y como el más entendido de los especialistas, abordó el tema de la fuerza aérea y la necesidad de una estrecha cooperación con las tropas terrestres para evitar accidentes lamentables. [...] Al final, pronunció unas palabras que se mantienen latentes en los corazones de los cubanos internacionalistas: «En una empresa donde estén juntos cubanos y soviéticos... la victoria es segura». [...]

Retornamos a la mencionada escuela, lugar donde se ofreció una suculenta cena criolla. Nos acompañaban los tanquistas en un brindis, a vasos llenos. [...]

La alegre noche del lunes se prolongó hasta la segunda hora del tierno martes para emprender la carrera del despegue del avión IL-62 que transportaba al primer grupo de pilotos de los MiG-21 con rumbo a Moscú. [...] y así, sin apenas darme cuenta, por una orden formé parte de los pilotos de los MiG-17 que viajaríamos en el segundo escalón junto al general Cintra Frías.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Humberto Trujillo y Luis Alonso Reina: *Estocada a la muerte. Los Mig en el Ogaden*, pp. 114 -116.

## Despedida de Fidel a las tropas

Ante el aumento de la agresividad del enemigo, a partir de diciembre y enero de 1978 el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz despidió a todas las tropas internacionalistas cubanas; con muchas de ellas intercambié acerca de la responsabilidad que asumirían y les trasmitió consejos y su aliento:

Los despidió con el sentimiento de un padre que ve partir a sus hijos para la guerra sin poderlos acompañar.

Con respecto a la salida de los especialistas cubanos, señaló:

[...] Y nuestros especialistas empezaron a llegar a mediados de diciembre y principios de enero al país, especialistas en tanques, artillería y aviación, porque en aquellas circunstancias no tenían tiempo los etíopes de asimilar la nueva técnica. Realmente no necesitaban infantería [...]<sup>5</sup>

Sobre el arribo del grupo de tanquistas y especialistas de la aviación a Addis Abeba, cuentan Trujillo y Alonso:

Tomamos tierra cuando el sol retaba a los altos eucaliptos y saludaba con sus brillantes rayos a los moradores de la ciudad. Aquella mañana de diciembre 1977 mostraba un cielo despejado y limpio, pero era fría en la zona militar del aeropuerto; sin embargo, tan pronto descendimos por las escalerillas del IL-62 nos cubrió el calor de los hermanos que nos esperaban encabezados por el jefe de estado mayor de la Misión Militar en Etiopía, teniente coronel Ramón Andollo Valdés. La fila de hombres que descendían, en un santiamén, se convirtió en una pelota de cubanos donde todos hablaban a la vez, y lo mejor del caso, nos entendíamos en medio de la algarabía [...]<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Cemi: Ob. cit., p. 70.

<sup>6</sup> Humberto Trujillo y Luis Alonso: Ob. cit., p. 117.

## Isidro Martín Santos

Tan pronto llegamos los cuatro jefes de grupos [de artillería: los tenientes coroneles Álvaro López Miera, Marino Álvarez Molina y Lino Hernández, y yo, mayor ], recibimos la técnica. A Lino se le ordenó adelantar la preparación y la partida de su grupo. Salió para el Frente finalizando la primera quincena de diciembre de 1977, los demás nos quedamos acondicionando lo necesario para la partida, conscientes de que no podíamos descansar en el trabajo y ajuste de cada detalle ni de la técnica. Es digno señalar el esfuerzo de los soldados etíopes a pesar del bajo nivel cultural y la diferencia idiomática. Siempre fueron muy disciplinados.

El 16 de diciembre de 1977, en un tiempo impresionante, ya caían sobre el invasor los proyectiles disparados por el Primer Grupo de Obuses 122 mm, cubano-etíope, que dirigía el teniente coronel Lino Hernández. El adversario nos empezó a conocer de tú a tú. Se hizo evidente nuestra presencia.

Para los primeros días de enero, en el puerto de Assab ya se habían recibido 93 tanques T-55, 12 piezas de artillería 130 mm e igual cantidad de máquinas BM-21 (lanzacohetes múltiples).

Las tropas somalíes se habían alejado de sus bases de abastecimiento, en ese mes de enero, por lo tanto, comenzaron sus problemas con el aseguramiento logístico; también presentaron serias dificultades disciplinarias que obligaron a sus autoridades a tomar medidas severas.

## Miguel Ángel Lorente León

Después de unas vacaciones junto a mi familia, me presenté en el Estado Mayor General ante los primeros sustitutos del Ministro de las FAR, generales de división Abelardo Colomé Ibarra y Senén Casas Regueiro. Colomé me dijo:

—Oye, prepárate bien que te vas con tropas para Etiopía.

Me alegró saber que me reuniría de nuevo con mis compañeros. Este grupo lo constituían integrantes de un batallón de tanques, de aseguramientos combativos y parte de los pilotos del escuadrón de combate con el coronel Rubén Interián al frente.

Volamos a la Unión Soviética, donde un general nos esperaba en la escalerilla del avión. A pesar de los años no olvidó su saludo: «Bienvenidas las primeras golondrinas cubanas». Después volamos a Egipto, Yemen y de ahí a Addis Abeba. En la pista nos esperaban, de la Misión: su jefe, general Ochoa, y el teniente coronel Ramón Andollo, jefe del estado mayor, además del coronel Núñez Alvarado, quien dirigía el Centro de Recepción y Avituallamiento en Arba, y otros compañeros de la vieja guardia.

Muy pronto me dijeron:

—Trasládate con tu gente para el campamento de Arba, ocúpalo y estate listo que ya los tanques vienen en camino; los van a desembarcar en el puerto de Assab.

Y llegaron los tanques al puerto, los cargamos en zorras. Mis soldados mostraron alegría cuando se vieron con los «hierros» delante. Aunque estaban bien entrenados en Cuba, mi labor y la de la plana mayor consistió en enseñarles el terreno, llevarlos a conocer a los combatientes etíopes e instruirlos en el conocimiento del contrario.

Desde nuestra llegada, el entrenamiento no se detuvo. Hubo tiros individuales de tanques, conjuntos de pelotones y maniobras de compañía con tiro y de batallón sin tiro, así como una fuerte preparación de la plana mayor en el uso de los medios de mando; se cohesionó el trabajo del batallón a todos los niveles.

En cuestiones de días mis muchachos estuvieron bien afilados. Durante los entrenamientos llevé a los generales Leopoldo Cintra y Sixto Batista varias veces al terreno para que pudieran comprobarlo. Recibía siempre de buen agrado sus consejos e instrucciones.

## Mengistu Haile Mariam en el campamento de Arba

Sucedían los días y crecía la entrada de instructores y especialistas a los Centros de Preparación de las Milicias, de dotaciones de tanques y a la Escuela de Hollota, incluyendo personal para el completamiento de la MMCE y las tropas; al tiempo que otras visitas se interesaban por la situación en los centros.

Uno de esos días el presidente, después de su encuentro con el Comandante en Jefe en la Isla, visitó a los cubanos que se alistaban en Arba. Allí lo recibió el coronel Miguel Ángel Lorente León, jefe del

Primer Batallón de la Tercera Brigada de Tanques (1/3BT) en proceso de formación.

## Miguel Ángel Lorente León

En medio de la preparación, nos visitó el presidente acompañado por otros generales y el asesor soviético Chapliyín. En un momento de la conversación me preguntó con tono dudoso:

—Lorente, ¿ustedes están listos?

—¡Sí, presidente! —le respondí sin titubear.

—¿Ahora mismo? —volvió a preguntar, esta vez con asombro.

—¡Ahora mismo! Estamos listos para entrar en combate.

De inmediato giré sobre mis talones y di la orden a la tropa: «¡En combate!» Los tanquistas ocuparon su técnica. Con la seguridad de que ya estaban preparados, grité:

—¡Arranquen... motores...!

El rugido ensordecedor de treinta y un tanques, al unísono, es una bella melodía para un viejo tanquista. Sentí el orgullo de que nada fallara. Miré al presidente y le dije:

—Estamos listos para salir al Frente.

Muy rápido quedó detrás su preocupación inicial, me abrazó y acto seguido dijo:

—Tengo que informar con urgencia que ya usted está listo. ¡Gracias de todo corazón!

Después conversamos durante un rato, me habló sobre los últimos acontecimientos de la guerra, pero ahora con rostro diferente. Se retiró complacido. Igual satisfacción experimentaba el general Chapliyín.

El 25 de diciembre llegó el general Sixto Batista y me comunicó la orden de salir con urgencia para el Frente.

Formamos columna de batallón y partimos. Al culminar la tercera jornada, habíamos arribado a la Universidad Agraria de Alem Maya, cerca de un lago muy bello con igual nombre. Al amanecer del 28, comenzamos a reponer la capacidad combativa. Desde ahí oíamos el tronar de las armas que se batían.

Los primeros días de enero, los dedicamos a entrenar dos compañías de infantería paracomandos<sup>7</sup> que actuarían junto a nosotros como tropas de desembarco. Bajo la metralla, el jefe de la brigada y otros oficiales realizamos el reconocimiento de los lugares donde se efectuaban las acciones, con el objetivo de prever posibles líneas de fuego en caso de que el enemigo rompiera la defensa de las unidades etíopes, tomara la ciudad de Harar o cortara la vía de comunicación por carretera con Dire Dawa.

Con el general Cintra Frías y otros oficiales, visité en esos días un observatorio en la dirección sur de Harar y pudimos apreciar cómo una batería de BM-21 yemenita apoyaba a un batallón etíope sobre el poblado de Umer Kule.

## Pilotos cubanos sobre el Ogaden

El pasado 27 de diciembre los pilotos de los MiG-21 habían cumplido su primera misión, brindaron cobertura a los F-5 etíopes, y el 5 de enero ejecutaron el primer golpe sobre una agrupación enemiga en el Ogaden. Esta vez la agrupación incluyó los MiG-17. Como resultado de ese ataque aniquilaron un tanque, tres piezas de artillería, un vehículo, un almacén, y una determinada cantidad de fuerza viva quedó neutralizada.

*De Estocada a la muerte:*

[...] En horas de la mañana el coronel Interián fue llamado por el jefe de la FAE [Fuerza Aérea Etíope], le planteó la necesidad de que se le diera cobertura aérea con los MiG-21Bis, al grupo de choque compuesto por los aviones F-5E, que al día siguiente [martes 27 de diciembre 1977] atacaría las bases aéreas somalíes de Berbera y Gergueiza.

[...]

El miércoles 28 el teniente general Dolnikov se reunió con los pilotos y con palabras casi paternales, los saludó y trasmitió su felicitación a las tripulaciones que participaron en la operación

<sup>7</sup> Esta especialidad siempre la integraron combatientes etíopes.

del día anterior y les deseó éxitos a los compañeros que se encontraban en vísperas de volar al frente de combate.

Pese a estar próximo a la tercera edad, el general mantuvo vivo el espíritu de un piloto de caza, se conservaba esbelto y ágil como un atleta, sobresalía por su estatura e impresionaban sus entradas pronunciadas que alejaban de su frente los cabellos entrecanos. Su voz era fuerte e imperativa, pero él irradiaba sinceridad y amor. Pronto como saben hacerlo los buenos comunicadores, se ganó la atención y la simpatía del auditorio.<sup>8</sup>

Así surgió y se mantuvo durante toda la guerra el nivel de camaradería y asesoramiento entre soviéticos, etíopes y cubanos.

## Visita del Ministro de las FAR a Etiopía

Entre el 5 y 12 de enero de 1978, el ministro de las FAR, general de ejército Raúl Castro Ruz, quien realizaba un recorrido por los países africanos, decidió incluir a Etiopía en sus visitas, para precisar la ayuda que era necesaria prestar dada la gravedad de la situación y coordinar las acciones con los jefes etíopes y especialistas soviéticos. Para este momento había allí alrededor del 50 % de las tropas cubanas planificadas.

### *De Estocada a la muerte*

El día 9, el jefe de la Agrupación Aérea [coronel Rubén Interián Rodríguez] voló junto al general Cintra Frías, que fungía entonces como jefe del Grupo Operativo en el Frente, con rumbo a Debre Zey. Ocupaban las dos cabinas de un MiG-15 Uti (de instrucción) con el objetivo de llegar lo más rápido posible y participar de una reunión con el general de ejército Raúl Castro Ruz que, a la sazón, se encontraba en Etiopía. El ministro felicitó a la Agrupación Aérea por la efectividad en el ataque a Harewa [el 4 de enero].<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Humberto Trujillo y Luis Alonso Reina: Ob. cit., pp. 141 y 144.

<sup>9</sup> Humberto Trujillo y Luis Alonso Reina: Ob. cit., p. 172.

Sobre la base de los análisis realizados con la máxima dirección del país y los asesores soviéticos, Raúl le envía su apreciación al Comandante en Jefe, a través del general Sixto Batista Santana. Sobre ella, Fidel respondió:

[...] Senén y yo acabamos de analizar tus criterios trasmitidos en la tarde de hoy. Se enviarán tres nuevos batallones de tanques T-55 en composición de 31 máquinas; tres grupos de obús 122; dos baterías de Chilca; un grupo de artillería coheteril C-125 y otro de C-75; dos batallones selectos de infantería blindada; dos estados mayores de brigadas de tanques y uno para brigada de artillería. Enviaremos también el otro grupo de artillería 130 en composición de 18 piezas, lo que unido a la que ya partió permitirán formar dos grupos 130 de 18 piezas o tres de 12 piezas para la brigada de artillería de la cual somos partidarios [...]<sup>10</sup>

Para darle cumplimiento a esta decisión, el EMG-FAR elaboró el plan que de inmediato se puso en marcha para consolidar las relaciones de trabajo en coordinación con los soviéticos y etíopes para derrotar a la agrupación somalí en el más breve plazo.

Posteriormente, el general Sixto Batista contactó en Moscú con el ministro de las FAR y le hizo entrega de un sobre que le enviaba el Comandante en Jefe. Tras leer no pudo evitar la exclamación:

—¡Coño...! pero tú vienes nombrado segundo jefe de la Misión Militar de Cuba en Etiopía...

Entre los documentos se hallaba el que avalaba su designación.

A partir de ese instante, el general de brigada Leopoldo Cintra Frías, Polo, que se desempeñaba en ese cargo, pasó a constituir la naciente Tercera Brigada de Tanques. En ese contexto, las fuerzas y medios en Etiopía y específicamente en las regiones donde se desarrollaban los combates, fundaron el embrión de la poderosa unidad.

<sup>10</sup> Archivos del Cemi: Ob. cit.

## Origen de la Tercera Brigada de Tanques

Su origen está vinculado estrechamente a la idea y futuro empleo en el teatro de operaciones militares, sobre la base de los disímiles acontecimientos y decisiones que enfrentaría en el curso de las acciones combativas. La mayoría de sus integrantes eran pioneros en su formación y posteriormente participantes, junto con los guerreros etíopes, en los encarnizados y dinámicos embates contra el agresor y la naturaleza.

En Harar radicaba el puesto de mando del Frente Este. Allí permanecía, al inicio, el jefe de la Misión Militar Cubana de Etiopía y parte de su estado mayor, el jefe de la Tercera Brigada de Tanques—aún sin jefatura ni estado mayor—, en el momento de la confrontación.

La brigada alcanzó el completamiento de un 95 % de sus medios de aseguramiento combativo en la postrimería de las acciones en las alturas de la defensa de Golocha; no fue así con la técnica de aseguramiento logístico, que se logró posterior a la victoria, contrario a los batallones (grupos) que sí contaron desde su formación con más de un 90 % de sus recursos.

La idea estratégica trazada por el Comandante en Jefe y concebida por el alto mando de las FAR, de crear una fuerte agrupación en los primeros meses de 1978, no fue posible, pues el enemigo percatado de ello, lanzó sus tropas el 22 de enero en un intento que fue frustrado, producto de las valiosas y decididas actuaciones de la agrupación etíope-cubana.

En el momento de la intentona de tomar Harar y seccionar la vía de comunicación con Dire Dawa, la brigada contaba con el Primer y Segundo Batallón de Tanques desde el 28 de diciembre y el 15 de enero respectivamente, los cuales se encontraban en sus regiones de concentración en la Universidad Agraria de Alem Maya; los tres grupos de obuses 122 mm y el primer grupo de artillería reactiva BM-21. El 1 Grupo O-122 mm apoyaba las acciones de la segunda brigada paracomandos desde el 15 de enero, y fue relevado por el 2 Grupo O-122 mm el sábado 21 de enero.

Este día 22 se incorporó su estado mayor y el personal del hospital; y el 24, desde la marcha, el Tercer Batallón de Tanques pasó a formar parte de la brigada. Con estas fuerzas y la cobertura dada por la aviación se batió al sur de Harar.

Con el traslado a Dire Dawa, la brigada recibió parte del completamiento de las unidades de aseguramiento (pelotón de comunicaciones con algunos medios de mando; y compañía de exploración). La retaguardia se estableció al inicio con muy poca técnica a nivel de la brigada, pero dadas las relaciones con los etíopes y los trofeos capturados al contrario, logró que las compañías de transporte y reparación contaran con un grupo de vehículos de carga sólida y líquida. El 3 de febrero se incorporó el grupo C-130 mm; y días posteriores, el Batallón de Infantería Motorizado; la batería mixta de DAA (Chilca y ZU-23-2) carros de combate (BMP) no estuvo completa hasta inicios de marzo y el día 7, la compañía de exploración con BTR-60 (9 carros); la compañía de zapadores de la brigada recibió los medios entre el 16 de febrero y el 15 de marzo.

La presencia de efectivos de la brigada se comportó de la siguiente manera: en enero, 897; en febrero, 976 y en marzo, 2373. No fue hasta este último mes cuando el nivel de completamiento de la jefatura de retaguardia y sus destacamentos (compañía de transporte, almacenes unificados, compañía de reparaciones y evacuación y el hospital de la brigada), llegaron al 100 % de sus plantillas.<sup>11</sup>

### José Aroche Pacheco

De mi mente no se borra mi desempeño que, como jefe del Segundo Batallón de Tanques, cumplí en la hermana República de Etiopía. Tampoco se olvidan los trabajos organizativos y de preparación antes de la salida, durante la travesía, en el teatro de operaciones a mi llegada, y en los combates en que dirigí.

El 6 de diciembre de 1977 yo era jefe del Regimiento de Tanques Independiente del Ejército Central —campamento La Paloma—,

<sup>11</sup> Información tomada de la agenda particular del jefe de Personal y Cuadros de la brigada.

Unidad Militar 1656. Ese día el jefe del Ejército, coronel José Milián Pino, me ordenó recibir a los compañeros que integrarían la plantilla de un batallón de tanques —personal permanente y reservistas movilizadas por los comités militares—, que saldría para una misión internacionalista. Me puntualizó que se disponía de poco tiempo, que había que poner los nervios en tensión y dedicar cada minuto a esa importante tarea.

Consciente de los acontecimientos en que estaban involucradas las fuerzas armadas y mi Ejército en particular, del cual soy fundador, le hice saber al jefe, sin pensarlo dos veces, que confiara en que cumpliría con la máxima calidad.

De inmediato organicé el trabajo con los oficiales de la jefatura. En menos de cuarenta y ocho horas —8 de diciembre—, comenzamos a recibir al personal y estructuramos la plantilla de acuerdo con las indicaciones que teníamos. El día 13 la unidad estuvo conformada.

Como no había tiempo que perder, el miércoles 14 de diciembre nos trasladamos para el polígono de Corralillo con el objetivo de realizar una preparación intensiva, en lo fundamental práctica, con el empleo de todo el armamento del batallón. Cumplimos los ejercicios de tiro y conducción de tanques de día y noche; al mismo tiempo, el resto de las unidades combativas y de servicio, la jefatura y plana mayor hicieron prácticas de tiro con armas de infantería —todo se ejecutó con calibre de guerra—, de forma tal que en un corto periodo de tiempo el 100 % de la unidad, incluyendo a los reservistas, había cumplimentado la preparación individual. Concluimos esta primera etapa con ejercicios prácticos a nivel de pelotón-compañía cohesionando el trabajo con la dirección de las tropas por parte de la plana mayor del batallón y los jefes a los distintos niveles. Esta preparación, valorada como positiva, fue comprobada por la jefatura del Ejército.

Con el objetivo de profundizar y elevar los niveles alcanzados, recibí la orden de trasladar al batallón el día 22 hacia el polígono de Jeneles, en el municipio de Candelaria, entonces Pinar del Río. De inmediato, empezamos las maniobras.

Esos ocho días con sus noches fueron fructíferos. Me sentí satisfecho y listo para dirigir la unidad que, desde el 9 de diciembre, me había comunicado el jefe del Ejército que estaría al mando de ella. Cuánto orgullo sentí aún sin saber para dónde partiría, tampoco pregunté; solo tenía la seguridad de que sería en África.

Un día antes de que finalizara 1977, los integrantes del batallón nos reunimos con el Comandante en la Escuela de la Contrainteligencia Militar Aridez Estévez. A las 15:00 horas hizo su entrada acompañado del jefe del EMG, general de división Senén Casas Regueiro, y comenzó una conversación amena e informativa sobre las características del terreno para donde íbamos, aunque no quiso decir el lugar. No faltaron sus consejos, en particular, este no olvidó enfatizar: «Bajo ningún concepto pueden dejar a un compañero abandonado, ni vivo ni muerto». Reforzó en cada uno el carácter solidario, internacionalista y profundamente humano.

—¿Cómo está la preparación del personal? ¿Tú crees que le puedan dar a un avión que vuele bajito? —me preguntó.

—¡Sí, Comandante! —contesté firme y le añadí—: Estamos preparados para combatir y derribar un avión también.

—¡Éxitos en la misión! —concluyó.

Eran las 16:30 horas. Partimos hacia el aeropuerto militar en Rancho Boyeros. Nos despidió el general de división Casas Regueiro. En dos IL-62 salimos en dirección Moscú-Kuwait-Yemen. En cuarenta y ocho horas, más o menos, y varios vuelos, llegamos a Addis Abeba el 2 de enero de 1978. El teniente coronel Obrey Rodríguez González, subjefe del estado mayor del Grupo Operativo, en nombre del jefe de la Misión, nos dio la bienvenida y de conjunto nos felicitamos por el decimoctavo aniversario del triunfo de la Revolución Cubana.

Desde el primer instante observé el movimiento de tropas, carros, aviones y helicópteros de transporte y de combate. Sentimos pronto el calor de la guerra. Aunque nos habían alertado sobre la presión atmosférica, la temperatura muy fría en aquella época del año y la densa neblina, comenzamos a notar la diferencia. El teniente coronel Obrey, quien quizás escuchó alguna expresión al respecto, me dijo:

—Aroche, tienes que acostumbrarte ahora a las situaciones climatológicas, al idioma e idiosincrasia de los etíopes. Sí puedo decirte, que son magníficos combatientes y muy agradecidos. ¡Lo podrás apreciar en lo adelante!

Afirmé más con el gesto que con palabras y le añadí:

—El jefe nos habló bastante al respecto antes de salir, aunque nunca dijo a dónde vendríamos. Eso lo supimos en Moscú. Me alegró saber de tu presencia y la de otros compañeros muy queridos que están aquí desde hace tiempo.

Abordamos los ómnibus hacia el campamento de Arba (Centro de Recepción y Avituallamiento), distante de la capital unos 378 km. En el trayecto por un terraplén con curvas cerradas, lleno de gravillas, mucho polvo y a sus lados hondos precipicios, hicimos una parada —llevábamos más de setenta y dos horas en aviones y carros—. De nuevo en marcha, pensativo... vinieron a mí episodios heroicos de compatriotas: el 26 de julio de 1953, el 2 de diciembre tres años después, cuando mi hermano y yo nos incorporamos al Ejército Rebelde en la Sierra Maestra, al mando del comandante Juan Almeida Bosque... Sumido en hilar tantos recuerdos, me sorprendió la llegada a nuestro destino. Ya eran las 19:00 horas.

Al valorar a los intrépidos choferes, muy conocedores del itinerario y con elevada disposición en el cumplimiento de sus tareas, comenté con el político Tiburcio Bécquer: «¡Es verdad que son buenos!» Una cálida acogida nos brindaron el jefe del centro, coronel René Núñez Alvarado, y el capitán Rafael Calderín, a ellos se habían unido cientos de pobladores y soldados que, desde ambos lados de la entrada, saludaban y exclamaban: «¡Cuba! ¡Cuba!» Sobresalían los sonidos armónicos y agradables de las mujeres.

Descansamos esa noche. Al amanecer del día 3 organicé con los oficiales del centro y la plana mayor, la entrega del vestuario civil y la recepción del equipamiento militar individual. En breve tiempo estuvimos bien alistados. A continuación recibí 31 tanques T-55 relucientes, casi acabados de desembarcar —seis se empleaban en la preparación de los etíopes y el resto de la técnica para las unidades de comunicaciones, servicios, zapadores y demás especialidades. Puntalicé la organización del batallón por compañías, pelotones y dotaciones.

## ¡Adiós Arba!

El Trabajo Político y de Partido dirigido por el teniente Tiburcio Bécquer se había centrado en esta primera etapa en la creación de los núcleos del partido y los comités de base a nivel de las pequeñas unidades con 122 militantes, que representaban el 47 % del total de compañeros; en la divulgación de la importancia de la tarea que asumíamos y en la vinculación necesaria con los combatientes y la población.

Durante dos días estrechamos y alistamos el trabajo de las pequeñas unidades del batallón con todos los parámetros, incluyendo, el ajuste (reglaje) de los órganos de puntería y los faros infrarrojos. La reali-

zación de maniobras en una zona cercana al área que ocupábamos nos sirvió para ultimar detalles a todos los niveles. El 7 de enero le informé al coronel Núñez Alvarado, que estábamos listos.

De conjunto con el capitán Calderín, por su experiencia en el itinerario, planifiqué la marcha; debía completarse en cuatro jornadas, por lo tanto, arribaríamos a la región asignada el día 14.

Sobre las 06:00 horas del 11 de enero, después de saludar y desearle éxitos a mis compatriotas —jóvenes del servicio militar, reservistas y oficiales permanentes— y comprobar la organización de la columna de acuerdo con la decisión que había tomado días anteriores, subí a mi T-55k rotulado con el no. 201 —tanque de mando por los equipos de radio que lleva instalado—; establecí comunicaciones con los jefes de los grupos para comprobar la disponibilidad de los medios. Al jefe de la Primera Compañía de Tanques (1 Co.T), primer teniente Sergio Rodríguez Gordín, que marchaba como extrema vanguardia, le puntalicé su encomienda y le ordené iniciar el desplazamiento.

Con sus rodillos, el barreminas comenzó a triturar el asfalto semi-deteriorado por el paso de otros medios —incluyendo los del batallón del coronel Lorente—; 260 km nos separaban de nuestro destino: Alem Maya-Harar. Integraban la columna 259 efectivos y 94 medios de combate, aseguramiento y servicios.

La primera jornada se presentó lenta, debido a las malas condiciones del camino, las curvas pronunciadas y tramos de elevaciones —andábamos a una altura sobre el nivel del mar entre los 4000-5000 m—, con peligrosos desfiladeros, pasos limitados, desprendimientos de tierra y barrancos. Hicimos dos paradas breves antes de caer la noche para la alimentación del personal. La técnica había llegado sin dificultades y en un pequeño contacto con los principales jefes, orienté las medidas que se debían tomar para el descanso nocturno.

Esa primera noche transcurrió sin contratiempos. Cada dotación supervisó su técnica acompañada de sus especialistas; en el puesto de mando puntualizamos hasta el detalle de la próxima jornada con los miembros de la plana mayor. Entre el ruido de los equipos de radio, la frialdad que se apoderaba de nosotros y el susurro de la vegetación que interrumpe el silencio de la noche, logramos el descanso.

Bien temprano el día 12, con la neblina encima y el frío calando hasta los huesos, di la orden de avanzar después de ingerir raciones

frías. Cuando el jefe de la vanguardia me comunicó que todo estaba en orden, aquellas siluetas en medio del amanecer se vieron en movimiento. Como este segundo día, los conductores y mecánicos de los tanques se familiarizaban más con las características topográficas, y la técnica respondía a las exigencias del terreno, iban quedando atrás kilómetros y kilómetros de carretera. En los caseríos, ciudadelas y cruces de camino, se aglomeraban los pobladores para saludarnos: pronunciaban frases que no alcanzábamos a traducir, pero en sus rostros eran apreciables las muestras de gratitud y alegría. ¡Muy buen aliento para continuar! Transcurrió ese día sin averías ni accidentes. A las noches bien frías y las tardes calurosas, nos íbamos acostumbrando.

A más de la mitad de camino, nuestra llegada se imponía por el incremento de las acciones enemigas en el Frente Este. Ya nos resultaba familiar escuchar sobre Harar, Dire Dawa, el Ogaden y otras zonas. El propio Calderín nos transmitía la información que dominaba. Nuestro pensamiento se detenía solo en «chocar» lo antes posible con esa realidad.

No se hizo esperar la tercera jornada, en plena oscuridad y luego de las comprobaciones técnicas, la enorme serpiente se puso en movimiento, había tramos en que los vehículos podían transitar con facilidad; los más peligrosos se sucedían esporádicamente pero eran devorados, solo el humo que desprendían los distintos medios eran testigos del esfuerzo y el avance ininterrumpido.

El cuarto día, recibimos en las primeras horas de la mañana a un enlace del Frente Este, el cual nos indicó dónde concentrar la unidad, que era bien conocida por el capitán Calderín. El compañero recién llegado puntualizó la situación y los últimos actos del enemigo. Ya nos esperaban. Apresuré los preparativos para el desplazamiento y llegar con mis medios en completa disposición. Los kilómetros dejados atrás daban cuenta de la disciplina, destreza y organización de la unidad.

Alrededor de las 16:30 horas llegamos a nuestra ubicación, al oeste de Alem Maya, cercana a la ciudad de Harar. En un bosque de eucaliptos desconcentré el batallón y le planteé misiones concretas a cada jefe.

## Visita del jefe de Brigada

Temprano en la mañana del 15 de enero, llegó a la jefatura del batallón el general de brigada Leopoldo Cintra Frías, jefe de la Tercera Brigada de Tanques (3BT). Tras los saludos se interesó por la situación de la unidad y cómo había transcurrido la marcha. Luego me impartió varias indicaciones, incluyendo la posible subordinación de una unidad paracomandos, para que actuara como tropa de infantería con las compañías de tanques. Finalmente me dijo:

—¡Date una vuelta por el batallón de Lorente!, que él tiene experiencia de la región y prepárate para que salgas al reconocimiento del terreno. De momento continúa trabajando y restableciendo la técnica y el armamento.

Comenzar los trabajos ingenieros con el objetivo de lograr la protección del personal y la técnica fueron indicaciones precisas durante el recorrido que hice por las distintas ubicaciones. Era de esperar que la aviación enemiga actuara, pues nuestra llegada fortalecía la agrupación de tropas cubanas, y eso producía desasosiego en los somalíes.

Ese mismo día, los tanques que tenían cuchillas adaptadas (BTU-55), tipo buldócer, empezaron a abrir los refugios para los tanques, la superficie era bastante dócil y se avanzaba rápido, luego se continuó el trabajo con el resto de la técnica de transporte y los medios blindados.

Mientras se desarrollaban estas actividades, me adelanté con un oficial de Operaciones del Frente Este y los jefes de compañías a recorrer el trayecto hasta la ciudad de Harar para conocer los posibles escenarios en los que actuaría el batallón; él iba señalando cada detalle de la zona. Yo no estaba ciego. Pude apreciar la dimensión de las misiones que teníamos por delante y, sobre todo, el estado de un lugar desconocido hasta ese instante. A lo lejos sentíamos los disparos esporádicos del intercambio de fuego de artillería entre ambos contendientes. Cada pormenor el oficial nos lo iba explicando.

A mi regreso me trasladé al puesto de mando del coronel Lorente, cercano a nuestra unidad, con el objetivo de profundizar sobre el teatro de operaciones militares y sus características. Él dominaba, como me había planteado el general Polo, hasta las costumbres de los combatientes y nativos; llevaba algún tiempo en Etiopía y en esa área, una quincena. Había caminado, cada tramo. Lo consideramos un veterano

mientras lo escuchábamos con atención y, en particular, al referir sus experiencias en el empleo de los tanques y otros medios.

Esta jornada de trabajo resultó muy provechosa. Al concluir, la técnica quedó protegida y ya existía una gran cantidad de refugios para el personal. ¡Cuántas medidas tomáramos eran pocas!

Los trabajos de fortificación se fueron perfeccionando, así como el enmascaramiento de la técnica y los medios materiales de la retaguardia; manteníamos un régimen estricto en el empleo de las comunicaciones; los mensajes y orientaciones se recibían por enlaces.

El día 17, se materializó la decisión del jefe de la brigada de subordinarme un batallón paracomandos que defendía la región Cherifical-Hamaresa, que su jefe —con experiencia combativa y dominio de la región— se pondría en contacto conmigo. Tan pronto llegó, me explicó las características del lugar, los accidentes topográficos y del adversario, sus acciones, las principales fuerzas y, en especial, el empleo de su artillería. Su información, más la que ya había adquirido del reconocimiento y el intercambio con Lorente, nos colocó a la jefatura, plana mayor y jefes de unidades, en una mejor situación sobre el futuro teatro de operaciones. Ese mismo día repetí el examen del terreno con los jefes de pelotones y de tanques, divididos en dos grupos.

El batallón paracomandos lo fraccioné por compañías e iniciamos el entrenamiento explicándole la actuación con los tanques, la cual incluía entre otros elementos, su ubicación alrededor de la torreta y medidas de seguridad; hablamos de la organización del sistema de fuego; monte y desmonte del tanque, parado y en movimiento; desempeño conjunto con esta arma en el combate y forma de protección utilizando su blindaje. Pasados estos entrenamientos de varios días, el capitán Ibrahim Hernández Baró, segundo jefe de batallón, me comentó durante el análisis que hacíamos lo disciplinados e inteligentes que eran los infantes y con mucho entusiasmo, me precisó:

—Déjeme decirle que ya están en condiciones de acompañar al batallón en cualquier misión que se les plantee.

Recibí con alegría esa valoración y les comuniqué a los jefes reunidos que continuaran sin descansar, que el tiempo que se empleaba hoy en la preparación serían los éxitos de mañana.

Al sustituto para el Trabajo Político, teniente Tiburcio Bécquer, le indiqué preparar a un grupo de salvamento y rescate, en coordinación con el jefe de plana mayor, previendo cuánto detalle fuera necesario de

acuerdo con los futuros enfrentamientos y los medios de que disponía el batallón.

Además del intercambio constante con Lorente, me mantenía informado de la situación general del enemigo y de nuestras tropas. Con el general Polo, el jefe de la Misión y el asesor soviético general Vasili Petrov, asistí a un reconocimiento al observatorio de una batería yemenita y vimos cómo realizaba el fuego. Cada día ardían más las llamas de aquella candela. El jefe de la brigada mostraba su preocupación permanente por la preparación del personal y la disponibilidad de la técnica y el armamento, impartía indicaciones personales; estaba al tanto de cuánto sucedía.

Un buen día, recostado al pie de un enorme eucalipto, intercambié con Baró sobre un tema de cierta sensibilidad, más cuando tantos kilómetros hacen grande la distancia entre los tuyos. El caso fue que se me ocurrió preguntar:

—Baró, qué tiempo hace que no sabemos de la familia.

—Yo he perdido la cuenta, jefe —me respondió.

Parece que me sentía algo nostálgico. Había transcurrido casi un mes y medio de nuestra salida de La Paloma y acudieron los recuerdos. Aquel día que nos trasladaron para Jejenes, mandé el auto para mi casa con el chofer y solo le dije: «Dale esta carta a mi esposa». En ella le comunicaba que me iba para una maniobra y pronto regresaría. ¡Qué regreso...! A más de 12 000 km, con una enorme responsabilidad y sin comunicación.

Ahora se nos había autorizado a hacer una carta, debíamos entregársela a los compañeros de comunicaciones, ellos se encargarían del correo. Mientras la hacía, pasé revista a mi querido Cienfuegos y a mi casa, desde la entrada hasta el patio, incluyendo las habitaciones. A mi esposa la imaginé enredada en los trajines de Evita, Joseíto —becado en Yaguarama y de pase cada quince días— y Ducia, de 16, 13 y 12 años, respectivamente. Pero no tardé en trasladar mi pensamiento a las esposas, padres, hermanos y familiares de los hombres a mi mando, que habían dejado situaciones similares o peores. Me pareció escuchar la pregunta de siempre: ¿Cuándo viene mi papá? o ¿cuándo viene mi hijo? porque, aunque los oficiales permanentes a veces nos pasábamos días sin ir a casa, estábamos ahí, nos comunicábamos; pero para el reservista o el soldado del servicio militar, que había partido hacia tierras desconocidas, y para su familia, era más difícil asimilar lo que sucedía.

Cuando busco la mirada de Baró, recostado a otro eucalipto, lo vi pensativo, agotado quizás por el volumen de trabajo que teníamos. Interrumpí su embeleso:

—Negro, ¿en qué piensas? —y sin tiempo para responderme, le dije—: ¡Mano a la obra que para luego es tarde!

Ese día le orienté al político que se reuniera con los jefes de unidades y los secretarios del Partido para profundizar en la situación particular de cada uno, conocer sus inquietudes y tratar de canalizar la forma de comunicación con la familia.

—¡Bécquer, préstale atención a esto! —le precisé.

Recordé las palabras de Fidel cuando nos habló del sacrificio que teníamos que hacer y el de nuestra familia. «El factor humano es lo más importante para la Revolución», afirmó aquel día.

Continuamos trabajando y cohesionando la unidad con los etíopes. Visité en esos días la ubicación de los grupos de artillería formados por cubanos y nativos e intercambié opiniones con sus jefes —tenientes coroneles Álvaro López Miera, Marino Álvarez Molina y Lino Hernández, y mayor Isidro Martín Santos— y también con Lorente, cuya experiencia continuaba siendo muy útil.

## Venancio Ávila Guerrero

Habíamos concluido el año de instrucción 1976-1977, con muy buenos resultados. Nos encontrábamos enfrascados en la conservación de la técnica. Después de regresar del polígono de Jejenes, la unidad había transitado por el cambio del T-34 por el T-55, mucho más moderno, y habíamos realizado múltiples entrenamientos con énfasis en la preparación de tiro y conducción para obtener buenas calificaciones. Recogimos los frutos cuando supimos que el regimiento de tanques había sido el más destacado del Ejército Occidental. La alegría nos invadió, pues no era fácil en aquellos tiempos aprobar los ejercicios de tiro de tanques diurno y nocturno con el empleo de los estabilizadores.

Había puesto en práctica lo aprendido en la Academia Vistrel de la URSS, donde me familiaricé con la técnica moderna y logré dominar su empleo. Por eso, tan pronto pisé suelo cubano, en agosto de 1976 y me designaron para dirigir esa unidad, sabía que podía transmitir mis conocimientos y preparar a mis subordinados. Así les sucedió a otros oficiales recién egresados de los cursos de cadetes.

## Misión y despedida

En medio de tanto júbilo, el jefe de la División 1700, coronel Rigo-berto Rivero Rodríguez, me planteó que el Regimiento de Tanques, Unidad Militar 2376, lo habían designado para una tarea internacionalista; que la jefatura de la división me apoyaría en la organización, la cual incluía la movilización de un considerable número de reservistas.

Comenzó un riguroso movimiento selectivo de citaciones y entrevistas al personal permanente y a reservistas; desempeñaron un papel determinante los órganos de control y los miembros del Comité Militar de Guanabacoa y Habana del Este. La estructura cambiaba de regimiento a brigada de tanques. Se ampliaban el estado mayor, sus unidades de aseguramiento combativo y de retaguardia y se confeccionaba la plantilla para un batallón de treinta y un tanques T-55. Los meses de diciembre y enero de 1978 fueron de mucho ajetreo en La Lima (cementerio de los judíos) municipio de Guanabacoa, donde se encontraba la unidad.

Conocía a muchos de los oficiales que llegaban. La disposición crecía a la vez que la partida apremiaba. Se trabajaba hasta altas horas de la noche, sin descuidar un detalle. Cientos de compañeros lamentaban quedarse. Recuerdo a Gilberto, mi chofer. Ya había concluido los tres años de servicio militar, pero su decisión fue partir. No se apartaba ni un segundo de mi lado, como si temiera que lo dejara. Cuando caminaba por la unidad me sucedía lo mismo: me detenían para preguntarme: «Jefe, ¿estoy en la lista?» Han pasado los años y el espíritu revolucionario e internacionalista que reinaba, sigue siendo difícil de describir.

## Adiós a mi unidad

En medio de los acontecimientos que se sucedían iniciando el año, me contactó el coronel Gustavo Fleitas Ramírez para comunicarme que adelantara, junto con él, los trámites de vacunación, pasaporte y recogida del vestuario, porque saldríamos en un primer grupo conformado por el estado mayor de la brigada y el puesto médico, integrado en su mayoría por experimentados médicos, especialistas y enfermeros.

Entre el personal médico se hallaba la técnica farmacéutica Lilian Eugenia Baró González, Lily. Al llegar de una reunión, el oficial de guardia me informó que la joven me esperaba. Avanzada la noche subí a mi despacho, y con solo asomarme a la pieza contigua la vi, allí descansaba; me pareció tan pequeña y delgada que solo atiné a decirme: «Ávila, esta compañera no puede formar parte de la tropa». ¡Qué gran error cometí al no incluirla!

La idea de no partir todos juntos no me agradaba, pero la decisión del mando superior se correspondía con las misiones que nos esperaban. Despedirme de la gran mayoría no fue fácil, estaba muy compenetrado con los jefes de batallones, compañías, pelotones y dotaciones desde los ejercicios y maniobras durante días y noches en los polígonos y campos de tiro donde compartimos, además, las olas de jejenes y mosquitos, la lluvia, los sinsabores de una calificación no deseada y la adopción de medidas para superarla. Las exigencias eran permanentes.

No fueron pocas las ocasiones en que el jefe de la división me decía: «¡Ávila, bájate del avión! ¡Aterriza!» Se refería al poco tiempo que llevaba al mando de la unidad después de mis estudios en la URSS; aunque cuando le demostraba el cumplimiento de un ejercicio de tiro o conducción de tanques o la dirección de una maniobra de pelotón o compañía, les decía a los combatientes: «¡Aprendan con su jefe, que es un maestro!»

De manera vertiginosa se acercaba la hora cero, también para las despedidas: mis dos hijos, Miguel Ángel y Ramón Ernesto habían nacido en Isla de Pinos (Isla de la Juventud), en 1968 y 1969, respectivamente, cuando la salida de pase era al tercio invertido, o sea, dos días de trabajo y uno en casa luego de concluir las actividades en el batallón de tanques y trasladarme a pie o en «botella». Llegaba a la casa entre las nueve o diez de la noche, ¡me era imposible ver a los niños despiertos!

En 1970, en plena zafra, partí para cursar estudios en la Escuela de Oficiales de Matanzas, donde me gradué de dos especialidades: de Mando y de cañero, pues una gran parte del tiempo la dedicamos a esa actividad: cortábamos caña, descargábamos fertilizantes en el puerto de Matanzas. Luego vino el tiempo en la URSS. Todo eso limitaba la relación con los pequeños; pero el deber se imponía.

Ahora, un par de días antes de partir, sin saber aún hacia dónde, hablé con ellos. No hubo sorpresa, menos para mi esposa. Eran

muchos los comentarios y movimientos. El reparto Alamar, donde vivíamos, lo habitaban muchos militares, ¡qué no se iba a saber! Era mi segunda despedida lejos de casa, aunque esta vez sería «al duro», la otra había sido para estudiar. Hubo lágrimas, besos, abrazos, consejos y «cumple que aquí te esperamos»; los niños sin idea exacta de lo que representaba aquel alejamiento, solo sentían la nueva ausencia de su papá. Con el paso de los días, su ingenua visión de la tarea aparecía en rústicos dibujos: recuerdo un tanque disparando, en otro la figura central era un avión.

Con mis padres también fue difícil. Mi hermano mayor estaba en Angola desde 1976 y mi madre había quedado delicada de salud y espiritualmente después de la muerte de otro hermano nuestro, de veintitrés años y que, como nosotros, pasaba tiempo fuera de casa: en las milicias, en la lucha contra bandidos, en playa Girón. Ella solo asintió con la cabeza. El viejo era un hombre forjado en el trabajo y en las luchas revolucionarias. «¡Cuídate y cumple!, que de tus hijos nos encargamos nosotros». No hubo más palabras. El abrazo se ocupó del resto.

La noche antes de la salida, compartí también con un grupo de oficiales y nuestros familiares, actividades que eran tradicionales, por un cumpleaños, por éxitos en el trabajo, al regresar de los polígonos. Constituíamos una gran familia.

## Al encuentro con Fidel

De la ubicación permanente en La Lima, tomamos la Carretera Monumental en dirección al túnel de la bahía de La Habana, nos desviamos hacia San Carlos de La Cabaña, conocía bien esta fortaleza, pues ahí había estado con el batallón de milicias en los años sesenta. Ya vestíamos de civil y las maletas las habían trasladado al aeropuerto.

Entramos al teatro. Me ubicaron en la primera fila, entre el general de brigada Agustín Méndez Sierra y el coronel Gustavo Fleitas Ramírez a mi derecha; le seguía el teniente coronel Marcos A. Gutiérrez Bello. Se encontraban presentes, además, el general de división Abelardo Colomé Ibarra y otros altos oficiales del EMG; compañeros que integraban mi estado mayor, oficiales y combatientes de diversas especialidades: una batería de defensa de exploración Sónica,

tanquistas del Ejército Oriental —los reconocía donde estuvieran, esa era mi especialidad—, médicos, técnicos, enfermeros. Calculé alrededor de unos cuatrocientos combatientes.

De momento, me sentí sumergido en la despedida de mis hijos, y en el cumpleaños diez del mayor dentro de apenas veinticuatro horas. Entonces susurré: «¡Otro más sin mi presencia!» Me extrajo de esa melancolía la voz de firme. En ese instante hacía entrada el Comandante en Jefe. Ya nos lo imaginábamos, pues la Seguridad en el teatro y las medidas que se tomaban anunciaban la pronta llegada de un dirigente del más alto nivel.

Luego del saludo y la observación detenida a los presentes, comenzó a explicarnos la situación que se había creado en África, en Angola y Etiopía de forma más particular. Fue explícito en los análisis y en las recomendaciones. Por el dominio de su exposición parecía que nos hablaba desde el escenario de los hechos. Muchos fueron los detalles sobre el teatro de operaciones al que nos enfrentaríamos, y nos precisó: «Ustedes van a hacer un viaje en tres aviones, primero hasta Angola, allí abordarán tres Boeing, que volarán a oscuras sobre Zaire y llegarán al frente de batalla en menos de setenta y dos horas.

Al concluir sus palabras y saludarnos uno a uno, supe que mi cargo sería jefe de estado mayor de la Tercera Brigada de Tanques, ya era su jefe en Etiopía el general de brigada Leopoldo Cintra Frías. Lo conocía solo de referencia y de ocasiones esporádicas en el polígono de Jejenes. La responsabilidad que me asignaban la había desempeñado en dos ocasiones: en un batallón de tanques en Isla de Pinos (Isla de la Juventud) y antes de partir en 1974 a estudiar a la URSS, en el Regimiento de Tanques de la División 1700 en La Lima, donde ahora era jefe de la unidad. Aunque tenía conocimiento de la tarea, no era lo que más me gustaba; pero existen circunstancias en las que no se puede escoger. Estaba en una de esas.

Caía la noche cuando ascendíamos la escalerilla del avión. Allí nos estrechó sus manos el general Colomé Ibarra. Hicimos escala en Isla Sal y de ahí seguimos a Luanda.

Como debíamos permanecer unas horas en la capital, junto al capitán Héctor Almanza Vives, me trasladé con mi hermano, segundo jefe de Retaguardia de la Misión, hasta su casa. Nos recibieron mi cuñada Ana y el mayor Jesús Delgado. Compartimos un rato; pero, como realmente estábamos ansiosos por regresar al aeropuerto, en un par de horas estuvimos de vuelta con nuestra gente.

Otra despedida. Ambos sentimos el calor del abrazo, aunque no era la primera vez, así sucedía cuando cumplíamos distintas tareas. En la escalerilla del avión nos deseó a todos éxitos en la misión, y estrechó muy fuerte su mano a cada uno mientras subíamos a la nave. Fue un encuentro muy estimulante.

## En tierra etíope

La travesía hasta el aeropuerto de Addis Abeba fue a oscuras como nos había planteado Fidel. Nos esperaban. Despertó mi atención que un joven oficial de la Contrainteligencia Militar (CIM) me llamara por mi nombre, él me trasladó en un yipi; el coronel Fleitas y el teniente coronel Marcos abordaron también un transporte independiente, detrás iban los ómnibus con el resto de los compañeros. Durante este viaje me dio importantes explicaciones del lugar y del momento.

En Arba me encontré con el coronel René Núñez Alvarado. Recibí su abrazo después del saludo militar y seguido sus alentadoras palabras: «Ávila, ¡qué bueno que estés aquí con nosotros!» Desde 1961 nos conocíamos.

Por la noche el coronel me actualizó sobre la situación y en un mapa de escala grande me habló del futuro teatro de operaciones. Con nosotros estaba el mayor Carlos Pando Hernández —también lo conocía de la División 1700, entonces era técnico en la división—. Me explicó las características del terreno y sobre la técnica con que contaría la agrupación.

—Ya la brigada empieza a tener cuerpo y estoy seguro de que el trabajo de los oficiales y especialistas que acaban de llegar será de gran utilidad —y me recalcó—: Ávila, los somalíes están del carajo y no se sabe en qué minuto se vuelven a lanzar. Caminé por Dire Dawa hace unos días y están bien atrincherados, poseen la misma técnica que nosotros y actúan por los mismos reglamentos.

—Es que hace un año estudiaban con nosotros en la Unión Soviética, aprendimos lo mismo sobre la táctica, técnica y armamento; hasta compartíamos las mismas actividades políticas —le comenté y acto seguido le dije—: Me dijiste que Aroche está en Harar, pues juntos estábamos todos.

Como el reloj avanzaba decidimos descansar. Al día siguiente nos esperaban varias tareas.

## Proa a Harar

Despertamos bien temprano el 21. Organicé el trabajo y alistamos el equipamiento. No teníamos todavía la técnica, ni la había en Arba; entonces me familiaricé con los oficiales nuevos que formaban parte de la plantilla, la cual contaba con cuarenta especialistas y los combatientes, incluyendo al personal del puesto médico, en total unos 120 compañeros.

El coronel Núñez informó a la tropa la situación y enfatizó en el trabajo que debíamos hacer con las unidades etíopes, pues los aseguramientos, en su mayoría centralizados, se guardaban en sus bases de abastecimiento. Nos transmitió sus experiencias, ya llevaba más de siete meses allí con otros compatriotas.

Serían alrededor de las 16:00 horas cuando el mayor Carlos Pando me comunicó que al día siguiente partiríamos para el Frente.

—Ávila, nos vamos a trasladar en ómnibus. Yo voy con ustedes hasta allá.

Rápido me reuní con los oficiales, les precisé que revisaran su equipo personal y que no olvidaran el agua. Se debía llevar toda la que fuera posible. Puntualicé otros pormenores, pues se iba a cumplir lo planteado por el Comandante en Jefe: que estaríamos en el frente de combate a las setenta y dos horas.

Lo que quedaba de esa tarde-noche lo dediqué a organizar al personal en los cuatro ómnibus con que contábamos y designar a un jefe para cada uno de ellos; intercambié los últimos detalles con la jefatura del centro y pasamos lista a los aseguramientos que se trasladarían. Muy pocos descansamos a plenitud, ansiosos esperamos el amanecer.

Al despuntar el alba ya había nativos para despedirnos. ¡No se les iba una! Rodeados de la multitud ocupamos los ómnibus, sentimos su calor y agradecimiento. El coronel Núñez nos despidió. A mí me dijo: «¡Ávila, como en los viejos tiempos en la Isla!» Lo saludé militarmente y le di un abrazo. Siempre lo he tenido como una de las personas que me enseñó mucho, igual que el capitán Manuel García Carnero y el teniente Aquiles Almaguer Rivera, buenos tanquistas, jefes exigentes y humanos con quienes compartí diez años de trabajo.

El desplazamiento lo hicimos sin dificultades a pesar del embarazoso itinerario, y es que los choferes se conocían al dedillo el camino; hicimos una sola parada para ingerir alimentos. Cuando sobrepasamos el puente en la carretera que une Harar con Dire Dawa, y el entronque de Alem Maya, vimos los tanques en movimiento. Nos encontramos al general de brigada Sixto Batista Santana. Raudo me dijo: «Ávila, baja a tu gente y ocupen la defensa a la orilla de la carretera que los somalíes están atacando».

### Flechas somalíes a medio camino

En el transcurso de los primeros días de enero, los somalíes trataron de llegar a la punta de las flechas —tomar Harar y Dire Dawa—. Mantenían la ofensiva a través de pequeñas acciones, a pesar de la agudización de los problemas disciplinarios y de los aseguramientos que se les presentaban. Este conflicto llevaba más de un año, las desertiones sucedían con tanta frecuencia, que llegaron al extremo de aplicar como medida el fusilamiento. Habían surgido discrepancias agudas entre los bandidos y las fuerzas regulares hasta suscitar enfrentamientos armados entre ellos.

El incremento del trabajo en los distintos centros de preparación y en las propias ubicaciones, por nuestros instructores, profesores, oficiales, sargentos y soldados, propició detener el avance enemigo. Los valientes oficiales y soldados defensores de su suelo, en esta etapa decisiva habían elevado su preparación militar y asimilado el dominio de la técnica soviética en un corto periodo de tiempo.

Enseguida vino a mi mente la experiencia que había vivido Cuba en abril de 1961, cuando los mercenarios invadieron la Isla por bahía de Cochinos, en playa Girón, e intentaron crear una cabeza de playa y solicitar la intervención armada a nuestro país. Se trataba de la Brigada de Asalto 2506 con mil quinientos hombres apoyados por la aviación, la artillería y los buques, una unidad con características similares a las regulares del Ejército estadounidense, que trajo los más modernos equipos y técnica, adiestrada además por sus altos oficiales del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea con práctica en este tipo de operaciones. Entonces nuestro pueblo comenzaba a asimilar el armamento llegado de la Unión Soviética; pero los rebeldes con una valentía sin

paralelo sobre los tanques, los artilleros con una preparación acelerada desde sus cañones y morteros, y los batallones de milicias con sus FAL y subametralladoras checas, detuvieron a los mercenarios y lo aniquilaron. Sobre este particular, el general de división José Ramón Fernández Álvarez ha planteado:

De inmediato se originó un febril trabajo que, por mi experiencia, me tocó encabezar. Se organizaba la instrucción militar, o sea, un sistema de enseñanza para la preparación y perfeccionamiento de los integrantes del nuevo Ejército. En su concepción participaron oficiales del Ejército Rebelde y del Ejército anterior, estos últimos formaban un pequeño grupo que, por unas semanas, prestó servicios en el Estado Mayor.<sup>12</sup>

A este Ejército contrario le sucedía algo muy parecido. De manera arbitraria pensaron cumplir sus objetivos en menos de sesenta días; pero le faltó un detalle importante al dibujar su estrategia: no contar con las habilidades y la entrega de los etíopes que, palmo a palmo, cota a cota, desfiladeros, aldeas y cada terruño defenderían.

Si durante la Segunda Guerra Mundial los alemanes no pudieron tomar Leningrado y cientos de miles heroicos combatientes del Ejército Rojo y de su población resistieron el embate de las oleadas nazis, hoy podemos afirmar que los guerreros, junto a su pueblo, tampoco dejaron que tomaran Harar, el nudo principal de comunicaciones entre Dire Dawa, Addis Abeba y Jijiga. A su vez Dire Dawa enlaza las vías de acceso hacia Djibuti, incluyendo la ferroviaria.

La toma de las importantes ciudades no la pudo materializar. Ante el rechazo de su ofensiva, pasó a la defensa en las inmediaciones de estas regiones. Aprovechando las favorables características del terreno, enmascaró con habilidad sus unidades. Solo así soportaron los intentos ofensivos de las fuerzas nacionales que luchaban por recuperar esos territorios.

<sup>12</sup> José Ramón Fernández: *Un hombre afortunado*, p. 107.

## Tropas somalíes estancadas

La segunda quincena de enero de 1978 corroboraba la situación de los somalíes con el pensamiento militar del Comandante en Jefe. No se había equivocado en su apreciación cuando desde el inicio de la agresión señaló en reiteradas ocasiones a los altos dirigentes del Consejo Administrativo Militar Provisional, la necesidad de ganar tiempo, el cual estaría a favor de Etiopía. Y ese tiempo fue aprovechado en interés de elevar la capacidad y preparación de sus tropas; de adiestrarlas con las nuestras, ya en su territorio. Con el Frente estabilizado y las serias dificultades del enemigo con el aseguramiento logístico y de índole disciplinario, no le resultaban fáciles las acciones ofensivas. Se estancó. En esta etapa solo le fue posible el intercambio de fuego de artillería y pequeños combates por la toma de una determinada posición.

La fuerza aérea etíope y la somalí se habían desgastado en seis meses de choque entre ellas y en su auxilio a las agrupaciones terrestres. Pero en este momento, Etiopía ganaba la supremacía aérea, repuesta con nuevos equipos soviéticos y con la Fuerza Aérea Revolucionaria como aliada. Somalia, aunque recibía asistencia militar de EE.UU. y otros países asociados, no había recibido nuevos aviones.

Aquellos primeros días de enero habían sido motivo de preocupación constante para el país invasor por el incremento de las tropas defensoras en el Frente Este. No era para menos. El fortalecimiento del mando, la llegada de cuatro grupos de artillería, de los batallones de tanques, de unidades locales bien preparadas en los centros de enseñanza y en el propio escenario combativo, eran razones suficientes para que el presidente Sead Barre y su camarilla no descansaran.

Ante la situación, el mando somalí decidió lanzar su último zarpa por ocupar Harar el 22 de enero, mucho antes de que las fuerzas conjuntas etíope-cubanas tuvieran creadas las condiciones para emprender su ofensiva. Su objetivo estratégico era tomar la ciudad, cercarla y derrotar la agrupación principal de las fuerzas etíopes en ese Frente, planificando asestar su golpe principal en Fedis, al norte de la dirección de Kembolcha en un movimiento de pinzas desde el sur con varias brigadas de infantería, apoyadas por infantería y tanques, para ello reagrupó sus hombres y medios, atrayendo hacia Fedis a la Quinta Brigada de Infantería Motorizada, dos brigadas del tipo

B y varias agrupaciones de bandidos, artillería terrestre y antiaérea. Así dio la orden de iniciar este tipo de acción en varias direcciones, tratando de enmascarar el golpe principal en torno a Harar, con el objetivo de cortar la carretera que conduce a Dire Dawa, incomunicar por tierra a Harar, apoderarse de tan estratégica ciudad —siempre soñando—, y dejar cercadas a numerosas unidades dislocadas en el bolsón Gorey-Gursun-Babile.

## El Caimán intenta atacar

Tres días antes de los actos defensivos por los etíopes y el ataque desesperado de los somalíes, los jefes de la Misión y especialistas soviéticos recibieron en sus respectivos puestos de mando, la siguiente nota:

Hoy día 19, el ministro de las FAR general de ejército Raúl Castro Ruz y el ministro de Defensa de la URSS, Mariscal Ustinov, analizaron la situación en el Frente Este de Etiopía, concluyendo lo siguiente: Hay que dar un golpe al sur de Harar en los últimos diez días y continuar preparando el golpe principal para la primera quincena de febrero en la dirección Kembolcha-Gildesa.<sup>13</sup>

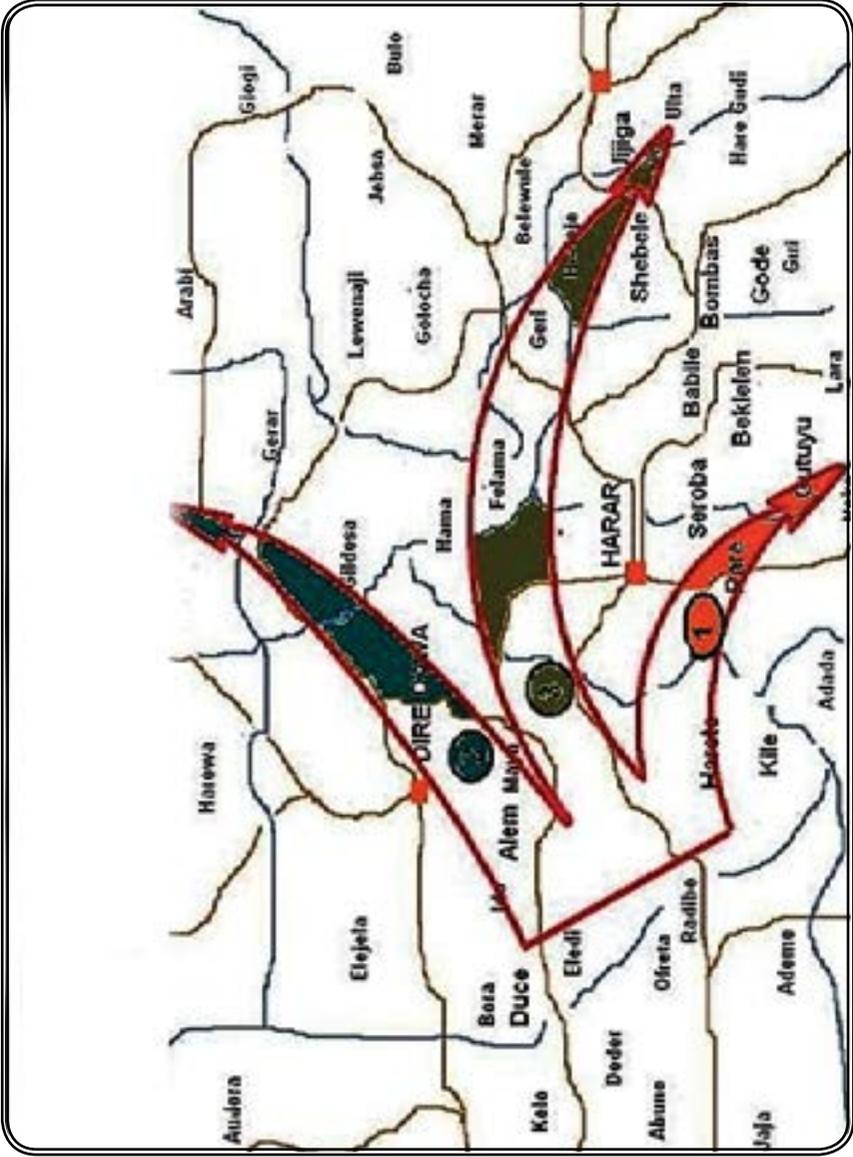
Este golpe complementario al sur de Harar tenía como objetivo aniquilar a los somalíes en la región, para posibilitar la reagrupación de fuerzas hacia la dirección del golpe principal, mejorando con ello la situación de nuestros efectivos. Se trataba de una maniobra para alcanzar ventaja táctica y aniquilar al enemigo por partes, liberando a las tropas cubano-etíopes y las ciudades de Harar y Dire-Dawa de la presión que ejercía el adversario sobre ellas; completar la agrupación y ocupar una base de partida favorable para emprender la ofensiva sobre Jijiga y hacia el este.

La nota emitida ratificaba el alto nivel logrado en el cumplimiento de la colaboración militar entre ambos países. De forma conjunta se

<sup>13</sup> Archivos del Cemi: Ob. cit.

decidieron las principales misiones en interés del desarrollo y desenlace de la guerra en Etiopía.

Bajo las condiciones que muestra el esquema comenzó la batalla por la toma de Jijiga y la liberación de los 320 000 km<sup>2</sup> del desierto del Ogaden, superficie que acoge tres veces el tamaño de Cuba.



Idea estratégica para el desarrollo de la guerra en el Ogaden (PGM-FAR).

# Bautismo de fuego al sur de Harar (22~27 de enero)

—Aroche, te acuerdas de la loma La Mosca, cuando hicimos el reconocimiento hace unos días.

—Sí, ¡cómo no!

—El batallón que se defendía ahí está cercado. Debes realizar la ofensiva en esa dirección, restablecer la defensa al este de Cherificale y sacarlo del cerco que le tiene tirado el enemigo. Actúa con mucha cautela y mantente siempre a la viva, toma tus medidas. Cuando estés listo, muévete hacia allá.

Planteó otras precisiones y concluyó:

—¡Métele con todos los hierros! Acuérdate que por la izquierda está Lorente.





## Un viraje decisivo en el teatro de operaciones militares

---

---

A las 15:00 horas del domingo 22 de enero 1978, el Ejército somalí comenzó una fuerte preparación artillera en dos direcciones: Fedis, Cherifcale, Mederu; y la segunda, Gorey, Babile, Kembolcha y Sigi-cha sobre los órdenes combativos de las unidades etíopes y más en profundidad, con el objetivo de neutralizarlas. Pasados treinta minutos, atacó y pasó a la ofensiva en ambas direcciones y concentró su ataque sobre Fedis y Kembolcha de forma violenta. Estos dos golpes convergentes desde el norte (Kembolcha) y desde el sur (Fedis) tenían la finalidad de dividir la carretera e impedir el movimiento entre Harar y Dire Dawa.

Ante esta situación, después de los análisis en el puesto de mando del Frente Este, conforme a las fuerzas y medios que empleaba el adversario, se determinó que el golpe principal lo realizaba en la dirección de Cherifcale, donde en muy poco tiempo, tras bordear la defensa etíope por el flanco derecho, había logrado salir con sus tanques a unos 500 m de la carretera en el sector Aweday-Hamaresa, mediante un movimiento de pinzas. Esta embestida marcó un viraje decisivo en el teatro de operaciones militares, fundamentalmente en la dirección al sur de Harar. Así lo prefirieron y como respuesta obtuvieron golpes aéreos de la aviación cubano-etíope, fuego de la artillería de obuses 122 mm —que desde el 16 de diciembre hacían estragos— y salvas de cohetes BM-21, todo acompañado de la actuación de los tanques

y la infantería, y la dirección de nuestros jefes a diminutas distancias. Nadie podía resistir esa avalancha.

En la ciudad de Harar, desde el 28 de diciembre se hallaban los principales asesores soviéticos junto a cubanos y etíopes: el Primer Batallón de Tanques alrededor de las instalaciones de la Universidad Agrícola de Alem Maya y, como a dos kilómetros, el Segundo Batallón. A continuación, en dirección a Harar, el Primer y Segundo Grupo O-122 mm, el Primer Grupo BM-21, mientras el Tercer Grupo O-122 mm, al mando del teniente coronel Marino Álvarez, que había relevado al grupo de Lino, apoyaba las acciones en el primer escalón (Segunda Brigada Paracomandos).

Rápido el Grupo Operativo del Frente Este y los asesores soviéticos, al determinar que los somalíes empleaban la mayor cantidad de hombres en la dirección Cherifcale, decidieron ordenar al jefe del Primer Batallón de Tanques (1BonT) —que conocía el terreno y había participado en varios reconocimientos— la marcha hacia la dirección de Fedis y con la Segunda Brigada Paracomandos defender las posiciones que esta ocupaba.

Para el Segundo Batallón de Tanques (2BonT) la indicación fue desplazarse y tomar la línea prevista en la dirección de Aweday. Al saber, en el transcurso del avance, que no era posible su llegada a tiempo, se le ordenó al jefe del 1BonT que ocupara esa línea con una de sus compañías.

En cuanto llegó el 2BonT, una compañía ocupó la defensa, ambas unidades tenían la misión de rechazar la ofensiva enemiga. El resto del Segundo Batallón —con una compañía desplegada y la otra formada en columna en Aweday— se mantuvo listo para actuar, en tanto el resto del Primer Batallón continuó hacia donde combatía la Segunda Brigada Paracomandos. Simultáneamente se le ordenó a los jefes de los Grupos Primero y Segundo Obus-122 mm y 1BM-21, tomar posiciones de fuego y colaborar en las acciones defensivas.

Con la aviación, basificada en el aeropuerto de Dire Dawa, se decidió golpear al enemigo en las regiones de Cherifcale y Fedis con todos los medios disponibles. Salieron ocho MiG-17 y un MiG-21R, encargado del reconocimiento.

Entre las 16:00 y 16:30 horas, en medio del movimiento de sus batallones, arribaron los ciento veinte miembros del estado mayor de la Tercera Brigada. Por orden del general de brigada Sixto Batista

Santana pasaron a la defensa de la carretera en el sector de Aweday, entre los intersticios del Segundo Batallón.

Sobre las 17:00 horas, las fuerzas principales de la Tercera Brigada de Tanques habían entrado en combate. Se logró detener al contrario e impedir que cortara la vía de comunicación entre Harar-Dire Dawa.

Los puestos de observación del Primer Grupo de Obuses y del Reactivo BM-21, cumpliendo indicaciones de sus jefes, se desplazaron para ocupar posiciones en dirección a Cherificale, con el objetivo de organizar el observatorio y dirigir el tiro de sus grupos, dado el intenso fuego sobre esas posiciones. Como no les fue posible cumplir esa misión, tomaron el camino de Aweday-Cherificale, el mismo que habían empleado para llegar hasta ese lugar, pues necesitaban una región que les permitiera efectuar la encomienda.

Durante el retroceso fueron sorprendidos por una emboscada enemiga. En este encuentro cayeron la misma cantidad de cubanos y etíopes: muertos (6), heridos (3) y desaparecidos (1). Después se supo que dos habían sido prisioneros, un cubano y un etíope.<sup>14</sup>

Al finalizar la actividad de este primer día, la noche se mantuvo movilizada en casi todo el Frente: en la dirección de Kembolcha el enemigo sufrió grandes pérdidas; en Sigicha (1) las tropas nacionales se replegaron, dominaron una línea más ventajosa en Sigicha (2) y lograron detenerlo. La dirección de Cherificale fue defendida por el batallón etíope que estaba en esa posición, pero quedó semicercado al concluir la noche.

Las dos compañías de tanques y los efectivos recién llegados del estado mayor de la brigada, desplegados entre los intersticios de los tanques con sus armas de infantería, impidieron el avance del contrario y con ello que interrumpiera la vía entre las dos ciudades. Esta línea fue defendida con extrema firmeza durante la noche-madrugada. En la dirección de Dobine, fue expulsado por la Segunda Brigada Paracomandos, la cual reconoció la efectividad del tiro del Tercer Grupo de Obuses.

<sup>14</sup> José Aroche Pacheco: Generalización de la guerra en el Ogaden, (material inédito), p. 49.

En horas de la noche, se realizó el análisis de este primer combate en el puesto de mando del Frente Este y se tomaron decisiones para los días 23 y 24 de enero. Ya la brigada contaba con sus tres batallones: 93 poderosos tanques T-55 de 100 milímetros.

### Día 23. Comienzo de un viraje decisivo

La decisión tomada en el puesto de mando del Frente Este se comenzó a materializar en las primeras horas de la mañana: El Segundo Batallón con una compañía paracomandos, el Primer Grupo de Obuses 122 mm, el Grupo de BM-21 y dos escuadrones de aviación, pasaron a la ofensiva con el objetivo de restablecer la línea defensiva. Después de tres horas intensas logró su recuperación; el enemigo, que no esperaba una ofensiva de tal magnitud, sufrió cuantiosas bajas. El Primer Batallón, por su parte, reforzó la defensa de la Segunda Brigada Paracomandos, que rechazaba el ataque en la dirección de Fedis. La Tercera Brigada de Tanques empezaba a mostrar su destreza.

La aviación, a lo largo de ese día, golpeó fuerte y le causó considerables bajas en la profundidad de su defensa. El fuego de la artillería nuestra, contribuyó a la recuperación de las líneas defensivas en Chericale. Por la tarde, un MiG-21R nuestro fue derribado, el piloto pudo catapultarse y posteriormente se rescató sin novedad.

Durante el día y la noche el jefe de la Misión, su estado mayor dislocado en Harar, los principales jefes y el asesor soviético general Petrov, estuvieron puntualizando las misiones para el amanecer del 24 de enero con el objetivo de cercar y aniquilar de manera total al adversario ubicado al sur de Harar.

### Día 24. Desarrollo de la ofensiva

Desde muy temprano se comenzaron a tomar medidas en dos direcciones fundamentales: el Segundo Batallón, con el batallón paracomandos, el apoyo artillero de los grupos que lo acompañaban y la aviación, continuaría la ofensiva con el propósito de dominar las alturas de Hamaresa.

Al mismo tiempo se hicieron los reconocimientos y se trasladó el 1BonT con una compañía de infantería y el 2GA O-122 mm para la región de (Bisidimo) (1). Para este día el Tercer Batallón de Tanques hubo de designar una compañía para que, en cooperación con una paracomandos, realizar tareas de limpieza —eliminación de fuerzas enemigas dispersas, bandidos— al sur de Alem Maya. Por la noche el batallón se trasladó para los alrededores de Mesno.

Con estos desplazamientos quedaban las condiciones necesarias para el paso de las tropas a la ofensiva. Durante todo el día, los grupos de artillería y los escuadrones de aviación continuaron martillando al enemigo, lograron causarle grandes pérdidas, y desorganizarle sus órdenes combativos; comenzaba a desmoralizarse. Esta intensa y compleja jornada de más de ocho horas, cumplió el objetivo trazado por nuestros jefes.

### Días 25 y 26. Tras talones enemigos

En el lapso de estos dos días las tropas continuaron marcando el primer descalabro del enemigo al sur de Harar, lo que constituyó en la práctica el final del viraje de sus acciones contra el agresor.

Después de un asalto de fuego, cuando los relojes ya marcaban las 15:00 horas del día 25, el 1BonT con el 2G O-122 mm, en cooperación con una compañía de comandos, una batería de BM-21, otra de O-105 mm, un batallón de infantería de la 68 Brigada de Milicias y personal voluntario, pasó a la ofensiva. Tres horas fueron suficientes para vencer al enemigo que defendía las alturas de Sigoy. Con la toma de este poblado, el nuevo escenario posibilitaba seguir explotando el éxito en su profundidad y salir raudos a la zona de Aliye-Bole e impedir su retirada.

Para el jueves 26 de enero, en las primeras horas de la tarde, el Primer Batallón de Tanques conquistó Adash y en columna siguió con los medios de apoyo en dirección hacia Kore; pero la presencia de un campo minado dificultó su avance e impidió salir en la noche al sitio indicado, pues fue necesario dedicar un tiempo considerable al desminado por el método manual.

El Segundo Batallón, luego de una preparación artillera de veinte minutos, pasó a la ofensiva a las 15:00 horas, tomó por el camino de Hamaresa hacia el sur, entabló combate contra un contrario que pudo

silenciar pasada una hora y ocupó la defensa en la línea que había alcanzado.

A las 16:00 horas, el Tercer Batallón entró en acción por el flanco izquierdo del 2BonT, en dirección a Fedis. Al finalizar el día se había posesionado en una línea entre Fedis y Derayo.

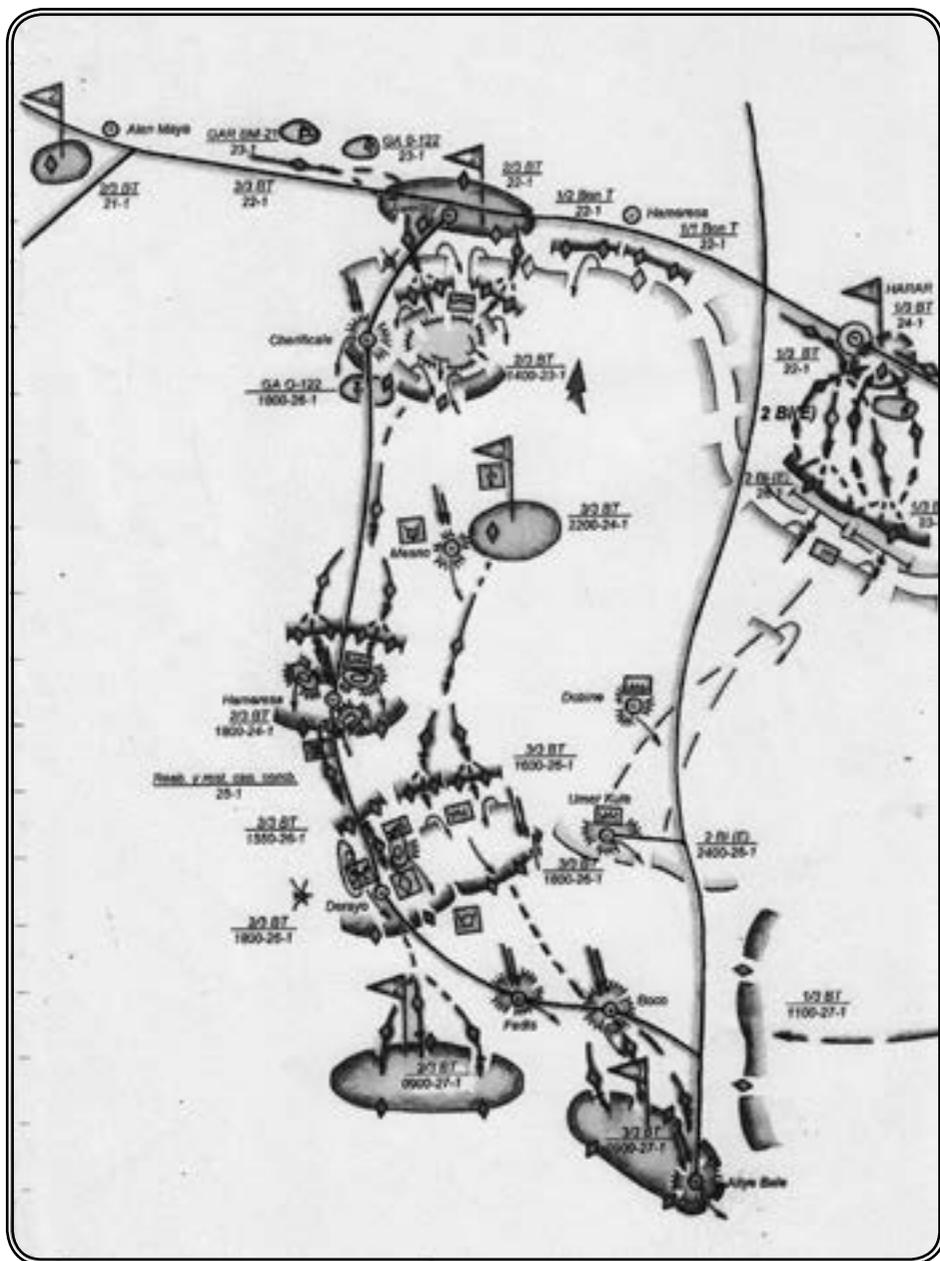
Por su parte, la Segunda Brigada Paracomandos, con la cooperación del 3G O-122 mm, pasó a la ofensiva en la dirección de Aden Lega-Umer Kule cuando caía la tarde y logró conquistar el último poblado a las 24:00 horas.

### Día 27. Misión cumplida al sur de Harar

Desde el amanecer, la decisión fue no darle tregua a un agresor que ya no presentaba resistencia organizada. No era solo su derrota, sino trataban de escapar en grupos cada vez más pequeños.

Las principales unidades de la brigada y las formadas por etíopes, temprano en la mañana, luego de un movimiento rápido y organizado, salieron a la línea defensiva entre Aliye Bole-Fedis-Boko-Gorey. Con la consolidación de esta región, culminó el cerco y aniquilamiento de las fuerzas principales somalíes al sur de Harar. Nuestra brigada, a partir de entonces, comenzó a reagruparse y entregó esas posiciones a los nacionales.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Ver anexo no. 1 Generalización de las experiencias de la guerra en el Oga-den (Etiopía), 1981, p. 49.



Acciones combativas de la 3BT al sur de Harar (22-27.01.1978).

En la despedida en el teatro de La Cabaña, Fidel nos aseguró que estaríamos en el Frente, a más tardar, en tres días y llegamos en menos de sesenta horas. ¡Qué cálculo tan exacto! Nuestro arribo se produjo el 22 de enero, al inicio de los combates, coincidentemente como sucedió el 18 de abril de 1961 en las arenas de playa Girón, cuando un grupo de ómnibus trasladaba a cientos de milicianos del Bon 123 al área del desembarco de los mercenarios y fueron sorprendidos por el bombardeo de aviones B-26 tripulados por pilotos estadounidenses. Entonces la unidad fue castigada por el fuego de las ametralladoras, cohetes y napalm, que le ocasionó la muerte a una gran cantidad de compatriotas.

Ahora, en la medida en que el ómnibus que nos trasladaba se acercaba al entronque de Alem Maya, sentíamos el calor y el ruido de la guerra, escuchábamos con claridad los cañonazos y el tronar de las armas de infantería, pero jamás imaginamos que se trataba del comienzo de la ofensiva por parte del enemigo.

El Primer y Segundo Batallón de Tanques, los grupos de artillería y otras fuerzas se desplazaban cuando llegamos al entronque; había arreciado la embestida sobre los nuestros.

A unos doscientos metros divisé al general de brigada Sixto Batista Santana, me acerqué y sin preámbulo alguno me dijo:

—¡Ávila, baja al personal y ocupa posiciones defensivas con ellos!

Nuestra llegada no lo sorprendió, él conocía de nuestro traslado. Tan pronto recibí la orden, me dirigí rápidamente a los oficiales, sargentos y soldados, miembros todos del estado mayor, el personal del puesto médico y de aseguramiento, que prácticamente ya habían descendidos del transporte, les impartí desde la marcha las indicaciones y en la cuneta de la carretera ocuparon posición de combate. Los ómnibus fueron retirados hacia lugares seguros.

Pasado un rato los agrupé por pelotones y escuadras para lograr una organización provisional hasta tanto tuviéramos una visión más clara de la situación; los situé entre los intersticios de los tanques que se encontraban a la defensa para aprovechar sus características topográficas.

A pesar del inesperado choque, fue muy destacada la disciplina y actitud del colectivo, que incluía a muchos reservistas y profesionales de la Salud.

Alrededor de las 18:30 horas me trasladé al puesto de mando del jefe de batallón, para conocerlo y estrechar la cooperación. ¡Qué sorpresa! Era el teniente coronel José Aroche Pacheco. Juntos habíamos regresado en el año 1976 de la URSS, después de concluir el curso para jefes de regimiento de tanques. Más de veinte meses compartimos la habitación y sufrimos los mismos problemas con el idioma y el intenso invierno. Ahora, en medio de un combate, no se resistió un caluroso saludo y, pronto, sin más rodeos, me dijo:

—Ávila, aquí la cosa está mala, pero ellos van a saber quiénes somos nosotros.

Le hablé de mi misión y de las fuerzas atrincheradas entre sus tanques.

—Puedes contar con ellas hasta tanto contacte con el jefe de la brigada.

Me puso al corriente de la situación táctica y del teatro de operaciones, incluyendo una visión del panorama geográfico y de las unidades. Este intercambio me alivió en cierta medida, saber cómo andaban las cosas era importante.

Avanzada la noche, organicé bien la defensa con mi tropa —había disminuido el fuego, solo se sentían disparos aislados—. Volví al puesto de mando de Aroche. Visitamos las posiciones defensivas de su compañía de tanques y la del Primer Batallón; contactamos con sus jefes, teniente Gordín y mayor Gilberto Bárzaga Prieto, respectivamente; habían rechazado al enemigo en esa dirección. A Bárzaga también lo conocía y aproveché para intercambiar sobre los posibles actos del adversario y la organización de la línea defensiva que asumían los veinte tanques; las comunicaciones por radio con los jefes de batallones y el mando superior se mantenían.

A mi regreso con el jefe de Operaciones de la brigada, capitán Octavio Fuentes Graverán, planificamos la defensa nocturna y me trasladé de nuevo al puesto de mando de Aroche para acopiar más información sobre las acciones que se libraban, que después transmití al resto de mis compañeros.

En horas de la noche comprobé las posiciones defensivas ocupadas por mis combatientes, quienes permanecían atentos y con los ojos bien abiertos. ¡Qué recibimiento!

Al amanecer recibí la visita del jefe de la Misión, general de división Ochoa, me impartió indicaciones, entre otras, reorganizar el estado

mayor y trasladarlo para las instalaciones de la Universidad Agraria de Alem Maya; contactar con los especialistas de la jefatura del Frente y etíopes que se hallaban en la ciudad de Harar, con el objetivo de empezar a recibir los medios disponibles para la organización del mando. Me ordenó, además, tomar medidas de seguridad, pues en la zona había bandidos dispersos, y que asumiera el control de los pequeños grupos de retaguardia y aseguramiento que se encontraban en sus áreas de trabajo; me informó que el jefe de la brigada se hallaba directamente en la dirección de las tropas y tan pronto regresara me indicaría el trabajo a realizar con el estado mayor.

En cuanto se marchó el general Ochoa, cumplimos su orden.

Por la tarde recibimos de los especialistas del Frente Este, los primeros vehículos de mando, un PU-50, un yipi R-104, un equipo de radio 405, montado en Gaz-66, y otros medios ligeros. Con inmediatez establecimos las comunicaciones con las tropas subordinadas a la brigada y el mando superior; realicé mi primer contacto por radio con el general de brigada Leopoldo Cintra Frías, jefe de la brigada. A partir de este momento, el flujo de las comunicaciones fue constante.

Como el hospital de la brigada permanecía sin instrumental, varios de sus miembros se incorporaron al basificado en Harar. El jefe de Retaguardia y los especialistas de víveres, vestuario, combustibles y armamento recibieron indicaciones para realizar su trabajo en coordinación con sus homólogos del Frente Este y etíopes. Casi a ciegas, sin tiempo para orientarse siquiera, iniciaron un conjunto de actividades.

A partir del 23 de enero, ya el estado mayor cumplía misiones concretas en el aseguramiento logístico de los batallones —grupos— que desarrollaban la ofensiva. Una de las primeras tareas asumidas por la retaguardia de la brigada fue el suministro de municiones al sur de Harar.

Los capitanes Reynaldo Escalante Pérez, Alfonso Orozco Pérez y el primer teniente Manuel Fonseca Pita, jefe de Armamento, segundo jefe de la Sección y especialista de municiones, según el orden, participaron con los oficiales y soldados en esta primera tarea. Debieron trasladar unas 397 toneladas de municiones para los tanques, la artillería y armas de infantería; una labor similar desarrolló el jefe de combustible, teniente Carlos Fernández Odelín, en el traslado de 119 toneladas de combustible en transporte militar y civil.

Durante la visita a los pelotones de abastecimiento, comprobamos que los combatientes de ambas naciones se entendían bien y la elaboración de los alimentos era buena, los problemas de idioma se resolvían por señas y mantenían una correcta disciplina e higiene en sentido general.

Para empezar estas operaciones, las unidades contaban con ocho raciones de víveres, suministradas desde los almacenes de las Fuerzas Armadas de Etiopía en Harar. A sus jefes también se les entregó dinero en efectivo para la adquisición de productos frescos. El aseguramiento de esta tropa no estuvo complicado debido al completamiento inicial con que contaban y su cercanía al lugar del abastecimiento.

Dados estos primeros pasos, comencé a consolidar el trabajo de los oficiales y especialistas en la organización y tramitación de la información al mando superior.

### Miguel Ángel Lorente León

De aquella semana hay tanto que contar... El mayor Eusebio Herrera Fortuny, jefe de Información del Frente Este, fue quien me transmitió la orden del general Leopoldo Cintra Frías, de desplazarme con mi unidad (1/3BT). Establecí comunicaciones con él y comencé el movimiento. Me ordenó pasar una compañía de tanques y una paracomandos a la defensa en el entronque de Cherifcale, con el objetivo de rechazar al enemigo y apoyar a las tropas etíopes que se replegaban hacia esa dirección, como lo habíamos planificado durante los reconocimientos. Designé para ello a mi segundo, mayor Gilberto Bárzaga Prieto.

Con el resto de mi gente me dirigí hacia Harar-Fedis y con la Segunda Brigada Paracomandos debía proteger sus posiciones; al acercarme a la región de defensa, desplegué el batallón y desde la marcha rechazamos el ataque.

Sobre las 18:30 horas, restablecimos la defensa de la brigada al mando del coronel Chibala al sur de la ciudad, donde se hallaban antes de la embestida enemiga. Nuestra acometida había sido a cañonazo limpio y el fuego de todas las armas de infantería.

Oscureciendo, otra potente arremetida, esta vez con más tanques e infantería, nos llevó a un nuevo combate, que se extendió hasta la

una de la madrugada, más o menos; pero... dada la descarga intensa de nuestros medios, las fuerzas contrarias tuvieron que retroceder. Fue admirable el valor de los infantes, tanquistas, artilleros, pilotos y de la tropa en general. Nunca olvidaré esos momentos tan intensos.

Tal arrojó propició que a esa hora, cuando el frío de la zona semidesértica «empezó a pelarnos» solo se sintieran disparos esporádicos en el Frente. Entonces Álvaro, el jefe de un grupo artillero, y yo, enroscados en una lona simulamos dormir.

Al amanecer del 23 la orden consistió en incorporar a la Primera Compañía de Tanques que se encontraba en Cherifcale, ya el batallón estaba completo. Para las 13:00 horas la defensa de la brigada quedó repuesta y así lo informé al jefe.

Esa noche llegó a mi puesto de mando el general de brigada Sixto Batista. Sin muchos detalles me planteó:

—Lorente hay que sacar a tu batallón del combate. Luego te explicaré la misión.

Salimos en columnas, nos reabastecimos con municiones, combustible, alimentos y agua, en la calle principal de la oscura ciudad de Harar. Después el jefe de brigada me indicó atacar el poblado de Bisdimo (1). La unidad realizaría una marcha de treinta y cinco kilómetros para apoderarnos de las alturas y salirle detrás al enemigo. Enseguida valoré la genialidad de la idea.

El 25 de enero el batallón estuvo listo. Pasamos a la ofensiva a las 15:00 horas, en dirección a Sigoy. Tan pronto culminó el potente asalto de fuego huracanado de todos los medios, pasadas quizás tres horas, tomamos el poblado y sus alturas.

Quedaron aniquiladas las fuerzas vivas y medios técnicos del contrario, muchos fueron abandonados en el campo de batalla. Su vía de movimiento quedó cortada. Designé una compañía de tanques con infantería para asegurar que no se moviera nadie.

Por la noche reintegramos los parámetros de la técnica y el armamento, puntalicé las misiones y destacué el trabajo que habíamos realizado. Ordené al mayor Bárzaga tomar medidas para reforzar la seguridad. De nuevo nos caía la noche encima y en la zona permanecían grupos dispersos de enemigos. Teníamos que estar prevenidos.

La tarde del 26, avanzamos hacia el poblado de Adash con la orden de continuar hacia Kore. La zona era bastante abrupta.

En un momento de la marcha, la exploración ingeniera que iba junto a la vanguardia hubo de trabajar fuerte en el desminado de un paso obligado. Pese al esfuerzo, se extendió la demora; además, cinco tanques tuvieron que repararse antes de que llegaran las sombras de la noche. Se distinguieron en esta labor el capitán Marrero, jefe técnico del batallón, y sus valientes mecánicos.

Al siguiente día el avance fue bastante rápido; a las 11:00 salimos a la región entre Aliye Bole y Fedis a pesar de que en el trayecto un BTR-60 en el que se trasladaban asesores soviéticos cayó en una mina. El accidente ocurrió al salirse del trazo marcado, medida ineludible en la guerra. Por suerte, solo lamentamos heridos leves y algunos rasguños. La experiencia adquirida se la transmitimos a la tropa. Tomada la nueva línea, informé al jefe de la brigada que habíamos cumplido.

### José Aroche Pacheco

Por radio me comunicaron a las 15:30 horas del día 22, que debía desplazarme. La tropa actuó vertiginosamente. A la vanguardia marchó el jefe de la Primera Compañía de Tanques, primer teniente Sergio Rodríguez Gordín. En el entronque de Alem Maya y la universidad, me ordenaron darle paso al Primer Batallón de Tanques al mando del coronel Lorente; pero la vanguardia ya había pasado ese punto. De conjunto con la primera compañía de Lorente, pasó a la defensa.

El resto de mi batallón conquistó en Aweday la línea que días antes habíamos precisado durante los reconocimientos. Comenzamos la organización del sistema de fuego y la preparación ingeniera del terreno. Mantenía comunicación permanente con el mando superior y mis unidades.

Desde esas posiciones rechazamos la ofensiva de los somalíes, lo obligamos a replegarse, aunque todo se prolongó hasta altas horas de la noche. Cuarenta tanques, más la infantería desplegada y la participación de la artillería y la aviación mantuvieron alumbrado el cielo a partir de que la luz vespertina se desvaneció. No fue hasta las 21:00-22:00 horas que el fuego empezó a disminuir hasta apagarse como una vela.

Avanzada la noche recibí la comunicación de que el Batallón Paracomandos que se defendía en Cherifcale había quedado bajo un cerco. «La realidad se conocerá al amanecer», le dije a Ávila que se mantenía en mi puesto de mando.

Temprano en la mañana del 23, sin haber cerrado los ojos apenas y con un tremendo zumbido en los oídos producto de los equipos de radio encendidos todo el tiempo, estuvimos en pie. A las 09:00 me sorprendió la presencia del general de división Arnaldo Ochoa y el coronel Marcelo Verdecia.

—¿Negro, cómo te sientes? —fueron sus primeras palabras luego del saludo.

—Bien —le respondí.

—Aroche, te acuerdas de la loma La Mosca, cuando hicimos el reconocimiento hace unos días.

—Sí, ¡cómo no!

—El batallón que se defendía ahí, está cercado. Debes realizar la ofensiva en esa dirección, restablecer la defensa al este de Cherifcale y sacarlo del cerco que le tiene tirado el enemigo. Actúa con mucha cautela y mantente siempre a la viva, toma tus medidas y cuando estés listo, muévete hacia allá.

Planteó otras precisiones y concluyó:

—¡Métele con todos los hierros! Acuérdate que por la izquierda está Lorente.

Después de analizar con la plana mayor y los jefes de compañías la misión, inicié la marcha a las 10:00 horas. A la cabeza partió la Primera Compañía de Tanques con los barreminas y la exploración; detrás mi puesto de mando y el resto de las fuerzas. En la retaguardia había decidido llevar solo los medios imprescindibles —el puesto médico, la escuadra de reparación y cocinas móviles—; los demás permanecerían en la región de concentración.

La columna en movimiento iniciaba el honroso encargo al que el Comandante en Jefe nos había llamado en el momento de la despedida. Sabía que sobre mis hombros caía la alta responsabilidad de conducir aquella tropa a la victoria.

Esta lección la había aprendido desde los días difíciles en la Sierra Maestra, junto a mi hermano Luis. Ambos pertenecíamos al Tercer Frente Mario Muñoz Monroy, que dirigía el comandante Juan Almeida Bosque. Acudió a mi mente la toma del cuartel de El Cristo con

la diferencia de que entonces íbamos armados con escopetas, fusiles y ametralladoras, y ahora sobre corceles blindados me disponía a miles de kilómetros de mi patria a tomar el poblado de Cherifcale. Sumido en estos recuerdos, a escasos treinta minutos de marcha, el jefe de la extrema vanguardia me comunicó por radio que un grupo de combatientes nuestros y etíopes yacían muertos en el itinerario.

Tan pronto recibí la información, ordené detener el avance y le planteé a los jefes de compañías mantener la seguridad de la columna en alto; nadie se podía mover. Salí en el PU-50 —más ligero y también blindado— hasta la cabeza de la columna, distante unos 300 metros, a fin de comprobar la información de Gordín. Efectivamente, yacían baleados, masacrados nuestros compatriotas. Mi primer pensamiento: «No puedo tener tregua con el enemigo». De inmediato, le indiqué al jefe de Retaguardia que enviara al jefe del puesto médico, doctor Faustino Castillo Franco, y establecí comunicación con el jefe de la brigada para explicarle la escena dantesca que tenía delante; le añadí mi criterio:

—Pienso que haya sido una emboscada.

Su orden fue recoger los cadáveres, trasladarlos hacia el cementerio de Harar y preservar el espacio hasta tanto se ejecutara ese movimiento.

—¡Aroche, a la viva! —sentí la firmeza de sus palabras.

## Doctor Faustino Castillo Franco

Para los compañeros del puesto médico fue muy impactante presenciar aquellos cuerpos que ya habían alcanzado plena rigidez, incluso, algunos hasta conservaban la posición en que habían caído. Para introducirlos en la ambulancia tuvimos que fracturar partes de sus miembros. Para su identificación y darles sepultura los trasladamos al hospital de la Misión en la ciudad de Harar.

## Chofer sanitario

El médico me ordenó conducir la ambulancia hasta el lugar de la emboscada. Nos sorprendió muchísimo ese encuentro con compañeros nuestros acribillados a balazos, con más de tres o cuatro impactos en

sus cuerpos. Fueron los primeros muertos que vimos, suficiente para valorar cuán despiadada es la guerra.

### Edelio Belén Pacheco

Me encontraba en el Frente Este desde su constitución. Era jefe de la Comisión de Historia de la MMCE. En una de las primeras reuniones, el general de brigada Sixto Batista Santana, jefe de la Sección Política, nos planteó como tarea priorizada seleccionar un área que reuniera las características para dar sepultura a los compañeros, cuya sangre derramaran en el cumplimiento del deber internacionalista.

El terreno escogido era diente de perro en una zona de montaña, muy embarazosa para escabar a pico y pala, y bajo condiciones climáticas hostiles, muchas veces hasta horas nocturnas. Sin perder tiempo, pese a tantas adversidades, se trabajó hasta dejar en condiciones óptimas cada tumba.

El primer compañero sepultado fue del Primer Batallón de Tanques, después los compañeros del Primer Grupo de Artillería Reactiva BM-21, caídos en la emboscada de Cherifcale el 22 de enero de 1978.

Los enterramientos se realizaron de forma superficial —cabados en el diente de perro hasta cubrir sus cuerpos— apuntalados con bloques de piedra para que los animales salvajes como las hienas no pudieran sacar sus restos.

Cada cubano caído recibía sus honores militares y era cubierto con nuestra insignia nacional. En este sagrado sitio siempre permaneció desde el inicio una pequeña guarnición que con mucho celo garantizaba la seguridad.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Ver anexo no. 2. «Fragmento del artículo de Ada Méndez y Pablo Blanco García sobre el sepelio de los combatientes cubanos caídos».

Continuamos la marcha próximos a Cherificale. Pasados unos veinte minutos, a las 11:30 horas, ordené realizar el asalto de fuego con la artillería. Las descargas fueron certeras y en breve sobre Cherificale cayeron los proyectiles. Apoyándome en los puestos de observación de la artillería verifiqué que los impactos no afectaban a las tropas etíopes cercadas.

Terminado el asalto, atacé con el batallón menos una compañía. Fue un abordaje impetuoso en cooperación con las fuerzas cercadas del batallón paracomandos, cuyo jefe mantenía comunicación con el jefe de la compañía etíope que actuaba con nosotros. Esto nos permitió dirigir con más exactitud el desempeño de los tanques y la realización de los disparos, primero a una distancia de 2,5 km, y más tarde entre 1000 y 500 metros.

Desde mi tanque, con los jefes de grupos de artillería en contacto directo, dirigí el fuego sobre objetivos que veíamos moverse y aquellos que informaban desde los puestos de observación artilleros. Aunque el terreno era ondulado, no perdí el control de las acciones.

Casi a las tres horas de batirnos contra un enemigo aferrado a una cota bastante dominante, concretamos el aniquilamiento del punto que tenía fortificado. Sobre las 15:00 horas, desalojado el adversario y liberados los nuestros, que también se incorporaron al desarrollo de las acciones con desmedida valentía y audacia —no eran combatientes novatos—, pude informarle al jefe de la brigada el feliz término de la operación y que estábamos listos para la fase ulterior de la ofensiva.

## Hacia las alturas de Hamaresa

Con los cañones de los tanques calientes aún, llegó a mi puesto de mando el teniente coronel Marcos A. Gutiérrez Bello, jefe de la Sección Política de la brigada. Traía un mapa que me enviaba el jefe y la orden de una nueva encomienda: organizar la ofensiva y tomar las alturas de Hamaresa. Para ello tenía que abrir paso entre los campos minados.

Antes de empezar los preparativos para la nueva tarea, se presentaron el general Cintra Frías y el asesor soviético, general Petrov.

Lo veía por primera vez, pero se hablaba de su buena preparación y amplio dominio del teatro de operaciones militares. Existía mucha cooperación entre ellos y nosotros. Dirigiéndose a mí, me preguntó en forma autoritaria:

—¿Por qué no llegaste a esas elevaciones? —se refería a Hamaresa.

—¡Porque cumplí la orden de mi jefe de brigada! Tomar esta loma —La Mosca—. Esperé la próxima indicación, que la recibí ayer, y estoy listo para ejecutarla.

Muy rápido el general Polo confirmó mi respuesta. Entonces me dijo:

—¡Bueno... ahora toma aquella, igual que tomaste esta!

En horas de la noche del 23, una vez que la técnica había quedado reabastecida y la tropa alimentada, me reuní con la jefatura del batallón y los jefes de compañías para plantearles la tarea. Hamaresa estaba a unos 6 km. Hice hincapié en el trabajo de los zapadores para el desminado y el empleo de los tanques con los barreminas. Así reforcé el primer escalón y decidí atacar en un escalón con reserva: 1 y 2 CoT en un primer escalón, la 3 CoT en el segundo y el grupo de rescate marcharía detrás. Precisé emplear la infantería delante de los tanques donde existieran reducidas posibilidades de observación; tomar las medidas en las regiones abruptas y establecer la cooperación entre tanques. Al finalizar, hice la pregunta que no puede faltar: «¿Alguna duda?» Bien esclarecido cada jefe, procedieron a reunirse con sus subordinados.

A las 08:00 horas, ordené ¡en combate! Enseguida los jefes de compañía comunicaron su disponibilidad. La mole de hierro comenzó a avanzar con mucha cautela, el teatro de operaciones era más complicado por las características topográficas del terreno. Desde mi puesto de mando tenía dominio sobre el avance de los tanques, en ocasiones perdía la visibilidad, nos desplazábamos en columna de compañía. Alrededor de las 09:30, el jefe de la Primera Compañía me informó sobre la existencia de campos minados. Indiqué a los zapadores y tanques barreminas que comenzaran a abrir los pasos, tomando las medidas de seguridad; igual fue para los jefes de los grupos de artillería, que debían realizar dos asaltos de fuego sobre los puntos fortificados, con intervalo de cinco minutos para neutralizar al enemigo y proteger el trabajo de los zapadores.

Tan pronto comenzaron a caer los cohetes reactivos de los BM-21 y los proyectiles de los obuses, los puestos de observación artilleros informaron su efectividad; la aviación se mantenía dándonos protección aérea y hacía de las suyas en la profundidad. Luego de unos treinta minutos, los tanques reiniciaron su tronar. Uno de la Segunda Compañía fue impactado por un proyectil en la torreta, la cual fue perforada muy cerca de la mira. Por fortuna no hubo bajas, el tanque pudo continuar e, incluso, el artillero aprovechó el nuevo orificio para realizar la puntería.

El avance por los pasos obligados determinó que empleáramos la infantería paracomandos delante de los tanques protegiéndola con el fuego de estos; pero hubo circunstancias en que fue necesario avanzar con dos o tres tanques desplegados, casi pegado uno al otro, y distribuir el fuego a ambos lados del terraplén, a cada uno se le asignó su sector. Fue la manera de batir al adversario que, desde las elevaciones dominantes, nos disparaba. Así fuimos ganándole la iniciativa.

Empleé la artillería en todo el frente y en los extremos de las alturas fortificadas de Hamaresa. Hubo varios momentos de mucha tensión, en que el intercambio se produjo en varias direcciones. Los somalíes luchaban por mantener sus posiciones y nuestra unidad por tomarlas. Las acciones se prolongaron hasta más allá de las 15:00 horas. A las 18:00 abandonaron la región y también gran cantidad de armamento y personal. Había alrededor de trescientos muertos, cinco tanques destruidos, dos obuses 122 mm y otros medios de transporte y blindados. A treinta y cinco somalíes se les hizo prisioneros.

Para el día 26 continuamos la ofensiva con las fuerzas agregadas y de apoyo, a lo largo del camino Hamaresa-Daray-Boko-Aliye Bole, con el objetivo de aniquilar a ese adversario en todo su frente y pasar a la defensa al suroeste de Fedis. A las 15:50 comencé la marcha después de veinte minutos de preparación artillera, con el mismo orden. Seguían las ondulaciones y pendientes bruscas, y en la medida en que avanzábamos se dificultaba más la observación y el movimiento de los tanques. La decisión fue trasladarnos por el itinerario que conduce a Aliye Bole en columna de batallón. Al capitán Baró, que se encontraba en la compañía de la vanguardia con el primer teniente Gordín, le puntalicé bien la misión, ya que existían tramos tan espesos de árboles y maleza, que era casi imposible mantener una buena observación a ambos lados del camino. El día se ponía oscuro y eso limitaba aún más la visibilidad. Llegó un momento en que ni la aviación apenas nos veía.

Desde muy cerca, se comenzaron a sentir hacia el frente y en los flancos de la columna, efectos de la artillería y de cohetes reactivos de los BM-13. Ordené cerrar las escotillas de los tanques, que la infantería se protegiera detrás de los blindajes para evitar pérdidas y mantener así el avance. Puntualicé la asistencia de la aviación y el fuego de la artillería en la dirección en que nos atacaban. Enseguida aquellas armas fueron neutralizadas.

En este enfrentamiento sufrí la primera pérdida del batallón cuando uno de los proyectiles de artillería hizo impacto en un Gaz-66, y una esquirla le atravesó el pecho al chofer, compañero Ricardo Cuéllar Espinosa. Su muerte fue casi instantánea.

Terminado el combate, envié el informe final sobre sus resultados al puesto de mando de la brigada.

Continuamos con precaución. De pronto la vanguardia le respondía a un tanque T-55K de mando, emplazado en una posición favorable del camino y bien fortificado. Se detuvo la columna y otra vez hubo intercambio de disparos. Dadas las características de la vía, no podía dispersar la compañía de la vanguardia y mucho menos al resto del batallón; barrancos a ambos lados, una altura pronunciada y estrecha al frente, vegetación espesa, parecida a nuestros marabuzales que, además, hacía difícil la observación de la aviación y de nuestras tropas. Me trasladé al puesto de mando del jefe de la Primera Compañía, analizamos la situación en conjunto y ordené desplegar el pelotón de tanques de la extrema vanguardia hasta donde fue posible —tres máquinas muy unidas, cuyos guardafangos rozaban.

Así concentraban el fuego contra el objetivo emplazado que, en pocos minutos quedó anulado. Simultáneamente los pelotones 2 y 3 aniquilaron la infantería somalí que avanzaba por el barranco del flanco derecho, apoyada por el accionar de un lanzacohetes y una ametralladora. Desde la altura del flanco izquierdo nos disparaban con armas de infantería y ametralladoras, a ambos pelotones les ordené girar la torreta a la derecha e izquierda y sin compasión hacer fuego certero y compacto junto a la infantería paracomandos, mientras la artillería y la aviación asestaban golpes en la profundidad y sobre el punto fortificado.

Desalojado el adversario de sus posiciones, las coronamos. Caía la noche, organicé la defensa, reabastecimos y efectuamos la alimentación. A la mañana siguiente, pasamos a la defensa, al suroeste de Fedis.

Esta jornada la dedicamos a consolidar la línea alcanzada y mejorar las posiciones; fue una jornada de descanso muy limitado en medio del calor sofocante por el día y la noche muy fría. Bajo estas condiciones se repuso la cantidad suficiente de municiones, combustible, lubricantes y víveres, y se reparó la técnica averiada. Orienté al capitán Baró que puntualizara el estado y rehabilitación de la unidad de zapadores y los aseguramientos —exploración y medios de defensa antiaérea—, y al jefe de plana mayor, lo relacionado con los medios de mando. Yo me dediqué a trabajar con los jefes de las pequeñas agrupaciones y el técnico en lo relacionado con los medios de combate.

Todo sucedió bajo las más estrictas medidas de seguridad y de protección. No podíamos olvidar que estábamos en territorio enemigo y desconocido, con muchos accidentes que se prestaban para cualquier ejercicio de los contrarios. Al finalizar el día hice una pequeña y dinámica reunión con los jefes y especialistas, para intercambiar sobre las futuras tareas que se nos plantearan.

### Sergio Rodríguez Gordín

Concluida la labor defensiva en la carretera que enlaza Harar con Dire Dawa, sin tiempo para festejar el éxito, en las primeras horas de la mañana del 23, el jefe del batallón me planteó que avanzara en dirección a Cherifcale a la vanguardia de las tropas principales.

Aroche fue muy preciso con los jefes de unidades. Recuerdo que nos dijo: «No olviden que van a batirse contra hombres bien preparados y conocedores del terreno, y que en ese punto también hay etíopes. Tenemos que ser cautelosos al dirigir el fuego. No se dejen sorprender». Les expliqué el proceder a los jefes de pelotones, de tanques y de la unidad etíope que actuaba con mis tanques. Tan pronto recibí la orden comenzamos la marcha.

Superamos los campos de minas empleando los barreminas y con la actuación de los zapadores que abrían y señalizaban los pasos, incluso bajo la metralla, por supuesto protegidos por nuestros disparos artilleros y desde los tanques.

Durante el ataque al objetivo, en línea con los demás tanques de la compañía, la infantería somalí asaltó el mío, más de veinte soldados subieron. Enseguida me comunicó el jefe del primer pelotón que mi

tanque parecía un ovejero. Atiné a ordenarle que tirara con las ametralladoras sobre el tanque. En minutos cayeron abatidos. Igual situación se repitió en dos ocasiones con otros tanques y empleé el mismo método.

Al concluir, analizamos que por primera vez nos habíamos enfrentado «de tú a tú», que los entrenamientos nos habían preparado para una guerra, pues dirigíamos la compañía y pelotones en situaciones reales que, además, aportaban nuevas enseñanzas. En esta ocasión los tanques fueron invadidos por la infantería somalí, al encontrarse la nuestra rezagada durante el cruce por los campos minados y el fuego que no la dejaba avanzar. Cuando se nos unieron, no tuvimos más problema. De esa experiencia concluimos que los tanques no deben dejar atrás la infantería, la participación debe ser mutua.

Nunca antes habíamos visto tantos muertos, heridos y técnica incendiada o hecha pedazos. Era el resultado del tronar de los tanques, la artillería y la aviación. Este fue nuestro bautismo de fuego.

En el nuevo compromiso mi compañía debía actuar en el flanco derecho del primer escalón. Hubo ocasiones en que un tanque tenía que ir detrás del otro; obligado por los desfiladeros y obstáculos naturales, no se podía avanzar en órdenes combativos, fue como pelear en una loma. Ni imaginaba algo similar. Mantenía las comunicaciones por radio, pero muchas veces perdí la observación. ¡Cuán difícil se tornaba el disparo de los tanques! Incluso, de aquellos con posiciones mejores para el tiro. La artillería desempeñó un gran papel, sus proyectiles y cohetes pasaban por encima de los tanques y esa efectividad nos permitía el avance.

Antes de anoecer cumplimos la encomienda. El adversario salió desmoralizado, sin la menor preocupación por sus muertos. Este desastre solo lo había visto en películas. El jefe ordenó reagrupar los medios capturados y consolidar las posiciones tomadas. Entrada la noche reabastecimos la técnica y efectuamos la alimentación del personal. La satisfacción se reflejaba en cada rostro. Los compañeros solo hablaban de lo que recién les había sucedido. Yo sentía como crecía mi experiencia y la seguridad en la dirección de mi tropa.

Al culminar las acciones el 27 de enero nuestra compañía se concentró con el batallón en la región asignada.

## Entrada en combate del Tercer Batallón

El Tercer Batallón de Tanques había vencido su segunda jornada el 22 de enero, avanzaba a buen ritmo. Por una geografía compleja, preñada de curvas, desriscos y vías estrechas, tenía que superar 328 km, un poco por carretera y otro por terraplenes. La marcha incluía la noche. La unidad no había tenido la oportunidad de realizar entrenamientos en el centro de preparación de Arba; sin quitarse prácticamente la vestimenta civil subió a los tanques y los preparó en tiempo récord.

Su jefe, el teniente coronel José González Celá, experimentado tanquista, su plana mayor y los jefes de las pequeñas unidades alistaron sus medios y las esteras comenzaron a moler el camino —casi al unísono con nuestra partida desde Arba—. Esta incorporación completaba los tres batallones de la brigada —94 tanques T-55 relucientes con sus poderosos cañones de 100 mm y armamento de infantería; ametralladoras 7,62 mm y 14,5 mm para realizar el tiro contra aviones a baja altura y rasante, también contra la infantería—; las comunicaciones estables, la mayor cantidad de tiempo con los equipos de radio a la escucha, permitían conocer la situación. Los agresores contaban, en su mayoría, con los mismos medios técnicos que nosotros, todos de la entonces Unión Soviética.

El 23 en las primeras horas arribó al entronque de Alem Maya. Partí de inmediato a contactar con su jefe. Celá me informó el estado general del batallón y yo lo puse al tanto de los últimos acontecimientos.

Muy temprano, al siguiente día, el general Leopoldo Cintra le encomendó designar una compañía de tanques y una paracomandos para realizar tareas de limpieza —eliminación de bandidos y otras fuerzas enemigas— al sur de Alem Maya. La responsabilidad recayó en la Tercera Compañía. Allí permanecían efectivos de los pelotones de aseguramiento de los batallones de tanques, de los grupos de artillería y del recién llegado estado mayor de la brigada.

Ese mismo día, por orden del jefe de brigada, trasladó a su tropa para Mesno. La marcha se produjo en horario nocturno. El 25 se mantuvo en la región y repuso su capacidad combativa con el objetivo de participar en la ofensiva. Celá aprovechó para puntualizar las

misiones a cada uno de los pequeños grupos y coordinar las acciones con los etíopes. Al concluir la jornada, tomó las medidas de seguridad y organización del fuego nocturno de todos los medios. Se encontraba dislocada la agrupación entre las dos arterias principales del teatro de operaciones —el camino de Aweday-Fedis y el de Harar-Aliye Bole—, ambos se prestaban para posibles movimientos y la ocurrencia de emboscadas, como la ocurrida el 22 de enero. En ese territorio había bandidos (FSLO) y miembros de unidades regulares dispersos producto de los enfrentamientos librados y la desorganización causada a sus hombres.

El batallón entró en combate a las 16:00 horas, a su flanco izquierdo avanzaba el Segundo Batallón, con el cual estableció la cooperación y, valiéndose de los golpes de la aviación y el fuego de la artillería, mantuvo su ofensiva en dirección a Fedis. Al final del día logró alcanzar una línea ventajosa entre Fedis y Derayo. Ya el 27, había entrado a las regiones de Fedis, Boko y Gorey.

## Liberación de Harar

Al término de las acciones, se consolidó el trabajo de dirección de los jefes de las medianas unidades. Se había logrado una estrecha cooperación entre las fuerzas participantes y a su vez, cada jefe mantuvo su independencia táctica.

Tanquistas, artilleros y pilotos mostraron sus conocimientos y habilidades al actuar en espacios desconocidos, accidentados, sin el empleo de mapas ni de otros documentos necesarios para dirigir a sus subordinados; destacada fue también la actuación de los asesores soviéticos.

El cerco y aniquilamiento de las fuerzas principales al sur de Harar, se realizó en tres direcciones fundamentales por cada uno de los batallones de tanques —1, 2, 3 BonT, con la actuación de la artillería, la aviación y en cooperación con las unidades paracomandos—, los principales jefes minuto a minuto estuvieron atentos a cada movimiento de las tropas, transmitiendo y dirigiéndolas personalmente.

Nuestra aviación, durante los seis días, incluyendo el primer golpe de noche donde fue sorprendido infragante el enemigo, cumplió 249 vuelos: 137 de MiG-21 BIS; 86 de MiG-17 y 26 de MiG-21R (de reconocimiento visual y fotográfico). Empleó 220 bombas de dife-

rentes calibres y designaciones, 436 cohetes de tipos diferentes y 31 363 proyectiles de cañones de 23 y 37 milímetros.

A todos nos llegó el mensaje del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz:

Los felicito por la gran victoria que han tenido en Harar, alcanzada destruyendo el flanco izquierdo del enemigo y causándole cuantiosas pérdidas con el mínimo de bajas. Felicitar en especial a los pilotos, tanquistas, artilleros, expresándoles que estoy orgulloso por su valentía, eficiencia y comportamiento.

## Motivos de satisfacción y acicate

El regreso a la ubicación permanente fue el sábado 28 de enero de 1978. Se unieron dos motivos de celebración: la victoria al sur de Harar y el 125 aniversario del nacimiento de nuestro Apóstol José Martí. Solo se escuchaban manifestaciones de alegría: abrazos, exclamaciones y anécdotas, rostros orgullosos. Las esteras de los tanques y los pesados vehículos de la artillería y la técnica de aseguramiento se asentaron en los alrededores de la Universidad Agraria de Alem Maya.

Con los primeros claros del día, los principales jefes nos visitaron, de ellos respiramos su orgullo y recibimos sus felicitaciones, también la información de nuevas misiones. Los tres lagos: Alem Maya, Adeile y Finkile, sentían el regocijo de ver el regreso de sus hijos triunfantes a la ciudad.

Harar constituye una de las nueve divisiones étnicas de Etiopía, es el hogar de la etnia Harar, donde único la mayoría de su población vive en zona urbana; por su posición geográfica constituye un nudo principal de enlace y una posición estratégica; sus tierras son fértiles, favorecidas por el microclima que propicia el régimen de lluvia que da vida a los árboles frutales, las viandas y hortalizas; su cultura milenaria e historia determinan que sea un eslabón importante en el Ogaden y en el país.

No fue en vano que la primera sangre derramada de los internacionistas cubanos haya sido en estas tierras, ni que se le entregara a la ciudad los trofeos de guerra capturados durante aquellos siete días. En

la Escuela de Milicias de este territorio se exponen, desde entonces, para quienes la visitan: cañones, morteros, ametralladoras antiaéreas, armas de infantería, municiones, medios blindados y transporte. Y lo más importante: haber logrado la desmoralización del adversario: sus unidades élites, sus fuerzas regulares y los FSLO, quienes con la cabeza gacha, en desbandada hacia Jijiga, fueron a meterse en su concha.

A nosotros nos quedaba un cometido cardinal: sacarlos de ahí y expulsarlos del territorio asaltado de forma ilegal.

La hora que marcara el reloj constituía inquietud permanente para los órganos de mando y dirección desplegados desde Cuba hasta el Frente Este. En la carta topográfica aparecía bien plasmada la idea estratégica del Comandante en Jefe: la primera tarea de la segunda etapa era el traslado de la brigada, la artillería y los medios de aseguramiento. Aunque sus miembros acumulaban experiencia en la organización y marcha por vías de complejo movimiento, las orientaciones sobre la toma de cuantas medidas fueran necesarias, nunca faltaron.

El 28 de enero se organizó un reconocimiento preliminar del itinerario que une a Harar con Dire Dawa por una carretera de asfalto de unos 36 km, con subidas y bajadas, grandes precipicios y más de 106 curvas a derecha e izquierda que limitan la observación. A medida que se avanza se podía observar el movimiento de los carros por los distintos niveles. Llamaba la atención, pues acá no existe este tipo de carretera. Meticulosamente fuimos estudiando la ruta y analizando la ubicación de los reguladores. Esta fue la segunda tarea de mi tropa, la primera había sido el rechazo del enemigo cuando actuamos como infantería el 22 de enero. En aquella ocasión se nos agregó un pelotón paracomandos que se mantuvo con nosotros hasta concluir la misión.

Al regresar le informé al jefe de la brigada el trabajo realizado. Aprobado el orden de marcha: el Primer Batallón a la cabeza de la columna, y a continuación el puesto de mando de la brigada, el Segundo y Tercer Batallones con los grupos de obuses 122 mm y el reactivo BM-21 intercalados —más de 700 medios combativos y de aseguramiento constituían la poderosa fuerza—. El 3GO-122 mm se mantenía en la región noreste de Kembolcha actuando con las tropas etíopes.

# La brigada en la dirección estratégica (28 de enero~ 4 de febrero)

—Sardiñas, tengo una misión para ti de Patria o Muerte.

—¡No hay problema!

—Hay que recoger el parte del batallón de Celá. Tienes a tu disposición un camión y el chofer.

Cuando había avanzado unos kilómetros, reflexioné: «¡Ávila se habrá dado cuenta de la hora que es!», pero ya estaba sobre el caballo. Solo le dije al chofer:

—¡Métele la pata a esto!





## La brigada basificada en Dire Dawa

---

---

Durante los días del 28 al 30 de enero, la aviación mantuvo la cobertura aérea en la zona de concentración en Alem Maya, mientras la brigada preparaba el traslado hacia Dire Dawa donde implantaría la base de partida para las futuras acciones. El enemigo estaba a nuestro acecho; imaginaba que algo grande se gestaba, pero no podía ni acercarse: la fuerza aérea revolucionaria dominaba el aire.

Ubiqué y organicé la regulación del itinerario intercalando etíopes y cubanos, sobre la base del reconocimiento realizado y las complejidades de la carretera: elevaciones, curvas pronunciadas; en estos lugares situamos a los oficiales.

A las 08:00 horas del día 29, partió el batallón del coronel Lorente rompiendo el estambre y a continuación avanzó el resto de la brigada. Alrededor de las 13:00 comenzaron a arribar las tropas al noroeste de Dire Dawa, mientras los oficiales del estado mayor y las pequeñas unidades de aseguramiento combativo ocupamos el Club Francés y una casa aledaña. La jefatura de Retaguardia, distante un kilómetro, se instaló en otra casa con el personal del hospital de la brigada: médicos, técnicos y enfermeros.

Al concluir el día, la brigada restablecía su disposición. Dire Dawa es una ciudad ubicada al este del país, a la orilla del río Dechatu y a los pies de un anillo de desfiladeros, cuya fundación data de 1902, cuando llegó a esa zona el ferrocarril Addis Abeba-Djibuti. Después de recorrer alrededor de 1300 km, como el tren no pudo alcanzar la ciudad de

Harar en su punto más alto, se construyó Dire Dawa en las cercanías. Igual que Addis Abeba, la capital, esta urbe que goza de un estatus especial levantó un importante centro de comercio y un aeropuerto. Poco después, el gobernador de Harar ordenó la construcción de una carretera para unir ambas ciudades, la cual fue mejorada en 1928; disminuyó entonces el tiempo de viaje, de dos días a solo unas horas.

La ciudad, descrita como el centro urbano más avanzado de la zona, con buenas carreteras, luz eléctrica y agua canalizada, tenía a sus puertas al Ejército somalí, que ocupaba desde hacía varios meses una respetable plaza de armas acondicionada, fortificada y enmascarada, con estabilidad en sus refuerzos multilaterales.

Nuestra entrada estuvo regida por el cumplimiento estricto de las orientaciones del jefe de la brigada, general Cintra Frías: cuidar al máximo las vías interiores, sus aceras, ornamentación y paseos. Pero dos partes conformaban la ciudad: la más antigua se distinguía por sus calles estrechas, era donde vivía la población más pobre y el comercio se desarrollaba sobre la tierra, al aire libre. En la otra parte, llamada ciudad moderna, habitaban las clases medias y las más ricas. Ahí se encuentra uno de los palacios de Haile Selassie, la estación del ferrocarril, el Ras Hotel, los comercios, el hospital y el Club Francés. Pero lo más importante de nuestro arribo fue comprobar cómo el pueblo y sus fuerzas armadas habían defendido con heroísmo la ciudad, en cuyo aeropuerto y principales instalaciones se observaban signos de la embestida somalí.

Cada agrupación vigorizaba sus labores en las nuevas posiciones, insistiendo en la técnica y los aseguramientos. Los dos primeros días una parte del estado mayor efectuaba la alimentación en el Ras Hotel, distante unos 300 m; el traslado se efectuaba a pie con el equipamiento de campaña. Posteriormente se nos asignó por el gobernador de la ciudad otra instalación cercana a la primera, donde nos establecimos para el trabajo, el descanso y la alimentación, aunque casi todo el tiempo se lo dedicábamos a las unidades. El Club Francés continuó creciendo, en la medida en que arribaban más combatientes.

Pronto hicimos contacto con la jefatura y las especialidades de las diferentes unidades con el objetivo de puntualizar el escalonamiento de las reservas combativas de los batallones y de la brigada, así como otros datos de interés relacionados con el teatro de operaciones militares.

Las unidades de aseguramiento de la retaguardia se situaron en un improvisado campamento que, desde nuestro arribo, bautizamos como el castillito por la forma de su construcción. Ahí se asentaron la compañía de transporte, de reparaciones y el almacenamiento de algunos productos relacionados con piezas y agregados, incluyendo la técnica capturada para su reingreso y posterior utilización como reposición o completamiento de la plantilla. Se hizo hincapié, desde los primeros instantes, en la recuperación de vehículos con posibilidades de transportación de combustible y agua.

Organizados los locales y áreas de trabajo, el estado mayor garantizó el ordenamiento de la vida en campaña y el fortalecimiento de las relaciones de trabajo entre los etíopes —principales dueños de las bases de abastecimiento en el territorio—, la agrupación aérea, los asesores soviéticos y los jefes de las unidades subordinadas y de apoyo.

La primera reunión como estado mayor la efectuamos el 29 de enero a las 20:00 horas, sin sacudirnos el polvo. Estuvo presidida por el jefe de la brigada y contó con la participación de la jefatura y todas las especialidades. En esta ocasión se presentó oficialmente al coronel Félix Santana como jefe de Retaguardia de la Tercera Brigada, quien asumía la dirección y el mando de esa especialidad a partir de ese momento. El general precisó de manera muy concreta la nueva misión asignada, la disciplina que se debía mantener y la responsabilidad de cada especialista al garantizar en tiempo y forma los recursos o las informaciones.

Al final de la reunión, el teniente coronel Marcos se refirió al Trabajo Político y de Partido y a la constitución de los núcleos y la comisión adjunta del Partido.

## Carta topográfica sobre la mesa

Alrededor de las diez de la mañana del día 30, en un reducido comedor, el jefe de estado mayor de la Misión, teniente coronel Ramón Andollo Valdés, y el enlace del Minfar, coronel Urbelino Betancourt Cruces, presentaron en una improvisada mesa el mapa de la decisión tomada en el PGM-FAR por el Comandante en Jefe y el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, sobre las ideas de las acciones que debían cumplimentarse. Participaron en este análisis: los generales, de división Arnaldo T. Ochoa Sánchez y de brigada Leopoldo

Cintra Frías, jefes de la MMCE y de la brigada, respectivamente, y los miembros de la jefatura de la brigada.

El motivo de la reunión no era nuevo para ellos. Desde días anteriores, cuando la visita del ministro de las FAR del 5 al 12 de enero, tenían conocimiento de esta idea estratégica de conducir la guerra, que constituían procedimientos esenciales del Comandante en Jefe: «identificando el empleo de los tanques tanto en la ofensiva como en la defensa, haciendo un buen uso del terreno en condiciones desventajosas respecto al contrario para desgastarlo y causarle pérdidas, maniobrando y de esa forma derrotarlo». La estrategia se había puesto en práctica recientemente al sur de Harar. Ahora la carta topográfica nos llevaba a ese concepto.

Enemigos al nordeste de Dire Dawa, desde hacía varios meses, se habían posesionado de Harewa, Milo y Gildesa; con el tiempo a su favor, habían realizado una buena preparación ingeniera y estabilizado los aseguramientos multilaterales, los últimos de menor cuantía —este primer punto fue bien debatido en la reunión—. El jefe de la brigada estaba actualizado sobre la situación, pues empleaba a los diestros pilotos en la toma de fotografías del lugar.

Por las informaciones se sabía que el adversario contaba, en Harewa, con una brigada de infantería motorizada regular reforzada con un batallón de tanques, artillería antitanques y antiaérea —los efectivos se hallaban desplegadas y con buen enmascaramiento—; en Gildesa poseía fuerzas similares y además contaba con un batallón de infantería en la región de Milo.

Los elementos expuestos y analizados por quienes integrábamos el reducido grupo de trabajo, más el conocimiento de la zona por los datos que aportaban la aviación y los jefes etíopes, constituyeron elementos esenciales para profundizar en el posible empleo de nuestras tropas. A la defensa estaban la 75 y 76 Brigadas de Infantería; el 40 Batallón de Tanques con veintiséis T-55, tres T-34 y seis M-47; una batería de cañones 85 mm, otra de artillería reactiva BM-21 y una sección de cañones 106 mm con seis piezas.

La brigada contaba con el estado mayor completo y sus principales equipos de dirección, los tres batallones con treinta y un tanques T-55 cada uno y sus pelotones de aseguramientos, y tres grupos de artillería: dos de obus cañón 122 mm y uno de BM-21. La agrupación aérea basada en el aeropuerto de Dire Dawa daría cobertura y protección a

las distintas acciones. La base de abastecimiento etíope, dislocada en Dire Dawa y con quien teníamos cooperación, garantizaría todos los recursos.

## Ideas generales de las acciones

La Tercera Brigada de Tanques, con sus medios de apoyo y en conexión con las unidades nacionales, para el primer día, debía asestar un fuerte golpe en la dirección noroeste de Harewa —flanco izquierdo de la defensa del enemigo— y al sureste del poblado de Milo, tomar ambos poblados y salir más en profundidad en dirección a Milo, aniquilar a la agrupación contraria en ambas trayectorias y garantizar una línea ventajosa al finalizar el día.

Para ello, la brigada adoptaría como orden combativo, al Primero y Segundo Batallones de Tanques en el primer escalón y en la reserva el Tercero, y una vez que este tomara el poblado de Harewa, pasara a la defensa y garantizara una línea ventajosa a unos 8 km al sureste de Harewa, de forma tal que estuviera listo para actuar en la dirección Harewa-Gildesa.

En la idea general se concibió que la 78 Brigada de Infantería avanzaría en dirección a Dire Dawa-Harewa con el primer escalón de la 3 BT, y de conjunto con el 2BonT, conquistar Harewa; después continuar la ofensiva hacia el poblado de Milo y garantizar una línea para evitar el avance del enemigo desde el norte.

Por su parte, la 75 Brigada de Infantería, en cooperación con el 40 Batallón de Tanques, adelantaría por el camino de Dire Dawa-Gildesa, para fijar al enemigo en esa región, causarle la mayor cantidad de pérdidas y luego pasar a la ofensiva a lo largo del trayecto a Gildesa, derrotarlo y salir a una línea en el cruce del camino de Gildesa-río Arje A. Shet. Entonces pasaría a la defensa e impediría su movimiento.

Para el segundo día, la 3BT debía ocupar el paso de Shebele —50 km al norte de Jijiga—. Una vez conquistado, se creaban las condiciones para la ofensiva final sobre Jijiga desde el norte y se aseguraba la prolongación de la guerra.

El plan presentado aquella mañana de lunes fue analizado con profundidad, se discutió con rigor cada uno de sus aspectos, pues se hablaba de proceder con variaciones en el comportamiento de la temperatura, presencia de obstáculos naturales, además de un camino

ignorado, arenoso, con escasa vegetación y flancos abiertos muy complejos para garantizar la orientación sin mapas. Otro problema eran los llamados golpes de agua, un evento propio de esa época —mes de febrero—; un periodo de lluvia a intervalos, cuyas aguas cuando menos lo esperabas, podían llenar el lecho de los ríos y estos alcanzar fuertes corrientes. Concluimos que ante tantos factores negativos, tenía que imponerse el hombre con sus iniciativas y decisiones oportunas. Este era uno de los principios del pensamiento estratégico y táctico del Comandante en Jefe.

Finalizada la reunión, el jefe de la brigada me ordenó organizar para el próximo amanecer, un reconocimiento con la participación de los jefes de batallones, de los grupos de artillería y especialistas; y coordinar con la jefatura de las 75 y 78 Brigadas para acercarnos lo más posible a sus líneas defensivas y prever la utilización de la menor cantidad de técnica. «Más tarde puntualizaremos otros detalles», concluyó.

## Organización y preparación del reconocimiento

En un contacto breve con los jefes, de Operaciones de la brigada capitán Octavio Fuentes, de Comunicaciones y otros especialistas, determiné qué emplearíamos en el reconocimiento: dos BTR con los equipos de comunicaciones y un pequeño aseguramiento de víveres. Después puntalicé con la jefatura de las tropas etíopes cercanas a nuestra ubicación cuestiones sobre la actividad sin brindar muchos detalles; solicité la presencia de sus jefes para escuchar sus experiencias, ya llevaban varios meses en el conflicto y poseían un amplio dominio del teatro de operaciones.

Terminado el trabajo organizativo, ya al final del día, le informé al jefe de la brigada sobre la preparación de la tarea. Se trataba de un reconocimiento muy cercano a las líneas defensivas del adversario, donde su artillería tenía la posibilidad de alcanzarnos, de ahí que las medidas de enmascaramiento eran fundamentales y, por supuesto, nuestra artillería estaría lista para responder en caso necesario.

Con los claros del 1.<sup>o</sup> de febrero, abordamos los medios y partimos en dirección al entronque de camino de Harewa y la línea de ferrocarril, que nacía prácticamente en ese lugar. Las huellas de la guerra

se veían a lo largo del itinerario. No había asombro, porque quienes formábamos este grupo ya estábamos identificados con estos desastres; pero sí había rostros serios, porque sabíamos que tanto daño al hombre, a lo que construye y a la naturaleza, constituyen vestigios imborrables en la mente de quien empuña el arma y de la población civil.

Al desplazarnos para iniciar el reconocimiento por dentro de la ciudad, observamos a cientos de militares, milicianos en su mayoría, que se movían de un lado a otro, a pie o en carros de combate, con su armamento personal. Nuestro pensamiento viajó a la Sierra Maestra, al Escambray, a la lucha clandestina en las ciudades, a los primeros meses de Revolución, a la formación de la Asociación de Jóvenes Rebeldes y las Milicias Nacionales Revolucionarias, a las marchas diurnas y nocturnas, la formación de las unidades militares... De aquellos minutos sumidos en los recuerdos, nos devolvió a la realidad, el arribo de la brigada etíope a la región de defensa.

Descendimos de los carros y los enmascaramos. A partir de este punto precisamos las misiones a los jefes de batallones de tanques y grupos de artillería que llevarían el peso fundamental de la ofensiva. El jefe de la brigada condujo el trabajo en el terreno, obtuvimos un conjunto de información de los jefes de las unidades etíopes. Con el oficio de los traductores se puntualizaron las responsabilidades concretas de cada agrupación.

A través de los binoculares divisamos la extensa llanura que teníamos delante hasta donde la vista se perdía. Estábamos a la entrada del desierto del Ogaden. La palabra desierto la conocíamos del diccionario, algo de ella lo concretamos al sur de Harar; pero esta otra parte era distinta: suelo arenoso, semidesértico, con poca vegetación y carente de agua; pero como la misión estaba planteada, la concentración de los participantes partió en esa dirección.

Pasadas tres o cuatro horas, el general comentó: «Hemos realizado un reconocimiento organizado, práctico, dinámico y con buen aseguramiento. Misión cumplida por el estado mayor».

En horas de la tarde, el general Polo se trasladó al aeropuerto. La agrupación aérea debía efectuar un vuelo de reconocimiento visual y fotográfico al nordeste de Dire Dawa (Harewa y Milo), con el objetivo de esclarecer el carácter de las acciones enemigas. Benigno González Cortés, quien conocía bien la región, fue el piloto responsabilizado con la tarea. Por el propio jefe de la brigada, conoció su objetivo:

brindar una información detallada a los jefes de batallones y compañías de tanques y artillería.

Aunque el bando opositor estaba bien enmascarado, gracias a la habilidad del piloto, supimos que la noche anterior había tenido gran actividad con los tanques y vehículos pesados. Por estos indicios se concluyó que había reforzado esa dirección y ubicado sus medios en posiciones más favorables. Los somalíes imaginaban que algo grande iba a suceder. Los casi cien tanques y la poderosa artillería y aviación en movimiento eran motivos suficientes para que presintieran que no había día fijo para que la agrupación cubano-etíope irrumpiera en su defensa.

Estábamos próximos a llevar a la práctica un criterio del Generalísimo Máximo Gómez y que el Comandante en Jefe había incorporado a su pensamiento militar: no librar batallas decisivas en el terreno escogido por el contrario, evitar el enfrentamiento desfavorable y darlo, cuando sea necesario, en el lugar elegido por las fuerzas propias y en los sitios más vulnerables para el otro bando. Tal premisa ha permitido el empleo de los tanques ajustados a sus métodos de lucha, a la topografía y cualidades protectoras del espacio y a las ventajas que brinda la sorpresa para reducir los efectos de la superioridad de los opositores.

En la jefatura de la brigada, con la presencia de los principales jefes y el coronel Interián, al mando de la Agrupación Aérea, el piloto Cortés distribuyó las fotos para que se familiarizaran con la identificación de los objetivos. En su intervención planteó, la existencia de campos minados, calculaba alrededor de 1500 minas; el orden combativo del enemigo; la ubicación de sus principales medios de fuego; las características del terreno y, después abordó otros elementos, según fueron apareciendo en el curso de la reunión.

José Aroche Pacheco

Cortés con un lenguaje claro y preciso nos ubicó en el futuro teatro de operaciones. De la reunión salimos convencidos de que los somalíes tenían muy bien escalonada su defensa: tanques atrincherados, artillería emplazada y otros medios. Alertó nuestra atención sobre los pocos puntos para la orientación en aquellas extensas llanuras y flancos abiertos.

Después intercambié con Celá y Lorente; nos pusimos de acuerdo para establecer la cooperación y las comunicaciones entre los tres. Traté de poner cierto tono jocoso a mis palabras, pero no lo logré, le dije: «Loren, lo que nos espera no es fácil». Él asintió con la cabeza y yo pasé el brazo por el hombro de Celá.

Tres caudillos sobre potros de acero, confiados en el poder de maniobra y fuego de los equipos a nuestro mando, irrumpiríamos en el Ogaden. Con el precepto de Fidel: imprimirle al arma el valor de nuestros hombres, salimos comentando Lorente, Celá, Álvaro, Lino, Marino y yo que el enemigo tendría otra oportunidad de conocernos.

Elaboramos las disposiciones de combate —las primeras y únicas— y detallamos a los jefes de batallones y grupos de artillería sus misiones, incluyendo los aseguramientos multilaterales y el orden de la cooperación con las unidades etíopes y la aviación. En la noche, aprobadas por el general Cintra Frías, se les entregó a cada jefe.

Ajustamos la composición del puesto de mando avanzado del jefe de la brigada con su presencia, atendiendo a las orientaciones de los carros que se desplazarían con él: un tanque T-55K, el PU-50, una BTR-60PB, un BRDM-2, equipos de radio 405 y R-104 y un vehículo con el personal de la seguridad. Completaban este puesto de mando, un oficial de Operaciones, los jefes de las especialidades de Ingeniería, Inteligencia Militar, Contrainteligencia, el jefe de la Sección Política, de pelotón de comunicaciones con los especialistas necesarios y un traductor de inglés. En esta primera etapa no concebimos personal de retaguardia; en el curso de las operaciones se creó una pequeña unidad para esas funciones.

Según las tropas se alejaban, se iban tomando decisiones que respondieran a las nuevas circunstancias. Desde el primer día mantuve contacto personal y por comunicaciones con el puesto de mando de la brigada. Recibía indicaciones concretas del jefe, las cuales se materializaban de inmediato. Acorde al desarrollo de la ofensiva, desde la ubicación permanente que ocupaba el estado mayor, y por decisión del jefe de la brigada, se desplazarían los especialistas y recursos necesarios.

La penumbra limitaba aún la visibilidad, pero quisimos adueñarnos del factor sorpresa para reducir los efectos de la respuesta enemiga. Más de 120 puntas de lanzas de los poderosos cañones 100 mm penetraban en el corazón de la defensa somalí, ese martes 2 de febrero.

La insustituible artillería de obuses 122 mm y las granizadas de los cohetes BM-21 comenzaron su estrago desde temprano. Nuestros aviones surcaban el espacio para dejar caer su carga mortífera. Ante tanta fuerza combativa, tembló el Ogaden.

Del pensamiento de cada tanquista no se alejaba el concepto de Fidel: «Lo importante del empleo de los tanques es la forma inteligente y adecuada de sacar el máximo de su capacidad». Así enfilaba la Tercera Brigada. Primera vez que nuestro país empleaba semejante agrupación —en su composición completa—. El inicio de aquellas acciones al norte de Dire Dawa pasó a la historia del arte militar cubano.

Avanzamos en columna —no fue necesario ubicar reguladores—. A la cabeza marchaba el Primer Batallón de Tanques; a unos 500 metros, el Segundo Batallón; y cerrando la columna de las fuerzas principales, el Tercero, cada uno con sus respectivos medios de apoyo —artillería— y aseguramientos indispensables. Los jefes, conocedores al detalle de sus elementos, decidieron por sí solos organizarlos en el orden de la marcha y durante su movimiento. Desde el primer instante las comunicaciones se mantuvieron al 100 %. El puesto de mando avanzado del jefe de brigada tomó su lugar en la columna, detrás del 1BonT, tal y como se había decidido.

## Inicio de la ofensiva

Al amanecer, la 78 Brigada de Infantería se desplazó hacia el suroeste de Harewa y nuestra brigada pasó a la ofensiva en la dirección señalada: el primer escalón —1 y 2BonT— entabló combate en Harewa. Al terminar el día había aniquilado al enemigo. Al 1BonT se le ordenó tomar la dirección a Milo y garantizar una línea ventajosa en los accesos al poblado.

El 2BonT con la 78 Brigada, ocupó Harewa para garantizar la defensa de estas posiciones y evitar algún movimiento enrarecido. El 3BonT, en cooperación con el batallón de Lorente, desplegó una compañía al sur de Milo y con el resto de su tropa asumió posiciones defensivas con el frente al sureste para impedir el avance del enemigo hacia esa dirección.

La 75 Brigada fijó al adversario al suroeste de la altura 1020, y pasando a la ofensiva, salió a la línea unos 3 km al noreste; así lo imposibilitó de avanzar desde la dirección de Gildesa.

Como resultado del acontecer de este primer día, se liberó Harewa y se crearon las condiciones para la siguiente jornada: liberar Milo y el camino de Gildesa, este, utilizado por los invasores en su retirada desde Harewa.

Casi de madrugada, los principales jefes valoraron los resultados de un primer día bien movido en el que se cumplieron los objetivos trazados; pero desventajoso para los agresores que comenzaron a dar signos de indisciplina. La técnica abandonada y su repliegue desorganizado eran muestras de ello. En dicha reunión se puntualizaron las misiones próximas. Para mantener el ritmo y explotar la iniciativa que habíamos logrado, teníamos que continuar la ofensiva. A estas conclusiones llegaron los principales jefes y el asesor soviético, general Vasili Petrov, que se había mantenido junto a los nuestros.

### Día 3. Liberación de Milo y Harewa

En correspondencia con los análisis de la noche anterior, quedó esclarecido que la brigada se enfrentaba a una compleja dinámica, conjuntamente con las tropas etíopes. El 1BonT, con el Primer Grupo BM-21, ocupó Milo a las 11:30 horas y consolidó la defensa. Sobre las 14:00 se recibió la información de que una columna se dirigía por el camino de Gildesa hacia Harewa. De inmediato el jefe de brigada le ordenó al coronel Lorente, trasladarse con dos compañías de su batallón hacia ese lugar y defenderlo con la 78 Brigada de Infantería. Una compañía de tanques permaneció protegiendo Milo.

El Tercer Batallón, acompañado por el Segundo Grupo O-122 mm, dada la nueva orden, avanzó en dirección al camino de Gildesa. Al pasarse unos 10 km del sitio indicado, el jefe de la brigada le ordenó su regreso a la cota 1025 y concentrarse en esa región.

Ante la situación creada con el batallón de Celá, el general Polo le planteó al jefe del 2BonT que le entregara la defensa de Harewa a la 78 Brigada de Infantería, reagrupara sus fuerzas y se condujera hacia el camino de Gildesa, con el objetivo de silenciar al enemigo que se defendía, al cual atacaría por su retaguardia en cooperación con un golpe frontal de la 75 Brigada de Infantería y el 40 Batallón de Tanques.

A las 15:00 horas con el auxilio de la artillería y la aviación, el Segundo Batallón pasó a la ofensiva tras aniquilar al enemigo; salió a las 18:00 horas, casi al borde delantero de su defensa —5 km al suroeste del río Arje A. Shet— para consolidar la línea alcanzada, debido a que la 75 Brigada y el 40 Batallón no habían avanzado por la presencia de un campo minado.

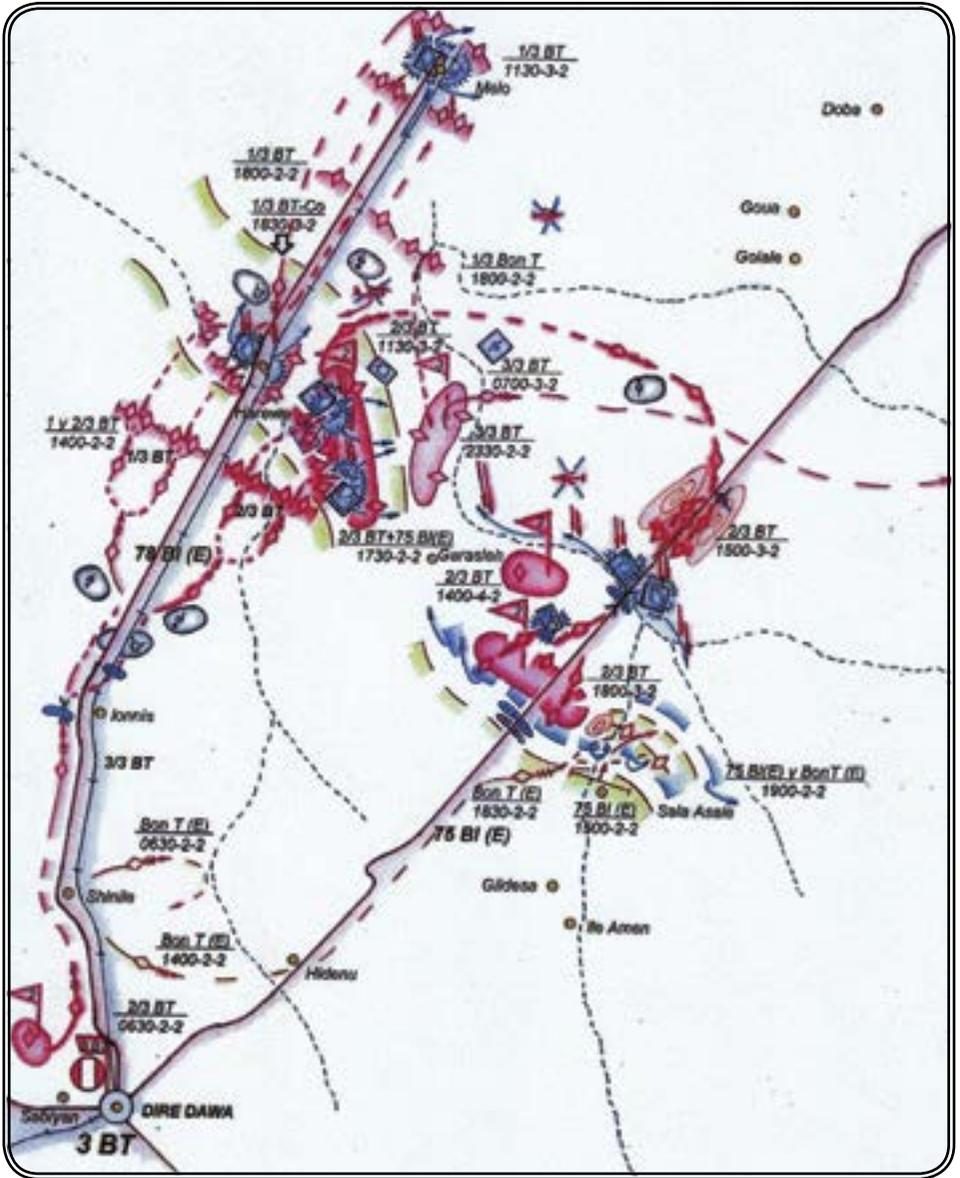
Al concluir el día fueron libres el poblado de Milo, la vía del ferrocarril franco-etíope desde Dire Dawa hasta Milo y el camino de Gildesa, desde Dire Dawa hasta la cota 1025. Las victorias alcanzadas liberaban alrededor de unos 60 km al noreste de Dire Dawa, lo que permitiría una mejor transitabilidad y asistencia a las tropas.

## Día 4. Misión cumplida

Entregadas Harewa, Gildesa y Milo a los nacionales, la brigada y los grupos de artillería se concentraron alrededor de la cota 1025 para efectuar el reabastecimiento de la técnica, con combustible, lubricantes, agua, municiones; se organizó el descanso del personal y su alimentación con comida caliente; se reforzó la seguridad, pues quedaban dispersos pequeños grupos de intrusos.

Y como sucedía siempre al terminar cada jornada, devino el análisis de cada detalle: la idea original se había cumplido maniobrando de manera tal que se evitaran los campos minados, y salirle al flanco y retaguardia del enemigo para lograr el factor sorpresa, como ocurrió en la toma de Harewa que, al romper su defensa, no pudo ni recoger los utensilios de cocina; hasta dejaron candela encendida con alimentos a medio cocinar. Aun sin contar con infantería motorizada y lo difícil que resultó la orientación, las maniobras y, sobre todo, la dirección del fuego de la artillería, se lograron ritmos de ofensiva aceptables.

Independientemente de los flancos abiertos por nuestras tropas, las características llanas del desierto y la inexistencia de las reservas a nivel de la brigada y el Frente, estrechamos al máximo las relaciones de trabajo con la base de abastecimiento etíope, con el objetivo de acercar a las unidades los recursos. Era escaso el transporte y muchas las limitaciones para su traslado hasta los batallones y grupos de artillería.



Acciones combativas de la 3BT al noreste de Dire Dawa (1-4.2.1978).

Con el general de brigada Sixto Batista me trasladé el día 2 hacia el entronque de camino a Gildesa, línea del tren y terraplén que corren paralelos y donde nace el río seco Kerkerale, para garantizar la entrada organizada por los itinerarios previstos con cada jefe. Con este objetivo había en ese punto un pequeño destacamento con un BTS-4 —tanque remolque—, una ambulancia del hospital de la brigada y un equipo de comunicaciones R-104.

En el momento en que el 1BonT comenzó a superar este lugar, un tanque cayó en una mina sembrada en el lecho del río seco. La explosión fue tan fuerte que le desprendió la rueda motriz. Pasó muy cerca del general Sixto y de mí, solo atinamos a mirarnos. Después de evacuar a los heridos y sacar el tanque, fue el comentario: «Esta vez la “pelúa” nos sonrió».

A partir de ahí el trabajo se intensificó de manera considerable en varias direcciones, las más importantes consistieron en garantizar los recursos materiales al primer y segundo escalones; mantener un flujo constante de información con el puesto de mando avanzado, de forma directa y a través de contactos personales con sus principales jefes y especialistas; perfeccionar las relaciones con los jefes de las especialidades etíopes y fortalecer las estructuras de aseguramientos, dislocadas en Dire Dawa.

Desde la tarde hasta horas de la madrugada, los jefes de unidades se dedicaron a elevar la disposición combativa de cada medio, al estudio y puntualización de las disposiciones de combate recibidas y a plantear las misiones concretas a las pequeñas unidades para el desplazamiento y entrada en combate. Cada batallón designó su extrema vanguardia.

### Miguel Ángel Lorente León

Cuando el tanque de la 2CoT, que marchaba como extrema vanguardia, cayó en la mina, el batallón se detuvo momentáneamente; comuniqué lo sucedido y la decisión de evadirlo y no detener la marcha. Más tarde recibí la información de que el conductor mecánico del tanque, Miguel Cruz, había fallecido.

Alejados un tanto del eje principal, recibí indicaciones desde un helicóptero del Frente Este de girar unos 90 grados a la derecha y

atacar. Con esta maniobra salí a la retaguardia de los somalíes que se defendían. Los cogí *infraganti*. No le dimos tiempo ni a respirar, hicieron resistencia al principio y en la medida que disparábamos a cañonazo limpio desde la marcha, se replegaban, incluso abandonando gran parte de su técnica.

Encontramos la candela encendida, calderos y alimentos dispuestos para cocinar. De conjunto con el batallón de Aroche, tomamos el poblado, no más que unos bohíos diseminados por el área.

Durante la noche reabastecimos la técnica de combustible y municiones, consumimos raciones frías y precisé a los jefes de compañías las misiones que nos esperaban para el próximo día, 3 de febrero. A las 21:30 horas recibí la orden del jefe de la brigada de tomar Milo temprano en la mañana, con el apoyo de la artillería y la aviación.

Mi decisión fue atacar con la 1 y 2 CoT en el primer escalón y la 3 CoT en la reserva.

A las 06:30 di la orden ¡en combate! Rugieron los motores de los tanques en medio del desierto y comencé el traslado. A la hora y media, ordené el despliegue en órdenes precombativos y combativos. Le caímos a Milo con toda intensidad. Los BM-21 se encargaron primero de realizar el fuego, mientras la aviación hacía de la suya. Alrededor de las 11:30, entramos al poblado con los tanques y quedó tomado. Devino la organización de la defensa, la seguridad de la región y completar el consumo de proyectiles.

Tras el informe al jefe de la brigada, con los tubos de escape de los tanques calientes todavía, el general me precisó que trasladara dos compañías hacia Harewa. Me dijo: «Lorente, se están moviendo por el camino de Gildesa hacia Harewa, deja una compañía en Milo y dirígete hacia allá, no pierdas tiempo. Con la 78 Brigada mantén las posiciones».

En breve le planteé al mayor Bárzaga que se quedara al mando de las fuerzas en Milo, que yo iría hacia Harewa con las compañías una y dos. Como ya conocíamos el camino, la marcha fue sin contratiempo. Tomé este poblado con la 78 Brigada y juntos consolidamos la defensa.

Organicé la columna con la 1 CoT del teniente Gordín a la cabeza del batallón, detrás mi puesto de mando y el resto de las fuerzas. A las 06:00 horas comenzó el traslado detrás del 1BonT. Al detenerse la marcha, decidí desviarme y montarme sobre la línea del ferrocarril, marchamos paralelo al batallón del coronel Lorente, a unos 300 m de separación, hasta poner las cabezas de la columna al mismo nivel.

Ambos batallones chocamos con el campo de minas y pasamos a su desactivación; los tanques con los barreminas se encargaron de terminar lo iniciado por los zapadores y abrir el paso. Este trabajo nos demoró aproximadamente una hora. El batallón de Lorente se alejaba hacia la izquierda y yo continuaba la dirección de la línea.

Sobre las 12:00 horas un tanque de la Segunda Compañía cayó en una mina, sufrieron daños la rueda motriz y el rodillo, no tuvimos que lamentar pérdidas de vidas humanas. Una vez reparado se reincorporó a la unidad. En el trayecto nos desviamos unos 45 grados del eje de ofensiva —noreste de Harewa—, y con el batallón de Lorente, giré al recibir la orden. De manera simultánea atacamos. Hubo veces que coincidimos en el aniquilamiento de varios objetivos.

Ya con el poblado en nuestro poder, tomado al finalizar el día de conjunto con la 78 Brigada, ordené consolidar la defensa utilizando los propios trabajos ingenieros realizados por los somalíes y reforzar la seguridad.

En las primeras horas del 3, el jefe de la brigada me indicó avanzar por el camino de Gildesa con el objetivo de silenciar al adversario que se defendía. Y me añadió:

—Aroche, la idea es que tú ataques por la retaguardia; por el frente va a actuar la 75 Brigada y un batallón de tanques de ellos. Toma las medidas para que no se vayan a enfrentar ustedes mismos. Constarás con la presencia de la aviación y del Segundo Grupo de artillería. ¡Entendiste la misión!

—A sus órdenes, general.

Entregué las posiciones, planteé las nuevas tareas a los jefes de compañías y reagrupé el batallón para organizar la marcha.

Alrededor de las 15:00 horas pasé a la ofensiva, después del asalto de fuego del Segundo Grupo de obuses 122 mm que me apoyaba, y los golpes de la aviación sobre las líneas defensivas del enemigo y más en profundidad.

La 1 CoT marchaba a la vanguardia. A unos ocho km de superar la cota 1025, cuando el pelotón a la cabeza de la columna superó el paso obligado en el eje de su desplazamiento, el enemigo aprovechó el obstáculo y abrió fuego desde una elevación cercana empleando un cañon 85 mm, dos tanques T-55 y otro T-34. No solo detuvo la columna, sino quedó dividida.

En cuanto su jefe me informó la situación, le ordené realizar fuego concentrado con todos los tanques y las armas de infantería en dirección al punto de resistencia (emboscada). Se produjo un fuerte intercambio de disparos durante varios minutos. El agresor no pudo resistir la respuesta de los defensores y en el campo de batalla dejó abandonados una parte de su técnica, muertos y heridos. Al finalizar la acción supe que de los nuestros, habían caído combatiendo Andrés Borroto Madrigal, jefe de tanque, y Jorge Guerrero Quintana, su cargador.

Continué avanzando, desplegué las fuerzas principales tan pronto como me lo permitieron las condiciones; y con el primer escalón del batallón —1 y 2 CoT— andando impetuosamente, inicié el ataque y el desarrollo ulterior de la ofensiva en su profundidad hacia su borde delantero, con el objetivo de encontrarme con los etíopes que actuaban por el frente. Ante el empuje y las acciones combativas por el frente y la retaguardia, los somalíes tuvieron que renunciar a sus posiciones.

Nos quedamos con el deseo de darle alcance; pero, como la 75 Brigada y el batallón de tanques que actuaba con ella no habían avanzado lo suficiente durante el día y ante nuestras tropas se extendía un campo de minas —instalado para proteger su retirada— decidí ocupar la defensa 5 km al suroeste del río Arje A. Shet, aprovechando las obras ingenieras construidas.

En esa región nos encontramos un cementerio improvisado, el cual resultó ser su propia sepultura. Consulté mi reloj y marcaba las 18:00 horas. Di indicaciones para el restablecimiento de los medios y el descanso del personal. Esta noche tuve la grata compañía del jefe de brigada, el jefe de la Misión y su asesor, general Petrov. ¡Qué estímulo tan grande!

Al amanecer, los cadáveres de los compañeros caídos, que se hallaban en mi puesto de mando, fueron trasladados con los honores correspondientes al hospital de la brigada en Dire Dawa, y de ahí al cementerio de Harar.

Se comprobó por la exploración aérea que las columnas en movimiento: una en dirección a Harewa y otra hacia el sureste por el camino que va del río Arje A. Shet hacia la altura 1254, eran tropas en desbandadas de la zona de Gildesa. Esa noche nos dimos a la tarea de puntualizar bien la defensa y organizar la seguridad. Al mayor Bárzaga que se había quedado en Milo, le insistí en que tuviera los ojos bien abiertos.

### Octavio Fuentes Graverán

Yo era jefe de Operaciones de la brigada, pero el mayor Ávila me planteó el 2 de febrero que ocupara el cargo de segundo jefe del Tercer Batallón —el compañero que ocupaba esa responsabilidad había sido evacuado—. A partir de ese momento me subordiné al teniente coronel Celá.

Alrededor de las 17:00 horas de ese mismo día, a la altura de Harewa, el jefe de la brigada le ordenó al jefe del batallón que introdujera una compañía al flanco derecho del 2BonT, con el objetivo de cerrar el intervalo entre ambos batallones. Acto seguido me designó esta misión. Rápidamente me desplazé adoptando los órdenes pre combativos y combativos. Ya en el lugar me comuniqué con Lorente y Aroche. La noche transcurrió tranquila.

En la mañana del 3, recibí la orden del teniente coronel Celá de regresar al batallón, el cual debía trasladarse con el Segundo Grupo O-122 mm al mando del teniente coronel Marino, en dirección al camino de Gildesa; me ubiqué en la 1 CoT, que avanzaba como extrema vanguardia del batallón. De pronto nos vimos entre terrenos tan parecidos que ni los propios nativos podían identificar; me había pasado unos 10 km y el resto de la unidad también. Como no hallaba el camino, el jefe de batallón se comunicó con el general Polo y este indicó que regresáramos a la elevación de donde habíamos partido —cota 1025— y que esperáramos allí nuevas orientaciones.

### Gerónimo Adail Sardiñas Díaz

El día 3 a las 17:00 horas, el jefe del estado mayor de la brigada, mayor Venancio Ávila Guerrero, me indicó recoger los datos sobre

el resultado de las acciones del 3BonT, pues el enlace con el Estado Mayor General los esperaba para trasladarlos a Cuba, y esos faltaban. Yo me desempeñaba como jefe de Personal de la brigada. Entonces me dijo:

—Sardiñas, tengo una misión para ti de Patria o Muerte.

—¡No hay problema!

—Hay que recoger el parte del batallón de Celá. Tienes a tu disposición un camión y el chofer.

Cuando había avanzado unos kilómetros, reflexioné: «¡Ávila se habrá dado cuenta de la hora que es!», pero ya estaba sobre el caballo. Solo le dije al chofer:

—¡Métele la pata a esto!

Ninguno de los dos conocíamos el camino, por primera vez andábamos por aquellos arrabales, terraplén y más terraplén. Luego de un par de horas, con la oscuridad de la noche sobre nosotros, llegamos a un entronque.

—Coge a la derecha —le indiqué.

Casi al momento, nos vimos encima de un campo minado. Me di cuenta, porque a la izquierda donde existía otro itinerario, había banderitas rojas a modo de señal.

—Regresa sin salirte de la traza —le precisé.

Tomamos el otro camino, llevábamos los fusiles con la bala en el directo, recorríamos un territorio donde apenas unas horas antes se habían librado combates. Al rato sentí unas voces, nos detuvimos. Escuché el canto inconfundible de un cubano, nos dirigimos hacia donde salía la voz, y por suerte no intercambiamos disparos.

Asombrado preguntó:

—¿Qué hacen ustedes por aquí? ¡Están locos!

Su tanque se había quedado roto y esperaban que vinieran a repararlo. Le expliqué nuestro encargo y me dijo que el puesto de mando del jefe de batallón estaba a unos dos kilómetros. Le planteé al jefe de tanque que pasaríamos la noche allí. El muchacho siguió cantando su mejicanada y nosotros nos acomodamos en el propio camión.

Al despuntar los primeros claros nos pusimos en marcha. Por el camino le grité a un etíope: «Guardilla», pero ni caso me hizo. ¡Vaya usted a saber quién era! Ya ante el teniente coronel Celá, le expliqué la razón de estar ahí, y muy sorprendido exclamó:

—¡Qué c... tiene Ávila!, pero bueno... la culpa es mía por no mandar la información. Con ella en mi poder, reabastecimos el estómago y partimos a su entrega.

De regreso, Ávila, con su mano sobre mi hombro, me dijo:

—¡Buen trabajo! Lo voy a tener en cuenta para nuevas misiones.

Nos echamos a reír.

## Se mantiene extendida la cuerda

Habíamos vivido cuatro tensas noches en el Frente. Los equipos de radio permanecieron a la escucha, se intensificó la seguridad a los distintos niveles, y las principales unidades somalíes se habían retirado hacia la profundidad, aunque aún proliferaban bien enmascarados miembros del FLSO, bandidos que fingían ser campesinos. En la mente de todos latía lo sucedido en Cherifcale al grupo de exploración artillera. Habilidosos para olfatear habían determinado las palabras seña y contraseña por los propios jefes de pelotones. Muchos recordábamos la limpia del Escambray. La señal se implantó hasta nivel de escuadra. Escalofríos sentíamos cuando nos llegaba por aquellos montes: «¡Alto! ¿quién viene?» y seguido el rastrilleo del fusil FAL. Rápido había que contestar: «¡Aguate!» y la contraseña, «¡Verde!» Entonces de nuevo la voz afirmativa: «¡Adelante para ser reconocido!» Eran enseñanzas de los más veteranos.

Es por ello que en medio del desierto y ante un contrario experimentado, muchos de ellos oficiales de academias de la extinta URSS o de los centros de enseñanza de sus territorios, había que tomar mucha precaución, aunque le faltara la moral que a los defensores nos sobraba, además de las palabras de nuestro Comandante en Jefe, tan arraigadas en los cubanos: «Al enemigo no se le puede dar tregua».

Con esa filosofía de guerra, bien entrada la noche, nuestros tres principales caballos de acero —Lorente, Aroche y Celá— con los aguerridos artilleros de Álvaro en el primer batallón, el grupo de Lino en el segundo y el de Isidro en el tercero, la dirección de las tropas estaba bien asegurada; la logística, por su parte, atenta al más mínimo detalle, y una fuerza aérea que había dado muestra de su extraordinaria capacidad, estábamos prestos a no darle ni un ápice de tiempo al contrario.

El estado mayor de la brigada, desde su ubicación en Dire Dawa, trabajaba en el aseguramiento multilateral de los que integraban el primer escalón y en la basificación de los elementos desplegados en la ciudad y sus alrededores. Una tarea importante de esta etapa, dinámica y compleja, consistió en garantizar el funcionamiento del hospital de la brigada. Alrededor del castillito se fueron mejorando las áreas de trabajo para asumir la reparación de la técnica y armamento averiados y la recuperación de los equipos que se capturaban.

Día a día fortalecíamos el trabajo con los etíopes en la entrega de municiones y calibres, combustible y otros medios materiales, los cuales venían de los almacenes dislocados en las cercanías de la ciudad. El combustible se extraía de los depósitos de la Shell, donde un oficial de la Misión controlaba el traslado a las tropas. Fue en estos siete días, una vez liberada Harewa, que se decidió enviar un tren con once casillas y cuatro carros tanques para garantizar esa dirección y la preparación de una columna de abastecimiento en la dirección de Gildesa con cuarenta carros —treinta y siete de carga sólida y tres de carga líquida—. Ambas tareas fueron asimiladas por el estado mayor de la brigada y su jefatura de retaguardia; y chequeadas por nuestros principales jefes, en especial, por el general de división Julio Casas Regueiro.

Las secciones administrativas de la brigada y sus especialistas cumplían diversas misiones concernientes con los aseguramientos, muchas de ellas directamente con el puesto de mando avanzado del jefe de la brigada y en los batallones. Estos contactos en el campo de batalla nos permitían recibir indicaciones verbales del general Cintra Frías y hacerlas más viables a través de los especialistas de la brigada y del Frente Este. Los principales jefes acompañaban a las unidades. Como cuenta el general Lorente: «No les hacía falta equipo de radio».

Alfonso Orozco Pérez

En Dire Dawa la cosa fue distinta. En menos de una semana la retaguardia tomó cuerpo. El capitán Héctor Almanza Vives, segundo jefe de Retaguardia de la brigada, tenía buenas relaciones con los jefes de las unidades y soldados etíopes; cargamos en los vagones del ferrocarril y en las caravanas que iban hacia el Frente, las municiones

y otros medios materiales. Las jornadas de trabajo se extendían día y noche. Los oficiales del estado mayor participaban en el embarque y conducción de las columnas. Nadie miraba la hora, ni pensaba en los horarios de alimentación. Solo nos inquietaba que no faltara nada en el Frente.

La ofensiva se desarrollaba en dirección a Harewa-Gildesa, y nosotros detrás. Bajo la lluvia, entre el fango, los huecos y por las dificultades de los vehículos, estos se atascaban. Teníamos que ponerles cables para remolcarlos. Había que ver cómo los hombres se crecían. Era difícil distinguir el trabajo entre un oficial y un soldado, nos «pegábamos» por igual hasta en el último medio para que no le faltara un proyectil. Dormíamos mojado hasta los tuétanos, arriba de los camiones, temblando por la presencia de serpientes y con el «jodedor» cubano que no para en ninguna circunstancia; los ojos casi ni se pegaban, uno abierto y otro cerrado, porque también había enemigo disgregado.

### Carlos Fernández Odelín

Personalmente el capitán Almanza me encomendó trasladarme a la cabeza del tren que habíamos preparado para el traslado de municiones, combustible y agua, en las primeras horas del 2 de febrero. Subí como todo un jefe de convoy. Los tripulantes, etíopes, dominaban el itinerario y los detalles de la vía férrea a la perfección. Rápido me identifiqué con ellos.

Comenzamos a movernos en dirección a Harewa; en menos de cinco horas llegamos al lugar indicado. Las unidades recibieron las indicaciones a través de sus jefes y acudieron al reabastecimiento con su transporte propio. El agua era el producto más codiciado; múltiples tipos de envases empleaban para hacerla llegar a su destino. En medio de la vorágine del trabajo nos las vimos mal por la falta de alimentos para los que cumplíamos esa tarea. Al principio apareció algún animal selvático que pronto cayó en el caldero, pero después...

El día 4 vinieron de visita al tren el mayor Ávila y el capitán Almanza, traían refuerzo alimentario. A partir de ese momento la cosa mejoró.

Ese día compartimos juntos. La noche se ponía difícil, pues teníamos que garantizar la seguridad. Luego sucedieron otras misiones, también de traslado de combustible hacia el Frente.

Por los resultados del 2 al 4 de febrero, recibimos del Comandante en Jefe, un nuevo mensaje lleno de aliento:

Los felicito a todos por la gran victoria que han tenido en Harar destruyendo el flanco izquierdo del enemigo y causándoles cuantiosas pérdidas con el mínimo de bajas.

Felicitar especialmente a los oficiales, pilotos, tanquistas, antiaéreos, expresándoles que estoy orgulloso por su valentía, eficiencia y comportamiento.

Saludos a todos,

Fidel

## Pausa operativa

Los días que antecedieron a los combates al norte de Harar —del 5 al 7 de febrero— constituyeron un preámbulo necesario. La jefatura y el estado mayor de la brigada y del Frente Este se concentraron en la planificación y organización de las venideras acciones combativas, con la participación del mando etíope y los asesores soviéticos, acorde a la situación que presentaban ambos contendientes; en el restablecimiento de la capacidad combativa de todas las unidades y sus reservas en municiones, combustible, agua y víveres. Se le prestaba especial atención a la elaboración de alimentos, pues las condiciones climatológicas exigían calentar el estómago. Fueron días en que las cocinas de campaña KP-125 alcanzaron su máxima explotación. Mientras, los principales jefes se entregaban a visitar y dialogar directamente con los combatientes en cada medio de combate. ¡Qué estímulo tan grande!



# Acciones combativas al norte de Harar

(8~9 de febrero)

Llamé por la radio al capitán Ayala que se encontraba en el Puesto de Observación de nuestra artillería y al teniente Mesa que viajaba junto al jefe del 3BonT. Me puntualizaron la misión de hacer fuego contra la artillería de campaña. [...] El regalo fue una bendición divina que les cerró las bocas a los tubos asesinos. Ayala, soltó una carcajada y con voz emocionada grito por la radio: «¡Así se hace, se la pusieron en las cabezas, buen tiro!»





## La guerra se extiende hacia el macizo montañoso

---

---

En la rústica mesa improvisada debajo de una casa de campaña, en el puesto de mando avanzado de la brigada, con la presencia de los generales Arnaldo Ochoa, Leopoldo Cintra Frías, Vasili Petrov, el enlace del PGM-FAR y otros jefes y especialistas, se efectuó el análisis de la situación general del teatro de operaciones. Dos aspectos fundamentales se tuvieron en cuenta: la situación concreta de ambos contendientes y muy importante, el escalonamiento al máximo de las reservas combativas, apoyándonos con las Fuerzas Armadas Etiópicas.

Al considerar los elementos que brindaron los jefes cubanos y etiopes sobre los acometimientos librados, los datos obtenidos de los prisioneros y la exploración aérea, se decidió continuar la ofensiva a partir del 8 de febrero.

La situación táctica-operativa para esta fecha era la siguiente: el enemigo, al norte y noroeste de Harar, empeñado en mantener las regiones defensivas que ocupaba, había preparado un buen acondicionamiento ingeniero y de enmascaramiento. Los pilotos lo habían corroborado durante sus vuelos de exploración; y por los datos de información se puntualizó que se defendían fuerzas probables de seis brigadas de infantería del tipo B y una aerotransportada.

Estábamos ante un adversario que había demostrado ser cauteloso y agresivo, con buen dominio del terreno y favorecido por sus condiciones geográficas: elevaciones; pasos obligados para los tanques y el resto de su técnica, sobre todo, la de aseguramiento; escasa vegetación y agua; polvo en exceso y remolinos de viento.

Nuestras tropas contaban con cuatro brigadas de infantería (69, 75, 92 y 102); dos batallones de infantería independientes y una compañía de tanques, una batería de C-130 mm y una de BM-21. De la parte cubana: la Tercera Brigada de Tanques en su composición completa; los Grupos de O-122 mm (1, 2 y 3); el Primer Grupo C-130 mm y el Primer Grupo BM-21. Según los análisis, se preveía que de esas fuerzas, en cooperación con las etíopes, probablemente participarían hasta dos compañías de tanques, los tres grupos de obuses y una batería de cañones 130 mm.

Para dirigir la agrupación que avanzaría por el macizo montañoso en dirección a Jijiga, cruzando el Paso de Marda, el jefe de la Misión designó a su segundo, general de brigada Sixto Batista Santana.

El peso fundamental, como se aprecia en la planificación, correspondía a la infantería, a la artillería y la aviación. La actuación de nuestras tropas, que habían constituido la fuerza principal, se limitaba a dos compañías de tanques, en cooperación con las fuerzas nacionales, dadas las características abruptas del terreno que dificultaban su empleo.

La brigada pasó a la reserva del Frente Este. Para esta operación, aun siendo limitada su participación, los tres batallones de tanques se encontraban ubicados en posiciones claves, que les permitían accionar si era necesario.

Desde la planificación y durante el desarrollo de lo previsto, el general Ochoa decidió que el puesto de mando del Frente Este permaneciera en el puesto de mando avanzado de la Tercera Brigada.



## Desarrollo de las acciones combativas

A las 06:00 horas del 8 de febrero pasaron a la ofensiva las tropas involucradas en las distintas direcciones de ataque. No hubo resistencia, con excepción de la dirección cinco (Amara Terara-Anono Mite, donde a 4-5 km al noroeste de Anono Mite se mantuvo activo durante el día. En esta región, donde tenía hasta un batallón de infantería con 3-4 tanques y dos baterías de artillería reactiva y morteros BM-13 y M-120 mm, fue obligado a replegarse. En el resto de las direcciones siguió la ofensiva de acuerdo a lo planificado, se realizó el reabastecimiento y completamiento de los destacamentos con municiones y combustible.

En horas de la noche, a los jefes participantes se les puntualizaron las misiones del próximo amanecer. Tampoco ese día 9 hubo resistencia seria. Solo en algunas ocasiones se sintió la artillería sobre los órdenes combativos nuestros que avanzaban y sobre la retaguardia.

Durante la ofensiva, se hizo sentir nuestra artillería, sobre todo, en la profundidad de los objetivos a alcanzar. La aviación, dueña del aire, bombardeó las unidades y les ocasionó cuantiosas pérdidas a su técnica.

Ante tal empuje, los somalíes se retiraron, temerosos o conscientes de la posibilidad de ser aniquilado. En su precipitada huida gran cantidad de armamento, técnica y otros medios dejaron abandonados.

El tercer día se reagruparon las fuerzas y se organizó la defensa de esas regiones. El general Sixto, al informar acerca del cumplimiento de la misión al jefe del Frente Este, detalló el alto espíritu de lucha y sacrificio de los etíopes mientras avanzaron más de 30 km sobre el enemigo, a pie, casi siempre por derriscos y trayectos muy accidentados, difíciles de andar en columna y en órdenes precombativos. Apuntó que estos eran soldados valientes, esforzados y muy disciplinados.

Arduo y dinámico fue el trabajo del estado mayor de la brigada al asumir la preparación y organización del mantenimiento ininterumpido del mando, los aseguramientos multilaterales y el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida en campaña.

Para el cumplimiento de las misiones, se reforzó el puesto de mando avanzado de la brigada con el resto de los oficiales de las secciones

operativas; muy significativo fue organizar las comunicaciones, los cifrados y la exploración ingeniera y combativa. Una vez más el Trabajo Político y de Partido se centró en transmitir a cada uno su responsabilidad individual y la necesidad de actuar en el más estricto régimen de disciplina durante sus misiones, siempre con los ojos bien abiertos, para preservar la vida.

La retaguardia continuaba basificada en Dire Dawa, aunque en contacto directo con el puesto de mando de la brigada y sus principales unidades combativas; los refuerzos se hacían en muchas ocasiones directamente a los medios desplegados y a sus destacamentos.

Una sección del hospital de la brigada habilitada marchó hacia el frente de combate, detrás de los órdenes combativos, el resto se mantenía en su ubicación. Se creó un grupo de trabajo con fuerzas de la compañía de reparaciones y de transporte con el objetivo de evacuar del teatro de operaciones los equipos que el enemigo abandonaba y tuvieran condiciones técnicas para su recuperación a fin de aumentar las reservas móviles. Desde el inicio de las acciones —8 de febrero— a la fecha, se había alejado más el brazo de transportaciones, por lo tanto, la tarea adquiriría una importancia primordial; en la ubicación permanente —castillito— se acondicionaron puestos de trabajo para los mecánicos y especialistas. «Todo para el Frente» era la consigna de los diestros hombres, que sin descanso recuperaban los medios y enviaban a las unidades. Hasta sarcófagos construían con las cajas vacías de los proyectiles.

No se podía perder de vista que al movernos por ese territorio era posible la presencia de bandidos en la retaguardia o entre los medios que, por roturas, esperaban ser evacuados o reparados. Había que extremar las medidas de seguridad.

No era casual que un oficial de los batallones o grupos o un político o un contrainteligente o especialista de la plana mayor estuviera en un camión, ambulancia, medio de combate, en las áreas de elaboración o junto a un compañero herido o fallecido. Siempre estaban en el centro de atención a todos los niveles.

Con la liberación de Gildesa se creó una vía más factible de comunicación entre los especialistas de la brigada y las agrupaciones de la primera línea del Frente; se facilitó la interrelación con sus jefes y los jefes de los pequeños grupos de aseguramiento incluyendo los puestos médicos. Varios especialistas pernoctaban en el puesto de

mando avanzado o en las unidades. Recuerdo que una de esas frías noches, mientras preparaba el descanso nocturno de los principales jefes —generales Arnaldo Ochoa, Sixto Batista, Julio Casas y otros—, se me acercó Ochoa cuando colocaba unas camillas, y me preguntó:

—¿Ávila, qué haces?

Le expliqué y me dijo:

—No te preocupes tanto por nosotros, que dondequiera podemos pasar la noche.

El general Polo, que se encontraba cerca, al retirarse el jefe de la Misión, me precisó:

—¡Continúa como tú vas, que está bien!

Muchas noches el descanso fue a cielo abierto, pese a las inclemencias del tiempo y la presencia de animales salvajes y de bandidos. En este trabajo me apoyaba el pelotón etíope de seguridad.

La brigada siguió fortaleciendo su estructura. Para formar parte de ella, se recibió al Batallón de Infantería Motorizada en BMP (Bon IM) al mando del mayor Juan Vargas Hurtado. El teniente coronel Marcos A. Gutiérrez Bello le dio alcance por indicaciones del jefe de la brigada y lo trasladó hasta Dire Dawa. A su llegada lo ubiqué primero en el área de concentración cercana al castillito para recuperar su capacidad, pues había realizado la marcha desde Arba. Ahí le di una breve reseña a su jefe sobre los acontecimientos en el Frente, y posteriormente se desplazó hacia el área combativa.

### Sergio Rodríguez Gordín

Organicé la marcha. Con el primer pelotón en la vanguardia mantenía el mando por radio y visual. Bastante accidentado el camino y con pasos obligados, lo fuimos superando con el empleo de la infantería delante y a los flancos de los tanques, evitando caer en una emboscada.

En uno de esos pasos, un tanque somalí realizó fuego; pero quedó silenciado con la respuesta de los tanques que marchaban en la vanguardia. La artillería desempeñó un papel determinante. Volví al batallón sin bajas mortales ni heridos.

El general Leopodo Cintra Frías visitó nuestro grupo (GA C-130 mm) en el sitio de concentración, con un reducido grupo de oficiales; entre ellos venía el jefe de la 69 Brigada de Infantería y asesores soviéticos. Me indicó auxiliar las acciones de esa brigada —la cual actuaría en la cuarta dirección de ataque: altura 1075-Hama— y continuar con esa agrupación.

Al retirarse los compañeros del mando superior, organizamos el jefe y oficiales de la brigada y de la plana mayor del grupo un reconocimiento del escenario para puntualizar las posiciones de fuego, los puestos de mando, de observación y la cooperación entre una y otra fuerzas. Nos trasladamos por el lecho de un río seco, algo novedoso para nosotros, pues era tan transitable como un buen camino. Durante el recorrido nos percatamos de que, según avanzábamos, el teatro de operaciones en el que actuaríamos se tornaba de difícil acceso, se trataba de terruños boscosos y de montañas. Así se lo expliqué a cada miembro del grupo y le precisé sus misiones.

Amanecimos el día 8 en alarma de combate. Pronto la 69 Brigada y mi grupo nos pusimos en marcha. La comunicación entre los etíopes y soviéticos que nos acompañaban era difícil, no había intérprete y yo tenía poco conocimiento del idioma. Poco a poco fuimos resolviendo esa deficiencia. El desplazamiento era lento e íbamos atentos. Además de ser la región inhóspita, con farallas elevadas y muchas cuevas a ambos lados del itinerario, debíamos cuidarnos de posibles enemigos, pues había signos de ellos —utensilios de cocina rústica, casquillos de proyectiles y otros medios— y podía haber minas aisladas, posibles emboscadas...

Como el movimiento se iba haciendo muy difícil y podíamos perder alguna pieza de artillería y hasta sus hombres, intercambié con los soviéticos la idea de regresar a la ubicación anterior del grupo, y desde allí apoyar a la 69 Brigada que ascendía el lomerío a pie sin grandes dificultades. Por supuesto, antes de tomar la decisión, informé al puesto de mando de la brigada para su aprobación.

Al concluir, se me ordenó pasar a un sitio de concentración cercano al Segundo Batallón de Tanques que dirigía el teniente coronel Aroche. A partir de ese momento participamos en los combates por la toma de Arabí y Jijiga.

## Isidro Martín Santos

Mi tarea consistió en participar en la dirección del golpe Gursum-Serita Terara con la 92 Brigada de Infantería y una compañía de tanques etíope. Organizamos el empleo de las fuerzas y en las primeras horas del día 8 emprendimos la marcha. Ya habíamos realizado el reconocimiento del terreno, sabíamos de sus dificultades y la prudencia para evitar accidentes, también analizamos las posibles posiciones de fuego desde donde auxiliaríamos a la brigada, aunque el enemigo no ofreció mucha resistencia.

Cumplimos, nos reagrupamos la unidad y empezamos a alistar la unidad para las futuras misiones.

## Luis Alonso Reina

La agrupación aérea recibió la misión de actuar contra la artillería de campaña en la región de Anono Mite, particularmente en las zonas donde se desarrollaban los combates, de cañones abruptos, ríos y elevaciones significativas. Además de neutralizar o aniquilar las instalaciones de las baterías reactivas y los cañones antiaéreos de 23 mm que eran empleados contra objetivos terrestres.

Para cumplir las misiones previstas, la aviación actuó en composición de escuadrilla y la primera en despegar y enfrenar al enemigo fue la comandada por el coronel [Rubén] Interián [Rodríguez]. Antes de que los aviones llegaran al área objetivo, el jefe de la escuadrilla estableció contacto por la radio con el apuntador, en este caso el capitán Carlos Ayala. Este experimentado oficial, navegante de orientación, devenido apuntador terrestre, les indicó a los pilotos la zona desde donde disparaban los cañones enemigos, para ello utilizó el artificio de disparar un cañonazo de nuestra artillería y a partir de la columna de humo, les dio las referencias a los pilotos [...]

De forma individual y sucesiva los aviones entraron en las picadas y soltaron las bombas RBK sobre la artillería. En medio de la lluvia de metralla impactaron un camión portador de los famosos BM-13 y este se incendió; su chofer sin poder controlar el pánico condujo el vehículo a gran velocidad en dirección a sus tropas al tiempo que, el dichoso fuego crecía hasta alcanzar la posición de los artefactos

reactivos y estos comenzaron a dispararse en dirección a los suyos. El trágico espectáculo fue observado desde el aire por casi todos los pilotos, «una maldición gitana», transmitió por radio, con cierta ironía, el compañero Tarragó.

La artillería antiaérea descargaba endiabladas andanadas de salvas incandescentes que perseguían las colas de los MiG cuando estos se introducían en sus macabros cañones o las grietas de las lomas protectoras [...]

Cuando apenas terminaba el trabajo combativo la escuadrilla de Interián, aparecí en el escenario acompañado por Febles, Ismark y Montó [...]

Próximos al área del objetivo, solo nos quedaba esperar un poco para que los pilotos que nos antecedían se retiraran de la zona del blanco atacado y tratar de imitarlos en su exitoso proceder. Llamé por la radio al capitán Ayala que se encontraba en el Puesto de Observación de nuestra artillería y al teniente Mesa que viajaba junto al jefe 3BonT. Me puntualizaron la misión de hacer fuego contra la artillería de campaña. [...] El regalo fue una bendición divina que les cerró las bocas a los tubos asesinos. Ayala, soltó una carcajada y con voz emocionada gritó por la radio: «¡Ojalá, así se hace, se la pusieron en las cabezas, buen tiro!»

[...] Se realizaron 16 misiones de combate por los MiG-21, cuatro por los MiG-17 y 15 vuelos por los pilotos de exploración.<sup>17</sup>

La revista *Verde Olivo* también reseñó los combates de esos dos días de febrero:

Las fuerzas revolucionarias actuando desde Harar, Gildesa y otras direcciones, recuperaron el lugar situado al noreste de Harar, tomaron las posiciones de Anono Mite, Belewa, Felana, Terraces y otras, destruyeron varios tanques y ocuparon numerosas piezas de artillería de grueso calibre incluida reactiva. Las líneas del frente habían cambiado radicalmente. Harar y Dire Dawa no corrían ya ningún peligro.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Humberto Trujillo y Luis Alonso Reina: Ob. cit., pp. 248-251.

<sup>18</sup> Revista *Verde Olivo*, 13 edición, 26 de marzo de 1978.

Con estas acciones se impidió que se repitiera lo ocurrido el 5 de mayo de 1935, cuando tropas fascistas italianas capturaron ambas ciudades, y las mantuvieron sometidas por más de cinco años. Solo una idea de lo desigual e injusta que fue aquella guerra, es el ejemplo de las pérdidas humanas en la batalla de Azebo Galla: los italianos perdieron a cien hombres y los etíopes a veinte mil.

## Las huellas de la guerra

El teatro de operaciones en el corazón del Ogaden mostraba una total imagen de lo que significa la guerra en una región desértica, donde se complicaba enormemente el desarrollo de las acciones; primero por la falta de experiencia en conducir un combate en tales condiciones; segundo, por la ausencia —desde el inicio de la contienda— de las cartas topográficas con la escala adecuada para interpretar de forma adecuada el lugar donde nos encontrábamos.

A este segundo factor se unía lo difícil de diferenciar lo que el mapa decía y lo que se veía en la realidad. Este aspecto resultaba interesante, pues ahí no abundan los puntos de referencia visibles ni la diversidad en los contornos y matices que puede brindar el propio terreno. No fueron pocos los jefes y combatientes que en más de una ocasión observaron el espejismo en el desierto, confundiéndolo con el agua —mar—. Como tercer factor y no menos importante que aportaba la carta topográfica, eran las curvas de nivel y ríos totalmente secos, puesto que la erosión que ocasionó al parecer su cauce en épocas remotas, ahora solo nos servía de obstáculos en ocasiones intransitables por presentar pendientes abruptas, profundas, muy peligrosas, haciendo forzoso su cruce por lugares ya transitados y que habían estado en poder del contrario.

Estos inconvenientes, que pudieran haber hecho desistir al más terco, no constituyeron ningún obstáculo insalvable. La experiencia se fue tomando desde el inicio de las acciones —22 de enero 1978—, y se extrajeron de la práctica, conocimiento y enseñanza de los nativos y los combatientes etíopes que dominaban las regiones.

En estos diez días, se contó como guía la línea del ferrocarril que conduce Dire Dawa-Djibuti, los cuentamillas de los tanques y medios de combate, las principales elevaciones que se observaban a distancias y los kimbos de Harewa, Gildesa, Milo y otros lugares.

Durante el recorrido una gran cantidad de técnica abandonada, aparecía a la vista: hasta tanques o como a veces se le llamaba jocosamente por los tanquistas elefantes dormidos, vehículos blindados, piezas de artillería —terrestre y antiaérea—, municiones, armamento de infantería y otros recursos materiales de las unidades de aseguramiento —mantequilla, azúcar, higo, arroz, laterío—. Los medios que servían se incorporaban a las unidades y los alimentos pasaban a la reserva de las tropas.



# Combates de Kwadera~Arabí (20~24 de febrero)

*El jefe de Comunicaciones trató de salir y fue herido en una mano. Aroche entró al puesto de mando y dirigiéndose al conductor del PU-50, le preguntó:*

*—Quintero, ¿tienes café en la cantimplora?*

*—Sí —le respondió.*

*—Pues dame un poquito —encendió un cigarro y exclamó—: ¡Ahora sí voy a darles donde les duele!*





## Diez días que antecedieron a los combates

---

---

La situación táctico-operativa para la segunda decena de febrero, se mostraba triste y compleja para los somalíes, quienes cedieron terreno en puntos vulnerables como Harewa, Milo, Gildesa y la cota 1025, entre otros.

El corazón del Ogadem estaba dominado por nuestras tropas y la aviación realizaba contundentes golpes a las unidades enemigas, desorganizadas en gran parte y desprovistas de aseguramiento. Mientras tanto, los efectivos de la brigada y la técnica recién llegada elevaban considerablemente sus capacidades para las futuras acciones.

Las relaciones de trabajo con las bases de aseguramiento de los etíopes se hicieron más fuertes, en ello desempeñaron un importante papel los diferentes especialistas. Fue posible escalonar con medios reducidos de aseguramiento las especialidades de servicios médicos, combustibles, víveres y armamento, acercándolas más a las áreas combatives y se fortaleció la organización del mando con el incremento de la técnica y personal de las secciones de aseguramiento combativo.

Las unidades etíopes mantenían las posiciones alcanzadas y avanzaban custodiadas por tanques, artillería y la aviación, entre la lluvia y el fango de senderos de montañas difíciles y peligrosos. Así iban consolidando las regiones que el enemigo abandonaba a consecuencia de la ofensiva que se ejecutaba.

## Arabí convertido en un punto estratégico

Entonces no era un centro importante desde el punto de vista económico, político ni social. Era un pueblo chiquito con una quimbería de escasas viviendas y, por lo tanto, con muy poca población; sus habitantes se dedicaban a la agricultura fundamentalmente. Posee una cordillera de elevaciones dominantes, profundos barrancos y muchas cruzadas por ríos que corren de norte a sur. La vegetación era del tipo marabú clásico, como en nuestro país, que en su mayoría alcanza metro y medio o dos de altura.

En medio de esa naturaleza los somalíes se fueron concentrando según nuestras fuerzas avanzaban. Habían convertido el lugar en un punto estratégico. El día 18, en horas de la noche, desalojaron a la 97 Brigada de Infantería que defendía la región y tomaron las alturas ubicadas en la dirección norte-noreste. Ocupadas por puestos de observación y baterías de artillería, garantizaban un pleno dominio de la planicie descampada con un solo acceso al poblado; les favorecía la organización de su defensa, de emboscadas, y hasta la posibilidad de realizar fuertes contrataques.

### Fuerzas adversarias

Para esta etapa, la cuarta de envergadura en que nos enfrentábamos al agresor, este se mantenía aferrado al territorio que había ocupado de forma ilegal.

En la región de Arabí se hallaban cuatro brigadas de infantería somalíes: la 5, 8, 10 y 15. El resto se había retirado de manera organizada, con el objetivo de mantener las alturas dominantes en el flanco izquierdo de Jijiga e impedir la marcha de las nuestras.

El enemigo se mantenía defendiendo las regiones de Arabí-Shebele-Lewenaji de manera muy activa, combinando la artillería, minas, emboscadas, lanzacohetes antiaéreos C2-4 y el fuego compacto de armas de infantería contra los helicópteros.

## Fuerzas defensoras

Las tropas etíopes, en composición de la 97 y 69 Brigadas de Infantería, apoyadas con cinco tanques, comenzaron el avance desde Biye Bahi en dirección de Arabí el 17 de febrero. Con un elevado ritmo ofensivo lo conquistaron el día siguiente; organizó su defensa con fuerzas de la 97 Brigada, y la 69 continuó en dirección a Shebele, aunque equivocó su rumbo y salió el día 19 a la zona de Garimu-Lewenaji.

Nuestro mando no conocía en ese momento que, el 19 de febrero en horas de la noche, el batallón de infantería de la 97 Brigada que defendía Arabí, había sido atacado por fuerzas superiores del enemigo, atraídas hacia esa región desde otras direcciones. Ante la embestida el batallón abandonó Arabí y se retiró en dirección de Biye Bahi, su punto de partida inicial.

## Combate de encuentro

El 20 de febrero el Tercer Batallón de Tanques, que estaba en Kawadera con el Primer Grupo O-122 mm, recibió la indicación de enviar una exploración rumbo a Arabí. Para su cumplimiento, a las 09:00 horas se desplazó la Primera Compañía de Tanques y, luego de avanzar unos cuatro o cinco kilómetros e informar que no había presencia enemiga, le plantearon regresar.

Posteriormente, el jefe del Primer Grupo O-122 mm, que marchaba en esa dirección para ocupar los puestos de observación, chocó con fuerzas opositoras. Decidió retroceder un kilómetro bajo el fuego en busca de posiciones ventajosas. Desde ahí comenzó a rechazar a los atacantes con las armas de infantería, mientras le comunicaba la situación al jefe de batallón quien, de inmediato, envió una compañía hasta que se introdujo en combate con el resto de su agrupación. Repeló al enemigo, dejó inactiva a una gran cantidad de sus fuerzas vivas y durante dos kilómetros lo persiguió hasta lograr, ya al oscurecer, una posición favorable.

## Día 21. Acciones combativas del Segundo Batallón de Tanques

A las 08:00 horas, el Segundo Batallón comenzó a trasladarse con la 104 Brigada de Infantería, y el grupo de C-130 mm, desde la Cota 1020 hacia Arabí. En su avance se incorporaron a los tanques doscientos hombres de la brigada de infantería que marchaba con el batallón. Hasta las 13:00 horas la tropa no llegó a la región de Biye Bahi. A esa hora salió una exploración en helicóptero hasta Arabí. A su regreso informó que no había visto movimiento raro. Al grupo C-130 mm (menos una batería) se le ordenó emplazar al este (10 km) de Biye Bahi y estuvo listo pasadas tres horas.

Partió la exploración compuesta por un pelotón de tanques con barreminas y cuchilla BTU, exploradores artilleros, zapadores e infantería. En el km 8 de Arabí, después de un paso obligado a unos 600-700 m, se enfrentó a un pelotón de tanques e infantería enemiga. Eran las 17:10 horas.

Al mismo tiempo, los atacantes empleando tres baterías de artillería, realizaron fuego sobre el puesto de mando auxiliar y la 1 CoT que avanzaba a la vanguardia. Ante esta situación, la compañía se desplegó por el flanco izquierdo de la exploración y respondió. El Primer Grupo C-130 mm inició la defensa y emplazó a la Tercera Batería. La infantería enemiga, armada con lanzacohetes RPG-7, atacó con un fuego compacto y rodeó a la compañía, pues las condiciones naturales del campo le favorecía.

Sobre las 18:00 horas el jefe de batallón decidió que la Segunda Compañía entrara en acción, con la indicación de sacar del cerco a la 1 CoT. Se introdujo por su flanco derecho y emprendió un choque frontal; liberó del anillo a sus compañeros, les protegió la salida, y solo quedaron dos tanques destruidos en el campo de batalla.

La noche caía, el jefe de batallón le ordenó al jefe de la 2 CoT que se retirara por pelotones hacia una línea ventajosa, pero en su trayecto por un paso obligado, desde ambos lados del camino fueron atacados casi a mansalva, con lanzacohetes RPG-7 a una distancia de ocho y diez metros. Se desarrolló un fuerte combate, en el que se perdieron tres tanques. El asalto se produjo entre las 20:30 y 21:00 horas. Lograron, finalmente, tomar una línea propicia.

Por la noche hubo fuego sobre los nuestros. El grupo C-130 mm logró neutralizar la situación. Esta vez fueron averiados o destruidos nueve tanques T-55, en la noche pudieron recuperarse tres de ellos. Lamentamos la pérdida de diez compañeros, dos desaparecidos y once heridos; de los etíopes hubo alrededor de 150 bajas entre heridos y muertos.

En horas de la noche el Segundo y Tercer Grupos de BM-21 se trasladaron hacia la región, pero no reiniciarían el ataque hasta la llegada de la 10 Brigada de Tanques.

Este mismo día 21, en horas de la mañana, el enemigo empezó su avance con un batallón de infantería y cuatro o cinco tanques, asistido por una batería de BM-13 rumbo a Kawadera, donde se encontraba el Tercer Batallón de la brigada. Este avance lo detuvieron los efectivos del batallón de tanques y de un batallón de infantería, con el apoyo del Primer Grupo O-122 mm y el Primer Grupo BM-21. Una vez a la ofensiva, pusieron en fuga a los somalíes.

Aprovechando los buenos resultados del 3 BonT, la 69 Brigada de Infantería con su batería C-85 mm, apoyada por el Primer Grupo O-122 mm y el Primero de BM-21, continuó cosechando éxitos en dirección a Lewenaji.

## Día 22. Preparación de la ofensiva

Muy temprano comenzó a cernir la metralla sobre las posiciones en que, desde la noche anterior, estaban el 2 BonT y el Grupo C-130 mm. La aviación comenzó a actuar y a realizar fuego el grupo C-130 mm. Entre las 10:00 y 12:00 horas, llegó el estado mayor de la Quinta Brigada de Artillería, recién formada, con el Segundo y Tercer Grupos BM-21. De inmediato hicieron sentir su fuego. Como resultado quedaron neutralizadas tres baterías de artillería enemiga.

A las 14:00 horas, con el objetivo de organizar las operaciones del próximo día, se decidió mantener como seguridad a un pelotón de tanques con infantería. Una vez ocupada la defensa, el enemigo inició de nuevo su fuego de artillería sobre las posiciones del Segundo Batallón, pero halló rápida respuesta. Para las 18:30 se decidió

trasladar al batallón unos 4-5 km en profundidad, detrás de la cota 1943. Posteriormente los grupos de artillería tomaron posición y continuaron colaborando con las unidades. La infantería se trasladó y ocupó la defensa en el río Kulem.

Sobre las 20:00 horas arribó la jefatura y el estado mayor de la Décima Brigada de Tanques con el 2 BonT y el Batallón de Infantería Motorizada en carros blindados 60 PB; se concentraron cinco kilómetros al este de Biye Bahi y asumieron la dirección de los combates. Por la noche se reorganizó el Segundo Batallón de la 3BT y se reabasteció la técnica hasta dejarla lista para los próximos acontecimientos.

Con el objetivo de garantizar la región de Kawadera, el jefe de la brigada ordenó trasladar hacia allí al Tercer Grupo O-122 mm y al batallón de BMP hacia Anono Mite. Así, esta agrupación le impedía actuar a los invasores en dirección a Arabí.

## Día 23. Preámbulo de la victoria

Desde el amanecer hasta las 11:00 se planificaron y puntualizaron las tareas; se organizó el orden de ataque en un escalón con reservas: al flanco derecho, el Segundo Batallón de la 10BT menos una compañía; y al flanco izquierdo el Segundo Batallón de la 3BT; como reserva, el Batallón de Infantería Motorizada en carros blindados 60 PB con una compañía de tanques del 2/10BT. Los grupos 2 y 3 BM-21 y el C-130 mm, pertenecientes a la Quinta Brigada de Artillería, apoyarían a las tropas.

A las 11:30 horas comenzaron a avanzar las unidades y muy pronto se hicieron sentir los disparos sobre las posiciones defensivas de los somalíes, quienes nos esparcían su fuego por barreras móviles con el objetivo de dificultar el movimiento; pero la marcha no se detuvo.

Pasadas tres horas (14:30) se produjo el encuentro con un enemigo que, aferrado a la defensa de Arabí, ofrecía tenaz resistencia. A las 15:00 realizó un contrataque sobre nuestro flanco izquierdo, con fuerzas aproximadas de dos compañías de infantería y una batería de morteros 120 mm. Desde el propio lugar en que actuaban los nuestros, ocupando posiciones defensivas debido a que las condiciones geográficas no les permitían avanzar en su dirección, rechazaron su embestida.

Arremetieron otros contrataques en el frente del 2/3BT: uno a las 16:00 y el otro media hora después, ambos infructuosos. Para este último emplearon dos compañías de infantería, con el auxilio de su artillería. De momento nuestro avance por ese flanco se detuvo, pero al entrar en combate una compañía motorizada en carros blindados 60PB y otra de la reserva continuó el ataque. Las fuerzas enemigas no pudieron cumplir sus propósitos; se les interpuso la superioridad numérica y los éxitos alcanzados. Obligados, se replegaron hacia la profundidad.

A las 17:30, desde el puesto de mando avanzado del Frente Este, fue enviado un helicóptero para hacer contacto con el puesto de mando de la 10 BT, pero erró la dirección de vuelo y fue sorprendido por la artillería antiaérea y las armas de infantería enemigas. El piloto logró controlar la nave y aterrizar en el aeropuerto de Dire Dawa; pero un oficial perdió la vida y dos resultaron heridos.

Este día la aviación no pudo actuar por el mal estado del tiempo.

Al concluir la jornada, la línea que se había alcanzado quedó consolidada; se produjo el reabastecimiento de combustible y municiones para, al amanecer, asegurar la posición que defendían a dos kilómetros de Arabí.

Durante la noche se observó un gran ir o venir de carros blindados desde y hacia Arabí. La artillería nuestra adelantó sus posiciones y actuó contra las columnas en movimiento.

El Tercer Batallón de la Tercera Brigada avanzó por el camino de Kawadera-Arabí, y ocupó una línea defensiva a cinco kilómetros del poblado.

## Día 24. Toma de Arabí

A las 07:00 horas surcaba el cielo nuestra aviación. El tiempo había mejorado y le permitía realizar el reconocimiento aéreo. Casi simultáneamente el fuego artillero caía sobre un enemigo que de manera desorganizada se replegaba en dirección a la frontera y hacia Shebele, sin importarle los efectivos que abandonaba en su desbandada.

En estas acciones, un MiG-21 fue impactado en la cola por un cohete antiaéreo Flecha 2M; por suerte, el piloto logró aterrizar en el aeropuerto de Dire Dawa.

El ataque con la infantería, los tanques, el fuego de la artillería y los golpes de la aviación sobre Arabí, comenzaron a las 09:30. Una hora después las unidades del primer escalón entraban al poblado y sobre las 11:30, la aldea caía en manos revolucionarias, incluyendo las alturas que la rodean. Se organizó la defensa en la línea alcanzada y tomaron posiciones favorables en sus accesos. Alrededor del mediodía se unieron los combatientes que se hallaban en Arabí con las fuerzas que avanzaban desde Kawadera.



Más de mil internacionalistas cubanos participaron en los combates que condujeron a la toma de Arabí. A la memoria de los diecinueve compañeros caídos, los cuarenta y ocho heridos y los aguerridos soldados etíopes, cuya sangre se derramó junto a la nuestra, son los testimonios que siguen, todos, de valientes hijos de la patria.

## José Aroche Pacheco

Con los faros inflarrojos para no ser descubiertos, el 20 de febrero dirigí la marcha nocturna de mi batallón desde Babile hasta la Cota 1020. En las primeras horas del 21, recibí la orden del general de brigada Agustín Méndez Sierra, jefe del estado mayor del Frente Este, que se encontraba con el ministro de Defensa etíope, de atacar Arabí y continuar la ofensiva en dirección a Lewenaji. Ambos me acompañaron durante el desplazamiento y la entrada en combate.

Para verificar con la mayor exactitud posible la situación, envié al teniente Inocente Suárez Segundo, jefe de Información del batallón, en el helicóptero encargado de la exploración. A pesar del día semioscuro, lluvioso, y la visibilidad muy limitada, no precisaron actividad alguna en la zona de reconocimiento.

No obstante, previendo un combate de encuentro, designé como vanguardia a la 2 CoT. A su jefe, primer teniente Rogelio Gómez Leyva, le puntualicé sus misiones. Con el objetivo de reforzar el mando de esa agrupación mi sustituto, capitán Ibrahim Hernández Baró, asumiría la dirección.

La lluvia no cesaba y los caminos cada vez peores complicaban el trayecto. La visibilidad no era buena, el día se comportaba nublado y oscuro a pesar de que el reloj no marcaba más de las 17:00 horas. Esta situación climatológica favorecía al enemigo. Yo mantenía las comunicaciones estables con mi segundo y lo alertaba sobre la observación, pues a ambos lados del camino existía una vegetación no muy alta; pero espesa, proclive a ser empleada por el adversario.

Diez minutos después se produjo el enfrentamiento sospechado. Ambos jefes comenzaron a rechazar a las fuerzas atacantes que arremetían contra la vanguardia.

Yo marchaba detrás, muy cerca de donde se efectuaba el combate, el cual seguía al detalle por los medios de comunicación. Ante la

situación creada, le comuniqué al capitán Baró que por su flanco derecho iba a introducir a la 1 CoT —al mando del primer teniente Sergio Domínguez Gordín—, para que apoyara las acciones de Leyva y sacara del cerco a las fuerzas de la vanguardia.

Pronto cayó la noche sobre aquel escenario. La compañía de Gordín estaba en la boca del león y antes de que fuera devorada, le ordené salir del conflicto bélico. A cañonazo limpio lo logró.

El combate se prolongó por cuatro horas aproximadamente, hubo acciones de día y de noche. Con mucho trabajo fue posible una buena cooperación con las unidades etíopes, pues a pesar de que disponían de medios de comunicaciones, hablaban dialectos tan variados, que ni entre ellos se entendían.

A un kilómetro y medio de aquella área, en plena noche, decidí reorganizar los órdenes combativos del batallón. Para la seguridad destiné fuerzas de la 1 CoT, unidades de infantería y el grupo de cañones 130 mm.

Los fatídicos momentos en que perdimos una considerable cantidad de etíopes y cubanos, lejos de amilanar a mi tropa, elevó a grado sumo el estado político y moral. Cada hombre, en medio de la oscuridad y con la boca de su arma caliente como la sangre de sus venas, se disponía a multiplicar su arrojo.

Mientras realizábamos el análisis correspondiente, se habló mucho de la actitud intachable de tantísimos compañeros; pero destacó la asumida por Julio Fuentes Fundora que, herido, con su tanque destruido y cercado, totalmente de noche, se batió cuerpo a cuerpo contra un soldado somalí, le arrebató el fusil y aprovechando la confusión bajo el tiroteo, lo evadió y se reincorporó al batallón.

El reloj parecía detenerse, cuando la rehabilitación de la técnica más bien se aceleraba. Completamos las dotaciones de los tanques y quedamos listos para lo que deparara el amanecer. ¡Qué disposición! Todos querían posesionarse en el puesto de los compañeros caídos. Cubanos y etíopes mostraban alta moral.

Iniciando el día 22, a la 01:00 hora, me llamó el jefe de la brigada. Organizar la defensa circular y el sistema de fuego fue su mandato. Ya la tarea se ejecutaba, solo puntualicé detalles. Acto seguido recibí una llamada del coronel Lorente; me preguntaba sobre la situación. Solo atiné a decirle: «¡Negra noche para mí... ¡Después te cuento!»

La artillería enemiga se mantuvo activa la noche-madrugada. Siempre halló la respuesta del grupo de C-130 mm.

Ante tales circunstancias la decisión del general Méndez Sierra, aunque ya estábamos preparados, fue no reiniciar el ataque hasta la llegada de la Décima Brigada de Tanques. Retiré al batallón hacia otra posición para protegernos mejor.

El día 23 el coronel Gustavo Fleites, jefe de la 10 BT, me planteó pasar al segundo escalón dado el estado de mi tropa. Me opuse rotundamente. A los presentes les manifesté que esa no era la manera de honrar a los caídos ni a los heridos ni al personal en general. Existía un alto grado de comprometimiento e interés de cobrar las bajas que habíamos sufrido. El jefe del Frente Este asintió, estuvo de acuerdo con que mi unidad atacara en la dirección principal y argumentó que a pesar de las pérdidas del batallón, se imponía la moral de mi gente; el general Cintra Frías, también en la reunión, aprobó la decisión.

Establecimos la cooperación con las fuerzas de la 10 BT, su 2 BonT al mando del teniente coronel Argelio y el de infantería motorizada del coronel Verdecia; mantuvimos a raya al enemigo. Al caer la tarde había sido derrotado. Dos kilómetros antes de llegar al poblado de Arabí, ocupamos una línea por decisión del coronel Fleites, a fin de reabastecer la técnica y prepararnos para el próximo día.

### Sergio Rodríguez Gordín

De lo ocurrido en Arabí no se borra de mi mente la pérdida de varios hombres de mi compañía. No dejamos a uno solo en el campo de batalla. El jefe del batallón siempre insistía en eso, así lo cumplimos. ¡No dejé a nadie a merced del enemigo!

Mantuve de manera permanente las comunicaciones con la jefatura de la unidad y con mis subordinados, e hice el esfuerzo por sacar de las garras somalíes a todos mis combatientes. ¡Qué decir de las condiciones...! ¡complejas en extremo! ¡de noche y en un sitio ignoto! Tampoco olvido la valentía de quienes tuve a mi mando. Hicieron hasta lo increíble para que la unidad no fuera destruida. Lo logramos con la entrada en combate de la compañía de Gómez.

A cañonazos y el fuego de cuantas armas poseíamos, casi a quemarropa, contra adversarios que salían en pequeños grupos por todas

partes y hasta osaron, unos a subirse a los tanques y otros a aproximarse con sus lanzacohetes, pudimos replegarnos hacia posiciones más ventajosas.

Han transcurrido tantos años y me parece escuchar las voces de mis compañeros por los equipos de radio informándome sobre la situación en su área; siento las tandas de proyectiles en el aire, los disparos de los lanzacohetes RPG-7 contra los tanques que provocaban incendio en su interior. ¡Qué digo de las dotaciones que sufrieron quemaduras!

Luego... el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, a una distancia mínima que era difícil distinguir al contrario, que se aprovechaba de las ondulaciones del suelo, los cauces secos y el bajo nivel de visibilidad que nos ofrecían las miras infrarrojas. En estas circunstancias se declaró desaparecido el conductor mecánico Lázaro Francisco Aguilera Ramos que, al remolcar su tanque, no lo vimos más. Pasados unos días rescatamos su cuerpo y se le dio honrosa sepultura.

Del mando del batallón siempre nos llegó la indicación de qué hacer. Con señales de bengalas nos marcaban hacia dónde llevar la unidad; pero fue descubierta la ubicación del teniente coronel Aroche y su jefatura. Entonces el enemigo arreció más el fuego sobre esa región, aunque desde allí le respondían con la artillería y demás armas. Envueltos en una granizada de proyectiles y por la audacia de mis hombres, pudimos replegarnos hacia la retaguardia.

La pérdida de mis compañeros fue algo muy duro; pero no nos amedrentamos, al contrario, se multiplicaron las fuerzas. Los compañeros de aseguramiento se ofrecían voluntariamente para completar las dotaciones; unos como cargadores de tanques y los artilleros como jefes de tanques. No fue necesario hacer trabajo político. Primó el compañerismo, la dignidad. En pocas horas la compañía estuvo restablecida con siete tanques.

El día 22 se puntualizaron las misiones hasta el nivel de dotaciones de tanques, y continuamos preparando las nuevas. Todos queríamos ir a la primera línea y así sucedió. Al día siguiente mi compañía atacó por el flanco izquierdo del batallón, rechazamos los contrataques y de nuevo nos vimos frente a frente. Cada descarga que salía de la boca de los cañones y de las armas de infantería, llevaba consigo nuestro resarcimiento en honor a los caídos en las entrañas de Arabí. Allí defendimos con una fe inquebrantable en la victoria, la cual logramos el 24 de febrero.

Miguel González-Pardo.

## Misión peligrosa

Después de los intensos combates a pesar del difícil teatro de operaciones, en zonas montañosas y entre pequeños valles, bajo aguaceros que no terminaban y desbordamiento de grandes cauces de ríos que, al crear peligrosos obstáculos, hasta impusieron detener en parte el ritmo ofensivo de la agrupación principal, los somalíes incorporaron más tropas en la dirección de Arabí.

Ese día 23 por la mañana, visité con los jefes de Misión y de la Tercera Brigada de Tanques, el puesto de mando en la zona de Arabí. Entonces yo era jefe de la Contrainteligencia Militar del Frente Este. Se reorganizaban nuestras unidades. Concluido el trabajo, nos retiramos al puesto de mando de la brigada.

Comenzó la ofensiva, las tropas lo hacían exitosamente; pero en horas de la tarde se agravó la situación, se perdieron las comunicaciones entre los puestos de mando y ante la confusión creada, el general Ochoa determinó de conjunto con el general Cintra Frías, enviar un helicóptero para conocer de primera mano qué ocurría.

Partí al frente de esa gestión con el mayor Fortuny. Tamayo, también mayor y jefe de la CIM de la Tercera Brigada, solicitó acompañarme, pues pocos días antes había desempeñado igual cargo en la Décima Brigada de Tanques que estaba en Arabí. Al principio no estuve de acuerdo, pero me pidió conversarlo con el jefe de la 3 BT. Como el general aprobó su iniciativa, salimos bajo la pertinaz lluvia los tres oficiales cubanos. El piloto y copiloto eran etíopes.

Como a la hora más o menos arribamos a la región de Arabí. Aterrizamos donde artilleros cubanos hacían fuego. Nos plantearon que voláramos por encima del batallón de tanques ubicado delante de ellos y a la derecha del puesto de mando de la agrupación; pero quedamos expuestos al tiro graneado de las armas de infantería y cohetes.

Impactaron el helicóptero. En primera instancia Fortuny y yo fuimos heridos. Ante la pérdida de altura, el piloto, volando en sentido opuesto a los somalíes, que seguían disparando, salió de la zona de impactos, no obstante, un golpe fatal ya había recibido el mayor Tamayo. Con agujeros en el helicóptero nos mantuvimos sobre la zona montañosa; entre altas y bajas de los motores volamos alrededor de tres horas hasta descender en una llanura de Dire Dawa.

El piloto y el copiloto —herido leve— nos gritaban que saliéramos rápido que la nave corría el peligro de explotar. En ese momento llegaron dos yipis de cubanos, entre ellos venía el doctor Tirso, médico de la jefatura. Primero se bajó a Tamayo, luego a Fortuny y cuando arrancaron los yipis, con sus faroles encendidos porque ya era de noche, fue que se percataron de que yo también estaba herido.

Fuimos atendidos en el puesto médico de Dire Dawa. Allí se confirmó la muerte de Tamayo y operaron a Fortuny. Por orden del general de brigada Sixto Batista, me trasladaron para el hospital de campaña en Harar, donde el ortopédico doctor Concepción realizó mi intervención quirúrgica.

Esta experiencia nos alertaba de que cualquiera podía resultar herido grave o muerto en el lugar menos esperado. En ese instante ya había participado en encarnizados combates.

¡Qué manera de perder la vida! Les sucedía a dos compañeros míos, muy queridos: el coronel Arides Estévez Sánchez muerto en la República de Angola el 9 de mayo de 1976 y ahora el 23 de febrero de 1978, en Etiopía, el mayor Juan Armando Tamayo Molina, ambos nacidos en la costa norte de Oriente, actual provincia de Holguín, habían sido jefe y segundo jefe de la sección principal de la Contrainteligencia Militar.

### José Abel Caballero Peña

Yo pertenecía al estado mayor del Frente Este, pero los días del 20 al 24 de febrero participé en los combates de Arabí por decisión del coronel Miguel González-Pardo. Formé parte de la jefatura del Segundo Batallón de la Tercera Brigada, al mando del teniente coronel Aroche. Llegué a su área el día 22. El día anterior habían sostenido un duro encuentro, ahora devolvían a la técnica sus potencialidades y analizaban detalles de la estructura del contrario.

El jefe del batallón me ubicó en el PU-50 con otros oficiales de la plana mayor. Me dediqué a visitar con mi homólogo de la tropa cada uno de los medios que se alistaban; conversé con los tanquistas y comprobé que la preparación era meticulosa, incluso, la infantería recibía instrucciones prácticas por parte de los oficiales y tanquistas. Estaba latente la experiencia del día 21. ¡Muy buen espíritu de lucha y político se respiraba entre aquellos hombres!

Aroche y su plana mayor no permanecían quietos ni un minuto, precisaban cada pormenor. Recuerdo a Bécquer, el político, muy preocupado bajaba y subía a los tanques, conversaba con el personal. Su mente no se apartaba de la pérdida de sus compañeros y de la técnica. Hablaba de responsabilidad, de no descuidarse ni un segundo. Pero en aquellos rostros oyentes solo había fe en la victoria. Así se lo comenté al capitán Baró, segundo del batallón, y a los demás oficiales.

El puesto de mando se desplazó detrás de la compañía que avanzaba como extrema vanguardia, al mando del teniente Gordín. Al desplegarse la unidad nos mantuvimos muy cerca. A las 14:30 horas inició el combate. En medio de la metralla, Aroche se dirigió al puesto de mando del PU-50. Llegaban lanzacohetes desde la retaguardia y en ese instante hirieron al fílmico Nieves. El jefe de Comunicaciones trató de salir y fue herido en una mano. Aroche entró al puesto de mando y dirigiéndose al conductor del PU-50, le preguntó:

—Quintero, ¿tienes café en la cantimplora?

—Sí —le respondió.

—Pues dame un poquito —encendió un cigarro y exclamó—: ¡Ahora sí voy a darles donde les duele!

Me mantuve todo el tiempo en su puesto de mando y en contacto con las unidades del batallón y etíopes.

### Félix Rafael García Rodríguez

Desde el 22 de enero participé en los combates del batallón. Formaba parte del segundo pelotón de la Tercera Compañía, como soldado cargador de mi tanque, al mando del teniente Emilio Turro Cuba. Era una dotación muy bien cohesionada y nos entendíamos con los etíopes, «a la manera cubana». Juntos fuimos adquiriendo nuevas experiencias.

El 21 de febrero a mi pelotón le correspondió dar seguridad al grupo de cañones 130 mm. Estábamos muy alerta. Desconocíamos los resultados del combate, pero estábamos seguros de que la compañía del primer teniente Gordín y el capitán Baró no se dejarían coger fácilmente.

Luego supimos que valiosos compañeros habían perdido la vida. Aquella noche se presentó dinámica, con mucho movimiento. No pegamos los ojos.

Amanecimos el 23 reabastecidos, listos para atacar, listos para vencer. Alrededor de las 13:00 horas, el jefe de batallón se dirigió a Armandito, jefe de exploración:

—¡Coge ese tanque! —se refería al mío.

Y le indicó la dirección que debíamos tomar para explorar el itinerario.

Nos manteníamos en el interior del tanque listos para abrir fuego. Yo tenía en la recámara del cañón un proyectil dispuesto para cargar. El movimiento había sido solo de unos 500-600 m, cuando sentimos sobre sí los cañonazos y cohetazos con los RPG-7. Resultó herido de inmediato Armandito y, ante la orden de cargar el cañón, no oí más. El tanque fue impactado otra vez, sufrí heridas y quemaduras graves, me prestaron asistencia en el puesto médico del batallón y rápido me evacuaron al hospital.

No dejo de agradecerle al teniente coronel Aroche mi vida. Nunca abandonó a sus subordinados, ni en los momentos más peligrosos. Donde caía un compañero o solo corría su sangre, ahí lo veíamos, solidario, y para indicar lo que correspondía hacer.

### Elpidio Mariño Ávila

Yo era segundo jefe del puesto de mando del Segundo Batallón de Tanques. Recuerdo la insistencia del teniente coronel Aroche: «No dejar a merced del agresor a nuestros compañeros caídos». A mí me correspondió muy de cerca cumplir con esta tarea la noche del 21 de febrero, cuando debimos rescatar a cualquier precio a seis de los catorce tanquistas abatidos.

### Arnaldo Bonet Miranda

El 21 de febrero, el general Méndez Sierra fue quien nos encargó apoyar al batallón de Aroche; desplazándonos en columna hacia Arabí, nos dijo: «La responsabilidad de liberar ese territorio es de ustedes».

Como no contábamos con blindados —BTR—, algunos jefes y especialistas nos trasladamos en los tanques; por ejemplo, mi radista y yo marchábamos en el tanque de Aroche, por supuesto, en el

exterior; adentro solo hay espacio para la dotación. Desde ahí me comunicaba con mis subordinados.

Ante caminos intransitables y al pasar algún riachuelo se atascaban los carros. A veces teníamos que sacarlos con los TS-4 (remolcadores de tanques) del batallón. Me vi obligado a concretar que se prepararan para el combate dos baterías, mientras la tercera estaba en marcha.

Sobre las 17:00 horas nos empezaron a disparar con toda clase de armas. Rápido el grupo respondió, menos la tercera batería que más tarde se emplazó en medio de las acciones que libraba la vanguardia tratando de neutralizar la artillería.

En esta ocasión cayó el telemetrista Jorge Luis Martínez Peñate y resultaron heridos tres cubanos y nueve artilleros etíopes que nos acompañaban. Fue un día difícil para la agrupación; pero nunca mermo el espíritu de lucha esos días que siguieron por la toma de Arabí.

De conjunto con el resto de la artillería participante, anulamos a las unidades somalíes. Sufrieron en carne propia la destrucción y aniquilamiento de una gran cantidad de efectivos. Nuestros cañones no dejaron de disparar sobre las principales regiones donde se hallaba emplazada su artillería; de igual forma estuvimos rechazando sus contrataques.

Fue tal mi impresión de esos cuatro días que, al regresar a Cuba, le dije a mi esposa que si teníamos un hijo desearía ponerle el nombre de aquel poblado para no olvidarlo jamás. Así sucedió. Se llama Denis Arabí.

## José Aroche Pacheco

Al amanecer del 25 y comprobar con mis propios ojos la heroicidad de los miembros de la agrupación que se había creado, acudieron a mí múltiples relámpagos del combate y la semblanza de mis compañeros caídos. Guardé esos detalles en mi mente y ni el tiempo tiene la capacidad de hacerlos olvidar. Había concluido alrededor de noventa horas desde el inicio de las últimas acciones, momento en que la extrema vanguardia cayó en la emboscada de aniquilamiento. Me separaban de entonces cuatro noches con sus días.

Ahora, desde una piedra que sostenía mi dolor y el orgullo del deber cumplido, observaba el ir y venir de cientos de cubanos y etíopes

por un pueblito perdido en el gran desierto del Ogaden, muy cercano a la frontera con Somalia, que no era un centro económico. Comprendí que Arabí no era lo importante, su valor era estratégico porque desde sus elevaciones se podía dominar un extenso terreno; constituía la llave de acceso al bastión más seguro y único que le quedaba al agresor; pero ya nada ni nadie podía evitar su estrepitosa derrota.

Ya parte de la brigada avanzaba y consolidaba las alturas de Golocha. Llegamos casi al unísono, mi hermano Celá con su Tercer Batallón y el incansable Lino con el grupo de obuses. En unos minutos de meditación, detuve mi pensamiento en el exhaustivo trabajo de organización y la destreza de mis jefes superiores, sobre todo, del conductor principal de esta batalla, el Comandante en Jefe.

Siguieron segundos en que tomé distancia y me vi en San Ramón de Guarinao, cuando formaba parte del Tercer Frente Mario Muñoz, que dirigía el comandante Juan Almeida Bosque, y yo pertenecía a la escuadra de mi hermano, Luis Aroche Pacheco, luego al pelotón móvil con el capitán Vitalio Acuña Núñez. ¡Cuántas operaciones...! La emboscada en la Carretera Central y en los combates de la aduana, en la carreta a San Luis para impedir el paso del refuerzo del ejército batistiano, la toma de Palma Soriano...

Despuntaba el alba cuando el capitán Baró, con su mano en mi hombro, deshizo mi distracción:

—¡Jefe, ahí está el mayor Ávila con los tanques y el personal para restablecer la unidad.

Nos fundimos en un fuerte abrazo. Baró también lo conocía del primer curso de cadetes de tanques. Rápido me explicó que las máquinas se hallaban en buen estado y las dotaciones, formadas por compañeros procedentes de Isla de Pinos. Muchos eran del batallón que en los años 1969-1970 Ávila había dirigido. Puntualizamos otras informaciones; me actualizó sobre el teatro de operaciones militares y de nuestra brigada.

Al concluir la entrega de los tanques y otros medios materiales, lo invité a almorzar, pero me dijo:

—Aroche, tengo que trasladarme al puesto de mando avanzado de la brigada lo antes posible. En otra ocasión celebraremos la victoria de este día.

Aproveché la ocasión y le pedí que me saludara a los demás miembros de la brigada. Deseándonos éxitos nos despedimos.

El Grito de Independencia o Muerte proclamado el 24 de febrero de 1895, que indica el reinicio de nuestras luchas en la Isla, se honraba en las arenas de Arabí a más de 12 400 km de nuestra patria. Los mambises del siglo xx resaltaron la estirpe de los cubanos con esta histórica victoria. Al respecto Fidel señaló: «Parece que Etiopía es un lugar distante; pero ya en este mundo no hay distancia».<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Acto de conmemoración del Centenario de la Protesta de Baraguá, 15 de marzo de 1978, en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1978>

# Se fragua la victoria

## (24-28 de febrero)

—¿Ávila, cómo te fue en el traslado de los tanques?

—Nada fácil, general. Como usted sabe... con los tanques llevé una columna de abastecimiento, que incluía ocho pailas de combustible y por el pésimo estado del camino en ocasiones tuvimos que remolcarlas; igual sucedió con varios camiones cargados de proyectiles. Pero todo llegó a su destino sin pérdida de personal ni de la técnica.

—¡Buen trabajo, Ávila!

—¿Y Aroche...? —interrogó el general Ochoa.

—¡Bien! Listando la capacidad combativa de su batallón y de las tropas etíopes. Hay Aroche para rato —le comenté—, aunque afligido por las pérdidas; pero en general reina un espíritu batallador. Están en condiciones de emprender lo que venga.





## Un análisis profundo

---

---

Era 25 de febrero. Una vez que le entregué al teniente coronel Aroche los tanques y el personal para completar su unidad, me trasladé, alrededor de las 10:30 horas, al puesto de mando avanzado de la brigada, donde permanecían los generales Ochoa y Cintra, para informar sobre el cumplimiento de la misión. Muy rápido, el jefe me preguntó:

—¿Ávila, cómo te fue en el traslado de los tanques?

—Nada fácil, general. Como usted sabe... con los tanques llevé una columna de abastecimiento, que incluía ocho pailas de combustible y por el pésimo estado del camino en ocasiones tuvimos que remolcarlas; igual sucedió con varios camiones cargados de proyectiles. Pero todo llegó a su destino sin pérdida de personal ni de la técnica.

—¡Buen trabajo, Ávila!

—¿Y Aroche...? —interrogó el general Ochoa.

—¡Bien! Listando la capacidad combativa de su batallón y de las tropas etíopes. Hay Aroche para rato —le comenté—, aunque afligido por las pérdidas; pero en general reina un espíritu batallador. Están en condiciones de emprender lo que venga.

—Bueno... prepara las condiciones para organizar el trabajo y cita a los principales jefes, que el general Petrov y el general Ochoa van a puntualizar un grupo de tareas, con la presencia del enlace del Minfar, que trajo indicaciones del Comandante en Jefe —me precisó el general Cintra Frías.

Acondicioné la casa de campaña, donde nos esperaba la rústica e histórica mesa ya empleada en varias ocasiones. A las 11:30 horas todo estaba dispuesto para iniciar la reunión.

En el análisis de la situación, el jefe de Información planteó que el mando de las fuerzas armadas de Somalia, previendo al parecer, después de las victorias nuestras en Kawadera y Arabí, que el ataque principal se produciría en dirección a la frontera, por la vía más corta, resultó sorprendido al comprobar que se movían en dirección a Lewenaji-Golocha y, ante la nueva realidad, comenzó a reagrupar fuerzas en Jijiga y en sus alrededores, también en los poblados de Merar y China Hasen, como es lógico sin descuidar el Paso de Marda y las regiones al sur de Babile.

La agrupación somalí tenía alrededor de Jijiga cuatro brigadas de infantería motorizada —la 8, 9, 11 y 23—, siete del tipo B y otra de tanques con cerca de 60 máquinas T-55; dos batallones de infantería mecanizada con una compañía en carros BMP; dos batallones de policías, tres o cuatro grupos de artillería estriada —dos de O-122 mm, uno de C-85 mm y una batería de O-152 mm—, y una o dos baterías de artillería reactiva; pequeñas unidades de defensa antiaérea, de aseguramiento y servicios. Esta agrupación crecía con fuerzas de voluntarios que defendían la ciudad y áreas más inmediatas.

De veinte mil a veinticinco mil efectivos habían desplegados en el teatro de operaciones militares que ocupaba el enemigo. Si tenemos en cuenta que al comienzo de las hostilidades contó con cuarenta y tres mil, excluyendo en su agresión a la policía y milicias, ahora se hallaba en una región fuertemente defendida, con buenas obras ingenieras y enmascaramiento. Ya lo habíamos comprobado anteriormente. Este aspecto también fue valorado durante el análisis.

El general Petrov hizo hincapié en no subestimar al contrario y cuidarnos de sus emboscadas, campos minados y actuación por los flancos y retaguardia.

Todos estábamos atentos ante el flujo de información obtenida de varias fuentes: exploración de tropas, vuelos de reconocimiento, experiencia de los jefes de unidades y encuestas a los prisioneros capturados, la mayoría entrevistada por jefes etíopes que dominaban su idioma y los diversos dialectos.

El enlace del Minfar enfatizó en la idea estratégica concebida para la operación y en una de las preocupaciones del PGM-FAR: mantener

al máximo su enmascaramiento y compartimentación, extremando las medidas con el uso de los medios de comunicaciones. Insistió en que fueran creadas todas las condiciones de aseguramiento para el éxito, pues la operación estaba planificada para accesos agrestes y difíciles, pero también para la prudente distancia entre unos y otros, por lo tanto, los medios combativos necesitarían muy buena retaguardia. Había plena conciencia de cuánto representaba incrementar la reserva.

De la importancia que se le prestó a esta tarea, el 4 de noviembre del 2011, pasados casi treinta y cuatro años de aquellos hechos, el general de división de la reserva Jesús Bermúdez Cutiño, jefe de Inteligencia de la MMCE durante la guerra, con motivo del fallecimiento del general de cuerpo de ejército Julio Casas Regueiro, rememoró:

Quando cumplíamos misión internacionalista en la República de Etiopía en los días de la ofensiva final [...] después de varios combates contra las tropas enemigas [...] las nuestras llegaron a las alturas de Lewinaji [...] allí fuimos detenidos por la falta de combustible y municiones, puesto que las acciones contra el enemigo, más las condiciones de las vías de acceso, habían dado lugar a un gasto por encima de lo calculado.

Al conocer de la situación creada, el segundo jefe de la Misión para la Retaguardia [Julio Casas Regueiro] de inmediato entró en acción de manera decisiva, con los inconvenientes del estado de los caminos inundados por las lluvias. En pocas horas, durante la noche, en acciones combinadas por tierra y aire, fueron situadas en cada tanque la cantidad de combustible necesario y las municiones de cada arma participante para toda la ofensiva [...]

De no haberse realizado tal proeza con la urgencia que la situación exigía, el enemigo podía haber ganado tiempo [...] Nadie puede dudar que el héroe de aquel momento sea quien dirigió los trabajos de aseguramiento en tan difíciles circunstancias, sin menoscabar, en modo alguno, el mérito indiscutible de los compañeros jefes, oficiales y otros combatientes que fueron ejecutores directos de sus órdenes [...]<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Periódico *Granma*, viernes 4 de noviembre 2011, p.16.

A continuación los jefes principales procedieron a informar: el jefe de la brigada planteó que las unidades estaban listas para tomar la dirección Lewenaji-Golocha con sus respectivos aseguramientos y grupos de artillería que las apoyaban y que una vez decidida la misión, el puesto de mando avanzado se trasladaría para la región de Lewenaji.

El coronel Fleites explicó que su tropa, después de los enfrentamientos en Arabí, se encontraba en total disposición para nuevas tareas; y que su puesto de mando avanzado marcharía detrás de sus órdenes combativos en dirección a Golocha.

Por su parte, el jefe del Frente Este y el general Petrov puntualizaron algunos detalles, sobre todo, el aprovechamiento del adelanto de las fuerzas etíopes, cuya situación daría a conocer el general Sixto:

—La 69 Brigada de Infantería, asistida por nuestra artillería y en marcha a pie, mientras se desarrollaban los combates en Arabí-Kawadera se había desplazado y ya estaba en la región de Lewenaji-Golocha. El resto de la agrupación ha tomado el Paso de Marda. Hay buena disposición y alta moral en todo el personal y las dificultades que aparezcan en el trayecto las resolveremos. Yo avanzaré detrás de los órdenes combativos y los mantendré al tanto.

Al concluir la información de los jefes, el general Ochoa planteó avanzar en la dirección indicada, y precisó:

—La agrupación aérea y la artillería darán cobertura al desplazamiento de la Tercera y Décima Brigadas de Tanques en dirección a Lewenaji y posteriormente hacia Golocha-Welabu. La agrupación aérea y la artillería daban cobertura al desplazamiento de la Tercera y Décima Brigadas de Tanques en dirección a Lewenaji y posteriormente hacia Golocha-Welabu. Allí puntualizaré concretamente sus misiones, en dependencia del éxito que vaya obteniendo el general Sixto y las unidades etíopes. Reitero que se tomen las medidas durante el movimiento, está claro que actuamos en un territorio en el que estuvo el enemigo hace unas horas y como ustedes saben, en cualquier lugar puede haber emboscadas o un campo minado.

## La Tercera Brigada de Tanques

Concluida la reunión, el jefe de la brigada les planteó a los jefes de unidades comenzar el desplazamiento en las direcciones indicadas. A mí me comunicó que me trasladara a Dire Dawa —no hacía ni cuarenta y ocho horas que había salido de allá—, con el objetivo de coordinar con el jefe de Retaguardia y los especialistas que aún quedaban allí —pues casi todos los oficiales de las secciones operativas se hallaban en el Frente—, un conjunto de medidas para asegurar la nueva misión, que incluía la coordinación con los etíopes.

Me puse en marcha con un grupo de seguridad de cuatro combatientes: dos cubanos y dos etíopes. En horas de la noche me reuní en el estado mayor de la brigada en Dire Dawa. Les actualicé la situación en el Frente y las nuevas tareas. Al coronel Santana y al mayor Almanza, jefe y segundo jefe de Retaguardia, que preparaban una columna con reservas de municiones, combustible, agua y víveres, prevista para partir el día 27, les expliqué que era necesario alertar a los choferes y personal en sentido general sobre el itinerario, casi intransitable por los días de lluvia y tramos de desvío por los campos de minas y otros obstáculos. Aunque existía la experiencia de remolcar camiones que no tenían doble tracción, no estaba de más repetirlo.

En las primeras horas de la mañana me trasladé junto con el coronel Santana al puesto de mando de las tropas etíopes para puntualizar los recursos y detalles necesarios. Como siempre, su buena disposición era un fuerte estímulo.

Contacté con el general de división Julio Casas, le expuse mi tarea y me dijo: «Vete confiado para la brigada que este trabajo lo tengo entre mis prioridades».

Visité entonces la región del castillito; dialogué con los especialistas, mecánicos y demás compañeros sobre la importancia de su trabajo en la recuperación de la técnica y su envío al Frente. Felicité a los que trabajaron en la preparación de los tanques que se le entregaron al Segundo Batallón y les transmití la alegría con que fue recibida esa técnica.

Al mediodía ya había vuelto al puesto de mando avanzado de la brigada y le informaba al general sobre mi recorrido.

Me actualizaba sobre el movimiento de las unidades, con el jefe de Operaciones de la brigada, capitán Octavio, cuando el general Cintra me llamó para comunicarme la noticia de un accidente en el río. Él hablaba de ahogados en un cauce por donde yo había pasado hacía menos de dos horas. No podía asimilar que hubieran ahogados, si por allí no corría ni una gota de agua. «¡Imposible que haya cubanos y etíopes muertos por el agua! ¡Qué raro...!», fue mi comentario en silencio, interrumpido, además, cuando me dijo: «Toma todas las medidas necesarias».

## ¡Qué 26 de febrero!

Precipitadamente anduve unos 15 km. La ida y vuelta era casi un combate. Los tramos minados que las unidades habían superado se encontraban señalizados; pero a ambos lados del camino se veía el efecto de bombas explotadas, incluso, las había sin detonar; otros obstáculos propios de la guerra aparecían por dondequiera.

Ya en el lugar, comprobé lo sucedido: un camión y una pipa se hallaban en una estrecha garganta o farallón, incrustados entre enormes rocas a unos veinte metros del paso, aguas abajo, y el río estaba prácticamente seco.

Con solo extender la vista hacia los medios de transporte atrapados, vi por fuera de la puerta del camión la mano del capitán Peña, así le decíamos a Roberto Pulido Sandoval. Sabía que era él, llevábamos muchos años de trabajo juntos. Nos acercamos. Con la piel desgarrada vimos a los tres cubanos que viajaban en la cabina. Solo a ellos. Comunicué al jefe de la brigada y los evacuamos al hospital en Dire Dawa.

Peña era el responsable de este grupo de trabajo que tenía como responsabilidad principal rescatar la técnica averiada de la brigada y la capturada al enemigo para evacuarla hacia el punto ubicado en el castillito y, una vez recuperada, elevar las capacidades de reserva en combustible, agua, municiones, víveres y armamento de las unidades. Este destacamento lo componían oficiales, mecánicos y choferes de las compañías de reparaciones y transporte.

En medio de aquel escenario, mi pensamiento no podía evadir la mala jugada de la naturaleza que había provocado la muerte de valientes compañeros con un amplio historial en tierras etíopes. ¡Cuán variable el tiempo en el desierto del Ogaden! Ese era otro enemigo contra

el que nos batimos en varias jornadas. En las montañas la lluvia es más abundante aún y, al descender sus aguas desde dos mil metros de altura o más sobre el nivel del mar, arrastran piedras, árboles y cuantos objetos aparecen delante. En poco tiempo los ríos se desbordan.

Los nativos identifican este fenómeno desde el instante en que sienten la avalancha en lo alto de las elevaciones. Por datos de los que presenciaron lo ocurrido, y el análisis de lo que observábamos, hicimos el informe del accidente: «El Kraz-255 que remolcaba la pipa de agua vacía, casi había superado el paso obligado, que en una parte tenía hormigón; pero en un santiamén la avalancha de agua golpeó sobre la pipa, esta cayó al río y comenzó a flotar, al tiempo que succionaba al Kraz. La configuración del cauce en ese tramo parecía una zeta. Por la velocidad y fuerza de la corriente, el primer vehículo se introducía cada vez más y con igual rapidez arrastraba al camión, sin tiempo para que los compañeros que viajaban en ambas cabinas se lanzaran a un lugar seguro».

Confirmada la noticia, informé al jefe de la brigada lo sucedido y que nuestros combatientes y los etíopes ya los trasladaban hacia el hospital en Dire Dawa. Ordenó crear una brigada con personal ingeniero y otros especialistas para explorar el sitio en busca del resto de los cadáveres. En el hospital de la brigada, Lilian Eugenia Baró González, Lily, técnica en farmacia en calidad de enfermera, asumió la difícil tarea de asistir y preparar los cuerpos. En el cementerio de Harar, distante unos 55 km de la brigada, se les dio sepultura con sus honores militares.

### Frank Fernández Álvarez

Yo también iba con el grupo del accidente. Aprovechaba ese transporte hacia Dire Dawa para puntualizar tareas de mi especialidad. Era jefe de Defensa Antiaérea de la brigada.

Habíamos andado escasos kilómetros cuando nos detuvo el general de división Julio Casas Regueiro. Indagó por el movimiento de vehículos y de combatientes y me planteó regresar con él a mi unidad.

En las primeras horas del siguiente día, mientras me trasladaba a Dire Dawa, nos dimos cruce con otro carro de la brigada y enseguida surgió el comentario.

—¿Te enteraste de lo que pasó ayer en el río?

—¡No, no sé nada! —contestó mi compañero.

—Se ahogaron unos cubanos... el capitán Peña, el teniente Colt y otros... ¡ah... también el capitán Frank!

Yo que iba medio dormido, me incorporé rápido a la conversación y le dije:

—¡No, qué va! ¡Me libré de esa!

—¿Tú eres Frank?, pues pensábamos que también te habías ahogado.

—Parece que no era mi día —reflexioné casi en susurro.

Arrancaron los motores y a partir de ahí solo hubo un tema de conversación.

Luis Aroche Pacheco

La vida guarda sorpresa... ¡quién iba a pensar que Bierre Allen Sergaich moriría de esa manera! Ni yo la reconocí cuando llegó a mi puesto de mando camuflada con su uniforme de campaña, pelo corto, y sonrisa amplia. En el batallón la recibimos los primeros días de enero con los brazos abiertos; se incorporó en Harar —Alem Maya—. Durante la preparación del batallón paracomandos realizó los entrenamientos y ejercicios como tropa de desembarco, en la parte superior de los tanques. A ella se le designó la responsabilidad de radista, con el objetivo de mantener las comunicaciones con el mando superior y las unidades de su batallón, tarea en la que fue eficiente desde el primer combate. Inteligente, dinámica, decidida, esas cualidades las mostró cada uno de los treinta y cinco días que estuvo entre nosotros. Con qué facilidad se ganó el cariño y respeto de todos.

## Actividad en el puesto de mando avanzado de la Tercera Brigada

El enemigo resultó sorprendido al descubrir que el 27 de febrero la agrupación cubano-etíopes, se encontraba en la dirección Lewenaji-Golocha; y la 69 Brigada de Infantería, apoyada por la artillería nuestra, se desplazaba rumbo a las elevaciones de Welabu. No calculó el alcance estratégico de la arriesgada y profunda maniobra que, al concluir las acciones en Kawadera-Arabí, habíamos emprendido y, en breve lapso, le pisábamos sus talones. Al comprobar con su vuelo de

reconocimiento la poderosa fuerza que caería sobre Jijiga, aceleraron al máximo su reagrupación.

En las primeras horas de ese día, llegué al puesto de mando avanzado de la brigada e informé al jefe el trabajo realizado y que había aprovechado mi regreso para el traslado —sin dificultad— de una pequeña columna con medios de abastecimientos que desde varios días se preparaba en Dire Dawa. Le comuniqué, además, que los recursos se iban a distribuir entre las unidades con prioridad para el Primer y Tercer Batallones y a los BMP, que ya estaban en la región.

Me puntualizó que continuara acondicionando el puesto de mando y tomando medidas de enmascaramiento, por el vuelo que los somalíes habían realizado sobre nuestras posiciones en las primeras horas de ese día. Hubo una respuesta rápida de los destacamentos: se fortificaron detalladamente desde el punto de vista ingeniero. Hasta entonces, aunque se habían tomado medidas, no se había logrado el convencimiento de las tropas en general sobre la necesidad de fortificarse y enmascararse de manera correcta.

A unos ocho o diez kilómetros de las elevaciones de Golocha, en las alturas de Lewinaji, se encontraba el puesto de mando avanzado de la brigada. Allí había tres casas muy pequeñas de tabla y zinc; en una se situaron las jefaturas del Frente Este y de la brigada. Para esta fecha se incrementaron los medios de mando y de aseguramiento, estábamos a más de 50 km de Dire Dawa y se dificultaba el arribo de los medios materiales, en particular, el agua y el combustible.

Allí se desplegaron los medios para garantizar el mando, la seguridad —un pelotón de infantería— y las condiciones mínimas para la alimentación. La brigada había pasado de momento a la defensa y esas medidas contribuían a la estabilidad de la dirección. Muy cerca del puesto de mando una sección del hospital de la brigada había tomado posición y realizaba su trabajo en campaña.

Ese día quedaron concentradas a la derecha de las elevaciones que ocupábamos, las primeras máquinas de defensa antiaéreas —Chilcas— para el completamiento de la brigada, y la batería sónica actuaba detrás de las elevaciones de Lewenaji.

## Se consolida la base de partida en Welabu

El jefe del Frente Este puntualizó las ideas de las acciones venideras. Se pronunció por no detener los combates, pues la 69 Brigada de Infantería ya tomaba las elevaciones de Golocha donde se podía garantizar la base de partida para la ofensiva sobre Jijiga, desde el noreste, y valoró su avance a pie, por montañas con pasos obligados y derriscos, así como el desempeño de la 108 Brigada de Infantería, más al sur en la región de Golocha. Apuntó que, sin dificultades, la 10 Brigada de Tanques avanzaba con dos batallones igual que el batallón motorizado lo hacía en dirección a Lewenaji.

El general Cintra Frías, jefe de la Tercera Brigada de Tanques, informó que el Primer y Tercer Batallones ya superaban Lewenaji y se dirigían hacia Golocha con el Batallón de BMP y la artillería, igual que el batallón de Aroche.

«Las unidades etíopes al mando del general Sixto continúan avanzando por el macizo montañoso en dirección a Jijiga, Paso de Marda (Karamara y Babile)», añadió el general Ochoa y antes de concluir, dijo: «Siguen cosechando éxitos en los choques contra un enemigo que deja gran cantidad de técnica abandonada y campos minados.

## Acciones defensivas en las alturas de Golocha

El 28 de febrero, las unidades del primer escalón de la brigada habían salido a la base de partida en Welabu y organizaron los trabajos defensivos. El enemigo instaló grupos de minas en el camino para detener la marcha del Primer y Tercer Batallones de Tanques y del Batallón de BMP. Ya la 69 Brigada de Infantería consolidaba la posición, se estableció la cooperación entre las fuerzas en esa región dominante y se emplazó la artillería, a modo de apoyo.

El 1.<sup>o</sup> de marzo, casi sin dormir, los cubanos y etíopes custodiaban con celo las posiciones defensivas, mantenían en los puestos de observación una vigilancia extrema sobre todo el campo de batalla al frente y a los flancos. El enemigo, con fuerzas provenientes de Jijiga y sus alrededores, compuestas hasta por dos brigadas de infantería, un

batallón de tanques, artillería y morteros, a las 06:30 horas contratacó el borde delantero de las unidades en dos direcciones: Merar-Welabu y Altura 1043-Welabu, con el objetivo de evitar que las elevaciones permanecieran en poder de los defensores, e impedir a como fuera, que se abriera el camino en dirección a Jijiga por el noreste.

Al ser rechazados los contrataques, el adversario se reorganizó y volvió por el flanco derecho; pero sin éxitos, aunque mantuvo su fuego de artillería sobre las posiciones que defendíamos. En sus intentos por desplazarlos, sufrió numerosas bajas y perdió dieciséis tanques. El primer escalón de la brigada, con el auxilio de la artillería y las tropas etíopes, se comportó firme en sus posiciones. El Segundo Batallón de Tanques, que se encontraba en Lewenaji, se trasladó por disposición del jefe de la brigada para Golocha. Ya la unidad estaba totalmente repuesta.

La Décima Brigada de Tanques, en composición de su Segundo Batallón, y el Batallón de Infantería Motorizada en carros blindados 60 PB, de conjunto con el Grupo de BM-21, por decisión del jefe del Frente Este, se trasladó hacia Lewenaji para reagruparse allí. Su Tercer Batallón realizaba la marcha desde el sur de Arabí hacia donde se hallaba su brigada.

## ¡Qué emboscada el 1.º de marzo!

Alrededor de seis u ocho kilómetros separaban el puesto de mando de las unidades en el primer escalón de la brigada. Ocupábamos zonas que, setenta y dos horas antes, quizás menos, soportaron a quienes los nuestros habían desplazado con su ofensiva; por lo tanto, no podíamos perder de vista que, en su repliegue, estábamos en su retaguardia y que, desde el inicio de la agresión, utilizaban a los nativos para sus propios intereses.

Este conocimiento muy pronto fue asimilado, más aún por quienes nos hallábamos en el puesto de mando avanzado y en los pequeños grupos de aseguramiento combativo. Durante los más de treinta y siete días de actos bélicos, el jefe del Frente y una parte de los miembros de su jefatura con los medios de mando permanecían junto a nosotros, casi detrás del primer escalón y en los lugares más complejos de los distintos embates. Al decir del coronel Lorente: «Solo con su presencia daban ánimo, no se perdieron ninguna acción de combate».

El itinerario que conducía a los puestos de mando de las unidades del primer escalón, desde la salida de nuestra ubicación, además de difícil acceso, mostraba la estampa de la guerra: un soldado somalí ya cadáver, técnica destruida, señalizaciones de lo que fuera campo de minas o un obstáculo natural. Serpenteada por un elevado macizo montañoso estaba nuestra ubicación, que le permitía al contrario actuar desde esas direcciones y ocultarse entre sus propiedades geográficas y la espesa vegetación.

A esta realidad se le sumaba el flujo de vehículos ligeros —yipis—, carros de mando con sus antenas desplegadas y la afluencia constante de personal. Aunque impartimos indicaciones concretas para disminuir todo tipo de movimiento, era casi imposible, pues se preparaba una de las operaciones de mayor envergadura. ¿Quién iba a limitar a un jefe?, si siempre estuvieron en primera línea y donde se decidía una acción. Esa era la enseñanza de nuestro Comandante en Jefe a lo largo de su vida: en los combates, en días de eventos meteorológicos, en una marcha, en la tribuna denunciando una agresión imperialista, en la Plaza de la Revolución reflexionando junto a su pueblo... No hubo un parte que se informara hacia Cuba que no fuera revisado y precisado por ellos.

Ese 1.<sup>o</sup> de marzo, mi primera tarea fue puntualizar las comunicaciones con las unidades subordinadas y lo relacionado con la defensa de nuestra loma, que desde la llegada y luego del sorpresivo vuelo de la aviación el 27 de febrero, la habíamos convertido en una región bien fortificada.

Sin demora preparamos refugios y trincheras, organizamos la defensa circular y los medios disponibles los puse en función de la defensa ante un posible asalto al puesto de mando. El pelotón de seguridad y protección siempre manifestó una disciplina intachable y una valentía sin límite. A cualquier hora, bajo las múltiples dinámicas a que nos habíamos enfrentado, estaba en la primera línea.

Apenas amaneció, los principales jefes se trasladaron al Frente. Yo me dirigí al batallón de Aroche y al grupo de Lino —llegados el día anterior—. Era de mi interés chequear la recuperación de su capacidad combativa. De ahí fui hasta la sección del puesto médico; les planteé misiones a los pelotones de defensa antiaérea —que comenzaban a formarse—; ordené despejar un poco el itinerario de medios destruidos y recuperar un BMP abandonado por el enemigo.

Desde las primeras horas se peleaba en las alturas de Welabu-Golcha. A través de las comunicaciones con los jefes de plana mayor de las unidades del primer escalón, me mantenía al tanto de lo que acontecía.

Regresé al puesto de mando alrededor de las 13:00 horas. Vi allí a compañeros del estado mayor del Frente e intercambié con el teniente coronel Manuel Castillo Rabasa, jefe de Comunicaciones del Grupo Operativo, sobre la información que recibía, aunque en el decurso de la guerra el mayor flujo de datos era personalmente al culminar los combates, casi todas las misiones se planteaban a los jefes de manera directa.

Hice de nuevo mi recorrido por el dispositivo del puesto de mando, que abarcaba una extensión aproximada de unos 100 m de largo por 70-80 de ancho, o sea, la cima de la loma donde estábamos. A lo lejos dos, tres kilómetros, se veía el macizo montañoso.

Al llegar a un improvisado almacén en una casita de madera con techo de zinc, en la cual se guardaba la reserva de un grupo de alimentos y entre ellos, la bebida que se distribuía cada mes, le dije a Aramis:

—Defiende esto con tu vida y no lo vayas abandonar nunca, ¡por nada! Es tu trinchera.

—Olvídese jefe, que voy a cumplir como sea.

Nos miramos y reímos convencidos de que así sería.

Seguí hasta la rústica cocina. Jáuregui, el cocinero, asaba para la comida un puerco jíbaro recién capturado. Ni los jefes que estaban para el Frente sabían de tal sorpresa. Era una decisión interna del pelotón de servicio, que recibiría su reconocimiento porque el sabor de esa carne andaba algo olvidado. Al jefe del pelotón de servicio le dije:

—Vamos a esperar la llegada de los jefes para repartirlo entre todos.

El animal era grande, alcanzaba bien; además, nunca hubo una comida diferenciada, quizás mi recomendación no era necesaria.

La llamada casa de la jefatura era de unos seis metros de largo y dos o tres de ancho, con techo de zinc. Hacía días que estábamos por trasladarnos más hacia el Frente, como lo habíamos hecho en los combates anteriores, detrás de las unidades; pero se trabajaba en la formación y agrupación de todo el dispositivo para el inicio de la ofensiva; seguían llegando tropas para el completamiento de la brigada y organizábamos un escalón con la retaguardia. Realmente no se descansaba, yo diría que desde Cuba hasta la propia primera línea de combate había actividad permanente.

Sería alrededor de las 18:30 horas, ya caía la noche, cuando la columna de los vehículos del puesto de mando y de los principales jefes se aproximaba a la región. De pronto sentimos ráfagas seguidas desde elevaciones cercanas. Rápido nos dimos a la tarea de repeler la agresión. Desde los primeros instantes nos percatamos de que usaban armas de infantería, luego tomó intensidad el ataque con los cohetes RPG-7. La loma se convirtió en segundos en un fuego cruzado, el jefe del Frente y el general Cintra decidieron trasladarse, rodeando la loma, a pie y bajo la balacera, en dirección a la sección del puesto médico. La propia elevación los protegía.

El combate no cesaba, hasta hicimos contacto con las unidades recién llegadas: el Segundo Batallón de la Décima Brigada de Tanques, comandado por Argelio, y parte de la batería de artillería antiaérea de la brigada, los Chilcas. El general Cintra me ordenó que estas unidades también actuaran contra el enemigo, que no dejaba de tirar.

Le transmití la orden al jefe del batallón. Enfilando sus cañones en esa dirección mantuvieron un fuego ininterumpido por varios minutos, y personalmente, al capitán Frank que dirigía la batería de Chilcas, le indiqué poner en acción las piezas horizontales en dirección a las elevaciones. Ambas armas, eficientes y eficaces, segaron en fracciones de minutos a los atacantes y devolvieron la calma, aunque relativa, a la región.

Pero el jabalí estaba pendiente. El primer teniente Matías, miembro de la Sección Política de la brigada, Instructor para la UJC, y yo, subimos la loma en busca del manjar. Al llegar al almacén, bien cerrada la noche, escuchamos el «¡alto! ¿quién viene?» Reconocí la voz de Aramís y acto seguido presencié a su alrededor las botellas de las que vertían el líquido.

—Aramís, qué bien has cumplido con tu deber. Te felicito. De verdad que no abandonaste tu trinchera.

En la cocina nos esperaba el «trofeo». Esa noche comimos bien, como si los muchachos del pelotón de servicio hubieran imaginado que seríamos protagonistas de una victoria en la primera línea. Nuestros jefes estaban contentos, ya se perfilaba el inicio de la ofensiva. En los anales de la historia pasó a ser el combate del «ñaero», incluso, Lorente se inspiró en su libro, y hasta unas décimas le dedicó.

Pero el éxito mayor fue que nuestro dispositivo desplegado en la loma respondió y el enemigo sintió su efecto desde los primeros momentos.

Cientos de balas pasaron por nuestras cabezas, pero logramos otra victoria el 1.<sup>o</sup> de marzo de 1978.

Esa noche, los principales jefes pernoctaron las pocas horas que quedaban de sueño en la zona de las unidades recién llegadas y el puesto de mando avanzado del Frente Este.

## Calma relativa en el Frente

En la madrugada del 2 de marzo, la Décima Brigada terminó su reagrupación en Lewenaji. Por el día el enemigo se limitó a realizar disparos aislados de artillería contra el orden combativo de la brigada, fundamentalmente sobre las unidades que se encontraban en la base de partida en Welabu. Estas posiciones fueron mejoradas desde el punto de vista ingeniero, para una mayor protección y crear las condiciones para el paso a la ofensiva.

## Mantenimiento de las posiciones

A las 08:30 horas del día 3, el enemigo aprovechando las condiciones climatológicas —espesa neblina— atacó con un batallón de infantería por el flanco derecho y con otro por el flanco izquierdo de nuestras tropas, con el empleo de su artillería. Estos contrataques fueron rechazados por los tanques del Primero y Tercer Batallones, la actuación de los BMP, la artillería y el fuego compacto de todas las armas de infantería desde las posiciones defensivas. Una vez más sus bajas fueron considerables.

La 75 Brigada de Infantería se preparaba para el paso a la ofensiva. Pero el enemigo, desesperado por hacer retroceder y tomar las posiciones predominantes que defendían los nuestros, a las 09:30 horas realizó otro contrataque con infantes y artilleros. Los medios encargados de la defensa rebatieron la nueva intención.

Al valorar la situación en el frente de combate, su jefe ordenó mover hacia Welabu a los Batallones Segundo y Tercero de la Décima Brigada, que tenía posición en Lewenaji.

Al término de ese día, ya existían las condiciones para el paso a la ofensiva. Por los medios de observación y los reconocimientos aéreos

se corroboraban los informes de los jefes de unidades sobre la retirada desesperada del agresor, en dirección a Jijiga.

Aprovechando las acciones que libraban la Tercera Brigada de Tanques y las 75 y 108 Brigadas de Infantería en Golocha-Welabu, las tropas cubano-etíopes dirigidas por el general Sixto Batista continuaron desarrollando la ofensiva en la dirección del Paso de Marda. En el lapso del 28 de febrero y 3 de marzo liberaron una gran extensión de terreno. El enemigo se había debilitado al tener que mover fuerzas hacia las alturas de Welabu.

### Miguel Ángel Lorente León

El 28 de febrero nos rodeaban montañas, que a su vez limitaban un valle pequeño, de dos mil metros más o menos, donde nos reabastecimos y tratamos de descansar hasta escuchar la voz del jefe:

—Lorente, ve delante con tu batallón; detrás de ti irá Celá y después el Batallón de BMP. Trata de buscar itinerarios que te conduzcan hacia las elevaciones de Golocha. Mucho cuidado con los campos de minas y posibles emboscadas. Nos comunicaremos por radio, pero utilízalo lo menos posible. Ya la 69 Brigada de Infantería está en las elevaciones; contacta con ella. Todos los movimientos de ustedes serán apoyados por la artillería y la aviación. ¿Tienes alguna duda?

El viejo león de melena negra, Hailo, jefe de los paracomandos que me acompañaban y yo nos miramos mientras observábamos la montaña. En complicidad colectiva expresé:

—Bueno... ¡a subir lomas se ha dicho!

Organicé la marcha. Ya había experiencia de andar como chivos montañeses cruzando escarpas, ríos secos, trillos de burros, dromedarios y animales salvajes.

A la cabeza de la columna avanzaba la Primera Compañía de Tanques y la Primera Compañía de Infantería. Designé a mi segundo, el mayor Bárzaga, para que asumiera el mando de esas unidades. Detrás iba mi puesto de mando y seguía el resto del batallón.

Durante horas estuvimos subiendo, abriendo caminos, explorando, eliminando minas. Siempre respetando la distancia entre un tanque y otro para evitar accidentes, las esteras iban pasando a solo quince centímetros de enormes barrancos, con inclinaciones de 25-30 grados y verticales de más de 12-15 grados.

Casi de noche ocupé las elevaciones y me uní a la 69 Brigada. Su jefe me informó que había bastante movimiento, organicé la cooperación con sus unidades y le comuniqué al jefe de la brigada, atento a nuestro desplazamiento, que ya nos hallábamos en la posición indicada. Organicé una línea defensiva con las tres compañías de tanques. Igual hicieron Celá y Vargas con el Tercer Batallón de Tanques y el Batallón de BMP.

Con los ojos casi cerrados por el escaso descanso en la madrugada del 1.º de marzo, sentimos movimiento. Había una densa neblina; yo recordaba días semejantes en las lomas de la Sierra Maestra y en el Escambray. La visibilidad no era buena, pero aun así podíamos apreciar la silueta de medios de combate. Precisé con los muchachos que estuvieran listos y le comuniqué al jefe de la brigada la situación.

Serían las 06:30 cuando los atacantes se desplegaron y empezaron a cernir su metralla. Dejamos que se acercaran hasta tenerlos a tiro directo de los cañones. Tanquistas, infantes y artilleros manifestaban su ansiedad por entrar en acción, pero yo esperaba divisar lo mejor posible la formación combativa de los intrusos. Ante la orden de: «¡Fuego!», se formó la gran balacera. Los BM-21, obuses, misiles de los BMP, ametralladoras y cañones 73 mm, disparaban sin cesar.

No había pasado una hora cuando teníamos junto a nosotros al jefe del Frente y al general Leopoldo Cintra Frías. Con ellos vino el general Vasili Petrov. En eso de estar siempre a nuestro lado, Polo era genial. Sin interrumpir la dirección del combate, observaban. No se desprendían de mi puesto de mando ni un segundo.

La infantería y los tanques que atacaban no sabían lo que hacían, algunos llegaron hasta muy cerca de nuestras posiciones, quizás unos doscientos metros de la compañía que se hallaba en mi flanco derecho. Vimos cómo un cohete de BMP levantó la torreta de un tanque y cómo el impacto de un tiro perfecto lo quemó. Sus infantes aún en pie lograron clavar una pequeña cuña por un barranco a mi derecha. Al jefe de la 69 Brigada, le indiqué: «Saque una compañía de su reserva, rodéelos por detrás del observatorio y ¡aniquíelos!»

Los etíopes se entregaron con arrojo. Se ubicaron casi detrás del observatorio, entraron a la cañada y después de una hora, su jefe —un hombre muy valiente y capaz— me informó: «¡Misión cumplida, coronel!, ¡los liquidamos!» La rapidez e intensidad del encuentro fue comentada con satisfacción.

Lamentamos, junto a otros soldados etíopes, la pérdida del teniente Asefa, un proyectil de obús 122 mm lo alcanzó; también perdimos al soldado Roberto Fernández Azpiazu. Pero el adversario pagó bien caro su atrevimiento. Ante nosotros se abrió el escenario de un verdadero campo de batalla: metralla, artefactos, muertos y heridos; a estos se les dio asistencia médica.

Después de reunir sus fuerzas repitieron los contrataques. Nuevas pérdidas se les ocasionó. Desde el observatorio de mi batallón vi cómo se retiraban. En un instante me pareció localizar al jefe de esas tropas, era un general. Yo lo oía por el equipo de radio, mi traductor me informaba sus órdenes. Tenía una voz firme y sabía lo que hacía, era un profesional; pero le salieron mal las cosas. No les tiramos en esos momentos ni con tanques ni artillería. El jefe del Frente y de la brigada, que permanecían en mi puesto de mando desde el inicio de los combates, expresaron: «A enemigo que huye, puente de plata».

La aviación actuó de maravilla, como en otras ocasiones. Ante un gran volumen de fuego contra nuestros aviones, tomé el equipo de radio del apuntador y llamé al teniente coronel Alonso: «¡Salgan de ahí que los van a tumbar! Déjale lo que queda a la artillería». Con voz firme me contestó: «¡Enterado!» Salieron del área los aviones y la artillería se hizo cargo del resto. En minutos la batería de Chilca enemiga y también sus cohetes portátiles se convertían en papilla.

Mientras, un camión Scania somalí cargado con municiones se paseaba a unos tres, cuatro kilómetros de nuestras posiciones como si estuviera en los carnavales. Desde un tanque, le efectué tres disparos, con el último fue impactado. Varias horas estuvo ardiendo aquella carga de proyectiles.

Los tubos de los cañones de los tanques, la artillería y armas de infantería echaban humo. Cuando el enemigo repitió su contrataque, en esta ocasión por el flanco derecho, el 3BonT y el batallón de BMP se encargaron de darle su merecido. Miré a mis jefes y disfrutaban la habilidad que había mostrado la agrupación. Los somalíes no tuvieron éxito alguno, y como alternativa utilizó su artillería sobre nuestras posiciones con fuego aislado, solo con el propósito de proteger su carretera desorganizada en dirección a Jijiga, sin mirar atrás.

El 28 de febrero después de una difícil marcha desde Arabí, con lluvias frecuentes entre montañas, por caminos improvisados,fangosos, resbaladizos, con subidas y bajadas de alturas pronunciadas, barrancos y peligrosos obstáculos, paradas frecuentes por cañadas y ríos crecidos, tomando las medidas de seguridad, llegamos al poblado de Lewinaji. Nos concentramos con el Primer Grupo O-122 mm a unos dos kilómetros detrás del puesto de mando avanzado del jefe de la brigada. Me recibió e impartió las primeras indicaciones el jefe del estado mayor de la brigada, mayor Ávila.

Oscureciendo, a las 17:30 horas, regresó el jefe de la brigada del Frente y me presenté en su jefatura. Me planteó que mi batallón constituiría su reserva, y puntualizó posibles misiones y medidas para poner en plena disposición combativa a mi tropa.

Al mediodía del día 3, todo estuvo listo para comenzar la ofensiva en dirección a Jijiga. La agrupación participante se dedicó de inmediato al completamiento de la técnica con combustible, municiones y agua. Estábamos a las puertas de escribir una de las páginas más gloriosas del internacionalismo en África. Nadie quería quedarse distante de esta misión. Solo faltaba la decisión final del jefe del Frente Este, se trataba del asalto al último reducto enemigo.



# En busca de la victoria definitiva

De pronto en fracciones de segundos, el espacio se iluminó. Cientos de proyectiles de todos los calibres lo surcaban. Sorprendidos los combatientes, adoptaron de inmediato disposición de combate.

—¿Ávila, qué sucede? —me preguntó el jefe.

—Voy a investigar —le respondí.

El pelotón de seguridad y los etíopes subordinados a la brigada se habían sumado al estado de alerta. En instante tuve la respuesta.

—Jefe, el presidente ha elaborado una alocución en su idioma (amárico), sobre la victoria alcanzada y se transmite por radio.





## Asalto final sobre Jijiga

---

---

Sobre el mediodía del 3 de marzo, estaban creadas las condiciones para el paso a la ofensiva, el mantenimiento firme de la defensa en la base de partida y el rechazo de los contrataques; dispuesto todo para que el jefe del Frente Este, directamente en el terreno, desde el puesto de mando del jefe del Primer Batallón, tomara la decisión final acorde al plan trazado por el PGM-FAR:

Aprovechando los efectos de la aviación y la artillería, y mediante el despliegue de las dos brigadas de tanques, se asestaría el golpe principal en la dirección Golocha-noreste de Jijiga y el golpe secundario con la agrupación cubano-etíope, en la dirección Babile-Paso de Marda. El orden combativo sería con un escalón con reservas, constituido por las mismas reservas de cada brigada y la formación reducida de la Séptima Brigada de Infantería Motorizada. De estos efectivos, a 10 km al sur de Arabí, en el camino hasta Kawadera, se concentraron una compañía de tanques y el Tercer Grupo de BM-21 para asegurar el flanco izquierdo de las fuerzas principales. También dispuso subordinar al general Sixto Batista, el Primer Batallón de Tanques y el Segundo Grupo de O-122 mm de la Décima Brigada de Tanques, para apoyar las tropas etíopes.

Las tropas nacionales en el curso de las acciones combativas habían continuado trabajando en su organización y para entonces estaban agrupadas en cinco divisiones de infantería: 3, 8, 9, 10 y 11.

A su vez el jefe del Frente Este, decidió agregarles a la 3 y 10 BT, tres grupos de artillería: uno de O-122 mm, otro de C-130 mm y otro de BM-21.

Para el mantenimiento del mando, el suyo marcharía en la dirección principal, con el puesto de mando avanzado del jefe de la Tercera Brigada y uno auxiliar en la dirección Babile-Paso de Marda; el de la retaguardia en Dire Dawa, el cual se trasladaría posteriormente hacia Harar, y en Alem Maya se mantendría el puesto de mando.

Ya en la puntualización dio informaciones sobre el último reducto en Jijiga-Paso de Marda, sobre el cual cerniría una potente ofensiva con más de ciento cincuenta tanques T-55; setenta y seis piezas de artillería, de ellas dos grupos de 122 mm, dos de C-130 mm y dos BM-21; dos batallones de infantería motorizada: uno en BMP y otro en BTR-60PB; y una fuerte agrupación de infantería que, en la mayoría de los casos, actuaría como tropa de desembarco encima de los tanques.

En la dirección principal el terreno permitía el despliegue de la agrupación —tanques e infantería— y la utilización máxima de sus posibilidades de fuego y maniobra. Por primera vez topábamos con tan buenas características geográficas que facilitaban a los jefes el pleno dominio de la dirección de las acciones combativas.

A las 13:40, el general de división Arnaldo Ochoa dio la orden de pasar a la ofensiva y realizar un asalto de fuego de diez minutos con la artillería. Inició el ataque la 75 Brigada de Infantería y le siguieron nuestras unidades. A las 18:00, la agrupación salió a la línea, unos 80 km al sureste de Jijiga (China Hasen-noreste de Merar).

Por la noche se produjo el reabastecimiento, sobre todo de combustible y agua. A pesar de que el itinerario propiciaba un mejor movimiento, los consumos fueron apreciables, pues se había pasado de posiciones defensivas a la ofensiva de forma dinámica y a ritmos acelerados, al no encontrar resistencia y para no darle tregua alguna al enemigo.

Se puntualizaron las misiones. A la brigada se le indicó no dejar de explotar el éxito en dirección a Jijiga, igual que a la 75 Brigada, que avanzaba a nuestro flanco derecho y manteníamos la cooperación.

El general Cintra Frías, desde el puesto de mando avanzado, precisó conservar el orden combativo en un escalón con reserva; al jefe del Segundo Batallón de Tanques le indicó marchar lo más cercano posible al puesto de mando y estar listo, si las circunstancias lo exigían,

para entrar en combate; al mayor Vargas, jefe del Batallón BMP, que estuviera preparado dada la alta movilidad de su unidad, para actuar en la dirección que fuera necesario. Nos recalcó que el aniquilamiento, cerco y persecución no incluía entrar a la ciudad, eso le correspondía a la agrupación etíope.

Desde las primeras horas del 4 de marzo, la brigada continuó la ofensiva al norte de Jijiga con buen ritmo de desplazamiento, solo se apreciaba en el campo de batalla muchos medios abandonados y otros destruidos. Con su retirada trataba de evitar el cerco y aniquilamiento de sus fuerzas principales y alcanzar la frontera.

Al caer la noche sobre el desierto del Ogaden, se respiraba la victoria. Fue el momento propicio para que el jefe de la brigada les precisara a los jefes y a Marcos Gutiérrez, la urgencia de incrementar el trabajo político hasta el nivel de combatiente sobre la responsabilidad personal en las misiones planteadas a los pelotones. «Que no se pierda de vista que un enemigo suelto, una mina o una trampa explosiva en un medio de combate, de alimentación u otro objeto, puede ser mortífero». Y repetía: «Reiteren estos elementos a toda la tropa, que llegue hasta el último soldado, y con especial énfasis a los destacamentos de retaguardia que marchan detrás de los órdenes combativos».

Durante el horario nocturno, los trabajadores políticos y las organizaciones del Partido y la Juventud estuvieron tomando medidas de seguridad. Ningún compañero ni varios podían caer por negligencia. Sobrada experiencia se acumulaba entre los principales jefes que tenían la alta responsabilidad de no descuidar un detalle al respecto, y muy presente estaba en cada uno, la emboscada al sur de Harar, las recientes acometidas de Arabí y el hecho de andar siempre por donde había estado antes el enemigo.

En la dirección del golpe secundario, las tropas dirigidas por el general Sixto Batista y los jefes de las grandes y medianas unidades etíopes, continuaban con éxito su avance en la dirección Jijiga-Paso de Marda. Por su parte, el primer escalón de la Tercera División de Infantería (9 y 10 Brigadas) había tomado los poblados de Fafem y Ala Hago y se mantenía en dirección al Paso de Marda por una vía accidentada en extremo y con elevaciones superiores a los 2000 metros. Mientras, la Décima División de Infantería avanzaba en la dirección de Jijiga, también con buenos resultados; y la Octava, con su grupo de cañones 130 mm y apoyada por el Segundo Grupo de O-122 mm y

el Primer Batallón de la Décima Brigada de Tanques, lo hacía en la dirección de Babile-Fik. Al finalizar el día 4 salió a una línea ventajosa.

## Victoria final

Había echado a andar el día 5 de marzo. Con la motivación de la consigna de ¡Patria o Muerte!, lanzada al pueblo por nuestro Comandante en Jefe un día como ese en el sepelio de las víctimas del sabotaje al vapor *La Coubre*,<sup>21</sup> e impregnados del concepto martiano de que patria es humanidad, los combatientes cubanos y etíopes hermanados en la lucha por su verdad, nos disponíamos al asalto final por la victoria.

Muy temprano en la mañana, entró en movimiento la brigada. El mando se mantenía desde el tanque de su jefe, el PU-50 y los equipos de radio de la compañía de comunicaciones; el jefe del Frente Este permanecía junto al general Petrov en nuestro puesto de mando avanzado, con comunicación sostenida con el resto de la agrupación enfilada hacia Jijiga y la aviación basificada en Dire Dawa.

La ofensiva se desarrolló impetuosamente, no había resistencia por parte de los somalíes, eso facilitó que al finalizar el día la brigada saliera al este de Jijiga, mientras la Décima Brigada de Tanques, ocupaba una línea ventajosa, en la Altura 1971-este de Gelbobo.

La Décima División de Infantería con sus fuerzas principales tomó Jijiga y su 75 Brigada debió desplazarse en dirección al Paso de Marda, mediante una maniobra desde el sureste hacia el suroeste y en cooperación con la Tercera División de Infantería, para al término de la jornada tomar esas elevaciones, que significaba impedir la comunicación entre Harar y Jijiga, y cortar el movimiento del enemigo en esa dirección.

<sup>21</sup> Barco de origen francés, objeto de un acto terrorista en el puerto de La Habana el 4 de marzo de 1960 cuando transportaba armas y municiones. Dos explosiones en su interior produjeron cerca de un centenar de muertos y cuatrocientos heridos y lesionados. Las autoridades cubanas denunciaron el hecho como un acto terrorista de la CIA para impedir que la Revolución naciente se fortaleciera militarmente.

La Décima y Oncena Divisiones de Infantería continuaron su ofensiva por regiones montañosas en la dirección de Babile-Fik, hasta garantizar una línea que cortara la retirada desorganizada del adversario hacia la frontera. A pesar del escabroso terreno se alcanzaron altos niveles de desplazamiento. La aviación golpeó fuerte a las columnas que, precipitadas y en total anarquía, trataban de refugiarse en la frontera.

Con una frialdad que helaba hasta los huesos iba cayendo la noche en el Ogaden; mientras, las unidades desarrollaban las habituales faenas de siempre al concluir sus misiones. De pronto en fracciones de segundos, el espacio se iluminó. Cientos de proyectiles de todos los calibres lo surcaban. Sorprendidos los combatientes, adoptaron de inmediato disposición de combate.

—¿Ávila, qué sucede? —me preguntó el jefe.

—Voy a investigar —le respondí.

El pelotón de seguridad y los etíopes subordinados a la brigada se habían sumado al estado de alerta. En instante tuve la respuesta.

—Jefe, el presidente ha elaborado una alocución en su idioma (amárico), sobre la victoria alcanzada y se trasmite por radio.

Por espacio de varias horas se sintieron disparos. Nosotros controlamos a los combatientes y a los etíopes en particular para no festejar de esa forma, pues las balas había que guardarlas para el enemigo.

A la festividad, a más de 100 km de nuestra ubicación en Dire Dawa, donde estaba basificada la aviación, un joven piloto con una rica y valerosa hoja de servicio por las múltiples misiones combativas desde el inicio de la guerra, se sumó a la celebración. Tenía, además, otro razón especial: la victoria proclamada por el presidente coincidía con el aniversario de su nacimiento. Sin pensarlo dos veces, sus proyectiles trazadores se sumaron a tan digno momento. Pasan los años y el coronel, ya retirado, Manuel Rojas García no olvida que el día de su cumpleaños tiene otro motivo de celebración.

## Miguel Ángel Lorente León

A las 13:50 horas del 3 de marzo, después del fuego artillero, nos lanzamos sobre el enemigo al norte de Jijiga. Su resistencia la habíamos quebrado y se retiraba a la desbandada; los tanques avanzaban como leones hacia Jijiga. Así evitaron el cerco y su exterminio.



## Juan Vargas Hurtado

Para mi unidad las acciones libradas en la dirección de Jijiga, constituyeron nuestro bautismo de fuego. Actuamos siempre en cooperación con los batallones de tanques y la infantería etíope.

Los miembros del batallón con elevado espíritu heroico contribuyeron a la victoria; y la técnica con que contamos, las máquinas BMP, demostraron sus magníficas cualidades en el escenario operativo. ¡Qué bien supimos aprovecharlas en la toma de Jijiga!

Las horas que daban fin a tan inolvidable noche las dedicamos al detalle de las nuevas tareas planteadas, en el mismo terreno, por el jefe del Frente Este y su asesor, el general Petrov. Aún quedaban largas jornadas de trabajo y había camino por recorrer. Ya las hojas de mapas —desactualizadas— no contemplaban las futuras misiones.

## José Aroche Pacheco

Gracias al éxito de los batallones de tanques del primer escalón (1 y 3), del BMP, de la artillería y nuestros pilotos, en cada una de sus acciones, no tuvimos que introducirnos en combate. Yo mantenía las comunicaciones con el puesto de mando avanzado del jefe de la brigada, de quien recibí la indicación de marchar lo más cerca posible de las unidades del primer escalón; pero con la salida de la brigada a Jijiga, y ser derrotado el enemigo, lo siguiente consistía en garantizar una línea de fuego al noreste de la ciudad.



# Nuevas misiones de la Tercera Brigada de Tanques

Por uno de esos tramos, el general Petrov aterrizó su helicóptero delante de la extrema vanguardia. Una vez informado detuvo la marcha y salí a su encuentro.

—Hacia dónde tú vas —me preguntó.

—Hacia Daga Habur —respondí.

—¿Dónde queda eso?

No tuve palabras, solo le señalé la dirección con el brazo.

—Déjame ver el mapa.

—El mapa terminaba en Jijiga.

Me abrazó, quizás hubo hasta alguna risa reflexiva. Entonces me dio el suyo, que indicaba un campo de minas.





## Tras las huellas de un enemigo en retirada

---

---

Amanecía en la extensa llanura del desierto. Era 6 de marzo. Sobre la agrupación cubano-etíope caía el peso de cientos de kilómetros devorados en las peores condiciones geográficas y meteorológicas, cuando tomamos del enemigo, su reducto principal. Junto con los primeros rayos del sol, llegó la noticia alentadora de un cifrado del Comandante en Jefe. Así me lo informó el jefe de Comunicaciones. Ansiosos, los compañeros que atendían la actividad iniciaron su trabajo. Pasados muy pocos minutos, leíamos su contenido.

En solo cuarenta y dos días desde la defensa de Harar, el 22 de enero, hasta la toma de Jijiga el 5 de marzo, se han obtenido extraordinarios éxitos y se ha cambiado definitivamente el curso de la justa lucha del pueblo etíope contra la agresión exterior, contribuyendo a forjar una nueva victoria que será decisiva para el futuro de los pueblos de África.

La rapidez y el tiempo en la realización de estas operaciones fueron factores esenciales para frustrar las maniobras imperialistas contra el pueblo etíope.

En los próximos días, se podrá esclarecer la magnitud y los resultados militares y políticos de la gran derrota sufrida por los agresores, sus intenciones y su capacidad de resistencia para permanecer en el resto del territorio que ocupan todavía en el Ogaden.

Será difícil, sin embargo, que puedan restablecerse del duro golpe recibido.

Fidel

Por los propios jefes etíopes supimos que en esta ciudad, invadida desde hacía alrededor de ocho meses, el enemigo había creado condiciones y disfrutaba de sus comodidades: se había adueñado de los comercios, organizado el tránsito según sus intereses y los «voluntarios» sumados a la invasión vivían en las casas. Y ahora, con qué alegría contaban que, desde la misma noche del triunfo, la población había empezado a recuperar sus propiedades.

A las 11:00 horas, comenzamos el desplazamiento —planteado por el jefe del Frente Este— en dirección a Daga Habur, hacia donde el enemigo se retiraba de manera desorganizada.

La 69 Brigada de Infantería que actuaría con nuestras unidades, por orden del jefe de la brigada, se emplearía como grupo de desembarco encima de los tanques. Para esta fecha, los jefes tenían experiencia en esa modalidad de actuación. Precisada la misión, tras el primer escalón en movimiento, continuó el resto de las fuerzas.

### José Aroche Pacheco

Este día 6 de marzo mi tropa marchó como destacamento avanzado con el 1BonT y los batallones paracomandos que siempre nos acompañaron. Íbamos por el itinerario Jijiga-Kebri-Beyah-Daga Habur impidiendo el avance del enemigo en esa dirección. De manera constante topábamos con tanques y carros de los somalíes abandonados y hasta con las luces encendidas.

Por uno de esos tramos, el general Petrov aterrizó su helicóptero delante de la extrema vanguardia. Una vez informado detuve la marcha y salí a su encuentro.

—Hacia dónde tú vas —me preguntó.

—Hacia Daga Habur —respondí.

—¿Dónde queda eso?

No tuve palabras, solo le señalé la dirección con el brazo.

—Déjame ver el mapa.

—El mapa terminaba en Jijiga.

Me abrazó, quizás hubo hasta alguna risa reflexiva. Entonces me dio el suyo, que indicaba un campo de minas.

Informé al jefe de la brigada sobre la visita del general soviético y continué hasta las alturas de Daga Habur.

Alrededor de las 15:00 horas se escucharon los últimos tres disparos contra nuestras unidades, pero sin ninguna efectividad. Tres horas después, la brigada daba cumplimiento a su encargo.

El general Polo, me indicó informar mediante cifrado, el desarrollo de la ofensiva en la persecución del enemigo, los altos ritmos de desplazamiento y la línea alcanzada; acercar lo más posible la retaguardia a los órdenes combativos de la brigada y prestar atención a la alimentación del personal necesitado de comida caliente. Había sido una jornada agotadora, muy dinámica.

Como al contrario no se le podía dar tregua, no cejar en la persecución fue la orden dada. De forma operativa, el jefe de la brigada planteó las próximas misiones. Con el amanecer, avanzamos kilómetros tras kilómetros; trillaban las esteras de los tanques sobre las arenas del desierto. Ni la elevada temperatura, ni la lluvia en ocasiones ni el cansancio arruinaban la voluntad de los hombres. A las 14:30 horas del día 8 de marzo, la brigada había recorrido más de 200 km —desde el este de Jijiga, hasta Daga Habur—. En plena disposición combativa había arribado a tan importante punto.

Por decisión del jefe de la brigada, el Segundo Batallón flanqueó este lugar y se dirigió hacia el este. Dejaba detrás las alturas que dominaban los accesos provenientes de la frontera somalí. Su unidad, desplegada con la infantería, organizaba la defensa para el rechazo de posibles osadías del enemigo.

El Primer Batallón con la 69 Brigada de Infantería, que había realizado toda la marcha a la cabeza de las fuerzas principales, continuó hasta ocupar el poblado. La maniobra conjunta de la brigada nos permitió ganar tiempo. Detrás del batallón se desplegó el puesto de mando avanzado de la brigada y efectivos del Frente que marchaban con la unidad.

Durante esta etapa, el Batallón de Infantería Motorizada de BMP avanzó como reserva de la brigada, y aseguró posiciones defensivas al flanco derecho del Primer Batallón de Tanques.

Al caer la noche, consolidadas las líneas para la defensa, se inició el despliegue de la red de cables para establecer las comunicaciones por esa vía y evitar el empleo de los equipos de radio. Así nadie interferiría en las transmisiones.

Por la magnitud de las distancias recorridas y previendo nuevas colisiones, por la noche se realizó el reabastecimiento de la técnica y los trabajos de ingeniería de primera urgencia —construcción de asentamientos para los tanques y trincheras para la infantería—. La artillería se ubicó dentro de la zona defensiva y organizó sus puestos de observación.

## Marcha hacia la frontera

Un mensaje cifrado del PGM-FAR, con la indicación de seguir hasta la frontera y tomar el nudo de caminos en Kebri Dehar, se recibió en horas de la noche. Para ello se decidió organizar un destacamento ligero compuesto por el 3 BonT, el Grupo BM-21 menos una batería, la 69 Brigada de Infantería encima de los tanques y pelotones de aseguramiento logístico y combativo.

En las puntualizaciones el jefe de la brigada me ordenó crear un puesto de mando avanzado ligero, con los medios imprescindibles de mando, en el cual se trasladarían él y el jefe del Frente Este. Planteó tareas al resto de los combatientes que se mantendrían en la defensa y el establecimiento de comunicaciones permanentes con el estado mayor de la brigada. A los jefes designados, les especificó la importancia de la misión y la necesidad de tomar medidas para organizar una fuerte exploración de tropas ingenieras. Como siempre, recordó la posibilidad de emboscadas enemigas. «Cuántas medidas ustedes tomen serán pocas. La salida ha de ser en las primeras horas de la mañana», concluyó.

Muy temprano, ese día 9, se puso en marcha el destacamento; evadiendo en el itinerario la técnica abandonada de los somalíes, salió el 11 de marzo en horas de la tarde al último reducto del enemigo, en Kebri Dehar, muy cerca de la frontera de Somalia. Al tiempo que las tropas del general Sixto Batista tomaron el poblado de Fik, consolidaron los puntos estratégicos, que les fueron entregados a los etíopes para su defensa.

Con el regreso de la brigada a Daga Habur el 14 de marzo, quedó sellada la actuación de la Tercera Brigada de Tanques. Habían transcurrido cincuenta y un días con sus noches, desde el comienzo de las acciones combativas el 22 de enero.

### Ramón Henríquez González

Yo pertenecía al Primer Batallón de la Décima Brigada de Tanques que actuó en la dirección Babile-Fik los días del 6 al 15 de marzo. Era jefe del tercer pelotón de la 1 CoT. Actuamos con las tropas etíopes subordinadas al general Sixto Batista Santana. Como extrema vanguardia se designó a la 3 CoT, subordinada al capitán Luis Aroche Pacheco, y después marchaba el resto de las fuerzas. Mi pelotón se desplazaba a continuación, detrás del puesto de mando del jefe del batallón.

El día 6, la unidad siguió abriéndose camino por difíciles itinerarios para los tanques, la artillería y otros medios; la infantería vencía los obstáculos y nos apoyaba para evitar una emboscada.

Durante una parada para la revisión de la técnica y efectuar el almuerzo, por poco capturan a dos combatientes que salieron a pie por toda la columna —que estaba en una curva— hasta el pelotón de servicio, distante unos seiscientos metros. De regreso, para hacer más corta la distancia, tomaron por entre una arboleda, donde unos bandidos armados con AK les cayeron detrás con la intención de cogerlos vivos. Los nuestros, que se habían ido sin los fusiles, solo pudieron correr. Tan pronto llegaron informaron lo sucedido. Se ordenó abrir fuego en esa dirección y fueron aniquilados los bandidos.

El día 9 tomamos Fik, los etíopes garantizaron el mantenimiento de esas posiciones y el resto de la agrupación continuó por las peligrosas elevaciones, propicias para emboscadas. No podía haber descuidos. El enemigo aún hacía algunos intentos con pequeños grupos dispersos, que la infantería de la Octava División se encargaba de silenciar.

Al siguiente día salimos a Segal. Lo recordamos muy bien, porque la compañía de Aroche, al entrar al poblado descubrió una gran cantidad de gallinas que, con la autorización del jefe del batallón, se preparó un buen fricasé. Reabastecimos la técnica, comimos caliente y descansamos.

De conjunto con el destacamento de la Tercera Brigada de Tanques y la 69 de Infantería, concluimos el cometido, a escasos kilómetros de la frontera etíope, el 11 de marzo.

El próximo amanecer emprendimos la marcha en dirección a Jijiga. El 14, ya en Daga Habur, solo se comentaban los destrozos de la Tercera Brigada durante los combates y en la persecución al enemigo.

## Encuentro de dos hermanos

Reabastecíamos la técnica en Daga Habur para seguir en dirección a Jijiga. Como estábamos a unos kilómetros de la Tercera Brigada, el jefe del Primer Batallón de la Décima Brigada, teniente coronel Víctor García Pupo, se trasladó al estado mayor de la Tercera para saludar al compañero Ávila, pues nuestro batallón pertenecía a la unidad militar 2376 de la cual era su jefe antes de la partida para Etiopía.

En medio del saludo, Ávila le dijo a Pupo:

—¿Tú sabes quién está aquí? ¡Aroche! Dirige el Segundo Batallón.

Un lindo encuentro de tres compañeros que habían estudiado en la Unión Soviética y terminado el curso en el año 1976. Sus recuerdos estaban nítidos. Seguidamente fue Pupo quien le dijo a Aroche:

—¿Y tú sabes que tu hermano está conmigo en el batallón?

En breve Aroche se trasladó a nuestra unidad. Tuve la oportunidad de conocer a dos hermanos, legendarios combatientes de la Sierra Maestra, ambos subordinados directos del comandante Vitalio Acuña (caído en Bolivia, perteneciente a la guerrilla del Che) y fundadores de la División 1700. ¡Qué encuentro tan patriótico y bonito pude presenciar! Guardo ese momento con mucho cariño.

El día 15 llegamos a Jijiga, ocupamos posiciones defensivas a unos 4-6 km de la ciudad. Aún había cadáveres abandonados. Fuimos nosotros quienes les dimos sepultura colectiva, mientras organizábamos la defensa.

## Columna de la victoria

Sobre la base de las indicaciones del jefe de la brigada, el 16 de marzo regresamos al lugar de origen, donde permanecíamos una gran parte de los oficiales del estado mayor y las unidades de aseguramiento

y retaguardia. Contábamos con un alto nivel de completamiento del personal y la técnica. Más del 90 % de los efectivos se encontraban dislocados en la región.

En el puesto de mando avanzado concretamos la decisión para el regreso. Aprobada por el jefe de la brigada, la marcha quedó organizada para emprender los más de 370 km que nos separaban de Dire Dawa. Delante partiría el Primer Batallón de Tanques y detrás, más de 120 tanques, carros blindados, piezas de artillería terrestre y antiaérea, transporte de carga y otros medios. Todo el tiempo la columna fue protegida por los aguerridos pilotos.

A nuestro paso, cientos de nativos hasta de las zonas más recónditas se aproximaban para mostrarnos su afecto y gratitud. El cariño nos llegaba desde sus brazos extendidos, el júbilo de sus voces, el canto, los bailes y rituales. De manera obligada revivimos el 8 enero de 1959, cuando en la misma posición de ellos, saludábamos al Comandante en Jefe y demás guerrilleros que venían de la Sierra Maestra. Muchos de mis compañeros protagonizaban de nuevo una similar hazaña. Y nos remontamos también a abril de 1961, cuando el imperialismo yanqui nos agredió por las arenas de playa Girón y esa misma estampa la vimos en miles de compatriotas según avanzábamos, primero hacia el lugar de los hechos, y luego, de vuelta a nuestros puestos, airosos por la victoria.

Pero como el pensamiento no se detiene, uno reflexionaba: «...Y siempre hemos contado con la dirección de nuestro Comandante. A Fidel lo sentíamos a nuestro lado».

José Aroche Pacheco

Yo entré a La Habana aquel 8 de enero. Esta vez me dije: «Igual que en aquellos días gloriosos cuando la multitud de trabajadores, amas de casas, campesinos, estudiantes... saludaban a Fidel y a los barbudos que lo acompañábamos». Son días de no quedarse en casa. Los que marchábamos hacia Dire Dawa recibíamos ese mismo calor de gente humilde y agradecida. Sumido en estos pensamientos y con la satisfacción del deber cumplido, arribamos el primer día de marcha adonde estaba la Décima Brigada de Tanques, otros efectivos del Frente Este, muchos combatientes etíopes y pueblo en general.

¡Qué orgullo sintió mi tropa al saber que marcharíamos a la cabeza de la columna! Yo recordé mi columna invasora, la Ciro Redondo, y a su jefe, comandante Ernesto Che Guevara. Ahora, a medida que avanzábamos, desde ambos lados de la carretera se agigantaban cientos de brazos etíopes, mientras compartíamos el regocijo de una tarea cumplida.

En cuatro jornadas, la brigada llegó a Dire Dawa, de donde había partido el 1.º de febrero. Como siempre, se había realizado el reconocimiento del terreno y determinado la ubicación de cada una de las unidades. La marcha transcurrió con absoluta disciplina.

## Hacia la ubicación permanente. Dire Dawa nos acoge

La entrada triunfal a la ciudad de Dire Dawa constituyó un júbilo popular difícil de narrar. Desde el comienzo de Alem Maya —su entronque— hasta las áreas de concentración de las unidades, se desplegaron a la orilla de la carretera y en los caminos pobladores de todas las edades para ofrecernos el saludo de bienvenida. Al ritmo de canciones y consignas en su idioma, la columna comenzó a ascender las elevaciones transitadas un tiempo atrás para enfrentar a los agresores.

Muchos recordábamos la entrada triunfal de las columnas rebeldes a las distintas provincias de la Isla en su avance victorioso hacia la capital del país: la dirigida por el comandante Camilo Cienfuegos Gorriarán hasta el cuartel general de la tiranía en Columbia; la del comandante Ernesto Che Guevara hasta la fortaleza de San Carlos de La Cabaña, y la comandada por el Comandante en Jefe. Casi todos habíamos vivido aquellos históricos acontecimientos y este 17 de marzo, una nueva columna triunfante marchaba en dirección a Dire Dawa.

Previamente se había decidido por el jefe de la brigada la ubicación de cada una de las unidades, en correspondencia con las posibles áreas que al llegar ocuparían, de forma tal que no se obstruyera el avance: el Primer Batallón de Tanques avanzó hacia la profundidad y detrás

fue tomando posición el resto. Por la destreza alcanzada y el nivel de preparación de los jefes y las tropas, realizamos un traslado rápido y organizado.

Pronto los compañeros se sintieron como en casa. Atrás quedaban la vida en campaña bajo la amenaza enemiga... los combates... el contraste del frío intenso y el calor sofocante del Ogaden... en fin, las vicisitudes.

Tareas muy diferentes asumimos para organizar la nueva forma de vida en campamentos. Oficios de carpintero, soldador, albañil reaparecieron para el mejoramiento de las condiciones.

La jefatura de la brigada, con los compañeros designados del Frente, planificamos los quehaceres según las posibilidades de aseguramiento para emprender la construcción de los campamentos. Nos apoyamos desde el inicio en el gobierno local, sus instituciones y las fuerzas armadas dislocadas en la ciudad, con quienes teníamos magníficas relaciones. Diversas iniciativas se pusieron en práctica, a la vez que se trasmitían de una unidad a otra.

Con el paso a una vida más organizada y controlada, apareció el «gorrión». Solo el trabajo era capaz de frenar, en parte, ese animalito acostumbrado a caer encima cuando uno está lejos de la patria y de los seres que ama. Increíblemente fue una etapa difícil. Se impuso cuidar la no ocurrencia de hechos extraordinarios que dañaran la imagen de las tropas y la integridad de los compañeros. La brigada había cumplido su misión y los caídos habían sido solo en acciones combativas, por ello, una de las primeras medidas fue salvaguardar lo conquistado mediante un conjunto de medidas que preservaran la disciplina.

A nivel de brigada y unidades se creó una comisión encargada de mantener las mismas estructuras en las instalaciones y que los recursos fueran distribuidos por igual. Se les dio prioridad a los dormitorios y a la construcción de camas rústicas con las cajas de proyectiles vacías y otros medios locales. En pocos días se observaron las primeras instalaciones. A la vez comenzó la construcción de los polígonos de conducción, tiro y preparación física, y la planificación para iniciar la preparación combativa y política. Los chequeos eran en el propio terreno con los jefes principales, quienes hacían indicaciones prácticas para la solución de las dificultades.

En menos de dos meses, la brigada contó con todos sus campamentos y las condiciones de vida estuvieron mejoradas; el estado mayor de

la brigada en su nueva ubicación, en el castillito, con los pelotones de aseguramiento y la técnica protegida en los refugios acondicionados a nivel de compañías y baterías, con parapetos de tierra en forma rectangular.

Desde el arribo de la brigada se enfrentó el rescate de los parámetros técnicos de los tanques, BMP, BTR y carros de aseguramiento y servicio que habían participado en los combates. Nos propusimos este trabajo en el menor tiempo posible.

El acto de inicio de la Preparación Combativa y Política correspondiente al año 1978-1979 se efectuó en el Segundo Batallón de Tanques con una representación de las distintas unidades y con la presencia de los principales jefes de la Misión y de una comisión del EMG que ayudó, supervisó los trabajos encaminados a asegurar la actividad y realizó, además, un control integral a las unidades y distintas especialidades de la agrupación. La valoración fue buena. En el resumen de dicho control, el jefe de la Misión señaló: «La brigada obtuvo sobresaliente en la guerra y ahora, en la recuperación de los parámetros de la técnica y en el trabajo del mejoramiento de las condiciones de vida del personal, bien. Orgullosos nos sentimos por los éxitos alcanzados en ambas etapas».

### Edelio Belén Pacheco

Concluida la guerra, ya a finales del mes de abril de 1978, empezó el primer periodo de Preparación Combativa y Política en las unidades. El general de brigada Méndez Sierra presidió el acto en el Cementerio de los Cristianos, en honor a los caídos e indicó la construcción de un monumento.

A partir de esa fecha, la mayoría de los compañeros realizó ahí trabajos constructivos. Cada nicho se señaló con el nombre y apellidos del combatiente y la fecha de su caída. En los matutinos se mencionaban en el pase de lista y voces ahogadas pero fuertes, repetían: «¡Presente!»

En el mes de mayo, después de iniciado el periodo de Preparación Combativa y Política y de estar avanzadas las construcciones que garantizarían mejores condiciones de vida y la base material de estudios, se llevó a efecto el cambio de mando. Para entonces se nombró jefe de la Tercera Brigada de Tanques al teniente coronel José Aroche Pacheco.

Con la entrega de la técnica, el armamento y las instalaciones el 2 de septiembre de 1989 al Gobierno de Etiopía, regresaron a nuestra patria los 167 compañeros que habían caído;<sup>22</sup> de ellos, 49 en el periodo de la guerra —22 de enero al 15 de marzo 1978—. Pasados casi once años se daba por concluida la misión internacionalista en tierra etíope. En la Loma del Artillero se podía leer el perenne reclamo del pueblo de Cuba a su máximo líder: «¡Comandante en Jefe, ordene!» y en la cima ondeaba enhiesta la bandera cubana como glorioso símbolo del deber cumplido.

Aún así, los enemigos de la Revolución lanzaban sus difamaciones acerca de la presencia de los cubanos en Etiopía. Al respecto, fueron las palabras que el ministro de las FAR, general de ejército Raúl Castro Ruz, expresara en la ceremonia oficial de bienvenida —11 de enero de 1989— al primer grupo de internacionalistas cubanos que regresaron a la patria procedentes de Angola.

[...] solo nos llevaremos la entrañable amistad que nos une a esa heroica nación, el agradecimiento de su pueblo y los restos mortales de nuestros queridos hermanos caídos en el cumplimiento de su deber [...]<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Ver anexo no. 3. «Galería de mártires».

<sup>23</sup> Revista *Bohemia*, no. 3, 20 de enero de 1989, p. 23.



# Testimonios de una hermosa contienda

Con el avance de las tropas a mediados de febrero, una gran parte del hospital se envió al Frente. El jefe de Personal de la brigada, teniente Adail Sardiñas, me comunicó que no me incorporaron al grupo por el peligro que implicaba esa posición —unidades en marcha y combates—. El hecho es que mis compañeros se habían ido y ni me avisaron. Me sentí traicionada.

Sin pensarlo dos veces subí a un camión de la Retaguardia y me aparecí ante ellos. Entre el asombro de todos escuché sus disculpas. Eso sí... nunca más me dejaron fuera. Se corrió el rumor

de que Fidel había dicho que tenían que cuidarme, porque yo tenía que regresar. No sé si fue verdad o mentira; pero temían que me pasara algo.





## La aviación tiene la palabra

---

---

El coronel Manuel Rojas García era segundo jefe del escuadrón de MiG-21 durante la presencia cubana en la guerra de Etiopía. Sobre la actuación de la Agrupación Aérea brinda un resumen de los principales acontecimientos, en el que refiere datos, cifras, fechas y comportamientos humanos enmarcados en el periodo de contienda.

### Manuel Rojas García

Con el paso del tiempo, como regla general, las personas no somos capaces de contar con exactitud todo lo sucedido, sino lo que recordamos. De esa forma se distorsiona la verdad. Alguien afirmó que pasan tantas cosas por nuestra mente a lo largo de los años que a veces no se sabe si se pensaron o sucedieron. Por momentos se confunde esa realidad.

Aunque han transcurrido muchos años, ninguno de los pilotos en aquella guerra necesitamos hacer gran esfuerzo mental para recordar fechas y lugares en los cuales actuamos. Poseemos un libro de vuelo que avala parte de nuestras aseveraciones; ahí está reflejado el contenido de las encomiendas en apoyo a la ofensiva de los tanques cubanos, desde cuál aeropuerto, en qué zona o región, el día, la hora, con qué armamento, las posibles pérdidas en técnica de combate y en fuerzas vivas, bajas que le ocasionamos al enemigo, las condiciones del tiempo meteorológico, quién o quiénes nos acompañaban en cada vuelo, y

hasta cuántos minutos utilizamos en el aire. Por tanto, las afirmaciones que hacemos en cualquier relato sobre aviadores y vuelos de la aviación, y el papel de la artillería antiaérea somalí sobre nosotros, son demostrables.

La descollante actuación de nuestras tropas terrestres compuestas por artilleros, tanquistas y otro personal de combate y aseguramiento, junto a la valiente infantería etíope, desde finales de diciembre de 1977 hasta el 5 de marzo de 1978 cuando se tomó la localidad de Jijiga, último bastión de los invasores somalíes, fue heroica y determinante, pero siempre contó con la aviación cubana. Fuimos espectadores, desde el aire, de los embates terrestres.

Con la fuerza aérea nuestra, al principio, y en otros momentos, no todo fue color de rosa en las relaciones con los miembros de distintos niveles de los etíopes que nos atendían y eran los dueños (responsables) quienes decidían, sobre todo, el aseguramiento técnico-material de los aviones (armamento, combustible, líquidos) y de la alimentación de la agrupación aérea.

El Comandante en Jefe el 7 de febrero de 1978, con motivo del derribo y muerte de dos valerosos pilotos, nos dirigió un mensaje. En unas de sus partes decía:

[...] desde que ustedes salieron de Cuba sabíamos que les esperaba una de las más riesgosas y duras proezas, y que contribuirían decididamente a asegurar la victoria y evitar la pérdida de incontables vidas de compañeros de otras armas.

Y en otro instante afirmó:

[...] las victorias están inseparablemente unidas al arrojo, la abnegación y el heroísmo de nuestros pilotos.

El mensaje encierra la confianza de la dirección de la Revolución en las tareas que teníamos ante sí los miembros de la fuerza aérea cubana: reconocimientos terrestres, bombardeos, lanzamiento de cohetes aire-tierra, búsqueda de aviones enemigos, cobertura y apoyo a tropas cubanas en su avance y, en algunos momentos, corrección del tiro de la infantería terrestre propia. Los integrantes de esta arma no defraudamos esa confianza depositada.

La elección de los aviadores de MiG-21 para incorporarse a la misión en Etiopía se realizó de un escuadrón aéreo que se encontraba en el clímax de su preparación por haber concluido recientemente un

curso de alto pilotaje con la asesoría de instructores soviéticos, en el que obtuvieron la categoría de Maestros del Combate Aéreo; también participaron pilotos de MiG-17, la mayoría, avezados en su profesión.

Además, el grupo estaba compuesto por dos curtidos pilotos de MiG-21 R para reconocimiento visual y fotográfico; dos expertas tripulaciones de helicópteros Mi-8 para la búsqueda, salvamento y rescate del personal involucrado en los combates; el jefe del estado mayor, el político y un oficial de la Contrainteligencia Militar; dos excelentes y experimentados ingenieros de aviación que realizaron una encomiable labor para organizar —junto a especialistas soviéticos— el complejo andamiaje de preparar con eficiencia y seguridad las aeronaves, a pesar de los innumerables obstáculos que debieron superar; navegantes de conducción que realizaron el efectivo trabajo de apuntadores aéreos desde los puestos de mando, encima de los tanques de los jefes de batallones durante los combates terrestres; dos médicos e intérpretes de ambos sexos que también participaron —los hombres— en riesgosas misiones de búsqueda, salvamento y rescate.

En su conjunto constituimos una tropa de treinta y tres aviadores, incluido el jefe y segundo jefe, relativamente jóvenes, con más de diez años de experiencia, revolucionarios, convencidos de la práctica del internacionalismo proletario, amantes de la profesión, con la audacia inherente de la juventud y con su gran preparación técnica, física, y psicológica como sostén. Muchos de ellos habían cumplido idénticas misiones en otros países.

Antes de la partida, los aviadores participamos en reuniones con el Comandante en Jefe, en las cuales hacía una exposición pormenorizada de la situación en Etiopía, de la caída del emperador Haile Selassie, de la situación interna del país, del conflicto eritreo, de la invasión de Somalia con la intención de apoderarse del desierto del Ogaden, de las secuelas del colonialismo en África, y de la ayuda que se brindaría a Etiopía atendiendo a un llamado de ese Gobierno. Explicó en detalle la situación operativa reflejada en un mapa, y cuál era el quehacer de lo que denominó Agrupación Aérea.

Esos encuentros no eran inusitados. Constituía una práctica habitual del Comandante reunirse con la mayoría de los grupos que partían a cumplir tan riesgosas misiones y explicarles el contexto internacional, la situación del país hacia donde se dirigían, las características del escenario de las operaciones militares, y qué se esperaba de ellos.

Cuando por su intenso trabajo las condiciones no se lo permitían designaba a otros altos dirigentes para que asumieran esa tarea.

Significaba, además, que la máxima dirección de la Revolución estaba al tanto de los más mínimos detalles de la organización, información y cuidado a los combatientes.

En esas reuniones la tensión disminuía gradualmente, y hasta se sentían risas cuando el Comandante preguntaba a varios compañeros sobre sus experiencias de vuelo y sobre sus familias.

Al final siempre deseaba a todos éxitos en el viaje y en la misión. Manifestaba su convencimiento de que el grupo sería capaz de poner en alto, en ese frente de combate, el nombre de Cuba, de su fuerza aérea, y sus fuerzas armadas.

A principios del mes de diciembre de 1977 los miembros de la Agrupación Aérea Cubana arribamos al aeropuerto internacional de Addis Abeba, capital de Etiopía, convulsionada en aquellos momentos por el triunfo del movimiento revolucionario, por la agresión de que era objeto por parte de los secesionistas del norte de Somalia apoyados por tropas de ese país, por el recrudecimiento de la lucha de los patriotas eritreos, y estremecida por la contrarrevolución interna.

A todos nos sorprendió la significativa presencia de militares y civiles con armas largas a ambos lados de la pista. Era lógico, el país estaba en guerra; pero los civiles portando armas largas me proporcionaban una sensación de desorden.

El grupo fue trasladado en ómnibus a la ciudad de Debre-Zeit, a 35 km al sur-sureste de la capital, y hospedado en un hotel de la localidad que debimos abandonar cinco días después por falta de pago de las autoridades militares; fuimos transportados a la base aérea militar a tres kilómetros de allí.

Paradójicamente a lo que algunos se imaginaron, ningún grupo de militares etíopes nos esperaba. Es posible que pensáramos en un cálido encuentro con los anfitriones a la entrada de la base; que a ambos lados de la calle estarían soldados y oficiales saludándonos, y que al final del camino se organizaría un acto político donde se harían compromisos, entre aplausos, aclamaciones, consignas, abrazos, y apretones de mano.

Sin embargo, daba la impresión, por la mirada atónita de algunos militares y civiles etíopes que trabajaban en ese lugar, que estaban sorprendidos al ver personal ajeno a la instalación. Encontramos total desconocimiento e indiferencia.

El vehículo se detuvo frente a dos hileras de barracas pintadas de verde claro y rodeadas de frondosos árboles. Se percibía cierta agitación en tres oficiales que impartían órdenes a un grupo de civiles. Resulta que la cantidad de literas de dos pisos era insuficiente para el grupo.

Con naturalidad cada uno de los miembros de la agrupación comenzó a subir las maletas encima de los lechos aún sin almohadas ni sábanas. Tampoco había escaparate ni taquillas individuales. Después se supo que esos locales eran aulas que acondicionaron con premura como dormitorios. Un servicio sanitario estaba dentro y otro afuera.

Esa mañana estuvo muy claro para todos que no hubo preparación para recibirlos, y que aparentemente para algunos de los miembros de la base aérea la presencia del grupo no era deseada, ni relevante. No obstante, aquellos indicios no desalentaron a nadie, ni disminuyeron la disposición para la tarea que tenían ante sí.

Al principio algunos militares de la Fuerza Aérea Etíope se oponían a la presencia de pilotos cubanos en la confrontación, debido a que estaban engañados por la furibunda y mentirosa propaganda contra Cuba que leían en revistas y folletos que ellos mismos mostraban entre los miembros del grupo. Esas personas pudieron comprobar, en el decurso de la vida diaria, que los aviadores cubanos no combatían por dinero ni obligados, sino que estaban ahí para ayudarlos a expulsar a los invasores somalíes, en un gesto supremo de solidaridad, sin pedir nada a cambio.

En los días siguientes se probaron los aviones, comenzó el estudio de la zona en la cual se librarían las acciones combativas a través de fotografías aéreas y se realizaron vuelos de reconocimiento visual y fotográfico sobre Harewa, Gildesa, Fedis, Boko, Umer Kule, regiones cercanas a las ciudades de Dire Dawa y Harar.

De forma paralela se iniciaron los contactos con varios oficiales soviéticos, asesores del Ejército somalí que habían recibido un ultimátum del presidente Siad Barre, para que abandonaran Somalia en setenta y dos horas, una vez que supo que la Unión Soviética apoyaba al régimen de Etiopía liderado por Mengistu Haile Mariam.

Fueron muy productivas las relaciones con esos soviéticos, pues relataron las características de ese ejército, su organización, preparación, acometividad de sus efectivos y, sobre todo, el tipo de armamento antiaéreo que poseían. También se pudo conocer la cantidad y tipo de aviones que tenían, la preparación y experiencia de sus pilotos y la efectividad del mando.

Se estaba ante un enemigo que poseía los mismos aviones de combate que los cubanos: MiG-17 y MiG-21. Contaba, además, con medios de defensa antiaérea soviéticos, también conocidos como el cohete portátil Flecha (C2M) de alcance efectivo hasta 2500 metros, el complejo automático ZCU-4 (Chilka), y cañones antiaéreos de 37 y 12,5 milímetros.

El día 25 de diciembre de 1977, los MiG-21 realizaron su primer cometido combativo a petición del mando etíope, el cual consistió en ofrecer cobertura a los pilotos nacionales durante su regreso, después de atacar con las aeronaves F-5 los aeropuertos somalíes de Hargeysa y Berbera, situados a 70-100 kilómetros de la frontera entre ambos países, y a 220-250 kilómetros, respectivamente del aeródromo de la ciudad de Dire Dawa. Los pilotos debían regresar sin armamento y con escaso combustible y podían ser atacados por la aviación enemiga.

Para cumplir esa tarea aterrizaron por primera vez los MiG-17 y un grupo de MiG-21 en el aeropuerto de Dire Dawa.

Solo ese día se le ofreció cobertura a la aviación etíope, en ningún otro momento los aviadores cubanos actuamos de conjunto con ellos contra los somalíes; los pilotos etíopes yemenitas realizaban más incursiones al norte del país contra las fuerzas eritreas que batallaban por su independencia.

Después de este exitoso cumplimiento se organizó una velada para celebrar el advenimiento del año 1978. Canciones y bailes típicos africanos y cubanos alegraron la noche. Hubo satisfacción en el grupo por la participación de pilotos y otro personal etíope, lo cual constituía una señal positiva. A partir de entonces las relaciones con algunos aviadores y oficiales de su fuerza aérea comenzaron a estrecharse, y el estado de ánimo de los cubanos mejoró.

Con la ayuda de técnicos de fotografía y otros asesores soviéticos se continuó el estudio de la región ocupada por el enemigo, que luego se puntualizaba con los mapas existentes y con el soporte de las vistas aéreas que se obtenían desde los MiG-21 R que pilotaban el teniente coronel Benigno González Cortés y el primer teniente Pedro Chacón Bravo. Las fotografías se analizaban en el laboratorio de campaña dirigido por soviéticos y más tarde, los pilotos se preparaban minuciosamente con ese material.

Los somalíes enmascaraban de forma muy efectiva sus tanques, la artillería terrestre y antiaérea, y a sus fuerzas vivas. La técnica era sal-

picada con aceite y más tarde le rociaban arena, así la confundían con el paisaje desértico y era muy difícil detectarla desde el aire.

Sin embargo, las huellas que dejaban sus vehículos en la arena constituían uno de los elementos desenmascarantes fundamentales que, junto a las fotografías, permitían descubrir la ubicación de sus fuerzas cuando no se combatía contra los tanques cubanos.

El 3 de enero a través del reconocimiento visual y fotográfico se detectaron movimientos de tanques enemigos. Al siguiente día se realizó el análisis de la exploración, el día 5 se llevó a cabo el primer golpe conjunto masivo de MiG-17 y 21 en la región de Harewa, y el 6, tras vuelos de exploración fotográfica se valoraron los resultados de la acción.

El día 7 se bombardeó al enemigo en Kembolcha y en la carretera de Dire Dawa en dirección a Somalia. Esta vez el adversario lanzó varios cohetes antiaéreos Flechas contra los aviones cubanos, sin lograr impactarlos.

Cuando el día 22 de enero los somalíes comenzaron una ofensiva para intentar cercar la carretera que unía a Dire Dawa y Harar, con el objetivo de aislar a las tropas cubanas y etíopes, la respuesta de nuestros tanques y artillería y el rápido y efectivo apoyo de la aviación no les permitieron lograr sus planes.

Del 24 de enero al 1.<sup>o</sup> de febrero, en la región de Fedis, al sur de Harar, se vivieron días muy intensos, tanto para las tropas terrestres cubano-etíopes como para la aviación. El 24 una batería antiaérea Chilca derribó la aeronave que pilotaba el teniente coronel Benigno González Cortés, y el 25, una batería de 37 mm ocasionó el mismo trastorno al capitán Francisco Suris Hernández. Ambos pilotos se catapultaron. Cortés fue rescatado en pleno territorio enemigo por un helicóptero pilotado por etíopes y el auxilio de rescatistas cubanos y etíopes que iban dentro de la aeronave, y la asistencia de aviones cazas. El capitán Suris pudo conducir la aeronave hasta Dire Dawa, y se catapultó a un costado de la pista.

A partir del amanecer del 2 de febrero iniciaron los días más aciagos e impactantes para los pilotos. Las tropas comenzaron la ofensiva en dirección a Harewa, Milo y Gildesa con la Tercera Brigada de Tanques, de conjunto con la 75 y 78 Brigadas de Infantería y la aviación.

Cuando se combatía en la dirección Harewa-Gildesa, el intenso fuego antiaéreo impactó las aeronaves pilotadas por el capitán Raúl

Hernández Vidal y el teniente Eladio Juan Campos Peña; no tuvieron la posibilidad de catapultarse, perecieron los dos valerosos e intrépidos jóvenes.

Pese a esas irreparables pérdidas, el resto de los pilotos siguió ejecutando vuelos combativos con más decisión aún.

Al caer la tarde se organizó el rescate de los cuerpos de los aviadores caídos. Un helicóptero pilotado por etíopes, y con varios cubanos y soldados etíopes como rescatistas, despegó hacia la región de las acciones. Al frente de la encomienda iba el teniente coronel Luis Alonso Reina, segundo jefe de la Agrupación Aérea. Lamentablemente, volando a baja altura, fueron alcanzados por disparos que inutilizaron la máquina. Los pilotos, tras un aterrizaje forzoso, debieron abandonarla.

Esa noche, aún sin conocer la suerte de los que iban en el helicóptero, el coronel Rubén Interián Rodríguez, jefe de la Agrupación Aérea, se reunió con los pilotos. Con certeras, enérgicas y sentidas palabras expresó que debíamos superar el amargo momento y combatir con renovados bríos y efectividad en memoria de los compañeros caídos.

Al siguiente día, en horas de la mañana, los que iban en el helicóptero derribado se unieron a fuerzas etíopes, después de caminar a marcha forzada durante la noche.

Como consecuencia de la pérdida de las aeronaves se cambiaron los métodos de ataque, se aumentó la altura de lanzamiento de las bombas, se introdujeron con regularidad otros tipos de armamentos más efectivos y menos riesgosos para los pilotos, y se eliminó el uso de los cohetes aire-tierra C-24 de 240 mm, porque durante el uso de ese armamento ocho motores se apagaron en pleno vuelo en territorio enemigo y, por supuesto, la situación creó desconfianza y una atención adicional a los pilotos en los combates. Además, se prohibió el uso de los cañones de las aeronaves de 23, y 37 mm, por insuficiente existencia de proyectiles, eslabones, y porque comenzaron a presentar defectos técnicos con frecuencia.

Se conocía que, por los sistemas de colimación instalados en los MiG-17 y MiG-21 y por los parámetros de lanzamiento del armamento confeccionado para esas aeronaves, mientras más bajo se realizara el ataque era más efectivo, sin embargo, con ese método los pilotos se mantenían mayor tiempo expuestos al fuego de la defensa antiaérea y las posibilidades de ser impactados eran mayores.

No se contaba con la cantidad de armamento y combustible suficiente para utilizar el método de «tierra arrasada», que consistía en lanzar las bombas necesarias para que cada metro cuadrado de las posiciones enemigas, en un área determinada, recibiera explosivos. De esa manera se hubiera podido bombardear desde alturas fuera del alcance de sus armas antiaéreas. En determinados ataques, los aviadores lanzaban el armamento en alturas fuera del radio de destrucción de sus medios antiaéreos, pero la efectividad no era la mejor.

A partir del día 8 de febrero en dirección a Anomo-Mite-Waday-Felano se realizaron decenas de misiones para asistir a los batallones de tanques e imposibilitar el paso del adversario. En todos los vuelos se utilizaron otros tipos de bombas y métodos de ataque.

En dirección a Arabí, el 24 de febrero, el avión pilotado por el teniente Pedro Chacón Bravo fue impactado por un cohete Flecha. Haciendo acopio de excelente sangre fría logró aterrizar la aeronave, muy dañada en su estructura de mando, pero se salió de la pista y destruyó por completo. El piloto salvó su vida.

Al final, la fuerza aérea dio cobertura a los tanques en la toma de Jijiga, que constituyó el golpe de gracia que las brigadas de tanquistas cubanos e infantería etíope infringieron a los invasores somalíes. A partir de este momento se retiraron en desbandada hacia su país mientras sentían la persecución y bombardeos de la aviación que duró varios días.

Nunca hubo enfrentamientos contra la aviación somalí, ya que semanas antes había sido diezmada en los combates que libraron con los pilotos etíopes, además, carecían de preparación para oponerse a los aviadores cubanos. Solo el 2 de marzo, cuatro aviones cazas sobrevolaron las tropas cubanas, pero sin atacarlas. Desde ese instante los radares y la aviación cubana vigilaron con más intensidad el espacio aéreo en dirección a la frontera con Somalia para evitar sorpresas.

En total la fuerza aérea cubana cumplió en Etiopía más de 1200 misiones, con un promedio de 35 vuelos combativos por piloto; se destacaron los aviadores exploradores teniente coronel Cortés con 78 misiones y el teniente Chacón que realizó 56. Ambos fueron derribados.

La abnegada y valiente labor de los dos compañeros que fungieron como apuntadores aéreos será siempre reconocida y recordada, no solo por los miembros de los batallones de tanques desde los cuales ellos actuaron, sino especialmente por el grupo de pilotos que, al

escucharlos por radio, sentían el aliento de estar acompañados y apoyados en su difícil encomienda.

Las tripulaciones de helicópteros cubanas realizaron con efectividad e intrepidez cuantas misiones les fueron asignadas.

Aunque siempre prevaleció el objetivo común, los dos ingenieros de aviación tuvieron que superar disímiles escollos e incomprendimientos de la parte soviética y etíope para realizar su labor. De la efectividad del personal técnico soviético y cubano habla el hecho de que ninguna aeronave presentó fallas de consideración en el aire.

El jefe del estado mayor de la agrupación, el político y el oficial de la Contrainteligencia Militar, cumplieron más de sesenta peligrosas misiones de búsqueda, salvamento y rescate con los helicópteros. Los intérpretes del sexo masculino y los médicos, aunque esa no era su función fundamental, también participaron en decenas de misiones de este tipo.

Invaluables experiencias acumuló en esa guerra la fuerza aérea cubana con el uso de disímiles tipos de armamentos, para la evasión de cohetes tierra-aire del tipo Flecha, y para el ataque y bombardeo en grupos de tropas terrestres con fuerte defensa antiaérea.

¡Honor y gloria a los caídos!

### Horacio Lenin Carracedo

A la narración de algunos pasajes de la actuación de la Fuerza Aérea Cubana contra los invasores somalíes, la titulé Fikele.<sup>24</sup>

Posterior a la toma de Jijiga, que sucedió el 5 de marzo, los vuelos para trasladar a los jefes hasta la zona de Daga Habur fueron frecuentes. En una ocasión que trasladé al general Cintra Frías, dormí en aquellos parajes. ¡Tremendo frío dentro del helicóptero!, y como no llevábamos los sacos de dormir, el general nos dio unas mantas que

<sup>24</sup>Tte. cor. Lenin Carracedo, lamentablemente fallecido, fue jefe de la pareja de helicópteros de Búsqueda, Salvamento y Rescate de las tropas internacionalistas cubanas en Etiopía. Su testimonio llega a los autores de este libro, de manos del piloto, coronel Manuel Rojas García.

se les habían capturado a los somalíes en un almacén de aquellos que abandonaban en su huida. Gracias a eso pudimos dormir algo en el Mi-8, que era un verdadero congelador.

El día 9, temprano, llevé al jefe de la Misión a Daga Habur, y permaneció reunido con los demás jefes hasta el mediodía. Calculo que serían las cuatro de la tarde cuando me planteó ir al encuentro de la otra columna etíope-cubana que, bajo el mando del general Sixto Batista, bajaba hacia el sureste en paralelo a la ubicación nuestra, en dirección a la frontera con Somalia. El teniente coronel Francisco Cruz Bourzac, Paquito, era el encargado de transmitirle una orden al general Sixto.

La misión se las traía. ¡No se sabía por dónde andaba el general y su columna! Se suponía que debía estar a unos 150, 200 kilómetros al oeste de nosotros, en medio del desierto. Despegamos de Daga Habur con la esperanza de detectar la columna por la polvareda que debían ir dejando los tanques y vehículos que la componían; pero era algo difícil, pues esa nube de polvo también la producían los grupos dispersos de somalíes que se retiraban hacia su frontera y temíamos confundirnos.

Eso nos sucedió dos o tres veces, veíamos la nube polvorienta, nos dirigíamos ¡y nada!, eran vehículos somalíes. Ya bastante tarde, pero aún con luz solar, divisamos una polvareda grande, hice lo mismo que cuando había ido a explorar las anteriores: me pegué al suelo rasante, me acerqué por detrás del último vehículo que levantaba polvo y ¡uf, qué alivio!, una BTR llenita de etíopes.

Sabiendo que era la dichosa columna, volé a lo largo de ella y aterrizamos entre los tanques que venían delante. La agrupación se detuvo. De un tanque salió el general Sixto cubierto de polvo hasta el alma. Era digno de admiración: de cierta edad y marchaba al frente de una potente unidad de combate como cualquier otro jefe mucho más joven. Pero aún nos faltaba experimentar una sorpresa mayor... del mismo tanque descendió una mujer entrada en años y tan cubierta de polvo como él. ¡Su esposa! ¡Admirables personas, amigos!

Delante de la columna se divisaba un poblado pequeño que se llamaba Daga Medo. Nos informaron que iban a pasar la noche allí. Nosotros decidimos regresar a Daga Habur, 180 kilómetros al este. Ese fue uno de los vuelos más difíciles de mi carrera de piloto; de noche, sin ayuda de navegación, sobre el desierto, con la inseguridad de toparnos con somalíes rezagados, y para colmo, nos dirigimos a otro punto perdido en aquella inmensidad.

Después del despegue puse un rumbo aproximado. Transcurrido treinta minutos establecí comunicación con los compañeros en Daga Habur, y les informé de mi posición. Volábamos con las luces apagadas a tan solo unos 300 metros de altura como medidas de seguridad, pero era ya imprescindible conectar los potentes faros del Mi-8 para que, al menos, si los nuestros nos veían, nos guiaran y nosotros tratar de ver algo en tierra que nos orientase.

Por el tiempo de vuelo debíamos encontrarnos cerca de los nuestros, lo confirmaba el hecho de escuchar cada vez más alto a los compañeros en tierra; pero aquello seguía como boca de lobo. Conecté los faros, y de pronto divisé un terraplén. Deduje que debía ser el mismo sobre el que estaba Daga Habur, pero... ¿hacia dónde? Podía haber salido al norte o al sur, no tenía la certeza de dónde estaba. En tierra, el propio jefe de la Misión y el actual coronel Lorente se comunicaron con nosotros con lógica preocupación. Yo intentaba hablarles pausado, pero en realidad estaba más tenso que ellos.

Entonces les solicité que encendieran cuantos reflectores tuvieran, y los dirigieran hacia arriba. «¡Bingo!», grité. Dio resultado. Tremendo alivio cuando divisé un resplandor lejano en aquella inmensa oscuridad. Estábamos al sur de ellos, a unos 25 kilómetros y en territorio que aún los nuestros no habían ocupado. Volamos hacia allí. Sobre esa posición me hicieron un círculo con vehículos BTR que alumbraban con sus reflectores la plataforma que nos habían preparado. Finalmente aterrizamos sin más contratiempos.

Después de ese día, Paquito Cruz, ya general, cada vez que nos veíamos en Cuba me decía que aquel había sido su vuelo más difícil. No se imaginaba que aún tendría un vuelo peor, años más tarde en Angola, cuando perdió su vida.

Para mí también fue de los más difíciles. Salí bien de la experiencia, aunque con algunas canitas nuevas. Esa noche, por supuesto, también dormimos en el comfortable Mi-8.

Para nosotros, llenar los tanques de combustible del helicóptero se había convertido en un verdadero dolor de cabeza. Cada vez que analizábamos el carburante por el método del pomito, le detectábamos una cantidad abundante de partículas. Significaba que estaba contaminado, y eso era peligroso en las condiciones en que teníamos que operar. En definitiva ordenaba que lo retiraran y trajeran otro.

La travesía de los vehículos por aquellos parajes hasta Dire Dawa, por terraplenes y caminos estrechos, no del todo desminados, era una proeza para los compañeros que conducían esos camiones y, además, la distancia era considerable, pero no había otra alternativa.

Como resultado de eso, incluso el día 13 de marzo, con el coronel Lorente a bordo, me vi precisado a aterrizar en Alem Maya, porque no alcanzaba el combustible para llegar a Dire Dawa. Disgustado el coronel, tuvo que seguir por carretera. Siempre que nos veíamos me lo echaba en cara...

Esa noche me quedé allí en espera de una abastecedora. Al día siguiente volé a Dire Dawa. Debía llevar al general Cintra a Daga Habur. Por suerte, en aquel lugar atestado de tanques, vi con agrado que había llegado una nueva paila de combustible. Previendo no quedarme corto de carburante otra vez, aterricé al lado del terraplén e indiqué rellenar los tanques hasta los topes. ¡Imperdonable error para un experimentado piloto como me consideraban! No tuve en cuenta que a esa hora la temperatura subía hasta alrededor de 40 grados a la sombra, y que dada la altura sobre el nivel del mar en que nos encontrábamos, disminuían las posibilidades del helicóptero. Para colmo de mi increíble novatada, tampoco había tomado en cuenta que el helicóptero estaba al lado del terraplén, y tendría que despegar entre una nube de polvo, algo usual, pero que estaría obligado a hacerlo siguiendo esa vía para evitar los obstáculos naturales, incrementados también por la cantidad de tanques y medios diseminados en los alrededores.

Como resultado de esas premisas, a la hora de salir hacia Dire Dawa con el general Cintra, el coronel Fleitas y otros compañeros a bordo, pronto me di cuenta de que la reserva de potencia no era suficiente. El Mi-8 se levantó a poco más de un metro, espontáneamente disminuyeron las revoluciones de las palas del helicóptero y comenzó a desplomarse. Reaccioné de acuerdo con mi experiencia y pude dirigirlo a un pequeño claro a mi izquierda. Acto seguido maniobré para ponerlo en posición de aterrizaje, y ¡caímos a tierra! El trastazo fue fuerte, pero el helicóptero cayó sobre sus trenes de aterrizaje.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> El hecho ocurrió el 14 de marzo de 1978, según los apuntes del libro de vuelo.

De inmediato procedimos a apagar los motores, cortar el combustible, y desconectar la electricidad, el procedimiento usual en una emergencia de esa naturaleza. Al bajar vimos que la nave se había averiado; detectamos que los casquillos de las puntas de las palas habían sufrido al chocar con una mata de marabú o algo parecido, y con otro tronco se había perforado el tanque derecho. En realidad las averías eran ligeras, no se habían afectado otros componentes de la máquina; pero yo estaba muy molesto conmigo mismo, porque era imperdonable haber tenido un accidente por mi culpa, ¡y a la hora de recoger los bates!

Ciertamente fueron benévolos conmigo e, incluso, me trasladé de regreso a Dire Dawa con el general Cintra en un yipi. ¡Una larga tiradita desde Daga Habur y sobre todo de noche! Al día siguiente los soviéticos representantes de la fábrica de los Mi-8 fueron a buscar el helicóptero, y lo regresaron a Dire Dawa. Un par de días más tarde estuvo de alta.

## Un aparte para médicos, enfermeros y técnicos de la Salud

Al sur de Harar y en la propia ciudad se hablaba de malaria, fiebre amarilla, parasitismo, entre los padecimientos más comunes; era sensible la gran cantidad de vectores —moscas, mosquitos, pulgas, chinches— y de otros factores —la escasez de agua, la facilidad con que podía contaminarse y no estar apta para el consumo, los inconvenientes para usar las pocas instalaciones médico-sanitarias civiles y la inexistencia de unidades de este tipo y de personal en las tropas— que complicaban cualquier situación.

Tan complejo escenario imponía la presencia de especialistas cubanos, por lo tanto, hacia allá partieron integrantes de los Servicios Médicos con la tarea priorizada de mantener elevados índices higiénico-epidemiológicos en las tropas. La población también recibió estos beneficios.

El completamiento de los puestos médicos, y más tarde del hospital de la brigada, estuvo siempre por encima del 95 %. Con ello fue posible la asistencia médica en todo el curso de las acciones.

Desde el inicio su desempeño fue arduo y constante, incluso para los jefes, políticos y organizaciones del Partido y la UJC en la apli-

cación de medidas profilácticas: consumir las tabletas de cloroquina, hervir el agua de beber, controlar el sacrificio de animales para el consumo, prohibir el empleo de sus vísceras en la alimentación, garantizar buena cocción de los alimentos y el tratamiento adecuado a los escasos vegetales, exigir al personal de servicio el cumplimiento de las medidas higiénico-sanitarias en las cocinas de campaña y en el traslado hasta los combatientes.

### Doctor Faustino Castillo Franco

Fui jefe del puesto médico del Segundo Batallón de Tanques, movilizado en Cienfuegos y enviado a La Paloma, con la enfermera Emeritina. No nos preparamos con el batallón, posteriormente nos trasladaron a La Habana, y nos incorporamos a la unidad el 31 de diciembre de 1977, en el aeropuerto de Rancho Boyeros.

Ese día salimos para la URSS. En Moscú recibimos el nuevo año. El día 1.<sup>o</sup> volamos hacia Addis Abeba, adonde llegamos el día 2. Ya en el campamento de Arba, equipamos y preparamos el puesto médico y la ambulancia. Detrás de la columna partimos hacia Harar. En cuanto recibí las primeras orientaciones, nos dispusimos a trabajar. Siempre la labor fue intensa y compleja, pues atendíamos también a la tropa etíope agregada, un combatiente etíope era igual que un combatiente cubano.

El 22 de enero cruzaron muy cerca de nuestras cabezas las primeras balas, sentimos el calor de la metralla, por suerte no tuvimos bajas. Al iniciarse la ofensiva el próximo día, se me ordenó por el jefe del batallón, marchar por el camino a Cherifcale para recoger, y dar sepultura en Harar, a los cadáveres de cubanos y etíopes que, al parecer, habían caído en una emboscada. Después supimos que fue allí donde cayó prisionero el teniente Orlando Cardoso Villavicencio, el que quedó vivo milagrosamente, pues aún estaba allí el Gaz-66 en que marchaban, con numerosos impactos de bala.

Participé con el batallón en toda la ofensiva, atendimos a tres heridos cubanos, de ellos uno más complicado, y a más de quince combatientes etíopes que actuaban encima de los tanques, también a otros que presentaron enfermedades ligeras.

Permanecí poco tiempo en el batallón, dada mi especialización —cirujano—, me trasladaron al hospital de Harar, donde el trabajo no dejaba de ser intenso ni las condiciones embarazosas.

En ocasiones prestábamos servicio a los heridos en la propia ambulancia; el agua, siempre insuficiente, impedía la limpieza adecuada y quedaban residuos de sangre que, después de varios días, el olor era penetrante.

Pese a tanto y todo, recuerdo con mucho agrado la atención de mis jefes directos, combatientes etíopes y población en general, que nunca nos faltó.

### Rigoberto Calzada Soto

De la etapa inicial en que fui movilizado, lo recuerdo todo; pero solo voy a mencionar lo que el paso de los años jamás podrá borrar: la despedida con el Comandante en Jefe, la impresión de mi primera vez en un avión, y ver desde mi llegada a Etiopía un país en pie de guerra.

Allá fui chofer de la ambulancia del puesto médico del Segundo Batallón y miembro del pelotón de rescate, dirigido por el político del batallón. Con mi ambulancia anduve cientos de kilómetros por difíciles itinerarios, caminos llenos de fango hasta los tuétanos.

Siempre estuve cerca de las unidades. Los combates comenzaron el 22 de enero y al día siguiente, cuando iniciábamos la ofensiva sobre Cherifcale, cumplí la primera misión. ¡Qué misión! El jefe del batallón le planteó al doctor Castillo, recoger, identificar y sepultar en el cementerio de Harar, a los cadáveres caídos en esa acción.

Otro día, prácticamente sin saber cómo, tuvimos que sacar de un tanque en Arabí a compañeros muertos y a otro herido e inconsciente con quemaduras muy graves, que evacuamos con urgencia. Son vivencias difíciles hasta para contar. Por nuestras manos pasaron diecisiete muertos, cuarenta y tres heridos cubanos y más de setenta etíopes.

Circunstancias como estas casi siempre sucedían bajo el fuego, en una confusión total porque los disparos venían en todas las direcciones, lo mismo de cañones, que de infantería. ¡Qué decir del ruido ensordecedor de los lanzacohetes, los quejidos de los heridos y la desesperación nuestra por realizar una evacuación rápida!

Me siento orgulloso de que mi jefe de batallón en la guerra se me haya acercado para solicitarme que contara mis recuerdos. Allí cumplimos un trabajo para el que no transcurre el tiempo: late de manera constante en nuestros corazones.

## Doctor Felipe Mendizábal Basacu

«Los despidio como un padre despide a un hijo». Esas fueron las palabras finales del Comadante cuando nos reunió en el teatro de la fortaleza de La Cabaña, en el mes de enero de 1978. Yo hacía seis meses que había regresado de Angola.

Mi designación era para el hospital de la Tercera Brigada de Tanques como clínico, pero como el médico que debía ir para el Tercer Batallón no había llegado, se me planteó que asumiera esa responsabilidad. De inmediato me reuní con los sanitarios Perico Brunet, Roger Marín, Hermógenes Fuentes y Pedro Bosque.

Disponíamos de una ambulancia —Waz-452— y un camión Gaz-66. En estos vehículos organicé los medicamentos, instrumentos, equipos médicos y la reserva de medicina. Partimos hacia el Frente, formando parte de la retaguardia del batallón. En toda la marcha no hubo problemas. En Alem Maya, donde se ubicó la unidad, exigimos el cuidado que se debía tener con el consumo del agua, la higiene en la elaboración de la alimentación y otras tareas que imponían la vigilancia profiláctica para evitar enfermedades.

Sin tiempo para controlar estas medidas, ni orientarme, al amanecer del 24 de enero el jefe de batallón me planteó que la unidad había recibido la orden de participar en la exploración y limpieza de la zona de posibles enemigos. Por suerte, con mis colegas sí había arribado a la conclusión de que aquello era al duro y sin guante. Con una compañía de tanques e infantería, asumimos la primera misión combativa.

En las acciones que duraron hasta el 27 de enero, no tuvimos heridos, ni bajas, solo algunos casos de menor urgencia.

Hay momentos esenciales a los que quiero referirme. Uno de ellos fue al regresar de un combate, después de atravesar un río seco, algo habitual. Como habituales son sus rápidas crecidas, capaces de llevarse consigo hasta una vaca y cuánto encuentran a su paso. Esta vez, en cuestiones de segundos, fuimos arrastrados por la corriente del río.

De noche acampamos y al amanecer sentimos una explosión, rápido se elevó el humo. A los pocos minutos trajeron a tres soldados, entre ellos, al sanitario Luis Gustavo Bosque Verdecia; habían tomado un camión abandonado por el enemigo y lo traían para el batallón. Por suerte, solo uno tenía un rasguño en el labio. Al sanitario le repetí que su posición era en el puesto médico, pero por su juventud y el

deseo de sentirse más útil, regresó al campo minado para recuperar la técnica, entonces sucedió lo peor: cayó en otra mina, lo trasladaron con quemaduras del 90 % en su cuerpo. El equipo sanitario hizo lo que correspondía, pero fue necesario evacuarlo a la capital Harar. En un helicóptero donde había llegado el jefe de la Misión, fue trasladado. Estuvo como un mes hospitalizado, pero falleció.

Con el resto del puesto médico, fuimos al lugar de la explosión y con la ayuda de los zapadores, entramos. En el suelo había un compañero con una herida en el pecho (esternón), no penetrante y una pierna fracturada. Entre otras medidas, le inmovilizamos la pierna con un fusil, ya que no teníamos tablillas, y lo evacuamos.

Otro pasaje data de los tres primeros días de marzo cuando, por decisión del jefe del batallón, parte del equipo médico estaba subordinada a él y el movimiento era con los tanques. Como en las alturas de Golocha se preparaba una operación importante, rápido empezamos a cavar con barretas y palas los refugios; pero sin terminar el trabajo, disparos de obuses del enemigo empezaron a caer cerca.

Al silbido nos fuimos acostumbrando, nos indicaba si caerían más o menos lejos. Atrincherados, el puesto médico atendió situaciones menores, como la lesión en la espalda de un soldado etíope que tenía un cohete portátil antiaéreo (Flecha C2-C3; se curó y no se evacuó. Dos días permanecimos en esos parapetos, donde compartían espacio, los BMP y BM-21 de Vargas y Álvaro, respectivamente. También le dimos servicios a esa tropa, porque sus sanitarios y el médico, doctor Bello —fallecido mucho después— estaban en la retaguardia, o sea, más distante.

Inició el combate. En la ambulancia nos situamos a cierta distancia de los tanques, pero un proyectil cayó cerca y la onda expansiva, el humo y la tierra, inutilizaron nuestro vehículo. De momento quedé inconsciente. Al despertar salí en busca de refugio y el resto de la tropa; por el camino vi a un soldado etíope en el suelo; lo viré para darle atención médica, pero había muerto. Nada podía hacer, tomé su fusil y en la correa leí su nombre.

Encontré a los sanitarios en el refugio del puesto de dirección del teniente coronel Marino Álvarez, jefe del Tercer Grupo O-122 mm. Después reorganizamos los servicios médicos, pues se había previsto, por cualquier situación, guardar el equipamiento en el BTR de los zapadores. Continué con el batallón. En Jijiga se reforzó y llegamos a Kebri Degar.

Otra situación en la que el equipo de servicios médicos del Tercer Batallón demostró preparación fue durante una visita del jefe de la brigada, cuando un combatiente que había salido con una pipa de agua, regresó alertando que había enemigo cerca —de hecho, le había disparado y estaban las huellas en el camino—. De inmediato, el general le ordenó al teniente coronel Celá que saliera con un pelotón de tanques a enfrentarlo y este me indicó seguirlo en la ambulancia. El encuentro se produjo a una distancia más cerca que la señalada por el piper. No se pudo desplegar el pelotón, pero el fuego fue intenso; hirieron a siete paracomandos y uno resultó muerto —a este lo vi saltar dos veces por impactos de bala—. Cuando el general se enteró que yo había ido, se acercó y me dijo:

—Médico, tú no debes estar aquí. ¡Aléjate!

Yo era joven, con poca experiencia y le dije:

—Pero usted está aquí.

No se molestó conmigo, solo me repitió:

—Vete más lejos.

Cumplí su orden. Esa vez atendimos a ocho soldados etíopes con heridas graves que requirieron líneas intravenosas y expansores pragmáticos entre otras medidas; tuvimos que evacuarlos al hospital de Dire Dawa.

### Lilian Eugenia Baró González

Cuando me preguntaron por mi disposición para incorporarme a una tarea internacionalista, solo expresé que donde fuera necesario, no pregunté nada. Entonces era diciembre de 1977, trabajaba como técnica farmacéutica en el Hospital Clínico Quirúrgico de 10 de Octubre. Ya había cumplido veinticuatro años.

Ese día corrí a mi casa a dar la noticia: «¡Me voy de misión!», grité eufórica. La aprobación de mi familia fue unánime, aunque el interrogatorio no faltó.

Siempre he puntualizado que yo procedía de la vida civil, que mis únicas movilizaciones habían sido a la escuela al campo, al Cordón de La Habana, caminatas —dos veces al Cacahual— y otras actividades que organizaba la Unión de Jóvenes Comunistas.

Mi encuentro con el mayor Ávila Guerrero, jefe de Regimiento de Tanques U/M 2376, fue a mediados de enero 1978. Como a la hora

que llegué, se encontraba en la preparación de la unidad, lo esperé. Quizás por la ansiedad o el cansancio, al caer la noche me dormí en su propia cama. Cuando él llegó, según me contaron, no dijo nada. Al amanecer fue la interrogación: ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? Sin rodeos, me dijo que sería difícil conseguirme vestuario, «pero... ¡vamos a ver!», concluyó. Y, efectivamente, mi talla —79 libras y 1,34 de altura— no clasificaba entre la ropa con que se contaba en la unidad.

El jefe de Retaguardia se dispuso a buscar solución a mi vestuario. No pude partir el día 19 con el primer grupo. Aumentó mi incertidumbre. Al consultar mi almohada por las noches, me preguntaba: «Lily, ¿vas o no vas?» Por suerte, siempre encontré aliento en cada jefe: «¿Tú no te quedas? ¡Vas a aruñar con nosotros!» Al final hasta las botas me las consiguieron en los Camilitos de Guanabacoa. Comenzó entonces mi preparación militar en el campamento improvisado en la presa La Guayaba.

Pasados unos días, empezaron a arribar combatientes de Pinar del Río y Las Villas. Ahí inicié mi nuevo desempeño. A algunos con infección en la piel (sarna) tuve que atenderlos y darles charlas sanitarias para el tratamiento. Mi lucha fue fuerte, pues se resistían a ser revisados por una mujer.

En los primeros días de febrero, ya estaba en Dire Dawa. No se me olvida el reencuentro con Ávila. «¡Tú sí que eres dura! ¡Felicidades!», exclamó y me explicó mi ubicación en el hospital. Del grupo que llegaba, yo era la única mujer.

Nunca antes había tenido un arma en mis manos, ahora acariciaba el AKM —casi más grande que yo— y, por supuesto, verme rodeada de cañones, tanques, aviones, helicópteros, ametralladoras, entrada y salida de tropas, heridos, carros cargados de material de guerra, me sorprendía muchísimo. A eso se unía el hecho de que no tenía práctica ni conocimientos de enfermería, yo era técnica en Farmacia. Solo en la medida en que pasaron los días me fui aclimatando a la nueva realidad. Me decía: «Lily, para atrás ni para coger impulso?»

Sin separarme de los enfermeros y médicos fui aprendiendo a tomar la presión arterial, inyectar, curar, asistir en las amputaciones u operaciones. Lo que sí no tuve que aprender fue a brindarles apoyo emocional a mis compañeros heridos y enfermos. Siempre estuve ahí, para ellos.

Días después fui ubicada en la brigada médica cubana, cercana al hospital Francés. Ahí el trabajo fue más duro; hubo veces en que se empataba el día con la noche atendiendo casos que llegaban. No me desvinculé de mis compañeros en el hospital de la Tercera Brigada, en muchas ocasiones los ayudé en lo que era necesario.

Con el avance de las tropas a mediados de febrero, una gran parte del hospital se envió al Frente. El jefe de Personal de la brigada, teniente Adail Sardiñas, me comunicó que no me incorporaron al grupo por el peligro que implicaba esa posición —unidades en marcha y combates—. «Debes quedarte aquí con la brigada médica realizando tu trabajo en el hospital. Hay muchas opiniones buenas sobre ti», me dijo con el interés de tranquilizarme. El hecho es que mis compañeros se habían ido y ni me avisaron. Me sentí traicionada.

Sin pensarlo dos veces, subí a un camión de la Retaguardia y me aparecí ante ellos. Entre el asombro de todos escuché sus disculpas. Eso sí... nunca más me dejaron fuera. Se corrió el rumor de que Fidel había dicho que tenían que cuidarme, porque yo tenía que regresar. No sé si fue verdad o mentira; pero temían que me pasara algo. Participé en todas las acciones combativas de la brigada. Además de las labores de enfermería, fungí como instrumentista de salón en las operaciones; preparé a heridos para su evacuación, que casi siempre se hacía en helicópteros.

Por dificultades con el agua, me autorizaron a trasladarme a Dire Dawa; ya llevaba muchos días usando suero fisiológico para el aseo.

Uno de mis días en el hospital Francés, el capitán Peña, jefe de Vestuario de la brigada, me informó que recibiríamos a varios fallecidos del combate en Arabí —quince—. ¡Qué momento tan duro para quienes asumimos la responsabilidad de preparar sus cuerpos —ya en muy malas condiciones— para el traslado al cementerio de Harar! Los tratamos con sumo cuidado, no descuidamos ningún detalle. Algunos jefes, muy preocupados, se mantuvieron presentes durante este trabajo.

Pasados solo dos días, recibimos en horas de la noche un helicóptero con heridos y un fallecido. Me correspondió vestir al mayor Juan Armando Tamayo Molina. Yo lo había conocido en la brigada antes de partir para el Frente. Otro hecho que me ha marcado para siempre ocurrió el 26 de febrero, cuando se ahogaron en el río ocho compañeros de la brigada. Me dieron la noticia y me dijeron que uno de los fallecidos era el capitán Peña. No hacía ni cuarenta y ocho horas

que había estado con nosotros en la preparación de los cadáveres anteriores. Sin detener las lágrimas, asumí de nuevo tan triste servicio. Hasta coger la identificación en las chapillas fue difícil, estaban hundidas en la piel dado el estado de los cuerpos. ¡Cuánto dolor!

Viví días en que no me aparté ni un minuto de mi trabajo. En menos de una semana —del 21 al 26 de febrero—, perdimos a veinticinco hermanos nuestros. Con el corazón partido volví al Frente. Ya las unidades andaban por las elevaciones de Golocha, las caravanas se movían en esa dirección. Fui bienvenida por mis compañeros; les conté lo ocurrido, desconocían los detalles. Pero cada una de esas muertes nos daba más fuerza para seguir adelante.

En la ofensiva las tropas llegaron a Jijiga. El hospital de campaña avanzó con las tropas. Me mantuve como instrumentista de salón y enfermera. Varios casos, cubanos y etíopes, atendimos en las casas de campaña y en la propia ambulancia asistíamos a los heridos.

Los soldados del puesto de mando, aunque mínimas, me crearon las condiciones para el aseo y necesidades fisiológicas. Se portaban muy bien conmigo, no obstante, de vez en cuando resulté víctima de sus maldades: que si las serpientes... que si animales salvajes... cuántas ocurrencias del humor cubano, que no faltó nunca. Muchas necesidades, pero buen semblante.

El 5 de marzo, en el momento en que salí en busca de agua hasta una pipa, se produjo un gran tiroteo. Cientos de balas en el aire y yo alejada del puesto de mando unos doscientos metros. Atiné a protegerme debajo de una pipa, las piernas me temblaban cuando sentí al chofer que me gritaba: «¡Lily estás loca! Sal de ahí que la pipa es de combustible». Me sacó y regresó a mi puesto. Al llegar supe que los etíopes festejaban porque habían tomado Jijiga. Me vino el alma al cuerpo.

Los somalíes en su desbandada abandonaban gran cantidad de medicamentos. Algunos los utilizábamos, otros los desechamos porque habían abierto la envoltura o desconocíamos su uso. A pesar de las distancias, el mal estado de los caminos y del tiempo, nunca nos faltó un medicamento para atender a los combatientes, incluso a los prisioneros. Todos fueron tratados de igual manera hasta el final de las operaciones en Jijiga.

A mediados de marzo nos comunicaron el regreso a Dire Dawa. La columna de la brigada se puso en marcha y nosotros avanzamos con

la retaguardia. Recuerdo la travesía por entre lomeríos; conocí el Paso de Marda, del que tanto se hablaba y ni pensaba verlo de cerca ni admirar sus hermosos paisajes.

La entrada a Dire Dawa fue un acontecimiento sin palabras para describir, cuántos etíopes nos ofrecieron un saludo enardecido, como había sucedido a lo largo del trayecto hasta la ciudad.

Una vez en la ubicación del hospital de la brigada, nos libramos del polvo y la suciedad acumulada para continuar la atención de los combatientes y de la población, la cual acudía con muchísimas enfermedades.

Había concluido una agitada jornada. Esta noche pensaba irme a la cama temprano si no se presentaba alguna urgencia, decisión poco común, pues siempre concurría a las tertulias en las que se hablaba de alguna noticia de la Isla; a los intercambios sobre lo acontecido en el día y los planes siguientes, o intentábamos entonar melodías trovadorescas.

Lo cierto es que ese día, concluido el horario de la comida, alguien dijo: «¡Todos al comedor dentro de media hora!» «Y, ¡tienen que estar todos!», aclaró el coronel Santana.

Bueno... no pensé en ningún incidente traumático. Hacía tiempo que todo funcionaba dentro del equipo, pero fue inevitable que una lucecita se volviera a encender; pero... qué raro que no se hubiese filtrado algo. Nadie sabía nada.

A la hora indicada, reunidos escuchábamos al jefe de Retaguardia. Comenzó dando un rodeo, que si esto... que si lo otro... cosas incoherentes, no propias de su forma, caracterizada siempre por ir de frente y directo. Miraba las caras como disfrutando su maldad; pues sabía que la gente estaba inquieta. Al fin planteó: «Se nos ha encomendado una peligrosa misión, para lo cual debemos elegir a la persona que reúna excepcionales condiciones». Ya nos dimos cuenta de que algo tramaba, su rostro no denotaba inquietud, más bien un sentimiento de alegría mal disimulado. «Este compañero contraerá una gran responsabilidad: hacernos quedar bien. Tenemos una propuesta para someter a la consideración de ustedes...». Hubo un prolongado silencio.

Alzando la voz, casi gritando, dijo: «La persona que consideramos más indicada es nuestra hermosa, inteligente, querida, y apreciada Lily».

¡Yo quedé estupefacta! Después de aquella jugada a lo maquiavélico, no se sabía para qué me proponían. Pensando que era un juego, me levanté de un salto y alzando mi voz por encima del bullicio, grité: «¡Sí! ¡Está bien! ¡Acepto! ¿Pero se puede saber para qué es o se trata de un secreto militar?» De nuevo se hizo el silencio.

El coronel, ahora con voz resuelta, expresó: «Compañera, Lily, entendemos, pero nuestra propuesta es que usted sea quien, en representación de nuestro puesto médico, participe como delegada al XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes en Cuba». Recuerdo las palabras del coronel... a mis compañeros de pie... los aplausos prolongados... y me vuelvo a emocionar.

Me exigieron hablar y yo había quedado sin palabras, sin saber qué decir, «¿Lily, qué tienes que decir?», insistían. Y yo que soy de pocas palabras... Finalmente dije: «Estoy muy sorprendida y contenta, pero en nuestro equipo hay muchos jóvenes que se han destacado...». Los aplausos me interrumpieron. Entonces corrieron mis lágrimas.

El coronel llamó al orden a los más de cuarenta compañeros reunidos. «¿Hay otra proposición?», preguntó. Y se sintió un ¡noooo! fuerte y unánime. Las manos se levantaron al unísono para aprobar la propuesta.

Esa noche, que pensaba dormir desde temprano, el sueño se ausentó. Enseguida, por plantilla, me otorgaron el título distinguido de Correo Honoris-Causa; nada menos que con encargo a domicilio. Tenía el alto honor de entregar personalmente la correspondencia de mis compañeros a sus familiares.

De regreso a la patria, junto al reducido e improvisado colectivo que procedía de diferentes unidades y formaba la delegación de jóvenes de las FAR en misiones internacionalistas, seguía marcando el paso como la única mujer que, con su carga de alegría, lo contagiaba todo.

Ya en el festival participamos en diferentes sesiones sobre las experiencias de la juventud en sus naciones. El programa tenía prevista una actividad dedicada a América Latina y el Caribe. ¡Qué imaginar la presencia de Fidel! Fue él quien presidió esta sesión de trabajo y a mí me designaron maestra de ceremonia. Al anunciarlo solo repetía: «Fidel... Fidel... Fidel...» sin poder añadir sus apellidos e identificación en grado y cargo como correspondía. Él se percató de mi nerviosismo y con una sonrisa picaresca, me dijo:

—Ni te preocupes, no hacen falta presentaciones, aquí todos me conocen.

Enormes carcajadas e intensos aplausos contribuyeron a sellar el emocional accidente; luego su mirada dulce, tierna y la sonrisa sincera, como sedantes, me devolvieron a la realidad. Esto solo lo logran los grandes por el conocimiento natural que tienen de las multitudes.

Escuchamos sus reflexiones sobre la importancia de las organizaciones de masas; los enfoques y puntos de vista de la actual política; el bloqueo; la situación de la región, entre otros temas. De todo habló en un idioma universal, comprensible para aquel auditorio joven y heterogéneo, donde el interés no decayó ni un solo instante.

Cuando arribamos a la clausura del evento, el amor y la fraternidad alcanzaron tan alta temperatura que no hubiera existido instrumento capaz de medirla.

Pasada una semana regresé a la brigada de tanques y a mi puesto médico. Los compañeros, ansiosos, querían saber del evento. Entonces el político organizó varios conversatorios de los delegados de la brigada, en las distintas unidades. Ese era un propósito: extender al resto de los jóvenes cubanos lo sucedido en el XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes.

### Gilberto J. Prieto Pérez

Corrían los primeros días de 1978 cuando dije sí al nuevo reto: esta vez camino al Ogaden. De noviembre de 1970 a diciembre 1972 había salido a Guinea Bissau como enfermero de tropas especiales del Ministerio del Interior. A menos de un año de mi regreso y hasta septiembre de 1975 volví a una segunda misión en la República Popular de Yemen, en el Frente de Liberación de Oman; entonces me iniciaba como anestésista. Al solicitar Agostinho Neto, la ayuda de nuestras fuerzas armadas y del pueblo de Cuba ante la agresión del ejército de Sudáfrica y de movimientos internos que luchaban por el poder, me trasladé al continente africano de nuevo; en esta ocasión —diciembre de 1975-julio de 1976— me acogió el enclave de Cabinda, donde me desempeñé como anestésista en el puesto de mando del regimiento.

Ahora, cuando arribé a Etiopía, la asistencia médica ya estaba extendida a los combatientes cubanos, etíopes y a la población. Me

ubicaron en la base hospitalaria en la ciudad de Harar. Tan pronto como el 22 de enero, con el comienzo de los combates, nuestro trabajo se intensificó. Se nos unía el día con la noche. Mi especialidad era fundamental junto a los cirujanos, ortopédicos y otros especialistas, dadas las múltiples operaciones que tuvimos que hacer.

Los compañeros de la Salud y de Seguridad hicimos cuánto estuvo a nuestro alcance para salvar la mayor cantidad de vidas, que incluían a prisioneros somalíes. Durante esos días nos visitaba con frecuencia el general Sixto Batista para conocer el estado de los pacientes; interesados también estuvieron siempre nuestros jefes superiores: el Ministro de las FAR y el Comandante en Jefe.

Han pasado más de cuarenta años de los acontecimientos que narro... y el hecho de que me convocaran para dar mi testimonio, ha hecho renacer la emoción que me produce haber brindado mi ayuda a otros pueblos.

## Un hombre de primera línea

Porque el tiempo no fue suficiente para hoy leer las vivencias de Ibrahim Hernández Baró, a través de sus propias palabras, su compañero y jefe en la guerra de Etiopía, lo trae a estas páginas. Para ambos autores es un deber... un homenaje.

José Aroche Pacheco

Conocía a Ibrahim Hernández Baró desde su llegada al Ejército Central. Siempre fue destacado en el cumplimiento de su deber. Me alegré muchísimo el día que lo designaron como segundo de mi unidad. Desde el inicio en la preparación del batallón trabajó incansablemente, tenía buen dominio de la técnica. Era un hombre de primera línea.

En Etiopía participó de manera activa en el alistamiento del batallón y siempre estuvo con la compañía que se designara a la cabeza de la columna; solo alternaba su posición cuando había que resolver una dinámica complicada. Antes de que iniciaran los combates, integró el grupo de trabajo que realizaba el reconocimiento del terreno, y ¡qué importancia tenían las ideas que aportaba!

En las acciones del 22 de enero al sur de Harar y en las sucesivas al norte de Dire Dawa por la toma de Harewa; en las misiones cumplidas por el batallón los días 8 y 9 de febrero; en los combates de Gildesa y Arabí y en la toma de Jijiga, siempre dio muestras de coraje, destreza e iniciativas.

Con el retorno a Dire Dawa, los hombres cambiaron el fusil por instrumentos de trabajo —pico, pala, martillo— para el mejoramiento de las condiciones de vida y la preparación de los polígonos y áreas de instrucción. Igual que en los combates, las jornadas se extendían hasta la noche. Nadie miraba las manecillas del reloj. Ibrahim era capaz de aglutinar a su alrededor a una gran cantidad de combatientes cubanos y etíopes.

Ocupó la jefatura del batallón hasta dada la misión por cumplida. Con idéntica actitud fue de los combatientes internacionalistas que estuvieron en Angola de 1984 a 1987.

Al fallecer, ostentaba el grado de teniente coronel; la Orden al Valor Antonio Maceo; medallas en el campo de combate de Etiopía de Primera y Segunda Clase de Internacionalista, de Ignacio Agramonte, por el Servicio a las FAR (X, XV y XX años), por los aniversarios de las FAR (XXX, XL y L), Servicio Distinguido (4), por la Alfabetización, entre otros reconocimientos.

## La técnica militar hasta el frente de combate

Además del puente aéreo que estableció la Unión Soviética con Etiopía, el puerto de Assab fue otra vía para la entrada de buques con la técnica militar procedente de ese país. Su colaboración fue decisiva para equipar las unidades de tropas cubano-etíopes. Allí la recibían especialistas de ambas naciones, que luego la trasladaban hasta su área de recepción (Arba).

Gerardo Grau Serra

Cuando nos trasladamos al área de recepción de la técnica (Arba), tuve que apelar a mi maltrecho inglés para entenderme con los nativos

mientras recibíamos los medios de combate. Entonces yo era sustituto para la técnica del Segundo Batallón de la brigada.

Los tanques, en su mayoría, los recibimos directamente en el centro de recepción Arba, los cuales se empleaban en la preparación de los tanquistas etíopes. A su llegada presentaban problemas de mantenimiento que resolvimos en casi todos los casos antes de comenzar la marcha hacia el Frente. Algunos, con dificultades en el completamiento de los agregados, le hallé solución con los asesores soviéticos, y con los tanques del enemigo que resultaban baja en el campo de batalla. Las propias dotaciones se encargaban de mejorar este índice.

Durante el cumplimiento de la segunda jornada de marcha —11 de enero—, un tanque se salió de la traza y paró con una inclinación de más de 15 grados y una de las esteras partidas. Entonces nos dimos a la tarea de rescatarlo: atravesamos en el camino el carro taller, desplegamos los dos cables de remolque del tanque y con la ayuda del personal etíope que se trasladaba en dos ómnibus, logramos empatarlos. Subirlo fue otra tarea ardua producto de su inclinación; le indiqué al conductor que pusiera la primera velocidad y acelerara al máximo. Con la tracción que ejerció el carro taller y el desplazamiento del tanque, lo salvamos e incorporamos a su lugar en la columna. Así cumplimos con éxito aquella dinámica.

A otro tanque se le fundió un motor. Estuvimos ocho días a la espera del que se reemplazaría. Con la propia dotación de la máquina y el personal de la escuadra de reparaciones, lo cambiamos e incorporamos a su compañía en tiempo récord.

Ya en la región de concentración se revisó minuciosamente la técnica y restablecimos de manera óptima sus parámetros.

El 22 de enero el batallón entró en combate, y con él el pelotón de rescate. Ese mismo día evacuamos un tanque que cayó en un campo minado y le explotó uno de esos artefactos. Esta tarea la cumplimos bajo el fuego de la artillería, con el tanque remolcador BTS-4, y al tratar de comunicar con el jefe del batallón para informarle el trabajo realizado, el remolcador fue impactado por un proyectil de 100 mm; por suerte, no sufrió daños de consideración ni la dotación tampoco. Rápido nos trasladamos de lugar y el enemigo fue neutralizado con la acción de los tanques de la compañía.

Otro día, en el cruce de un río en la dirección del Primer Batallón, recibí la orden de socorrer a esa unidad cuando varios de sus tanques

se encontraban atascados. De nuevo acudimos con el BTS-4 y otro tanque. En corto periodo de tiempo se incorporaron a su compañía.

Concluido lo planificado al sur de Harar, el batallón partió hacia Dire Dawa, nuestra tarea principal consistió en preparar a los conductores mecánicos para superar el itinerario que debíamos recorrer. Dada la cantidad de giros y cambios de velocidades a que estaría sometida la técnica, sería inevitable el fuerte calentamiento de las bandas de frenos y la temperatura alta. Por iniciativa de las propias dotaciones, al presentarse esta contrariedad, se utilizaron guantes y material de lona. Cada tripulación tenía que resolver su problema, pues era casi imposible llegar de un tanque a otro por la estrechez y configuración de la vía. Desde un nivel se podía apreciar el nivel inferior y la marcha de la columna.

En tan compleja tarea, a pesar de trasladarse la brigada completa con sus medios, no hubo accidente. Fue una gran proeza, sobre todo, de los conductores de los tanques y choferes de los vehículos.

La entrada en combate en el desierto del Ogaden constituyó un reto en la búsqueda de soluciones prácticas ante las condiciones climatológicas y geográficas —altas temperaturas, suelo arenoso, lluvias constantes—. Ante la temperatura alta del agua en los motores y por no contar con el equipo de comprobación de las válvulas de aire, teníamos que regularla progresivamente, es decir, le dábamos media vuelta a la válvula y comprobábamos con los conductores sus resultados hasta que alcanzara la temperatura normal.

Una dificultad seria fue cuando los tanques empezaron a girar para un solo lado sin operar los mandos, o cuando al maniobrar con uno de ellos, frenaba. Del análisis de esta problemática, los técnicos y mecánicos concluimos que todo se debía a que las levas de los mandos estaban calzadas con la arena que se iba alojando y afectaba el mecanismo. Entonces hicimos un hisopo de alambrión para cada tanque, se les impartió una clase a los conductores y se transmitió la experiencia al resto de la brigada.

En los combates de Arabí, la evacuación de los tanques la hicimos bajo la metralla. La orden del jefe del batallón era que no podía quedar ningún tanque a merced del enemigo. Una vez más el BTS-4 y los tanques con sus cables de remolque desempeñaron un papel primordial, basado en la consigna de nuestro Comandante en Jefe: «La técnica vale, lo que vale el hombre que la maneja».

Con este concepto que mantuvimos siempre logramos sacarle a cada medio el máximo a pesar de las condiciones naturales tan adversas. Fue incalculable el arrojo y sacrificio de nuestros combatientes. Me siento comprometido de rendir este testimonio en nombre de ellos y de los que cayeron en el cumplimiento del deber.

## Imágenes para la historia

En tiempos de la guerra viajaron a Etiopía combatientes que, formando parte del grupo de filmicos, participaron en los combates, grabando, tomando fotografías y relatando los detalles de cada acción o hecho relevante, sin importar los riesgos ni las difíciles condiciones de trabajo, pero también dispuestos a empuñar su fusil colgado al hombro.

Danilo Aguilar Pérez

De la guerra de Etiopía, en la cual participé como corresponsal junto a un grupo de cineastas cubanos, guardo muchos recuerdos de sucesos en que nos vimos involucrados, mientras recogíamos imágenes irrepetibles que debía atesorar la historia.

Días antes de la victoria —5 de marzo—, un pequeño grupo de compañeros regresábamos al Frente para participar en la última ofensiva. Recién habíamos entregado todo el material firmado y dado un rápido mantenimiento a nuestros equipos —no tan fuertes como la técnica y el armamento de combate—, además de aprovisionarnos de películas nuevas, rollos, cintas de grabación, en fin, de todo nuestro material de combate, como podríamos llamarle en este caso.

Por un resbaladizo camino nos desplazábamos en un potente camión Gaz-66. Como de costumbre, yo lo conducía. Detrás habíamos dejado el poblado de Gildesa, después de cruzar con bastante dificultad su improvisado mar, un río que lo atraviesa casi por el centro y lo divide artificialmente en dos; pero ese día crecido por las prolongadas lluvias. Nos vimos obligados a esperar un tiempo considerable para que bajara el nivel de sus aguas, pues el vehículo era bueno para el fango, pero no era un buen anfibio.

En la cabina del camión iba el jefe del grupo fílmico, mayor Roberto Velázquez Ocampo, experimentado combatiente y cineasta; en la cama del Gaz-66, el camarógrafo Ángel Alderete y el sonidista Ubigildo Sánchez. Transitábamos por un camino desconocido, que el enemigo había abandonado pocas horas antes. Mostraba aún huellas frescas de los combates. Con los nervios en tensión llegamos a la cima de una pequeña elevación, divisamos a poca distancia el cruce de un pequeño pero caudaloso río, cuyas aguas en avalancha arrastraban desde las altas montañas cuanto objeto encontraban a su paso.

Ya en la orilla, por decisión del mayor Velázquez detuve la marcha. Permanecimos inspeccionando visualmente el río —conocíamos lo sucedido a nuestros compatriotas el 26 de febrero—, tiramos varias piedras para ver más o menos la fuerza de la corriente e introducimos palos para comprobar su profundidad. Concluimos cruzarlo con mucho cuidado.

Atrapados en el torrente de aguas claras, a pesar de ponerle todos los hierros —como dicen los experimentados choferes—, o sea, conectarle la doble tracción, al llegar al centro del río brincando entre sus aguas, debido a lo accidentado del fondo, aceleré al máximo, pues la profundidad era mayor y la corriente había aumentado, provocando que el motor se apagara. ¿Qué silencio? Agua y objetos golpeaban la carrocería, aparecían pequeñas olas. Nos invadió un nerviosismo generalizado. A mí me dio por golpear con las botas el pedal del acelerador, como si estuviera pegándole al suelo. El jefe, con gran celeridad, me pedía que hiciera algo, a la vez sacaba la cabeza por la ventanilla y les ordenaba a los compañeros, en la cama del camión, que no fueran a tirarse, porque el agua los arrastraría. Quedamos atrapados.

Los de arriba me preguntaban qué sucedía y jocosamente, a pesar del peligro, me gritaban «¡Danilo, vas a lavar el motor aquí!» En ese momento, más calmado y con algún dominio sobre mí, abrí el capó; por suerte, en esos vehículos está dentro de la cabina, y revisé el motor para ver qué pasaba. Fui directo al delco y me percaté de que le había entrado agua. Rápido lo sequé lo mejor que pude sin dejar de mirar el agua, que casi la podía tocar con las manos, incluso me parecía que a veces el nivel subía. Para animarme les gritaba a mis compañeros que controlaran sus nervios, «pronto termino de lavar el motor». Para una otra.

Terminé el secado le coloqué su tapa, abrí el chucho de arranque y no niego que con nerviosismo giré la llave. Pasados unos segundos de ronroneo, los cuales me parecieron minutos, sentí el rugir del potente motor. Le di varios acelerones para comprobar su efectividad, cerré el capó y me dispuse a salir de aquel infierno. Conectar la primera velocidad no fue fácil, pues el pie izquierdo no lo podía poner en el pedal del embrague, solo lo logré con la ayuda de mi mano temblorosa. Realizada esta operación aceleré casi a fondo, como hacen los pilotos al avión en su despegue.

Decidí retirar el pie del pedal del embrague (cloche) más rápido de lo normal y el carro, como si también se hubiera dado cuenta de estar en aquellas peligrosas aguas, como un animal asonado partió como una flecha hacia la salvadora orilla.

Fuera de peligro, paré en firme bruscamente, tiré la emergencia y salté a tierra. Mis compañeros hicieron lo mismo, y miraban el río, no sé si con cara de burla, de desafío o con mucho respeto. En medio de los comentarios y hasta alguna jarana, nos disponíamos a abandonar el lugar, cuando Alderete gritó: «¡Miren para allí!» A unos veinte o treinta metros, donde las aguas chocaban con ímpetu arrollador contra unas gigantescas rocas que se interponían en su camino, había incrustado contra ellas, un amasijo de hierro y latas retorcidas como si fueran de papel. Eran los restos de un enorme camión. Nos quedamos atónitos, mirándonos unos a otros, y de vez en cuando hacia aquel impresionante espectáculo, sin encontrar palabras que pronunciar.

El largo silencio se rompió, cuando empezamos a accionar las cámaras para dejar constancia gráfica de aquel triste hecho, a punto nosotros de un trance similar.

## Más allá de los fusiles y las balas

Antes de la formación de la Tercera Brigada de Tanques ya existía en Etiopía, como parte de la MMCE, la Sección Política del Frente. Radicaba en la ciudad de Harar y su jefe era el general de brigada Sixto Batista Santana. Con su equipo había organizado y realizaba el Trabajo Político y de Partido en las unidades que constituyeron el embrión de la brigada y los grupos de artillería.

Llegué al Frente el 22 de enero como jefe de la Sección Política, coincidió con el inicio de las acciones combativas. El general Sixto y los compañeros de la Sección me explicaron lo fundamental atendiendo a las orientaciones del general de ejército Raúl Castro Ruz, dadas durante su visita a Etiopía los días del 5 al 12 de enero.

También formaban parte de mi preparación, las orientaciones traídas desde Cuba y las palabras de nuestro Comandante en Jefe en los actos de despedida —más de quince—, momentos en que daba la impresión de estar en el país hermano. Al detalle hablaba de la importancia de la misión, cómo debían ser las relaciones con la población, la necesidad de hacer trincheras para protegernos e incluía muchas precisiones desde el punto de vista militar y político que fueron la base del Trabajo Político y de Partido.

Aquel primer combate, en el que las tropas rechazaron una gran embestida de forma sorpresiva, y cobró las primeras bajas nuestras, fortaleció la actitud de los compañeros a nivel de todas las unidades. Fue el momento, en la práctica, de saber que estábamos frente a un adversario con una técnica moderna, en su mayoría igual a la nuestra e, incluso, con alguna que aún no poseíamos los cubanos.

En la primera pausa operativa, al trasladarse la brigada hacia Dire Dawa, y con orientaciones precisas de su jefe, general de brigada Leopoldo Cintra Frías, puntualicé las tareas de la Sección Política y de los sustitutos de los jefes para el Trabajo Político, de los secretarios de los núcleos del Partido y la tropa en general. Todo este desempeño estuvo centrado en llevar a cada combatiente, en contacto personal, las experiencias del primer combate y la preparación para los futuros.

A partir de ahí, la planificación y los aseguramientos quedaron en manos del estado mayor de la brigada y se creó la Comisión Adjunta del Partido y los núcleos de la organización partidista en el estado mayor y en la retaguardia.

En los días restantes, hasta el regreso de la brigada a su lugar de origen, la principal forma empleada fue el ejemplo personal de los jefes desde la MMCE hasta las escuadras. Un destaque importante merece el contacto personal e, incluso, a través de los equipos de radio de los tanques, medios blindados y en los emplazamientos de la artillería, así los jefes pudieron ejercer una información a tiempo, segura y decisiva,

a la vez que sabían la situación de cada medio de combate. Muchas iniciativas ilustran este acercamiento. El teniente coronel Aroche, por ejemplo, ante situaciones difíciles hizo famosa la frase «métele caña»; pero hubo otras, muy criollas, que exacerbaban el ímpetu de los combatientes.

Los múltiples mensajes del Comandante en Jefe, unos para felicitar a las tropas por los éxitos en determinados momentos y otros para dar ánimo cuando existieron circunstancias difíciles, ejercían tal influencia positiva hasta al último soldado, que no es posible describirla con palabras. De igual manera ocurría cuando los jefes de la Misión y de la brigada se presentaban en los puestos de combate. El ánimo y la moral de lucha se elevaban de manera considerable.

En las noches, después de los embates o en los recesos operativos, las principales tareas estaban encaminadas a la reposición de la capacidad combativa de las tropas y a evitar reuniones, salvo aquellas que eran para el planteamiento de misiones o para algunas orientaciones precisas o señalamientos, incluso, en la medida en que íbamos adquiriendo experiencias, se les dedicó menos tiempo.

Resultó muy positivo en nuestro trabajo el hecho de que las unidades recién llegadas desde Cuba tuvieran una identificación plena entre jefes y subordinados; se conocían y eso propiciaba confianza y cohesión entre unos y otros. Situación similar sucedió con el estado mayor de la brigada, muchos oficiales procedían del Regimiento de Tanques de la División 1700, y allá continuaron desempeñando el mismo cargo, a veces hasta mantuvieron los mismos núcleos del Partido y comité de base de la UJC de procedencia, solo se incorporaron los nuevos militantes.

Expulsado el invasor somalí del Ogaden, se inició una etapa no exenta de dificultades. Nos correspondía desarrollar un trabajo diferenciado con el personal. Cumpliendo las indicaciones de la Sección Política del Frente, efectuamos un activo del Partido donde se analizaron y debatieron el papel de los militantes y las organizaciones políticas en las nuevas tareas.

La inmensa mayoría de los combatientes se consideraba héroe; no había duda de su heroicidad, pues ir a lo desconocido, más allá de 15 000 km a luchar y dar la vida —como la dieron tantos compañeros—, con el solo interés de cumplir con el deber internacionalista, no puede tener otro calificativo. El problema se presentó cuando comenzaron las

comparaciones y sobrevaloraciones individuales y por unidades. Aunque lo apreciamos como una tendencia a reflejar el orgullo por haber cumplido, había que enfrentarlo de forma cuidadosa e indirecta para no dañar el estado político, moral y disciplinario de la brigada, ni se impregnara la idea de que era hora de regresar a la patria.

Dos iniciativas ayudaron a resolver lo que podía ser un problema: creamos una sala de Historia Combativa donde se reflejaba la participación de cada unidad, se exhibía un mural con las fotografías de los compañeros caídos y vitrinas con sus propiedades; y organizamos visitas a las distintas tropas para ampliar la visión de cuánto habían hecho los combatientes de la brigada y los subordinados a ella, y se le rindiera tributo a quienes habían ofrendado su vida.

Fueron surgiendo actividades de esparcimiento: se creó una estación de radio que transmitía noticias, comentarios y música; salía al aire cada día por espacio de una hora. Se organizó un combo que, rotando por campamentos, realizaba conciertos. Se introdujeron en el horario otros entretenimientos; juegos de mesa, como ajedrez, damas, y también deportivas, el voleibol fue una de ellas; hasta formamos un equipo de pelota, aprovechando la presencia, entre los combatientes, de Alfredo Street, lanzador del equipo Industriales, y de otros aficionados a este deporte. Como había quienes habían estado en Angola, estos hicieron su aporte con algunos entretenimientos que allá practicaban.

El trabajo de las organizaciones del Partido y la UJC en esta etapa fue muy intenso. La militancia mantuvo su ejemplaridad. El desempeño político de los jefes y sus sustitutos nos permitió enfrentar exitosamente la etapa de posguerra.

En el desempeño de Cuba por expulsar del territorio etíope a los agresores somalíes, se puso de manifiesto desde el punto de vista estratégico, en primer lugar, la persuasión por la vía diplomática y la labor personal de nuestro Comandante en Jefe, como presidente entonces del Movimiento de Países no Alineados.

Fidel fue un incansable mediador entre las partes que optaban por la agresión militar y la influencia negativa de los países que la apoyaban; la maduración de la idea general previendo el desenlace armado, a más de 14 600 km de nuestro país.

Solo un hombre de tal estatura era capaz de persuadir a nuestro pueblo en tan compleja misión; capaz de unir a las masas trabajadoras de los países involucrados en el conflicto; lograr cronológicamente la elevación del nivel defensivo de las Fuerzas Armadas de Etiopía (tropas regulares); la participación de su pueblo en la constitución de las milicias; el envío de la técnica militar y sus asesores desde los puertos y aeropuertos de la Unión Soviética, y de nuestras fuerzas armadas desde la República Popular de Angola y nuestro país; la creación de un corredor aéreo permanente Cuba-URSS-Yemen-Etiopía, y Cuba-Angola-Etiopía e, internamente, Addis Abeba-Dire Dawa, así como la travesía marítima URSS-Etiopía y Cuba-Angola-Etiopía para el traslado de los efectivos y la técnica militar para constituir en solo seis meses —antes de la agresión directa del enemigo el 23 de julio 1977—, tropas con más de 14 000 hombres; aniquilar en solo cuarenta y cinco días la poderosa agrupación somalí mediante los combates ofensivos al sur y norte de Harar, a través del desierto del Ogaden; avanzar de manera simultánea por el macizo montañoso del Paso de Marda; alcanzar el completamiento de más del 90 % de internacionalistas cubanos antes de la toma de Jijiga y, por último, el restablecimiento de la frontera con Somalia.

Todo ello demostró el más alto nivel en esa década en cuanto a la destreza, organización y dirección de las tropas desde el PGM-FAR, el EM-FAE y el grupo de trabajo creado por las fuerzas armadas de la URSS, y en la cooperación de la aviación, tropas terrestres, artillería y unidades de aseguramientos combativos y logísticos.

Nadie duda que la participación de Cuba en la guerra de Etiopía es una de las grandes proezas del arte militar cubano en las cuatro décadas que nos separan de su realización. Fue una forma digna de honrar al general Antonio y el centenario de su protesta en los Mangos de Baraguá contra una paz sin independencia para los cubanos; al decir de nuestro Héroe Nacional cuando al hecho se refiere: «...de lo más glorioso de nuestra historia».<sup>26</sup>

<sup>26</sup> José Martí Pérez: «Carta a Antonio Maceo», Nueva York, 25 de mayo de 1893, Obras Completas, t. 2, pp. 328-329.

# ANEXOS

---

---



# Anexo no. 1

## Anexo No. 1 Principales pérdidas de nuestras tropas y del enemigo (01.01.1978 al 15.03.1978)

Tipo de medio	Sur de Harar 22 al 28.01.78		Norte Dire-Dawra 02 al 04.01.78		Norte de Harar 08-09.02.78		Kawadara-Arabi 20 al 24.01.78		Levernaji Golocha Jiga 28.02.78		Observaciones
	Nuestras Tropas	Enemigo									
Tanques	9	22	1	2							
Blindados			4	40			11		1		
Piezas de artillería y morteros		48	1	25		3			1		
Diferentes carros	7			75		17				5	
Armaamiento infantería			1	Más de 50		7				7	
Municiones (varios calibres)		Más de 450		Más de 1500 fusiles		Más de 20				60	
Minas		Más de 7170				Más de 120 Ton				268 cajas diferentes calibres	
Alimentos				Más de 2500		Más de 400				Más de 2530	
Piezas de Artillería AAA				Decenas de toneladas		Más de 2 Ton				Varias toneladas	
Aviones destruidos	2	3	2	26		4				3	
<b>Personal</b>											
Muertos	1		5								
Herdos	9		11			2				8	9
Prisionero	1									35	4
Desaparecidos										2	

## Anexo no. 2

Sobre el sepelio de los cubanos caídos los días del 21 al 24 en Arabí

El mayor grupo de internacionalistas cubanos que había caído en un combate, estaba siendo sepultado a las dos de la madrugada etíope del 25 de febrero de 1978. En Cuba corría aún el 24. Era noche de luna llena, de esas en que los enamorados pueden contar las estrellas. Noventa y cuatro años antes, a esa misma hora, se preparaba el Grito de Baire que daba inicio a la Guerra del 95.

Las acciones de las tropas cubano-etíopes contra el invasor somalí en Arabí, comenzaron el día 21 a las once de la mañana. Tres días después violentos combates habían dejado dieciocho valerosas vidas en el campo de batalla.

Hacía un frío espantoso cuando los cadáveres fueron trasladados hacia la loma donde, desde semanas antes estaban siendo enterrados, por decisión del mando de las FAR, todos los fallecidos en misión, siempre con la idea de que fueran traídos a la Patria una vez terminada la guerra. [...] Con gran celo, se rastreaba el campo de batalla y se entregaban febrilmente al rescate y traslado de los restos hacia el recinto, construido con tanto amor, y respeto.

Aquella noche, alumbrados con los faroles delanteros de los yipis y un camión, los cubanos tuvieron que ponerse fuertes. Añadido al dolor de dar el último adiós a sus hermanos, debieron afrontar la discusión con los combatientes etíopes, empeñados en cavar ellos solos las tumbas y hacer todo el trabajo.

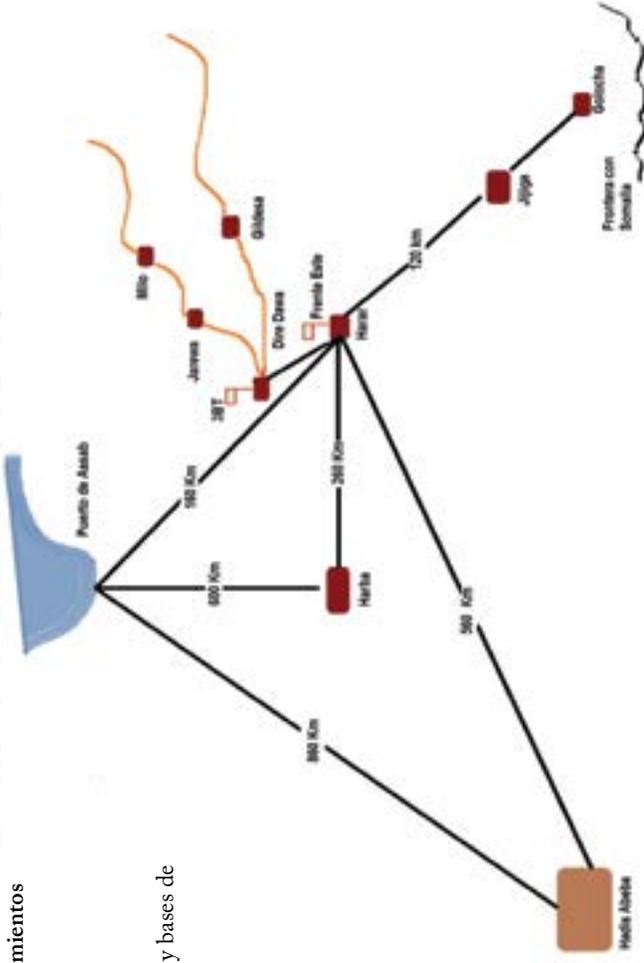
«Estos muertos son nuestros hermanos y estamos en deuda con ellos», repetían, hasta les negaban las herramientas a los nuestros, quienes, a su vez, sentían profunda pena al verlos sin camisa y sin zapatos, trabajando tan afanosamente [...]<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Ada Méndez y Pablo Blanco García: Periódico Juventud Rebelde, 6 de diciembre de 1989.

## Teatro de las acciones militares y sus aseguramientos

### Principales distancias y vías de aseguramientos

1. Puerto de Assab
2. Addis Abeba
3. Arba (centro de formación de unidades)
4. Harar (ubicación del PM del Frente Este y bases de aseguramiento y hospitalaria)
5. Cherifcale
6. Hamaresa
7. Dire Dawa (ubicación de la 3BT)
8. Harewa
9. Milo
10. Gildesa
11. Jijiga
12. Golocha
13. Fik
14. Hacia Daga Habur



## Anexo no. 4

### Combatientes caídos durante las acciones combativas

Al sur de Harar (01.01-26.01.1978)



Sold. (r) Ramiro  
Eulogio  
García Vega  
(11.03.1940/  
1.01.1978)



Sold. SMG  
Juan Collazo  
Mederos  
(23.06.1959/  
22.01.1978)



Cap. Wilfredo  
Corona Machado  
(...../22.01.1978)



Sold. (r) Jorge  
Galiano Gross  
(25.02.1954/  
22.01.1978)



Sgto. 3ra. Rolando  
Lores Cuesta  
(17.05.1957/  
22.01.1978)



Sold.(r)  
Félix Vázquez  
Fernández Francois  
(...../22.01.1978)



Sold. SMG Esteban  
Ramón Hernández  
Jáuriga  
(26.12.1953/  
22.01.1978)



Sold. (r)  
Ricardo Cuéllar  
Espinosa  
(7.02.1946/  
26.01.1978)

Harewa-Gildesa (1.02~3.02.1978)



Tte. Eladio Juan  
Campos Peña  
(1946/1.02.1978)



Sold. SMG  
Juan Miguel Cruz  
López  
(1.07.1959/  
2.02.1978)



Cap. Raúl Hernández  
Vidal  
(1948/  
2.02.1978)



Sgto. 2da. (r)  
Andrés Borroto  
Madrigal  
(6.01.1949/  
3.02.1978)



Sold.(r)  
Jorge Guerrero  
Quintana  
(10.02.1947/  
3.02.1978)

Arba-Harar (15.02.1978)



Sold. (r)  
Raúl E. Báez Blanco  
(1947/  
15.02.1978)



Suboficial  
Benigno Machado  
Lobaina  
(-/15.02.1978)

Arabí (21.02-23.02.1978)



Sold. (r) Lázaro Fran-  
cisco Aguilera Ramos  
(4.10.1954/  
21.02.1978)



Sold. (r)  
José Cruz Gastó  
(1948/  
21.02.1978)



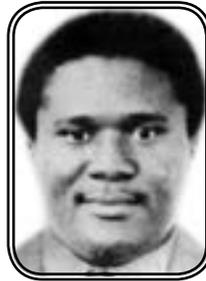
Sold. (r) Orestes Díaz  
Llanes  
(29.08.1957/  
21.02.1978)



Sold. (r) Nicolás F.  
González Quesada  
(10.09.1950/  
21.02.1978)



Sold. (r)  
Humberto Jordán  
Gallo  
(20.07.1947/  
21.02.1978)



Sold. (r) Félix  
Martínez  
Gutiérrez  
(20.03.1947/  
21.02.1978)



Sold. (r) Marcelino  
Ocampo Acea  
(02.01.1953/  
21.02.1978)



Sold. (r)  
Alberto M.  
Pérez Chogo  
(20.07.1947/  
21.02.1978)



Sgto. 3ra. (r) José  
Armando Ruiz Ramos  
(13.11.1954/  
21.02.1978)



Sold. (r) Herminio  
Santana Cuéllar  
(25.04.1955/  
21.02.1978)



Sold. SMG  
Modesto Torres  
Cuesta  
(12.01.1950/  
21.02.1978)



Sold. (r) Pablo Veitía  
Hernández  
(26.01.1942/  
21.02.1978)



Sgto. 2da. (r)  
Juan Verdecia  
Hernández  
(07.10.1936/  
21.02.1978)



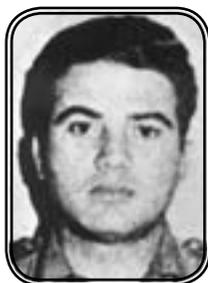
Sold.(r)  
Julio Zenón  
Rodríguez Pérez  
(12.04.1954/  
21.02.1978)



Sold. SMG Carlos  
Rafael  
Almenares Reyes  
(-/ 23.02.1978)



Sold. (r)  
Jorge Luis  
Martínez Peñate  
(-/ 23.02.1978)



May. Juan  
Armando Tamayo  
Molina  
(-/23.02.1978)

En el golpe de agua (26.02.1978)



Sold. (r) Pedro Jesús  
Blanco Hernández  
(1946/  
21.02.1978)



Sold. (r)  
Jorge Borges Núñez  
(1948/  
26.02.1978)



Sold. (r) Enrique  
Caballero Hernández  
(1945/  
26.02.1978)



Sub. tte. (r)  
Pablo José Coll  
Hernández  
(1947/  
26.02.1978)



Sold.(r)  
Enrique Menéndez  
González  
(1940/  
26.02.1978)



Sgto. 3ra. (r)  
Nicolás Humberto  
Pantoja Rodríguez  
(06.1945/  
26.02.1978)



Cap.  
Roberto Pulido  
Sandoval  
(1943/  
26.02.1978)



Sold. (r)  
Julio Rodríguez  
Toranzo  
(07.01.1952  
/23.02.1978)

## En los combates por la toma de Jijiga (28.02-10.03.1978)



Sold. (r)  
Narciso Zaldívar Cruz  
(1950/  
28.02.1978 )



Sold. (r)  
Roberto Fernández  
Azpiazu  
( 1944/  
01.03.1978)



Tte. Martín Ledesma  
Pola  
(1947/  
03.03.1978)



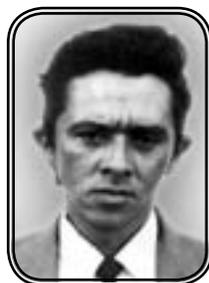
Sold. SMG  
Luis Gustavo Bosque  
Verdecia  
(19.05.1959/  
06.03.1978)



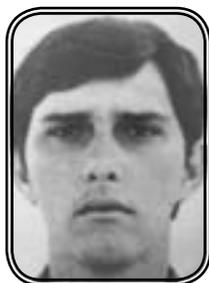
Sold. (r)  
Máximo Cainet  
Revés  
(08.01.1958/  
06.03.1978)



Sold (r) Jorge Molina  
Díaz  
(26.01.1949/  
06.03.1978)



Sold. (r)  
Richard Terrero  
Álvarez  
(1945/  
8.03.1978)



Sub oficial  
Jorge Luis Lanzada  
Tejeda  
(-/ 09.03.1978)



Sold. SMG Carlos  
Chirino Martínez  
(27.01.1959/  
10.03.1978)

## Visita del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz a la República de Etiopía del 12 al 18 de septiembre de 1978

### 12 de septiembre

Luego de un largo viaje —treinta y una horas de vuelo desde La Habana hasta Addis Abeba— el Comandante en Jefe llegó a una cita histórica: celebraba Etiopía el IV aniversario de su revolución. Fidel volvía a estas tierras después de su primera visita el 14 de marzo de 1977.

Del aeropuerto, la delegación partió hacia la Plaza de la Revolución donde una gigantesca multitud y el presidente Mengistu Haile Mariam efectuaron el recibimiento oficial. Aquel acto de pueblo concentrado y pueblo desfilando, que se extendió por más de cinco horas, escuchó la voz emocionada del presidente cubano.

En horas de la noche, en el Palacio del Pueblo, el presidente etíope le impuso al Comandante en Jefe Fidel Castro la más alta condecoración de su país: La Estrella de Honor de Etiopía Socialista.

### 13 de septiembre

Desde las primeras horas de la mañana, más de trescientos mil personas llenaron la Plaza de la Revolución para presenciar el majestuoso desfile militar preparado para la ocasión. Disposición combativa de las tropas y moderna técnica soviética les mostraron a los presentes seguridad y confianza en lo que estaban por vivir.

A este momento le siguieron el encuentro, en la municipalidad de Addis Abeba, con una de las organizaciones de vecinos, llamadas kebeles; la visita al Monumento de La Victoria en memoria a los etíopes que ofrendaron su vida en la guerra contra los invasores fascistas italianos y el salón de sesiones del Consejo de la Asociación General de Vecinos de la municipalidad, donde el doctor Abebe Alemu, alcalde de la ciudad, luego de dar la bienvenida al líder cubano y cumplir con el programa previsto, le concedió la condición de Ciudadano de Honor de la ciudad.

## 14 de septiembre

Temprano en la mañana, Fidel y Mengistu inauguraron Expo-78, una muestra que revive el trayecto del pueblo etíope hasta su triunfo de septiembre de 1974. Posteriormente, andados unos 40 kilómetros al oeste de Addis Abeba, por carretera, llegó la delegación cubana a la reciente base de milicias de Tatek, lugar de entrenamiento y preparación de esta fuerza militar en un valle donde hacía algo más de un año no existía nada y pronto se convirtió en una ciudad de todos. Ahora vestidos de verde olivo aclamaban a los visitantes durante el recorrido por las instalaciones, que incluyó el campamento Habana III, de un grupo de oficiales cubanos, hombres y mujeres que prestaban sus servicios en la base; la escuela política; la industria de alimentos secos para las tropas; el rústico hospital.

En el libro de honor escribió: «Merecerán eterna gratitud de la Patria y la Revolución los fundadores y organizadores del campamento Tatek. De la nada lo hicieron todo. Eso es el espíritu revolucionario. La capacidad de creación y organización del pueblo etíope es realmente extraordinaria, como ha quedado aquí demostrado. Pocas cosas nos han impresionado tanto. ¡Y la Revolución ha sido salvada!»

Este día fue la Conferencia Internacional de Solidaridad con la Lucha de los Pueblos Africanos y Árabes contra el Imperialismo y la Reacción, en el África Hall, sede permanente de la Organización de la Unidad Africana.

Durante treinta minutos Fidel hizo suyo los micrófonos, suficiente lapso para que los aplausos no tuvieran fin. «Si algo quisiéramos subrayar en estas breves palabras, es que la unidad debe ser la divisa permanente de todos los que nos oponemos al sistema de dominación que el imperialismo pretende conservar», esta fue una de las ideas que expresara.

En horas de la noche, asistió a la cena que ofreciera el presidente acerca de dos mil representantes de las nacionalidades oprimidas bajo el antiguo régimen, invitadas a Addis Abeba para participar en los festejos.

## 15 de septiembre

Dos importantes visitas sucedieron este día; por este orden, a la base de Harar Medo (Debre Zeit), de la Fuerza Aérea Etíope, y al Centro de Recuperación y Rehabilitación para mutilados de la guerra.

A las 08:00 horas comenzó la ceremonia militar, después hizo uso de la palabra el coronel Fanta Belay, jefe de esta fuerza, quien explicó el camino recorrido en el desarrollo de esa arma, la prueba de fuego que había significado para ella la agresión somalí y su aporte a la derrota final de los invasores. Expresó su agradecimiento a Cuba por la ayuda en los momentos más críticos, y recordó con emoción a dos heroicos pilotos de combate cubanos, el capitán Raúl Hernández Vidal y el teniente Eladio Campos Peña, caídos mientras cumplían una misión en el Frente Este.

La delegación recorrió las instalaciones de la Escuela Técnica de Aviación y sus diferentes talleres. Observó con admiración la maestría de los pilotos etíopes en el dominio de la moderna técnica soviética con que contaban.

Entre vítores el presidente Mengistu Haile Marian impuso a Fidel un sello con la insignia de la Fuerza Aérea. El Comandante felicitó a los participantes en la exhibición y en el libro de honor dejó constancia de la eficiencia, organización y espíritu revolucionario demostrados por los centinelas del cielo etíope.

No se hizo esperar el cálido encuentro con un numeroso grupo de instructores militares cubanos que cumplía misión internacionalista en la base aérea. Les expresó que, junto a los grandes estímulos revolucionarios que su viaje suponía por el interés hacia el proceso etíope, estaba también el incentivo de ver nuevamente a los compañeros que prestaban servicios en ese país, para quienes expresaba el más alto reconocimiento, pues sabía el sacrificio que significaba marchar lejos de la Patria y separarse de las familias durante tanto tiempo. Subrayó la importancia de cumplir en la paz con la misma voluntad que en la guerra.

Antes de partir les dio una breve información sobre la marcha de los asuntos de Cuba en lo referente a la zafra azucarera, las condiciones climáticas, el éxito del XI Festival... Les expresó el reconocimiento del Partido, Gobierno y pueblo en general por la honrosa tarea que cumplían, y el compromiso de que próximamente se encontrarían en Cuba.

Alrededor de las once de la mañana, la caravana se puso en marcha, hacia el centro de rehabilitación. En la ceremonia de recibimiento, habló el ingeniero Kassa, autor del proyecto constructivo. Fidel cortó la cinta inaugural de la instalación con capacidad para cuatrocientas

personas y, concluida la visita escribió en el libro de honor: «Les deseo éxito y sé que lo van a tener en esta institución, una de las más justas y humanas que he visto jamás».

## 16 de septiembre

La delegación cubana encabezada por su presidente se encontraba en la llanura de Lemedega, a unos 15 km de Jijiga, escenario de las operaciones que condujeron a la derrota de los agresores. Durante dos horas, el vicepresidente primero del Presidium del Soviet Supremo de la URSS y miembro suplente del Buró Político del PCUS, Vasili V. Kusnetsov; el general de ejército Vasili V. Petrov, integrante también de la delegación soviética; Alí Antar, ministro de Defensa de Yemen; representantes de diferentes países, junto a los presidentes cubano y etíope, presidieron el simulacro de guerra, cuya esencia consistió en acciones ofensivas contra «un enemigo» que había penetrado a territorio nacional y trataba de avanzar para apoderarse del Paso de Marda y continuar en dirección de Harar, la ciudad que nunca pudieron tomar.

Los visitantes pudieron apreciar el volumen y alcance de la cohesión entre las armas participantes, así como la habilidad y elevada disposición combativa con que soldados y oficiales habían asimilado la nueva técnica militar soviética. El Ogaden se había convertido en una fuerza inexpugnable capaz de hacer reflexionar a cualquier nuevo potencial agresor.

Este día inauguró, junto al presidente de Etiopía y la delegación que lo acompañaba, la Feria de la Victoria y la Rehabilitación, organizada por las diferentes provincias, a fin de recaudar fondos para la reconstrucción de la ciudad y de otros lugares afectados por la guerra. Se calcularon doscientas mil personas las que tributaron extraordinaria bienvenida a los dos dirigentes.

De vuelta al polígono para clausurar la maniobra. Al hacer uso de la palabra, manifestó que Cuba era el escudo defensivo de la Revolución etíope en el sur y en el este. Resaltó el coraje, el patriotismo y la inteligencia de los soldados etíopes, y que no tenía dudas de que, pasado algún tiempo, su ejército llegaría a ser uno de los más poderosos de África. A los combatientes internacionalistas cubanos les resaltó el sacrificio que su tarea implicaba. «Se lo pedimos —dijo— porque sabemos que ustedes son hombres con gran capacidad de sacrificio,

hombres con grandes méritos, y porque confiamos en ustedes: ¡Los hijos de la Cuba revolucionaria!»

Pasadas las cuatro de la tarde, Fidel y Mengistu partieron de Jijiga en yipi, para atravesar el Karramara, paso del terraplén que conduce a Harar. Contempló el importante desfiladero atrapado entre las montañas, de indudable valor estratégico, que había servido de fortificación a las tropas invasoras, creídas de que la ofensiva revolucionaria se realizaría por ese lugar. Más allá del Paso de Marda, en la aldea de Adeu, abordaron los helicópteros en que llegaron a Dire Dawa.

Bajo un chubasco transcurrió el recibimiento oficial en el aeropuerto. De pie, en un yipi descubierto, los dos dirigentes hicieron el trayecto hasta el Palacio Nacional —antiguo Palacio Imperial—. Enorme multitud con antorchas encendidas, carteles y banderas, gritando consignas y aclamando a Fidel y Mengistu, a Cuba, a la Unión Soviética y al internacionalismo, honró a la delegación. Fue este uno de los recibimientos más impresionantes.

Ya en la residencia de los huéspedes, Fidel resumió su impresión sobre la acogida con un comentario jocoso: «Así que esta era la gente que Siad Barre quería liberar. Debíamos hacer una película del recibimiento en Dire Dawa para mandársela».

## 17 de septiembre

Este domingo, en el Palacio Nacional en Dire Dawa, ondeaban las banderas de Etiopía y Cuba, como símbolos de la solidaridad entre ambos países. Terribles sucesos habían sido vivencias de este pueblo en los últimos años: vio sucumbir el imperio, la sacudida telúrica de la Revolución y los días de combate en que los agresores somalíes llegaron hasta las puertas de la urbe.

La primera visita de este día fue a la ciudad de Harar. Fidel insistió en que el viaje se hiciera por carretera. Eran 50 km de un paisaje con predominio de valles y altas mesetas, sembrados y aldeas de chozas circulares de paja. El «¡adiós compañeros!» se escuchaba a cada paso en legítimo español.

Acompañado de Mengistu, Fidel se dirigió al sitio de los cubanos caídos. Una enorme masa de pueblo lo saludó en su recorrido hacia la loma del monasterio donde construimos el pequeño cementerio.

Ya el sol iluminaba las tumbas, cuando Fidel penetró en el recinto. Tras la ceremonia y los himnos de ambas naciones, avanzó hacia donde reposaban nuestros hermanos. Al acorde de una pieza marcial depositó una ofrenda floral con la inscripción «A los mártires caídos». Ambos dirigentes y quienes integraban la delegación saludaron y permanecieron en atención mientras los acogía el silencio del respeto.

Ya se iba a iniciar la retirada, pero Fidel volvió, solicitó el ramo de flores rojas que recién le habían entregado y lo colocó junto a la corona que minutos antes había depositado.

## Encuentro con las batas blancas

El hospital de la Policía de Harar, donde radica el hospital militar cubano del Frente Este, no estaba en el programa de visita; pero la insistencia de médicos y enfermeras al paso de la delegación, motivó al Comandante llegar a la instalación.

Allí estaba Héctor Cué, doctor con cuatro misiones internacionales. En medio del alegre bullicio, las enfermeras le pidieron a Fidel que visitara a sus pacientes etíopes. No pudo verlos a todos; pero en una silla de ruedas trajeron al joven de dieciocho años, Mandrefu Demese, de las tropas paracomandos, a quien una mina lo despojó de sus dos piernas. Llegó Francisco, un niño que era paciente e intérprete de los cubanos. Este pequeño le entregó a Fidel una carta medio en amárico, medio en español en la que le solicitaba estudiar en Cuba.<sup>2</sup>

En las primeras horas de la tarde sostuvo otro cariñoso encuentro con la brigada civil que trabaja en Dire Dawa y Harar. En esta conversación conoció que, como parte de su labor, atendían una población cuyo 80 % padecía de tracoma, una enfermedad de los ojos, y cerca del 50 %, de tuberculosis. Pese a todo, el ánimo y la moral de la brigada eran extraordinariamente altos.

<sup>2</sup> Posteriormente Fidel dio instrucciones para que el niño fuera atendido quirúrgicamente en Cuba y realizara acá sus estudios.

## En la Tercera Brigada de Tanques

Al mediodía, la delegación cubana se trasladó a la Brigada de Tanques. La ovación de un pueblo agradecido irrumpió como en los recorridos anteriores.

La marcialidad de la tropa era impresionante, pero esta reunión tuvo un carácter puramente familiar. A petición del propio Fidel, la brigada rompió filas y se congregó en torno a él. Con qué atención los indescriptibles rostros atendían las palabras de su Comandante. Recordó la despedida en Cuba, contó su encuentro simbólico con los compañeros caídos. Argumentó la fuerza tremenda que representaba aquella brigada de hombres curtidos en el combate y la necesidad de continuar brindando respaldo a los etíopes en la defensa de sus fronteras del este y sur.

«Nunca encontrarán nada más hermoso en su vida que esta misión internacionalista, que les acompañará siempre y de la que sus hijos se sentirán orgullosos». Añadió que él se hallaba entre los tristes que envidiaban el privilegio de quienes habían participado en la contienda.

Un grito hondo se escuchó. Era el sentir de un combatiente que le decía: «¡Usted estaba aquí, con nosotros!» Y todos sabíamos que era cierto.

Por último, les preguntó a los combatientes de la brigada qué mensaje querían enviarles a sus compatriotas. De nuevo una voz potente y firme se levantó por todos: «¡Que hemos cumplido y seguiremos cumpliendo!»

José Aroche Pacheco

A la Tercera Brigada de Tanques llegaron Fidel y Mengistu, acompañados del Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque; Carlos Rafael Rodríguez; Raúl Valdés Vivó; el jefe la Misión, general de división Arnaldo Ochoa Sánchez; y el asesor principal de la URSS en Etiopía, general de ejército Vasili Petrov. Entonces yo estaba al frente de la brigada.

Con todos los combatientes en formación, el teniente coronel José González Celá, acompañado de su estado mayor, rindió el parte. Luego, aglutinados alrededor de la tribuna escuchamos al Comandante. Al concluir le solicité que visitara el improvisado sitio histórico

del campamento. Yo estaba convencido de que su dedicatoria ejercería una influencia muy positiva para el futuro trabajo de la unidad, que fortalecería el espíritu de lucha y abnegación de aquella masa guerrera. Y, efectivamente, en el Libro de Historia de la Brigada quedó plasmada una frase que ha llenado de orgullo a quienes tuvimos el honor de formar parte de esta importantísima unidad: «A la gloriosa, invicta y heroica Tercera Brigada de Tanques, dejo constancia de mi más profunda admiración y respeto, el cariño y el orgullo de nuestro Partido y nuestro pueblo. Fraternalmente, Fidel Castro Ruz; 09 17 78».

Invitamos a los visitantes a una oficina del batallón que habíamos acondicionado para entregarles obsequios, los cuales, excepto la réplica del yate *Granma*, habían sido confeccionados por combatientes de la brigada.

Casi al partir la comitiva, para mi sorpresa, el Comandante me dice que estaba invitado almorzar con ellos, aunque le manifesté que debía atender a la brigada, insistió: «Tú vas conmigo y si no hay comida para los dos, compartimos la mía». Le informé al jefe de la Misión sobre la invitación y, por supuesto, fui autorizado. En mi yipi avancé tras la delegación a una residencia ocupada por colaboradores de la Salud, con ellos compartimos unos treinta minutos. Cuando el grupo se dispuso a continuar, le planteé al jefe de la Misión que, dada la situación operativa y el comportamiento en aquel momento del teatro de operaciones, consideraba que debía dirigirme al puesto de mando de la brigada para la supervisión y control de su completa disposición combativa. El jefe accedió y me dijo que le informaría a Fidel.

Pasadas unas tres horas me localizaron vía teléfono y el jefe de la Misión me ordenó que dejara organizada la disposición combativa de la brigada y me dirigiera de inmediato al aeropuerto de Dire Dawa, pues el Comandante saldría hacia Addis Adeba y solicitaba entrevistarse conmigo antes de partir.

Ya en el lugar, Fidel se retiró del grupo, me indicó que lo acompañara y avanzamos hasta el avión. Dentro, sentados él y yo, comenzó a interrogarme sobre la cantidad de medios de combate con que disponía la brigada, su coeficiente de disposición técnica, parque de guerra con que contábamos. En todo este torbellino de preguntas hizo mucho hincapié en el apoyo que recibía de la aviación y de los grupos coheteriles. Es de imaginar que debo haber dado el mejor parte de guerra de toda mi carrera militar y combativa.

Este encuentro me reafirmó la visión quijotesca y altruista de nuestro máximo líder; me hizo afincar los pies aún más en la tierra: tenía la responsabilidad de garantizar la vida de las tropas subordinadas a mí, de cuidar el empleo óptimo de la técnica y táctica de combate; no menos importante era el compromiso contraído por la Revolución Cubana con el pueblo etíope. Al término de la conversación, me dijo: «Aroche, ¡cuidate y cuida a tu gente! Nos quieren dar un golpe fuera de Cuba».

Años más tarde, estando ya en Cuba, ocurrió el golpe de que hablara Fidel. Fue la despreciable invasión del imperio yanqui a la hermana República de Granada.

Con la partida de nuestro Comandante en Jefe se inició un fuerte movimiento en todos los frentes. Sus palabras en el libro de honor las llevamos a la entrada del estado mayor de la brigada. Desde allí impulsaban cada misión. La histórica visita contribuyó a elevar el espíritu de lucha y a comprometernos aún más con el mantenimiento de la disciplina y la disposición combativa de la brigada hasta la culminación de la misión, el 2 de septiembre de 1989.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Informaciones tomadas del libro que Julio García y Rodolfo Casals escribieron en ocasión de la memorable visita de Fidel Castro Ruz a la República de Etiopía.

Imágenes de la visita...



Recibimiento a su llegada a la Plaza de la Revolución  
en Addis Abeba, día 13.



Fidel, saluda a cada combatiente participante en la maniobra, efectuada  
en el Ogaden-Jjiga, 18 de septiembre.



Las tropas participantes en la maniobra formadas, para escuchar las palabras de nuestro Comandante en Jefe.



Fidel rinde homenaje a los caídos en combate, lo acompaña la delegación de cubanos-etiofes y soviéticos.



Fidel: recorre el cementerio de los caídos, junto al presidente de Etiopía, detrás el mayor Belén Pacheco y el traductor.



Entre el personal de la salud, en la base hospitalaria en Harar.

El jefe de la 3BT,  
Cor. Aroche recibe  
al Comandante  
en Jefe  
y a la delegación  
el 17.9.1978



Encuentro con los  
miembros de la  
3BT, en la tribuna,  
de izquierda a  
derecha, Fidel,  
Mengistu, Aroche,  
Almeida, Carlos  
Rafael, y el  
Ministro de  
Defensa de Etiopia,  
detrás el general  
de ejército Petrov  
con espejuelos y el  
traductor.



Combatientes de la brigada escuchan a nuestro Comandante en Jefe durante su intervención.



El Cor. Aroche, hace entrega de la réplica de un tanque T-55, al general de ejército Petrov, en su visita a la brigada.



# TESTIMONIO GRÁFICO







Al centro los autores, May. Venancio Ávila, jefe del estado mayor de la 3BT, y Tte. cor. José Aroche, jefe del 2BT. Entonces ni imaginar que las vivencias suyas y las de sus compañeros llenarían las páginas de este libro. En los extremos, dos jefes de unidades paracomandos etíopes.



El Cor. Lorente en el centro de Arba, con el presidente de Etiopía Mengistu Haile Mariam, el general Petrov —asesor soviético— y altos oficiales de las fuerzas armadas nacionales, en la primera quincena de diciembre antes de su partida hacia la región de Alem Maya.



Visita del general de brigada Sixto Batista Santana a los heridos y enfermos en el hospital de Harar, a finales del mes de enero.



En pleno Ogaden (Gildesa) el Tte. cor. Marcos Gutiérrez hace precisiones al tiempo que extiende su brazo. Le prestan atención May. Ávila, Tte. cor. Aroche y de espalda Ibrahim Hernández Baró, jefe y segundo jefe del 2 BT. Extiende su vista al frente, el cap. Arco, segundo jefe del batallón de BMP.



El mayor Ávila, con jefes y oficiales de la brigada de tanques.



Miembros del EM de la 3BT, riéndose el capitán Frank, jefe de DAA, junto a otros dos compañeros, de pie atrás el capitán Grandal jefe de servicios ingenieros y agachados a la derecha Sardiñas jefe de personal y a la izquierda Dagoberto mi chofer y escolta



La teniente coronel Telma, vestida de verde olivo, en Harar dialogando con compañeras de la base hospitalaria.



De pie, el anestésista Prieto, en el momento que se evacuaba a un herido hacia el hospital de Harar,



Tanquistas afanados en la reposición de la capacidad combativa de su arma al concluir los combates de Harewa-Gildesa, final de la primera quincena de febrero.



El fotorreportero Danilo Aguilar Pérez, con espejuelos al centro, junto a tanquistas del batallón de Aroche.



El Cor. Lorente puntualiza las misiones a su plana mayor, segunda quincena de febrero.



En un improvisado local en el desierto del Ogaden, analizan las futuras acciones combativas Tte. cor. José González Celá, jefe del 3BT, con la mano en el rostro, May. Gilberto Bázaga, segundo jefe del 1BT, y May. Juan Vargas, jefe del batallón de BMP.



Miembros del puesto de mando avanzado, sobre las ruinas de una instalación destruida en la región de Harewa.



La enfermera Lilian Eugenia Baró González, Lily, entre sus compañeros del puesto médico desplegado en las cercanías de Kawadera.



Integrantes del pelotón de servicio del 2BT en los días en que las KP-125 se explotaron al máximo. Ni el frío ni la lluvia les impidieron elaborar la alimentación de los combatientes.



Berry, para los cubanos Beatriz, es la joven etíope que vestida de hombre se incorporó a la lucha. Murió en un accidente en el teatro de operaciones.



De frente, el general de brigada Julio Casas Regueiro comparte sus indicaciones sobre la forma escalonada de los aseguramientos en la región de Gildesa; al centro May. Ávila junto al Cor. Santana y el May. Nelson Hernández López detrás, con espejuelos. De espalda el Tte. cor. Aroche Pacheco. Por su estatura sobresale en el grupo, la escolta del general.



En el castillito, como bautizamos el lugar donde improvisamos el campamento, Tte. cor. Francisco, oficial de Operaciones del Frente Este; Cap. Cruz Fabart, jefe Técnico de la brigada; May Ávila y el primer Teniente Filiberto Muñoz, jefe de la compañía de Transporte.



Huellas de la guerra. Medios destruidos o abandonados por el enemigo al concluir los encarnizados combates en las regiones de Harewa, Gildesa y Arabí, entre otras.





Junto a su carro de combate —BTR-152—, integrantes de la escuadra de zapadores del 1BonT, importante especialidad durante el curso de los combates. En el centro con su cámara en alto, el fotoreportero Danilo Aguilar.



Momento previo a la toma de Jijiga el 4 de marzo. El general de brigada Sixto Batista Santana —de espalda con abrigo— recibe al Cor. Francisco Cruz Bourzac en su puesto de mando, con indicaciones del general de división Arnaldo Ochoa Sánchez para continuar el avance de sus tropas en dirección al paso de Marda y Jijiga.



Durante la marcha por el Ogaden en el puesto de mando avanzado. Ocupan las escotillas: de la izquierda, Cap. Llanes, jefe de Comunicaciones; de la derecha, May. Ávila. Junto a ellos avanzan el jefe y segundo del 2BT y el Tte. cor. Roberto Hernández, jefe de Servicios Técnicos del Frente Este.



Desde su puesto de mando, en las elevaciones de Golocha, el Cor. Lorente le indica a la aviación los objetivos a destruir, previo a la toma de Jijiga.



Desplegado en dirección a Jijiga, avanza el batallón de BMP al mando de su jefe, May. Juan Vargas Hurtado, 3 de marzo de 1978.



Tomada Jijiga, en el puesto de mando de la brigada, Tte. cor. Aroche Pacheco, coronel Félix Santana, May. Ávila, Tte. cor. Francisco —oficial de Operaciones del Frente Este—, y el jefe de la Sección Política de la 3 BT, Tte. cor. Marcos A. Gutiérrez Bello.



En el puesto de mando avanzado del jefe del Frente Este, en dirección a Jijiga, marchan delante, el Tte. cor. Álvaro López Miera y el jefe de la 5 Brigada de Artillería, Tte. cor. Eduardo González Marrero.



Columna de la Victoria: la 3BT regresa a Dire Dawa. Corren días de la segunda quincena de marzo 1978.



Emplazamiento de una rampa coheteril que protege a la agrupación de tropas cubano-etíopes en las elevaciones de Dire Dawa, dirigida por los capitanes Lázaro Terré Díaz y Agustín Rosell Forcades como político del grupo.



En el transcurso del Primer Activo del Partido celebrado en el Club Francés en Dire Dawa. Presenta el informe el Tte. cor. Marcos Gutiérrez. Presiden la actividad, primer Teniente. Matías, los generales de brigada Leopoldo Cintra Frías y Agustín Méndez Sierra, y May. Ávila.



Momento de festejar en Dire Dawa. Ávila conversa con el especialista de Óptica de la brigada, el segundo jefe de Armamento y el capitán Octavio Fuentes Graverán, a su izquierda.



Mayor Ávila rinde el parte al general Leopoldo Cintra Frías, con motivo del acto de inicio de la Preparación Combativa y Política; lo acompañan los capitanes Ibrahim Hernández Baró —a su derecha— y Octavio Fuentes Graverán.



Instante en que las miradas se detienen ante la cámara para dejar constancia de su entrega al mejoramiento de las condiciones de vida en el castillito.



A la izquierda, Tte. cor. Eustaquio Izquierdo Miranda en la región de Gildesa. Lo acompañan oficiales de la 3BT, detrás un nativo —oromo— mientras traslada todos sus medios de vida.



En el campo de balompié de la Ciudad de Dire Dawa, junto a Alfredo Street, lanzador del equipo de Industriales y miembro del batallón de infantería de BMP, queda constituido el equipo de pelota de la brigada. Sentados junto al pelotero, el traductor de inglés; el May. Ávila, con el brazo sobre su hombro, y el Cor. Félix Santana.





Al concluir una reunión de trabajo el grupo de especialistas de Personal. Al centro de la primera fila, Tte. cor. Obrey Rodríguez González, subjefe de EM del Frente Este y a su izquierda el Tte. cor. Juan M. Govea Salles, jefe de la especialidad.



De pie en el centro el jefe EM de la agrupación aérea, mayor Alonso, y agachado a la izquierda el fotorreportero Aguilar, junto a pilotos cubanos y etíope, y el asesor soviético.



Presencia de la mujer cubana en el sector de la Salud. Todas participantes en el cumplimiento de la misión en la hermana República de Etiopía.



Monumento erigido en la 3 BT en memoria de los compañeros caídos en la emboscada de Cherifcale-Aweday, el 22 de enero de 1978.



Junto al Tte. cor. José Aroche, miembros de su jefatura y combatientes al concluir los combates en Jijiga, 8 de marzo de 1978.



El general de brigada Leopoldo Cintra Frías dialoga con el presidente de Etiopía, en la ubicación del batallón de BMP, en Dire Dawa, segunda quincena de marzo. Entre ellos, el traductor. Detrás, el May. Venancio Ávila y el jefe de las tropas etíopes.



# BIBLIOGRAFÍA

---

---

- BATISTA ÁLVAREZ, GERÓNIMO: *Ill Frente, a las puertas de Santiago*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983.
- BELÉN PACHECO, EDELIO: *Operación Protesta de Baraguá*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2008.
- LORENTE LEÓN, MIGUEL A.: *Luces del Guacanayabo*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2017.
- LUIS GARCÍA, JULIO: *Viajes de Fidel por la amistad y el internacionalismo*, Combinado Poligráfico Osvaldo Sanchez, La Habana, 1980.
- MAZZONI LORENZO: *KEBRA NAGAST. La Biblia secreta del Rastafari*, (primera edición), Editorial Corona Borealis SI, Málaga, 2009.
- MÉNDEZ ADA Y PABLO GARCÍA BLANCO: Periódico *Juventud Rebelde*, suplemento especial, La Habana, 6 de diciembre 1989.
- AROCHÉ PACHECO, JOSÉ: «Generalización de las experiencias de la guerra en el Ogaden, Etiopía», material inédito, archivo personal del autor, 1981.
- : «Reseña combativa del Segundo Batallón de la Tercera Brigada de Tanques», material inédito, archivo personal del autor, 2015.
- PAGOLA BÉRGER, VÍCTOR VALENTÍN: *Memorias de una misión médica militar en Etiopía*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2017.
- Revista *Verde Olivo*, edición especial, «Aniversario 40 de la Operación Baraguá», La Habana, 2018.



- SAMPAYO LIMA, RUBÉN Y PABLO MONTESINO PUPO: «Trabajo teórico tema colobaración militar con la República Popular de Etiopía», Academia de las FAR, La Habana, 2006.
- TRUJILLO, HUMBERTO Y REINA ALONSO LUIS: *Estocada a la muerte. Los Mig en el Ogaden*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2010.
- VILLAVICENCIO CARDOSO, ORLANDO: *Reto a la soledad*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2003.
- VALDÉS VIVÓ, RAÚL: *Etiopía, la revolución desconocida*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

